

OSCAR A. ROBLES TOLEDANO

**P. R. THOMPSON**

**CARTAS**

**A**

*El Caribe*



**UCMM**

**III**

RD  
286.1  
666 p  
-2

**P. R. THOMPSON**

**CARTAS**

**A**

*El Caribe*

Composición:  
Matilde de Martínez,  
Jhovanny A. de León  
y Martín de los S. de León

Diagramación:  
Charne Román

Impresión:  
Editora Corripio, C. por A.

Santo Domingo, Rep. Dominicana  
Agosto 1986

## PRESENTACION\*

### UNA CARTA AL PADRE ROBLES TOLEDANO

Estimado Padre Robles Toledano:

Con motivo de la puesta en circulación de su primer libro "Cartas a El Caribe", es mucho lo que podría decirle. Según el prologuista, dolíanse sus amigos de que no hubiera usted publicado ninguno con anterioridad a éste, ya que la solidez de su formación y la vastedad de sus conocimientos lo habilitaban para imponerse como una de las grandes plumas del país. Es mucha verdad lo que dicen, aunque pienso que para nosotros usted ha ganado una posición tan sólida como educador y civilista, a través del contacto personal y de los no menos decisivos de sus actuaciones en el púlpito, en la cátedra y la columna periodística, que el libro, si válido para unificar sus escritos y proyectarlos hacia el futuro, no agrega mérito alguno a los ya acumulados en su efectiva y larga trayectoria.

Siempre he pensado en usted como uno de esos hombres que irradian verdad y la estimulan, tocando en lo más hondo de cualquier problema de manera que éste pueda ser superado por el análisis. No es otro el espíritu que lo mueve y, si algo lo caracteriza, es la unidad existente entre el sujeto que vive y el que escribe, milagro de una época en que las maquinillas parecen activarse solas, manipuladas en el paraíso de la cibernética por fluidos eléctricos antes que por los pulsos vivos del creador.

En este flujo de palabras estériles o mentirosas, sus Cartas dan cuenta de la excepción. Nos devuelven al orden antiguo, a los valores clásicos del pensamiento y a un concepto de escritura eminentemente social. No es usted el testigo complaciente o el artesano de viñetas líricas; su prosa le nace de la

\*HOY, 22 de octubre de 1983.

inconformidad, de un ansia de servicio que lo obliga a la prisa, no al tiempo pausado del libro o a la eternidad de la obra impresa, sino a la exégesis cotidiana, a los correctivos inmediatos.

Leyéndolo a usted podríamos pensar que el país es inmovible, que vivimos petrificados en males recurrentes; tanta similitud encontramos entre el panorama de ayer y el de hoy que sus Cartas podrían volver a publicarse de nuevo, una por una, sin que apenas tuvieran que someterse a retoques adventicios de nombre, fecha o circunstancia. Sin embargo, una cosa es indudable: con ellas hemos quedado traspasados por el escozor de nuestras realidades, y no conozco otro medio, sino éste, de cambiar a los hombres y a los pueblos.

Tal vez no sea yo la persona indicada para hablar objetivamente de usted. El afecto y una inmensa gratitud se interpondrán siempre a la hora de abordar los juicios críticos sobre su obra. Si miro hacia atrás, hacia el despertar de mis vocaciones artísticas, lo encuentro a usted solícito, comprensivo, poniendo en mis manos juveniles libros valiosos en ediciones únicas, haciéndome subir a su biblioteca de la Catedral por galerías silenciosas desde donde podían advertirse los movimientos de un obispo ciego, para iniciarme en el hábito de las lecturas organizadas, para explicarme un verso de San Juan de la Cruz o un arrebató de Santa Teresa. Debo ahora decir, con expresión que le es familiar, que de usted recibí órdenes menores que me acreditaron como lector asiduo de los clásicos; las órdenes mayores debía procurármelas después sólo conmigo mismo y siguiendo sus valiosas enseñanzas.

Es posible que, en su generosidad, usted no estuviera consciente del bien que me procuraba. Darle era consubstancial, pero al recibir su ayuda yo me encontraba en esa edad sensible en que tales dádivas se magnifican en la experiencia y en el recuerdo. Usted, al creer en mí, veía más allá de mis posibilidades de aquellos años. Examinado ahora, en perspectiva, el asunto resulta conmovedor. Quién sabe si ya se le habrán olvidado aquellos versos suyos que me entregó un día para que los musicalizara. Se trataba, nada menos, que de un Himno Eucarístico cuya primera estrofa, perdonando la indiscreción, rezaba así:

Cantemos al amor que nos convida

y nos entrega su cuerpo, sangre y alma,  
que en pobres y sutiles apariencias nos da la vida  
y un manantial eterno de perdurable calma.

Pues bien, aquel iba a ser mi primer intento de composición musical. Me veo ante el papel pautado, lleno de emoción, tratando de ponerme a la altura de las circunstancias, y viene a mí, en oleadas, esa inhábil melodía que maltrataba la prosodia de su texto, forzándolo en los poco ágiles melismas. Como parte del estímulo usted llegó a presentar este ensayo a la consideración de un músico de la talla de Luis Mena. No sé lo que pasó después con nuestro Himno; puedo decirte, eso así, que tan enriquecedora experiencia me ayudó en esa búsqueda de caminos en que, por aquel entonces, me encontraba empeñado.

Si dejo que acudan ahora estos recuerdos es para poner de relieve su gran voluntad de servicio. Debo mucho de lo que soy a un pequeño grupo de personas, en el que usted, padre Robles, ocupa un lugar importante. Y si algo debiera aconsejar a los jóvenes que hoy empiezan a abrirse paso dentro de sus vocaciones humanísticas y literarias, sería el que se procuraran un maestro como lo fue usted para mí, generoso y sin imposiciones.

Pero para terminar volvamos a su libro, en el que con tanto acierto radiografía nuestro modo de ser y de sentir. Usted convence, nos persuade con sus enseñanzas. No irrita: estimula, exorciza la realidad a base de mirarla correctamente. Labor como la suya, aunque ingrata y poco valorada, nos prepara el terreno para el día de la liberación cuando echemos al fin, fuera del cuerpo de la Patria, esos demonios que a través de nuestra historia han configurado nuestros pesimismo y desesperanzas.

Las gracias deben dársele por ello. Dentro de la Iglesia usted es el sucesor, por derecho propio, de esos preladados ilustres cuyos paradigmas fueron monseñor de Meriño y monseñor Nouel. Como tal le hago llegar mis felicitaciones, con el orgullo de quien ve en usted a un personaje relevante de la cultura dominicana.

Con el reconocimiento de su discípulo y amigo, le saluda,

Manuel Rueda.

## ARMAS Y HAITI

31 de diciembre de 1971

Señor Director:

Ahora, con la ruidosa noticia publicada por "The Guardian", reproducida hoy en "EL CARIBE", revelando quienes son los que están nutriendo de equipo bélico y adiestrando a nuestros vecinos en el arte de las antiguerrillas, se ha dado un corte en seco a las fantasiosas especulaciones con que veníamos alimentando en los últimos días nuestros sensible y férvido patriotismo.

El hecho no deja de ser fértil en lecciones para nuestros profesionales de la política que se olvidan con demasiada frecuencia de la jugosa y útil máxima de Publio Siro: el que se precipita en juzgar se apresura también a arrepentirse. "Ad paenitentium próperat cito qui júdicat".

Frente a la verdad recién puesta, sin velos, al desnudo ¿la arremeteremos con iguales bríos, arrestos y sagrado furor nacionalista contra los norteamericanos?

¿Le pediremos rendición de cuentas a los prohombres de Washington por la sorda y callada ayuda militar al autocrático régimen del ediposo Jean-Claude y su coro de gente, ducha en sacarle partido al farisaico anticomunismo, a las eventuales amenazas de invasión y a los asomos de brotes de insurrección que amaguen con hacer peligrar "el orden constituido"?

La cosa, ni hablar, ofrece ya colores diferentes. Guardaremos un obsequioso silencio. Daremos por buenas todas las protocolares y adocenadas explicaciones. Comprenderemos que hay una política continental que resbala y sobrevuela sobre los intereses de los países particulares y que esa política, la diseña, la forja y la ejecuta, a su mejor placer y convenien-

cia, el gremio de nuevos Barones del Hemisferio que mandan, sin aceptar discrepancias, en todos éstos sus feudos, que son nuestras naciones.

A Perú, no hará mucho tiempo, le obstaculizaban la compra de aviones en el mercado norteamericano. A Puerto Príncipe, se le remiten equipo bélico e instructores a la chita callando.

Lima aspira a un socialismo moderado en el contexto de su efectiva independencia. Jean-Claude, vástago de un tiranuelo, sueña él mismo con eternizar un cesarismo obscurantista y retrógrado.

Como se ve, hay para escoger. Son diáfanas las alternativas. Washington se inclina, sin dar oídos a escrúpulos democráticos, al opresor de pueblos, no a sus libertadores.

Siempre se ha dicho que en política lo primero es estar informado, y lo segundo, saber usar de la información.

El pecado casi indeleble de nuestros políticos reside en querérselo sacar todo de la cabeza como filósofos que edifican sus abstractos sistemas, como ciertos dioses griegos, y no parar mientras a los acontecimientos, desarrollándose éstos en sigilo o a plena luz solar. Por eso disparatamos tanto. Por eso nos abandonamos con gusto a levantar castillos de naipes. Jamás se nos ha ocurrido consagrarnos al cultivo del difícil y paciente arte de saber escuchar. No leemos más que lo que nos adula, lo que recrea nuestra vanidad, que es siempre flor vana, que florece y no grana.

De estar enterados hubiéramos retenido un tanto nuestros leoninos ronquidos contra Haití. Los haitianos que estaban en el ojo, en el secreto del "imbroglio", debieron, una vez más, pasar ratos muy gozosos a cargo de nuestra petulante ingenuidad.

Bien puede ser que la información de "The Guardian" no sea exacta en todas sus dimensiones y pormenores. Pero es periódico que goza de crédito y es poco creíble, por tanto, que sea una invención de sana planta, de raíz, cuanto ha dado a la opinión pública.

No nos tiremos de bruces sobre la noticia hasta convertirla ahora en sabrosa comidilla de todos los mentidores políticos criollos.

Vayamos despacio, indaguemos. Acrisolemos las especies,



y una vez descubierta la verdad, que el gobierno, o si el gobierno no se decide, la opinión pública dominicana, solicite al Departamento de Estado, guardadas todas las reglas del decoro y de la diplomacia protocolar, razones de su ayuda militar subrepticia al régimen de Duvalier junior.

Por razones de obligada vecindad y de las características del sistema de desgobierno reinante en Haití, debemos ser los primeros en saber qué designios han movido a los integrantes de la administración pública que encabeza el Presidente Nixon a crear en Haití una legión de "Leopardos" que ignoramos, hasta el momento, a quien se los va a azuzar el rey-zuelo que impera allende el Masacre.

Este es nuestro derecho y, no por miedo, debemos dejar de ejercerlo con todo rigor y exactitud.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## CREDITO DEL BID

2 de enero de 1972

Señor Director:

Sin que pretenda asumir la hierática actitud de juez que dirime la polémica surgida entre "El Nacional" y la Administración Gubernativa actual, en relación con un préstamo solicitado por el país, creo que ella, sobre interesante por lo vivaz, ha sido, además, sumamente provechosa para el bien común de este trabajado país.

En primer término, ha quedado reluciente a la vista el hecho, para muchos desconocido, de que, en realidad, se solicitó del Banco Interamericano de Desarrollo fuerte auxilio monetario para la realización de un programa integral agropecuario.

Diáfana ha quedado también la circunstancia de que, si bien la ayuda pedida no se remontó, según dijo el representante local del BID, doctor Rodolfo Kerenjak, a 180 millones de dólares, sino a 40 millones, la entidad crediticia internacional sólo erogará a título no reembolsable, 450 mil dólares destinados, en sus más altas partidas, a capacitar hombres y organismos para la correcta y eficaz ejecución de los planes luminosamente ideados.

Esta última evidencia torna al menos verosímil el que el señor Pacora haya expresado, según lo publicado por El Nacional, que el Banco rehusó acordar la totalidad del préstamo "en razón de que la República Dominicana no dispone de un aparato administrativo y técnico que pueda mantener y seguir administrando estos tipos de proyectos ambiciosos".

La afirmación del alto jerarca bancario, si es que la hizo, no es del todo inexacta y arbitraria, aunque ella hiera nuestra

patriótica sensibilidad: no abundamos en peritos, curtidos en las ásperas y prolongadas experiencias de reducir a felices realidades los hermosos diseños concebidos y acariciados con amor.

La exigencia del BID de diestros o idóneos ciudadanos para el caso es harto explicable.

Poner por obra un plan no es para bisoños, ni para diletantes a la violeta, ni para improvisados a la carrera.

Los técnicos de hoy, humanizando la materia, hablan de "Comportamiento de los Proyectos de Desarrollo". Tratan a estos proyectos, a veces, como a duendes juguetones, como si fueran capaces de locos caprichos, de sutiles engaños, de bromas pesadas y de festivas burlas.

Albert O. Hirschman, ducho en estos menesteres y al servicio del Banco Mundial, narra que, declarada la independencia de Pakistán, se levantó, a muy altos costos, una fábrica de pulpa de papel en Karnaphuli para emplear los amplios recursos de los bosques de bambú que adornan exquisitamente las sombrías colinas de Chittagong.

¿Y qué pasó? Pues que el bambú —hecho imprevisible y que sólo ocurre cada sesenta años— floreció, resultando inservible para los fines perseguidos. De esta manera, el ochenta y cinco por ciento de la materia prima de la fábrica de Karnaphuli se convirtió en aromada y colorida primavera. Y así, poética, pero antieconómicamente, el proyecto murió.

Algo análogo —si bien con otras motivaciones y menos pérdidas— ha ocurrido con el proyecto de riego de San Lorenzo, en el Perú, y con planes hidroeléctricos en El Salvador.

Sin tirar la mirada muy lejos, a imitación de los románticos que siempre van tras paisajes exóticos, ahí tenemos, muy a la mano, la Presa de Valdesia: de once millones saltó su costo, en un formidable brinco olímpico, a veintidós millones.

No hay, pues, por qué irritarse, a causa de que los directores del BID, curándose en salud, pues de los escarmentados salen los avisados, exijan, para llevar a términos los planes, ciudadanos y organismos especializados y encallecidos en estas nada fáciles tareas.

Debemos, sin embargo, regocijarnos. Los programas presentados para el desenvolvimiento económico y social del sector agro-pecuario son de urgente realización. Se han

formulado con brillantez.

Nos complace, o debe complacernos, el que al fin se le haya puesto atención a los muchachos de la Oficina de Planificación. Sus volúmenes, engavetados, han salido a gozar de la luz del sol.

Nos satisface también que se nos haya puesto atención a quienes soñábamos con esto como con la máxima aspiración nacional.

Ahora, demos de manos a estériles discrepancias bizantinas.

De la misma manera que casamos todas las voluntades, que congregamos todos los esfuerzos para lograr la vital cuota azucarera en el mercado preferencial de los Estados Unidos, tomemos también como una empresa común el conseguir que el BID nos acuerde los préstamos indispensables para convertir los campos en colmenares productivos y ofrecer a los campesinos razones para vivir y esperanzas en qué creer.

Hagámoslo. Sea quien sea el Presidente. No es cuestión de simpatías o antipatías políticas, de diferencias banderizas o de acuerdos partidistas interesados.

Es asunto del país.

Eso sí, tomemos todos la cosa en serio. Todos, los de arriba y los de abajo, sin querer convertir el interés nacional en interés de agrupaciones.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## MARAVILLOSA IGLESIA

4 de enero de 1972

Señor Director:

Como el ritmo de la historia se ha acelerado, verificándose la ingeniosa tesis de Daniel Halevy, y la Iglesia vive en el seno de ella, de la historia, podemos ya dar por incierta la frase proverbial de que es lenta y tarda en tomar resoluciones.

Lo que acontece es que no se precipita en sus decisiones, que es sabiamente cauta, recelosa frente a las azarosas mudanzas de los contingentes lances humanos. No tiene prisa. Después de todo para algo cuenta con la eternidad.

Así lo puede comprobar el que demore su reflexiva atención en leer el reciente documento emanado en Roma por el Sínodo de los Obispos en que se determinan la naturaleza, las funciones y los empeños a que está destinado, por bíblico decreto, el Sacerdocio Ministerial.

Una serie de equívocos, de ambigüedades, de enfadosas perplejidades traían al retortero a los hombres adscritos al servicio del templo.

Se preguntaban: pero ¿quién soy?, ¿para qué sirvo?, ¿tendré o no libre derecho a asociarme a mis semejantes que rinden sus vidas en holocausto en las refriegas en que se lidia, a brazo partido, para crear una sociedad más justa y humana, más en armonía con el divino Sermón de la Montaña?

A estas interrogantes que el Presbítero se formulaba a sí mismo, perdido, extraviado en mar de confusiones, se las bautizó con el casi psiquiátrico título de "crisis de identidad".

Era algo así como si el sacerdote, tendido en un lecho de Procusto, se hubiese visto, de improviso, atacado por la amnesia, en blanco su memoria, y le pidiese a quienes llegaban, entre torturas de conciencia: díganme cuál es mi nombre, qué oficio he venido ejerciendo, en qué medio he desenvuelto mi existencia, de qué y para qué he vivido.

El Sínodo, bajo la suprema dirección del Papa, ha descifrado todas las incógnitas, ha barrido y disipado todas las dudas: el sacerdote se ha encontrado a sí propio; sabe ya, definitivamente, a qué atenerse.

Su misión capital, ante todo es de índole y de carácter religioso. En virtud de un sello indeleble grabado en la palma de sus manos, suya es la obligación de perpetuar, al través del tiempo y del espacio, la obra sobrehumana iniciada por Cristo, con el derrame a borbotones de su sangre y con los pascales esplendores de la Resurrección.

Tócale, al sacerdote, mantener vivo, en el gremio de los fieles, la comunión en la fe, en la esperanza y en el amor, participando, en torno del altar del sacrificio, que une y vincula en todas las preocupaciones comunes.

Tertuliano, aquel pacifista a ultranza del siglo II, en su latín conciso, de abogado razonador, vibrante de paradójicas sonoridades, cifró, con exactitud, la trayectoria del origen y destino de la Institución que fue hechura de las divinas manos: “Las Iglesias, de los Apóstoles; los Apóstoles, de Cristo; Cristo, de Dios”.

¿Agotan estos culturales quehaceres, bañados de teológica gracia, los menesteres en que ha de emplearse el sacerdote?

Aquí es donde el documento se enciende, se pone al rojo vivo. Aquí es donde proclama lo que muchos no quisieran oír, porque tienen retratada, entre ceja y ceja, la imagen estereotipada del viejo cura de aldea, sahumada con fragancia de incienso mezclada al acre olor de los fúnebres murciélagos.

Excluyendo la violencia de las palabras —porque hay que guardar los modales— y de los hechos, proclaman los Mitrados que el sacerdote, dentro de la línea de su ministerio, debe contribuir a la instauración de un orden social más justo, sobre todo, allí donde los problemas humanos de la injusticia y de la opresión revisten caracteres realmente gra-

ves.

Los Presbíteros, —prosiguen los Obispos— juntamente con toda la Iglesia, están obligados, en la medida de sus posibilidades, a adoptar una línea clara de acción cuando se trata de defender la vigencia de los derechos humanos, de promover integralmente la persona y de trabajar por la causa de una paz que descansa en la justicia.

Hay un crescendo vertiginoso en el trascendental documento. Ahora, en este punto, declara que el sacerdote, como cualquier ciudadano, tiene derecho a determinar y escoger su propia opción entre las varias opciones políticas que el ambiente le ofrezca. Después de todo, no es un apátrida, no es un fantasma de ultratumba, sin carne ni huesos ni entrañas, que se mueve entre seres de carne, de huesos y de entrañas.

Y en este instante llegamos al clímax, a cláusulas acompañadas de un rompiente de marcha bélica, con ruido de tambores y cánticos excitantes, enardecedores.

Es tan gorda la cosa que rehúso decirla con mis palabras y creo indisculpable la necesidad de trasladar, ad pedem litterae, las mismas sentencias del episcopal documento:

Dice así:

“El asumir una función directiva (leadership) o “militar” activamente en un partido político, es algo que debe excluir cualquier presbítero a no ser que, en circunstancias concretas y excepcionales, lo exija realmente el bien de la comunidad, obteniendo el consentimiento del Obispo, consultando el Consejo Presbiteral y, si el caso lo requiere, también la Conferencia Episcopal”.

No hay que asustarse. Si los Obispos y la Conferencia Episcopal aceptan tal cosa es porque ya la Iglesia está en pie de guerra. Y eso es muy difícil.

La verdad es que esta Iglesia nuestra es maravillosa. Con eso de las “contestaciones”, de la división del clero entre progresistas, del ala derecha y del ala izquierda, se decían la mar de cosas y se veía en todo eso una creciente descomposición del Catolicismo.

La cosa no ha pasado a mayores. Se fueron las nubes de verano. El sol splende.

Se acuerda uno de aquel melodramático episodio en que

Napoleón, irritado porque el Cardenal Consalvi se negaba a firmar el Concordato, a causa de los famosos artículos orgánicos, le dijo, en buen italiano, que era el idioma que empleaba cuando montaba en cólera: “¡Destruiré la Iglesia!”.

Y el Purpurado romano replicó al enfadado Corso con irónico buen humor: “Lo dudo. ¡Cuando los curas no hemos podido destruirla!”.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## JUICIOSA PONENCIA

6 de enero de 1972

Señor Director:

Buena masa de agua ha corrido bajo los puentes desde que el director del "Listín Diario", Rafael Herrera, propuso en México, en el curso de un Seminario Internacional de Profesionales de la Prensa, que los periódicos debían ya disponerse a contar entre su cuerpo regular de trabajadores intelectuales a teólogos, porque, expresaba el escritor dominicano, ya la Teología había ascendido a categoría de ser noticia de primera plana.

Esa seria y juiciosa ponencia o no fue apreciada en todo su justo valor o corrió idéntica suerte a la que corren los asuntos graves, cargados de autenticidad, cuando se plantean en el seno de un gremio tocado de frívolo diletantismo: fue sepultada en el canasto de los desechos.

Me ha venido a la memoria este recuerdo —recuerdo que nos honra— mientras leía, al rayar el alba, el artículo sobre "El Sínodo Vaticano", de John Earle, publicado hoy en este diario.

Nada es más fácil que parodiar, entre sornas, la verdad. Cuesta mucho estudio y diligencia, exige extremada vigilancia intelectual y mucho rumiar silencioso, no el caricaturizarla, sino el retratarla en toda su adusta y púdica desnudez, que es de pocos maestros en el ejercicio de la sinceridad.

Earle se entretiene a placer en referir la parte anecdótica, en un afán de pintorequismo, del cónclave de los Obispos congregados en Roma bajo la máxima autoridad de Paulo VI.

Que si a los Mitrados sólo se le acordaban ocho cortos mi-

nutos para expresar sus convicciones. Que si las doscientas personas reunidas allí se sentían defraudadas. Que si se habló en exceso sobre la lastimosa situación de la Iglesia en Ucrania. Y donde Earle sobreabundó en colorido humorismo es donde se demora en manifestar las quejas sobre los neologismos latinos que traducían “autómata”, por micrófono y “thermopolia”, por restaurante.

Lo peor de estas superlativas majaderías no es que sean eso, majaderías, sino que ni siquiera disfrutan de la atractiva y pícara gracia de ser sensacionalistas.

La circunstancia de que el señor Earle haya escamoteado —vaya usted a saber si consciente o indeliberadamente— la realidad objetiva, haciendo naufragar en el silencio los dos substanciales documentos expedidos por el Sínodo, el que versa sobre las funciones del Sacodocio Ministerial y el que enjuicia severamente la situación de la Justicia y la Paz en el mundo moderno, levantan vehementes sospechas acerca de las raíces de su adhesión y de su fidelidad a la verdad.

Mayor y más abundante cosecha de éxitos profesionales habría obtenido si hubiese revelado a la opinión pública, cómo se determinó en Roma que los sacerdotes deben luchar sin reservas en pro de los derechos humanos, tomar parte de activa en las batallas contra la opresión y el expolio de los pueblos subdesarrollados, y que quedaron los hombres de Iglesia, asimismo, autorizados a escoger sus propias opciones políticas y aun, en ciertas condiciones, a dirigir y promover la formación de partidos políticos.

No menos sugestivo habría resultado a los lectores el saber que la Santa Sede —y con ella el Episcopado—, en el documento sobre la “Paz y la Justicia”, aconseja, como método de combate contra el reinado del terror y de la injusticia, la estrategia de “la no violencia”, que es igual a facultar la organización de grupos de presión, inspirados, claro, en el logro y la consolidación del bienestar común.

Pero estos avances, estas conquistas que acabo de enumerar a prisa y de carrera, sumariamente, tal vez no le impresionen a un periodista norteamericano, que no por ser periodista, dejará de pensar a solas en lo que tales nuevas directi-

vas puedan ocasionarle a los intereses de su propio país.

En fin, guardémonos de cierto tipo de reportaje folletinesco, por lo que a la Iglesia respecta.

Guardémonos, hasta que, para que se merezca crédito, se acoja la proposición de Rafael Herrera de que haya periodistas teólogos o teólogos que sean periodistas.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## REFLEXIONES DEL DIA DE REYES

7 de enero de 1972

Señor Director:

Es sugeridora esta festividad de los Reyes Magos, que no eran tales magos, sino sabios encanecidos en las vigili-as de la meditación, varones expertos en las artes del gobierno, vivas encarnaciones de años y de desengaños.

Esta celebración de hoy deberían llamarse —mezclando, en dosis iguales, filosofía y lirismo— el día del asombro ingenuo.

Porque hay muchos asombros: existe hasta el pérfido asombro del que se finge asombrado.

En razón de ser una fecha de cándido encantamiento, de hechizo blanco, sin sombra ni lunares de malicia, es por lo que los poetas —los que al decir crean lo que dicen— son los que más entrañablemente la sienten.

Virgilio, el de la Eneida, recomendaba, como medida saludable, volverse loco una vez al año: “Sémel in anno insanire licet”.

Nadie, creo, me negará, que es preferible volverse niño. Regresar a la infancia es mejor terapéutica. Es como si, en sueños vagos, en medio de una tenebrosa cerrazón perforasen, por obra de prodigio, un hueco en la oscuridad por donde se filtrase una luz dorada. Todo parecería de oro.

Cristo, en su conocida afirmación, se mostró más severo. Nos hizo esta terrible amenaza: “Si no os volvéis como niños no entraréis en el reino de los cielos”.

Poco nos importa, al reflexionar en este día, que el erudito Keller, tras pacientes y laboriosos estudios haya demostrado que la narración evangélica coincide con los datos astro-

nómicos que indican que, para esa época, hubo una conjunción de astros que adelantaron el alba haciendo resplandecer inusitadas luminarias.

No nos conmueve tampoco el que Bultman, el prestigioso escriturario protestante, le atribuya un valor simbólico al hecho histórico para realzar, con rasgo intencionado, el “Kerigma”. El Mensaje.

Nada de eso, que pueden fundamentar científicos datos, nos toca el corazón. Y alguna vez tiene que mandar el corazón que, como lo expresó Pascal, tiene razones que la razón no comprende.

Acaso nos complazca más —por ser más aleccionador— detenernos un poco a observar los personajes que intervenían en el movido drama.

Los progenitores. María y José, “La Palabra”, acababa de pronunciar en la tierra, que acampaba entre nosotros.

Los pastores, ladronzuelos de encrucijadas, tan mal afamados que su testimonio no era aceptado en juicios.

Herodes: la pasión de mandar elevada a lo diabólico. Tanto, que mataba en su cuna a los que despuntaban o podían despuntar en lo futuro como rivales. Herodes, el que había puesto en el frontispicio de su palacio, a guisa de lema y de consigna de gobierno, esta salvaje sentencia: Nada me importa que me odien con tal de que me teman. “Oderint dum témerint”. Con la sentencia, el idumeo, sentó cátedra, y ha rodado con fortuna su norma política, de época en época.

Y fundiendo este cuadro, compuesto por enérgicas contradicciones, en una suprema e ideal aspiración de armonía, Dios, que se ha vuelto niño y que nos invitaba a volvernos niños.

Comprendo que este reclamo se hace, en los tiempos que corren, más difícil de cumplir que nunca.

Como vivimos sembrando desconfianzas, desconfianzas cosechamos. Y confiar es la característica del niño.

Cubrimos nuestros caminos vitales de trampas y de acechanzas. Y los niños no acechan a nadie.

Nos deleitamos en crear diferencias y discriminaciones. Y el niño no discrimina.

Claro, bien claro, que la cosa es difícil.

Pero, tal vez, por un día —el Día de Reyes— acaso por veinticuatro horas, podamos lograr ser como los niños: ingenuos en el asombro, capaces de admiración, confiados con el prójimo, “con caridad para todos y sin injusticias para nadie”.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## PANORAMA ECONOMICO

8 de enero de 1972

Señor Director:

No cabe duda, conforme indica Ud. hoy en su Editorial, que la América Latina no va a conformarse con que los Estados Unidos declaren que pronto volverán su atención hacia el Hemisferio para estrechar, con la ejecución de fecundos desiguos, amables e igualitarias relaciones.

Obras, y no sentenciosa retórica política —que recuerda en muchos aspectos la sonora palabra hueca del tribuno de la Plebe— es lo que el Continente está reclamando a pulmón herido.

Mientras persista lo que se ha dado en llamar, con exacto calificativo, “estrangulamiento exterior”, que consiste en mantenernos como mercados sin que se abran las puertas de ellos a nuestros productos elaborados o semielaborados, o a la lozanía de nuestros frutos, seguiremos en agónicas situaciones económicas y sociales, y puestos en constantes riesgos de ahogarnos, el día menos pensado, en sucesivas oleadas de sangre hirviente.

No hay que aguzar mucho la perspicacia para caer en cuenta de que los diseñadores de la estrategia económica nortea, en relación con nuestros pueblos, se inspiran más en razones escuetamente políticas, con su obligado eco de ventajas financieras para ellos, que en móviles que nos permitan a nosotros sentar las bases para fundamentar una auténtica democracia económica y social.

Somos el patio de su casa. Inclusive formamos parte de su electorado. Y no hay por qué preocuparse por ese patio en tanto que esté sometido a la vigilancia de guardianes que, co-

mo en las prisiones, disipen en ciernes el más leve amago de insurrección vindicativa de derechos y de libres progresos de la justicia social.

¿Por qué cree Ud. que las gentes de Washington miren con beneplácito el que no nos empeñemos en acrecentar nuestra producción y nuestra productividad y que disfruten gozosos de que aunque suba el producto nacional bruto, ese producto nacional bruto no se convierta en real desarrollo haciendo fluir la prosperidad hasta las capas inferiores de nuestros im-  
potentes orillados sociales?

Pues lisa y llanamente porque bajo la capa de un engañoso florecimiento exterior conservan ellos, los yanquis, un mercado, el nuestro, donde colocar a sabor y con toda holgura sus excedentes alimenticios, su sobreabundancia en la producción de tejidos, las frívolas innovaciones en que es pródigo el neo-capitalismo.

Visite Ud. un supermercado nativo y calcule grosso modo, o como decimos, a ojo de buen cubero, qué porcentaje de alimentos americanos se exhiben en relación con los que se muestran de origen criollo.

Es cierto que, en esta situación, gran parte de la responsabilidad de que exista gravita a plomo sobre nuestro propio comportamiento.

A nuestra corta producción, que ni siquiera alcanza a abastecer los requerimientos de consumo del mercado interno, se agrega el arcaico y trasnochado sistema fiscal que nos obliga a nutrir nuestro presupuesto con los gravámenes sobre las importaciones, creándonos, de esta suerte, un irrompible círculo vicioso.

Esta última conflictiva circunstancia resalta con todos los esplendores de la evidencia a los ojos de quien se detenga, bien que sea sumariamente, por encima, como cuando le pasamos la mano por el lomo a un cachorro, a estudiar las estadísticas recién publicadas por el señor Padilla Tonos, que recogen las cifras de nuestro intercambio comercial con el Mercado Común Europeo.

Sólo en 1969, en nuestros términos de intercambio con Francia, Holanda, Italia y Alemania, quedamos abajo, como se dice en lenguaje a nivel de la calle, con 22,838.77 dólares que a la verdad no es un grano de anís.



Si debemos, por consiguiente, gritar por nuestros fueros, debemos también reclamar que se ponga orden en casa. Planificar, organizar, reajustar y apretar las clavijas del Estado, calcular con seriedad los sectores prioritarios hacia los cuales hemos de encauzar nuestros públicos ahorros, constituyen medidas que hay que imponer con carácter de urgencia.

Si no hacemos esto, ¿qué les ofreceremos a los mercados exteriores?

Se hace preciso, además, que al formar comisiones o al acordar nombramientos para que se atiendan cumplidamente a estos supremos intereses nacionales, el criterio que prevalezca al escoger las personas para el desempeño de esas vitales funciones, sea un criterio técnico, no un mero interés político.

No olvidemos, por otra parte, que este país, como ciertas gentes del Reino Unido, es alérgico a las "comisiones".

Por eso, un inglés, preguntándose sobre el origen del camello, se contestó: fue que una "comisión" intentó dibujar el croquis de un caballo... y salió eso.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## QUE NOS PASARIA SI HUBIERA GUERRA

11 de enero del 1972

Señor Director:

Es lógico que se ensombrezcan nuestras preocupaciones ante el sesgo trágico que va tomando en Indochina la inhumana y despiadada guerra que allí se libra.

Tiembla y se resquebraja la convicción, casi unánime, de que los artefactos nucleares —presagios fatídicos de destrucción total— al estar únicamente en manos de los poderosos, constituyan un equilibrio de fuerzas, un aterrador instrumento que disuadía de todo intento de desatar una conflagración apocalíptica de carácter universal.

La sola eventualidad de que eso ocurra, liberando las asesinas energías atómicas, debe estremecernos hasta las raíces del corazón, si es que todavía nos queda una fibra de sensibilidad.

Bien puede ser, sin embargo, —estamos en el campo de las conjeturas y de los azares— que las confrontaciones bélicas, aunque se dilaten a todo el mundo, se ciñan y circunscriban al empleo exclusivo de las armas convencionales.

Creo que, ante esa ocasional circunstancia, nuestra máxima preocupación debe cifrarse en tomar tempestivamente eficaces providencias para hacerle frente a la conflictiva situación que sobrevendrá, aumentando a la carrera nuestra producción y nuestra productividad.

No es un secreto reservado a los técnicos que el pueblo dominicano, al presente, no produce para alimentarse adecuadamente a sí mismo. Es de sobra conocido que más de la mitad de nuestras importaciones se concentran en bienes de consumo.

No es dudoso, por tanto, que si se nos viene encima la gue-

rra nos veamos seriamente amenazados por una dramática y angustiosa necesidad de artículos comestibles.

En un reciente discurso (publicado el viernes 24 de marzo de este año), el Gobernador del Banco Central aseguró que en “las 42 primeras canastas de bienes y servicios que representan el 77 o/o del presupuesto familiar dominicano, prácticamente no hay ningún producto extranjero...”

La afirmación, por más cabales que sean las estadísticas en que se funde y por más sutil que sea su interpretación, con lo que vemos y compramos en los colmados y supermercados y en las tiendas de tejidos, nos persuadimos, que lo excepcional en ellos es puntualmente lo nativo.

Más acertada estuvo la máxima autoridad monetaria cuando en la misma pieza oratoria, reconoce, sin embozo, “que el crecimiento del sector agropecuario es el más lento en toda la economía vernácula...”

Por ello, da un grito al cielo por las “presiones, distorsiones y desequilibrios que en la economía criolla ha creado ese paso de tortuga en la producción de los sectores aludidos”.

Si viene, pues, un descalabro internacional, este país, sin poder auto-abastecerse, con una balanza de pagos estacanda —ahora está en 700,000.00— y un atraso en las combranzas de 15 millones de dólares, de cierto, no la va a pasar muy bien.

La política económica que está desarrollando el gobierno que nos preside ¿nos está preparando para aceptar, con esperanza de buen éxito, el desafío que nos lanzará una guerra? ¿Nos abocamos o no a padecer hambrunas?

Nuestra política económica actual no nos está preparando para esa eventualidad. Las nuevas inmeditadas leyes agrícolas crean un futuro incierto sobre la producción de arroz. La abrupta Ley de Plusvalía ha traído consigo, como cortejo obligado, una contracción del movimiento económico. Técnicos de la FAO no auguran nada bueno para la producción de cacao. Los productores de tabaco no las tienen todas consigo. Escasean, con suma frecuencia, en el mercado, todos los productos derivados de la leche. Problemas en Constanza con el ojo y con el repollo... Y así por este tenor.

Concluyendo: si nos preocupa la guerra de Vietnam, que

nos preocupe asimismo, al menos en igual grado, la forma en que debemos prepararnos para superar las calamidades sin cuento que la guerra llevará a todas partes.

Esta es una responsabilidad que lo mismo incumbe a los de arriba que a los de abajo, pero que gravita particularmente a plomo sobre los hombros de los que nos gobiernan.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## EL PRECIO DE LA LIBERTAD

12 de enero de 1972

Señor Director:

Quieta está la ciudadanía. Recién salida —como la Venus de Boticelli de las espumas— de las fiestas navideñas, disfruta de una paz que aún conserva la discreta fragancia que emana y fluye de una dulce y religiosa tradición inmemorial.

Pero, hete aquí que de improviso se altera ese manso sosiego por la estruendosa y multitudinaria ocupación militar de la ciudad y se pueblan los caminos de uniformes de campaña que detienen imperativamente, escudriñan y le amargan el día al espantado y pacífico transeúnte.

¿Qué es lo que está pasando? ¿Se busca a Caamaño? ¿Es que se está previniendo un estallido sedicioso? ¿Es una exuberante manifestación de poderío o una ruidosa profesión de las Fuerzas Armadas de su inquebrantable adhesión al régimen?

¿O es, tal vez, una cazurra coartada ideada por el régimen para distraer la atención pública de algo que se está haciendo o se va a hacer, emulando en esto a Alcibíades que le cortó la cola a su hermoso mastín para que Atenas hablara de la sedosa cola cortada y lo dejase proseguir en sus licenciosas excursiones por los vedados campos de la obscenidad?

Estas eran las azoradas preguntas que brotaban en todos los labios, que constituían la comidilla de todos los sitios, así en los de arriba como en los de abajo.

Y lo peor es que la conclusión, el epílogo, fue una desmebrada reedición, ni aumentada ni corregida, sino dañada y cercenada, de la fábula del Parto de los Montes. Porque, al menos, en la ingeniosa y enjundiosa piececita de Esopo, la

montaña alumbró, entre agónicos alaridos, un menudo ratón: aquí nada, ni eso.

Firme en sus trece de eclipsarle a todo hijo de buen vecino la paz moral, el sosiego interior, sectores oficiales se dan ahora a la gustosa tarea de impedirle la entrada al país a religiosos extranjeros, consagrados entre nosotros, por años, al noble ejercicio de la enseñanza.

Esto, en su procedimiento, es tan ridículo y estéril como dar de palos a un avispero donde ya no queda ni una avispa: todas han volado tempestivamente espantadas.

El artículo 55 de nuestra Carta Magna —No. 16— faculta al Presidente a arrestar o expulsar a los extranjeros cuyas actividades, a su juicio, fueren o pudieran ser perjudiciales al orden público o a las buenas costumbres.

De la aplicación de esta amplísima prerrogativa discrecional se deduce que el Primer Magistrado cree que el Hermano Lasallista, Raúl Pérez Ross, y el estudiante jesuita, Eduardo Zayas, constituyen un riesgo para la tranquilidad común o son escandalosos personajes que violan a capricho el público decoro.

En la ocurrencia, es un privilegio del Jefe del Estado, reafrendado por la Constitución, el pensar bien o mal de las gentes foráneas, aun cuando éstas no hayan ni siquiera iniciado “actividades” y que no haya habido, por tanto, principios de ejecución de sus perturbadores y dañinos designios.

La cuestión es, sin embargo, que los dos deportados, a título de religiosos, están bajo el amparo de un convenio internacional.

En el instrumento jurídico —que pertenece al Derecho Público Internacional— firmado entre la Santa Sede y el Estado Dominicano se estipula (Art. IX-12) que “la eventual objeción del Gobierno al comportamiento de un funcionario eclesiástico será objeto de consideración y decisión por las autoridades eclesiásticas”.

Y el caso es que ni los Obispos ni los superiores religiosos de los señores Raúl Pérez Ross y Eduardo Zayas conocen un ápice de las razones que motivaron la prohibición de su entrada al país.

Pero las leyes son una cosa y otra cosa es la política,

cuando la política se decide a actuar por cuenta propia, divorciada de las normas jurídicas que forman la raíz y la base de una sociedad genuinamente democrática.

Episodios como este, no obstante, tienen una ventaja: nos hacen abrir los ojos. ¿No es acaso una perpetua vigilancia el precio de la libertad?

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## LOS "DOCE"

13 de enero de 1972

Señor Director:

La caída de los "Doce" que bañaron ayer con su sangre juvenil las aridas rocas que erizan la pedregosa región próxima a La Caleta, tiene que haber estremecido de penosa y dolorida emoción a todo dominicano que sienta vibrar en sí sensibles fibras humanas.

No se trata, en estos momentos lúgubres, de politizar la pesadumbre y el dolor tomando partido en un confrontamiento que tiene sus raíces en irreductibles discrepancias ideológicas.

Ha muerto una docena de dominicanos y ante la muerte, o se llora, o se piensa, y si se es cristiano, simplemente, se espera. Pero no se reavivan sentimientos que enconan los corazones y siembran los gérmenes letales del odio y del desquite.

Así como de los cadáveres de los Macabeos, héroes hebreos, trascendió, igual que una luz que brota del seno de la obscuridad, la idea luminosa de la resurrección, que de nuestros fallecidos ayer surja hoy una reflexión bienhechora que no haga infecunda la fraternal sangre derramada y que impida la reedición de trágicos episodios.

La violencia no siempre es creadora. "Al acumular odios y ruinas —escribía Pío XII— no sólo no ha logrado reconciliar a los contendientes, sino que a hombres y partidos los ha llevado a la dura necesidad de reconstruir lentamente, con imponderable trabajo, sobre los escombros amontonados por la discordia, la vieja obra destruida".

Si Pablo VI, por otra parte, descendiendo ya al afiebrado orden concreto, desaconseja —"Octogésima Adveniens Anno"— la acción directa, es porque, según indica, puestos algu-



nos grupos en situaciones desiguales sobrevienen sobre ellos y sobre la comunidad, por la reacción provocada, mayores infortunios que los que se trataba de remediar y de conjurar.

Un aire de victoria —aunque sea de victoria pírrica— enciende más los designios opresores y consolida, prolonga y dilata el reinado inicuo de las injusticias.

Si, conforme se ha dicho y redicho, es la circunstancia de que nadie abandona voluntariamente, de buen grado, los privilegios de que disfruta lo que determina, a veces, la insurrección armada, como último recurso de apelación, los bienhallados, los dichosos que gozan de todos los beneficios y deleites que proporciona una “sociedad a horcajadas” sobre “una mayoritaria sociedad de subsistencia”, deberían detenerse a meditar que, en gran medida, está en sus manos el mantenimiento de una paz colectiva que se cimente en el sincero ejercicio de las responsabilidades sociales.

Es bien claro que son los poderes públicos los primeros llamados a establecer y sostener un equitativo equilibrio, económico y social, entre los que todo lo tienen y los que nada tienen.

El Estado que encubre y ampara los intereses creados, que está, como un alquilado de librea, al servicio de un exiguo enjambre de plutócratas, de nuevos ricos, incuba en la masa el descontento, ejerce, desde arriba, la violencia autoritaria a la cual responden los de abajo con las violencias revolucionarias.

Es por esto que León XIII escribía, va ya para casi un siglo: “De ninguna manera se ha de caer en el error de que la autoridad civil sirva al interés de uno o de pocos, habiendo sido establecida para procurar el bien de todos”.

Y Juan XXIII, ese regalo de Dios a los hombres de este siglo, glosando ese pasaje de la “*Rerum Novarum*”, agregaba:

“Sin embargo, razones de justicia y de equidad pueden tal vez exigir que los Poderes Públicos tengan especiales consideraciones hacia los miembros más débiles del cuerpo social, encontrándose éstos en condiciones de inferioridad para hacer valer sus propios derechos y para conseguir sus legítimos intereses”, (No. 42 *Pacem in Terris*).

¿Se harán cargo de estas verdades diáfanas, saludables, engendradoras de armonías nuestros gobernantes? ¿Compre-

derán los pocos favorecidos que ellos son, según quieran, los promotores de las asonadas, frutos de emociones enardecidas y encabritadas, o de un sólido sosiego en que no haya ciudadanos de segunda categoría, hambrientos, analfabetos, víctimas de la ignorancia y de la promiscuidad?

Recemos, entretanto por nuestros muertos. Por los de un lado y los del otro. Todos eran hijos del pueblo.

¡Que de sus muertes salgan nuevas concepciones de vida!

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ALZA DE PRECIOS

15 de enero de 1972

Señor Director:

El alza vertiginosa de los precios que está afectando a los artículos estimados entre nosotros como de imprescindible necesidad, refleja, como en un rítmico movimiento pendular, más que la irregularidad de nuestra insuficiente producción —hágase el mérito que se quiera hacer de los declives otoñales—, la forma desacertada en que se está manipulando la exportación en relación con el habitual consumo interno.

No hará más que cuatro días, según refieren las alarmadas amas de casa, que el costo de una unidad de plátano, si se lograba conseguirlo, oscilaba entre cinco y seis centavos y en esa misma fecha se anunciaba, por voces oficiales, con entusiasmos de brillantes éxitos, que se estaban embarcando millares y millares hacia plazas situadas en el área del Caribe, área generadora de dólares.

Igual fenómeno de desequilibrio pudo advertirse, en algunos momentos, respecto a la carne y a los productos lácteos, que prácticamente desaparecieron de los anaqueles de los supermercados en el correr de los festivos días navideños, no dejando ni siquiera el recuerdo de su penetrante exhalación.

De ordinario, estas situaciones suelen sobrecogernos porque nos atemoriza la inesperada e ingrata presencia de una inflación galopante, que le resta valor adquisitivo a la moneda, pues en estas ocurrencias hay que pagar más por lo mismo que antes adquiríamos con menos.

Leve es el subrayado, en cambio, sobre los ecos que la carestía pueda provocar, como un fuerte ingrediente, en la formación de cálidas tensiones sociales y en la creación de exal-

tados climas políticos.

Para el rico, que nada en la holgura, la subida de precios no significa ni siquiera un ligero contratiempo.

Pero es en la pobreza mayoritaria, donde la ascensión rampante del costo de la vida cobra caracteres de dramática angustia, porque siente, en esos instantes, más que nunca, junto al hambre que estruja el estómago, el hambre insatisfecha de derechos, que irrita y encoleriza.

Sería absurdo, en ese afán desatinado que nos enferma de realizar trasplantes viciosos, acudir a ejemplos como los del Reino Unido o Francia, que expenden en su país, para acumular divisas, su whisky, su vino o su perfume, más caro que en el exterior.

Es más que obvio que se trata, en los casos aludidos, de productos suntuarios, no de estricta y rigurosa necesidad.

Importa, pues, que los poderes públicos, tempestivamente, dicten las providencias adecuadas para que el mal no crezca y se encancere y se sume, a modo de un explosivo más, a los varios factores que van pontenciando, gradualmente, los desasosiegos que mantienen en vilo a la comunidad.

Que se aborde el problema, desde ahora, con seriedad y sinceridad y se den de mano a las adocenadas explicaciones de clichés, que nos hacen pensar que la mentira, que ya se ha industrializado con las estrategias de la propaganda libidinosa, también se ha institucionalizado, con los dorados y grandilocuentes engaños de la retórica oficial.

Tengamos presente que en nuestros días, el concepto de "muchedumbre" no es una expresión meramente cuantitativa y visual, como en la época en que Ortega y Gasset escribía su "Rebelión de las Masas".

Hoy encierra también un significado cualitativo y moral: los menesterosos comienzan ya a valorar su propio drama e interpelan a la comunidad como a autora de sus inmerecidas desdichas, por ser ella, la comunidad, una desertora de sus inexcusables responsabilidades sociales.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## SOLIDARIDAD

18 de enero de 1972

Señor Director:

A nuestra reducida clase adinerada —porque es reducida como es reducido el vértice de la pirámide en relación con la base— a nuestra reducida clase adinerada, decía, se le electrizan los cabellos, al modo de un “african look”, desde que apunta en el horizonte social un amago de subversión trastornadora.

Apenas para el asomo de peligro se disipan también sus temores.

Si se es ingeniero favorecido, se les reanima la ambición de acaparamiento dejando a sus colegas que se busquen la vida como Dios les dé a entender. Si se es comerciante, firme en sus trece, se regresa a la leonina ganancia de un mil por ciento. Si se es terrateniente, se aferran a sus millares de tareas baldías ante los ojos entristecidos del campesino que se ve forzado a enviar a sus hijos a las ciudades, en éxodo aventurado, porque ya su minifundio no le brinda frutos suficientes para el mantenimiento de sus famélicos vástagos.

Se podría repetir de nuestros afortunados de hoy lo mismo que se expresó de los Borbones, en la Restauración, caído Napoleón, cuando volvieron al poder absoluto con Luis XVIII, quien reiteró los mismos errores de sus dinásticos antepasados, que dieron lugar a la gran Revolución: ni habían aprendido nada ni habían olvidado nada.

Por lo cual Bernard Shaw, jugando con las ideas, escribió: “La historia demuestra que los hombres no creemos en la historia”.

Pero no paran aquí las melodramáticas angustias de nuestros dichosos. En el otro extremo del abanico político, se les amilana con el espantapájaros de la revolución. Si aspiran a

conservarse ellos y lo que tienen, han de nutrir con su apoyo económico el mantenimiento del statu quo, sin cambios ni mudanzas que les roben el sueño. ¿Qué hacer si la hostilidad les viene de una parte y de otra?

Nadie interprete, por favor, estas obvias observaciones, que están a la vista de todos, como partos de una mefistofélica mala fe.

Si se pretendiera con ellas estimular el entusiasmo frenético y extraviado de los aficionados a la violencia, el método más provechoso sería dejar correr las cosas, que el clima se nos colme de males, que se sature de iniquidad, a fin de que la caldera estalle por sí misma por exceso de calor reconcentrado. Bastaría, por tanto, tirar la pluma al sol para que se le seque la tinta.

Esa fue la política que Mirabeau denominó “la política de lo peor”. La politique du pis. A ella debió su triunfo Fidel Castro quien contó, en términos casi parejos, tanto con su propio empecinado arrojo y denuedo como con la corrupción imperante en el régimen de Batista.

El que no quiere derramamiento de sangre, en cambio, ni anárquicos y tumultuarios movimientos —como no los quiere quien esto escribe— se ciñe a dar voces y llamadas para que los males se conjuren a tiempo, no para que crezcan, se limita a refrescar el recuerdo de principios de justicia social que impidan que la comunidad se convierta en un fértil caldo de cultivo para opciones doctrinales disolventes.

Convencidos están a estas alturas de los tiempos todos los hombres sensatos de que, conforme lo expresó en Bogotá Paulo VI, estamos viviendo en el seno hirviente de una nueva época histórica que nos está exigiendo “claridad para ver, lucidez para diagnosticar y solidaridad para actuar”.

Y esa solidaridad —como la palabra lo indica— no se logra sin la cooperación de todos.

Sin la cooperación de los de arriba, cercenando el afán de lucro excesivo, y sin la cooperación de los de abajo, borrando de sus pechos el resentimiento rencilloso, y actuando ambos con vivo y operante espíritu comunitario.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## OTRO ASPECTO DE JEFFERSON

19 de enero de 1972

Señor Director:

He leído con sumo placer y honda satisfacción intelectual y cívica su editorial de hoy expresando, una vez más, la esperanza que lo animan de que este país, que es el suyo y el mío, mediante la solidaridad social, alcance a lograr una paz cuyas raíces se hundan en un sentimiento de justicia no adulterada por el egoísmo y no bastardeada por los privilegios irritantes.

Evocó usted, a este propósito, el ideario de Thomas Jefferson quien, nutrido por el pequeño tratado del "Gobierno Civil" de John Locke, sostenía, como cosa que no puede remitirse a dudas, que la finalidad de las instituciones jurídicas, del Estado, que es la Nación organizada, se cifra esencialmente en proporcionar felicidades a los pueblos.

Coincidía así uno de los egregios forjadores de la nacionalidad americana con nuestro Bolívar —porque Bolívar es de todos nosotros— cuando manifestó que el mayor acierto de un régimen reside en procurar "la mayor suma de bienes para el mayor número de ciudadanos".

Pero, ¿no fue el mismo Jefferson el que sentenció "que de tarde en tarde el árbol de la libertad tenía que ser regado con sangre"?

¿Por qué y cómo llegó a esta drástica conclusión aquel hombre cuya doctrina política a veces confinaba con una mansa anarquía, fiándose en exceso de la monserga de Rousseau quien daba candidamente por cierto que el hombre nace bueno y es la sociedad la que lo corrompe?

El coautor del acta de independencia de los Estados Unidos se atrevió a asentar esa tesis, porque afirmaba —lo afirmaba como temor— que el Estado tiende dinámica e impulsiva-

mente a realizar incursiones tiránicas en el campo de los derechos individuales y sociales, coartándolos, y en esas circunstancias, sólo la acción violenta le sirve de dique a la irrupción de su desborde.

Creo, por tanto, combinando las dos ideas, que si se quiere ofrecer paz y dichas a los pueblos, entre los obstáculos que hay que remover a fin de que el “árbol de la libertad” lozane sin que sea preciso abonarlo con grumos de sangre fraterna, figuran el irrespeto a los derechos fundamentales de la persona, la creación arbitraria de privilegiados sectores opresivos, que tanto empujan a los de abajo que éstos saltan y los hacen saltar a ellos.

Dicho en otro lenguaje: la democracia política, hechura de la burguesía, en los tiempos que corren, no es permanente ni puede ser permanente ni firme si no va inseparablemente acompañada de la democracia económica, que abre oportunidades para todos, y sin la democracia social que no acepta más jerarquía que la que proviene del mérito, del talento y de la probidad.

Es cierto que, al presente, hay mayor número de dominicanos que disfrutan de los bienes de una sociedad de consumo que en el pasado. Mas hay que tener máximo cuidado en que no se esté formando una nueva clase surgida del apoyo oficial y que sea, a su vez, esa flamante clase, el sostén de quienes los han apoyado y favorecido.

Para el logro de los objetivos de una democracia integral nos restan todavía muchas y muy duras jornadas por recorrer, mares de tinta que verter, muchos gritos heridos que lanzar a los aires.

Mas hay que revitalizar la esperanza, como lo hace usted hoy, día por día, a fin de que ganemos terreno en la buena dirección y de que todos, movidos inclusive por ese instinto vital que se denomina instinto de preservación, hagamos cuanto está en nuestras manos para que sea innecesario “regar con sangre el árbol de la libertad”.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## GUACANAGARIX

20 de enero de 1972

Señor Director:

Alguien movido por amor de justicia, tendrá que salir, en algún momento, en defensa del desamparado y sin cesar agraviado Guacanagarix.

Al imberbe Cacique de Marién lo han puesto, al través de nuestra tradición, plumas tras plumas, cual no digan dueñas. Para casi todos nuestro escolares es él, el despreciable paradigma del entreguista, del ominoso descastado, que se ledea sin reservas y con bochornosos entusiasmos de Judas hacia los conquistadores españoles, manchando, con la más infame perfidia, un capítulo de los espléndidos anales que estaban escribiendo, con la espopeya de su resistencia, los heroicos aborígenes de la Isla, recién sacada por el navegante genovés, el soñador, del espumoso misterio de los mares.

Entre el instante en que el broncíneo reyezuelo aparece en el escenario histórico —1493— y la aparición del “Príncipe” de Maquiavelo —1532— corre todo el tiempo que consume una entera generación.

No pudo, pues, inspirarse aunque hubiera querido leer de corrido, en las artes de engaño en que fue maestro inigualable el Secretario Florentino de los Diego y vicioso adulator de los Médici cuyo favor no pudo alcanzar del todo.

Imposible por tanto, de toda imposibilidad que pudiera nuestro indio hacer suya la definición de aquel insigne simulador, el más exitoso discípulo de Nicolo, que fue Raheyrand, cuando expresó “que traidor es todo el que no sabe cambiar de opinión a tiempo.”

Ultimamente sin embargo, se está vislumbrando la posibilidad de que Guacanagarix sea reivindicado, de que no fuera Guacanagarix, en verdad, ningún espejo de traidores sino más bien era un avanzado Maquiavelo, un Maquiavelo “avant la lettre”

y que, cazurro y ladino, como lo era Fernando el Católico, había tratado de burlar a las gentes del Almirante participando activamente con los suyos en el incendio de la Fortaleza que Colón dejó a sus espaldas al marcharse a la Península.

¿Qué de dónde sacamos esto? Pues por referencias del sevillano doctor Chanca que acompañó a Colón en su segundo viaje y cuya “Carta Descriptiva” puede encontrarse sintetizada, por Salvador de Madariaga, en su “Vida del muy magnífico Señor Don Cristóbal Colón”.

Resulta si damos crédito al perspicaz galeno andaluz, que tras tocar tierras el Almirante y los suyos y enterarse de que habían dado muerte a la guarnición de “La Navidad” y haberle luego puesto fuego, Guacanagarix, no se presentó al Jefe de los blancos. Envió, simplemente mensaje al barco indicando que estaba enfermo y herido a causa de las incendiarias incursiones de Caonabo y Mairení.

Colón, usando de una insólita cortesía, lo visitó y le ofreció para remediar sus males, los servicios médicos de sus facultativos. El doctor Chanca lo atrajo hasta la luz y entre él y el cirujano, no deshicieron los vendajes de la piernas que se decía lastimada y —aquí van las palabras textuales de Chanca— “No tenía más mal en aquella pierna que en la otra, aunque él hacía del raposo que le dolía mucho”.

Para no prolongar la historia: Preguntemos: ¿Quién engañó a quién?

Atentamente,

P. R. Thompson

## LE PARECE MALO EDITORIAL

29 de enero de 1972

Señor Director:

No puedo disimularle que su Editorial de hoy, tal vez debido a su enjuto esquematismo —cuestión de estilo—, me ha desconcertado un tanto, me ha producido la ingrata sensación de que se aspira a crearnos la ilusoria convicción de que nuestra economía marcha a pasos triunfales, de que ya somos dueños de un futuro venturoso y de que podemos reposar, a piernas sueltas, sobre los fragantes laureles de una definitiva victoria.

Son las importaciones, como es sabido, las fuentes más copiosas —entre otros varios menudos afluentes— de las que que nutren nuestro presupuesto. Y si esas importaciones se contraen, en su mayor cantidad, a bienes de consumo y no a bienes de capital, a bienes productores de riquezas —que por las exoneraciones casi no dejan nada al Fisco—, desciende vertiginosamente nuestra balanza de pagos, se estancan o suben las cobranzas atrasadas, que es lo mismo que anublar o ennegrecer el próximo futuro.

No se aumenta la producción ni crece la productividad, por otra parte, si lo que se recauda se destina a infecundas obras de oropel, de relumbrón, con las cuales parece que se pretende sobornar nuestra admiración, mientras los campos están a la espera de la semilla mejorada, del protector insecticida, del abono, de la asidua ayuda técnica que aumenten las riquezas de sus cosechas, ahorren al agricultor energías y nos pinten en las pupilas la bucólica estampa de la vacada que trisca pastos jugosos, prometiendo carne, leche y sus derivados.

Y que no se haga el florido y retórico recuento de lo que

en este sector se está haciendo —Taveras, con préstamos; Valdesia; Canal Temporero— que ello significa, únicamente que pudiendo realizarse más, sólo se ha verificado algo y que elevadas sumas de los recursos fiscales han mojado arena, arena, eterno símil de la máxima esterilidad.

Cabe preguntarse, además: el crecimiento del producto nacional bruto, el engañoso per cápita de doscientos cincuenta y cinco pesos, ¿ha ido en verdad a elevar el nivel de vida de la mayoría o se ha reconcentrado, como las aguas, en una acequia, en las mismas manos privilegiadas de siempre, siendo así el grupito de ricos más ricos con el paso del tiempo y los millares de míseros, más miserables todos los días?

Es cierto que usted discierne ajustadamente entre el P.N.B. y el auténtico desarrollo. Y ahí es donde está el tuétano sociológico de una economía no divorciada de lo humano: se han desarrollado en múltiples formas los ya desarrollados, los que se deleitan a su gusto con los refinamientos de una “sociedad de consumo”, pero, se han subdesarrollado más, retrogradando, en virtud inclusive de la explosión demográfica, los que apenas alcanzan salarios de angustiosa subsistencia.

Nuestra excesiva y obligada dependencia del ingreso anual de las importaciones, si se mira como a un fin y no como a un medio, es un freno para el desenvolvimiento económico y social y constituye, en última instancia, un fértil semillero de insatisfacciones y de descontentos.

Y si aplaudimos los crecimientos desnudamente económicos —y está bien aplaudirlos, porque de ahí hay que partir no debemos dejar de insistir, de enfatizar, para bien de todos, oportuna e importunamente, en la adquisición de bienes de capital y en que las inversiones públicas se encaminen, en toda la cantidad ahorrable y posible, hacia los surcos, hacia los ríos, hacia los bohíos, bajo el bienhechor padrinazgo de la ciencia aplicada.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## REPARTO DE BENEFICIOS

4 de febrero de 1972

Señor Director:

La tolvanera que ha levantado el anteproyecto de ley, confeccionado por los empresarios, para fijar el monto legal del porcentaje que ha de distribuirse, de los beneficios obtenidos, entre patronos y obreros, demuestra, por una parte, que el sentido de la responsabilidad social va despertando en algunos sectores; y, por la otra, que aún existen reductos donde toda siembra ha dado estériles resultados como si se hubiese tirado el germen sobre impermeable terreno berroqueño.

Crear que de las utilidades de una inversión de un millón de pesos, valoradas en cien mil, el empresario y los suyos percibirán ochenta mil y se les entregarán dos mil a los obreros —suma que, entre paréntesis, los capitalistas deducirán de su pago a la Renta—, es dar un salto hacia atrás, hacia las peores épocas del liberalismo manchesteriano, tan severamente condenado por el espíritu de justicia, por el sentimiento de equidad y por la historia.

Frente a designios y comportamientos de esta extraña naturaleza, en que el propósito de lucro desmedido sobrepasa al más elemental buen sentido, le viene a uno a la memoria, con todo su conmovedor patetismo, la parábola Evangélica del infeliz y femélico Lázaro y del rico Epu-lón, ebrio, hasta reventar, de suntuoso y opulento bienestar.

El trabajo es una digna actividad humana. Ni se compra ni se vende como una vil mercancía. Y el obrero, que con el despliegue de su energía no sólo ennoblece la materia, sino

que también, con su empeño y destreza, encarna en el producto valores que realzan su precio en el mercado, merece remuneraciones que le permitan vivir, a él y a los suyos, con dignidad y con decoro propio de personas.

Lo grave de las situaciones en que se expolia a mansalva al trabajador —olvidándose que el trabajo es un factor esencial de la producción— es que quienes verifican los escamoteos no echan de ver que cavan, inconscientemente, su propio sepulcro y le abren también la tumba a innumerables inocentes.

Porque no toda la comunidad comparte su criterio de que el móvil exclusivo y el motor único de la economía es la ganancia, el beneficio, el solo beneficio.

Es de subrayarse que al esborzarse el ante-proyecto en cuestión, no estuvo presente nadie procedente de la clase laboral. Aun, pues, el clima en que se forjó el documento está revestido del aire sigiloso de una conjuración.

De una conjuración en que se aspiraba, dándose tal vez una sensación equivocada, a tener como cómplice al Estado. Digo que tiene el aire, la apariencia. No lo afirmo.

Debió, por tanto, para disiparse estas posibles malignas sospechas, llamarse a diálogo a algún representante de la clase laboral cuyos vitales intereses estaban también en juego.

Para substanciar el anteproyecto, se afirma que en Venezuela, como testimonio de avance, rigen iguales normas. No es así.

La situación de los asalariados en el país de Bolívar, por el momento, puede calificarse de fluente, como quiera que está en vías de cuidadosa revisión. Se distingue, allí, entre las empresas del Estado y las del sector privado y es el pacto colectivo la institución jurídica más en uso.

En un régimen que presida Rafael Caldera, afamado experto en Derecho de Trabajo, nutrido en los postulados de la "Populorum Progressio", no podría florecer y tener negra vida un sistema de reparto de beneficios de esa índole que si a algún modelo copia es al de la fábula del león, que toma para sí la mayor parte, simplemente porque era león: "Quia nómior leo".

En fin, se informa que los progenitores del anteproyecto,

redactan un memorial expositivo para brindar las razones en que sustentan sus proposiciones.

Es justo oírlos. Hay que escuchar sus argumentos.

El diálogo sigue siendo el único procedimiento civilizado y humano para que las gentes de criterios antagónicos se entiendan y encuentren planos de armonía en que se resuelvan los intereses encontrados.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## REFLEXIONES ECONOMICAS

7 de febrero de 1972

Señor Director:

Desechado por muchos, a cuanto parece, el ante-proyecto de ley presentado por los hombres de empresas encaminado a regular jurídicamente el reparto de las utilidades, en virtud de las proposiciones editoriales, tanto del "Listín Diaro" como de "EL CARIBE", en este día, el problema obrero-patronal se coloca en nuevas perspectivas y se somete a consideración bajo otras inéditas luces.

Ahora, si es que he asimilado con justeza la posición de ambos periódicos, el asunto se contrae a la afirmación de que, para fines de desarrollo, lo más provechoso es estimular la reinversión de beneficios.

Esto determinaría, a modo de generación espontánea, nuevos empleos, absorbiendo a la carrera los innumerables ciudadanos inactivos que pululan por nuestras calles, plazas, campos y suburbios, a semejanza de los pájaros que giran en el firmamento sin rumbo, sin orden ni concierto, en busca desesperada de alpiste.

Se estima que con esta medida expansiva, y con la formulación de pactos colectivos, se disiparía de antemano a las mil maravillas todo tipo de eventual conflicto laboral. Y aquí paz, y en el cielo gloria.

Tengo mis temores —y ya me voy desabrochando el pecho para expresarlos— de que la cosa no sea tan sencilla, de que, aun con la salomónica sugerida, no prosiga, bajo la rosada epidermis, la acción corrosiva del cáncer.

En primer término, si se deja intocada la relación entre el patrón y el asalariado, el patrono, al colocar sus ganancias



en nuevos proyectos, aumenta a todas luces su patrimonio, sin que crezcan un ápice los exiguos haberes de los trabajadores.

Habrà, obviamente, más operarios al servicio del capitalista, pero no se habrá levantado el nivel de vida del asalariado que se mueve, igual que el áspid, a ras de tierra.

Por consiguiente, —inferencia bien lógica— subirá el PNB, más no experimentará ensanchamiento la distribución global de los ingresos.

Dicho en más breves giros: de desarrollo nada, absolutamente nada.

No es escaso el número de los especialistas, como Shumpter, en su última modalidad, y Celso Furtado, en su reciente “Teoría y Política del Desarrollo Económico”, que nos advierten que el desarrollo se produce mediante el aumento de la productividad al nivel del conjunto económico completo, no sólo del patrono, lo cual implica cambios de estructuras.

El economista brasileño, hoy profesor de la Sorbona, agrega:

“Los cambios de estructura son alteraciones de las relaciones y proporciones internas del sistema económico cuya causa básica son los cambios en la forma de producción, pero que solamente se concretan en los términos de distribución y utilización del ingreso”.

Aún, pues, en una situación keynesiana de pleno empleo, vivos y vigentes han de seguir los postulados que reclaman niveles de equidad entre la maximación de los beneficios y las partes que han de corresponder al patrono y al asalariado.

Haciendo tangible con unas cuantas preguntas el arduo problema, quien reinvierte sus lucros, lucros obtenidos en una empresa, y los siembra en otra industria, ¿es o no es más rico? El recién empleado, ayer sin trabajo, por ese hecho, si la situación salarial permanece estacionaria, ¿deja, por eso, de percibir un injusto salario de subsistencia?

Por otro lado, la muy socorrida idea de que quien, entre nosotros, disfruta de un trabajo es un privilegiado frente a las muchedumbres paralizadas, descansa en muy fragil base; el derecho al trabajo es eso, un derecho, no una concesión graciosa, gratuita y magnánima. La sociedad entera está en deuda con el mísero desempleado.

No se olvide que fue una situación análoga —el exceso de la oferta de mano de obra— la que dio origen, al promediar el siglo pasado, a la elaboración y auge de la crítica marxista al sistema económico liberal. De ahí que, con sugestiva malicia, el autor de “El Capital” hablase “del ejército de reserva”.

Por lo que mira al pacto colectivo —que reposa en la teoría kantiana de la autonomía de la voluntad— es sin dudas eficaz y positivo, allí donde las agrupaciones gremiales son robustas y vigorosas, porque forman, como lo expresa John Kenneth Galbraith, un fuerte poder moderador. Y esto hay que tenerlo bien en cuenta.

Es preciso tener también presente que no siempre los líderes sindicales se mueven en favor de los intereses obreros, sino que más bien cultivan los suyos propios, o por razones políticas o por motivos de otra índole.

Conviene, por fin, que no nos dejemos engañar por la actitud conformista, creada por fuerzas de las circunstancias, que a veces presentan las clases laborales.

Bajo ese aparente conformismo, que estimulan por lo bajo los militantes de teorías disociadoras, palpita una rabia sorda, una rabia que nos recuerda a Níobe a quien la mitología pinta convertida en piedra, pero exhalando todavía sus calientes lágrimas.

En resumen, sigamos dialogando, sin cóleras ni amenazas, hasta que, como frutos de coloquios cordiales, acertemos a encontrar fórmulas justas, creadoras de una paz y de una satisfacción unánimes.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## MAS REFLEXIONES ECONOMICAS

9 de febrero de 1972

Señor Director:

No creo que rinda un positivo servicio al bien común quien, dueño de facultades egregias y de cultura varia —como lo es sin duda Rafael Herrera— hurte el cuerpo a problemas públicos acogiéndose a la castiza y desdeñosa frase que reza: “Allá se las avenga él con su opinión...”

Ni el Director del “Listín Diario”, ni el Director de “EL CARIBE” cultivan el frío escapismo y brillan ambos en el ejercicio de su delicada profesión por un alto sentido de la responsabilidad y por guardar ese ejemplar comportamiento que revela inequívocamente que “tienen el coraje de sus convicciones”.

El esclarecimiento que hoy ha ofrecido a mis observaciones en la columna editorial de su periódico, pone también de manifiesto que Rafael Herrera es maestro, además, en el arte de hilar delgado y que, al confrontar reparos a sus criterios, no vacila en pulirlos y presentarlos desde nuevos ángulos y nuevas luces.

Al acrisolar de esta manera su pensamiento doctrinal y técnico nos lleva como de la mano a estar de acuerdo con él, con lo cual sale ganando la idea y quienes de la idea, ya pulcramente iluminada, van a derivar suntuosos provechos.

Si se trata, por tanto, —ya descendiendo al núcleo de la cuestión— de reinvertir beneficios para la creación, mediante impuesto, de un Fondo de Desarrollo Industrial, orientado a combatir el desempleo sin desatener a otros reclamos y dimensiones de la justicia social, la discrepancia entre nosotros

sería puramente verbal y ostentaría puntos y ribetes de bizantina.

Quedarían, desde luego, algunos puntillos por atildar. Así, por ejemplo, cabría recordar que el derecho al trabajo, por el mismo hecho de ser derecho, aunque tenga sus raíces en la moral, trasciende a la moral y salta y se coloca cómodamente entre las prerrogativas humanas que las Naciones Unidas han hecho figurar en su resabida "Declaración Universal".

Por donde se infiere que ese derecho es, o puede ser, objeto de estudio lo mismo del jurista que del teólogo, igual del sociólogo que del azotacalles desempleado, quien es, además, objeto y sujeto, a la vez, de ese derecho, según que lo disfrute o no tenga abierta oportunidad para el ejercicio de esa facultad.

Poco más o menos esto es lo que viene a expresar Berdiaev cuando dice: "Si yo tengo hambre, es un hecho físico; pero si mi hermano tiene hambre, ya eso es un hecho moral, un hecho humano".

Cabría también afinar el concepto acerca de si el desempleo es causa o efecto del subdesarrollo.

Paradójica cuestión de la cual podría decirse que es ambas cosas a la vez. Para resolver, por consiguiente, ese apretado dilema —somos subdesarrollados porque carecemos de empleos porque somos subdesarrollados— habría que ir en busca de un conjunto de circunstancias felices y no sólo de abrir fuentes de trabajo.

Sin buscar remedios eficaces, pongo por caso, a la creciente explosión demográfica, sin conjurar esa revolución biológica, la apertura, únicamente, de fuentes de trabajo vendría a ser el equivalente en un tonel sin fondo en que se perderían los esfuerzos y los recursos.

En cuanto a las utilidades de las empresas y su final destino —todo a las manos de unos pocos y nada o casi nada a las manos de los más— me parece que podríamos sacar ventaja de la corriente actual imperante en el Partido Laborista inglés, estudiada por Yves de Gálvez, en un enjundioso y exhaustivo ensayo en que acentúa que esa agrupación política del Reino Unido no insiste ya tanto en la posesión común de los bienes de producción cuanto en la equitativa distribución de los ingresos, que les abran perspectivas a los mismos obreros

de convertirse, con sus ahorros, en inversionistas.

Pero, conforme decía, son estos puntillos, de aparente poca monta y ciertamente más propios de sociedades altamente industrializadas.

Recapitulando: estamos de acuerdo con el Fondo de Desarrollo Industrial como quiera que también se está de acuerdo con nosotros que ello no sería un substitutivo del justo salario, de humanas y decorosas condiciones de trabajo.

No quiero cerrar sin aprovechar la ocasión para expresar, asimismo, que comparto, en términos generales, el parecer del señor Alberto Jana Tactuc respecto a la construcción de viviendas para los obreros en la exposición que ha presentado hoy a la opinión pública dominicana.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## NEGOCIAR APOYO

11 de febrero de 1972

Señor Director:

Las gentes de San Pedro de Macorís andan lanzando gritos de angustia, gritos encendidos que les queman los labios. La ciudad se les muere, dicen. Entre los estertores de la agonía piden ayuda y caen sus súplicas en oídos sordos. Se está trocando en proverbio, según refieren, el llamarla, con acento fúnebre, "Cementerio de Vivos".

Las casas, abatidas por el tiempo y la incuria, se postran, como hombres frágiles que doblan las rodillas antes de rendir el último aliento. No tienen ni siquiera, la belleza melancólica, otoñal, que acompaña a la soberana majestad de las ruinas.

Cuna de poetas, no tiene ya poesía. Madre de febriles comerciantes —fue pueblo de tenderos como Inglaterra—, de prósperos empresarios de empuje, carece, al día, de comercio remunerador y no se vislumbra al pisar sus umbrales ni una sola columna de humo que anuncie y testimonie la fecunda presencia de una fábrica.

Yermos están hoy, lacios y marchitos, los campos que la ceñían donde la tierna floración de las chinescas hortalizas constituían un regalo para sus ojos.

Armando Oscar Pacheco, vecino del parque "Duarte", escribió un inspirado libro de sugestivos y patéticos versos. Le puso por título, en lírico latín: "Derelicta". Título que puesto en cristiano quiere decir: la abandonada. Eso es Macorís.

Esta "sultana" venida a menos ya no evoca, como en otros espléndidos días, los gozosos, coloridos lienzos orientales de

Eugene Delacroix. Al presente, por sus calles, sus plazas y sus cañas se mueve fatídico el espectro del hambre y, dejando de ser la atractiva estampa de una opulenta señora de palacio, se ha convertido en la viva imagen de una mujer que lo único que ha podido conservar en su desdicha es la altiva dignidad del pudor.

Es pueblo infortunado. Pide establecer un centro pesquero y su solicitud se pierde en el vacío. Aspira a que en sus dominios surja una refinería de petróleo y esta se levanta en Haina. Delira con una fábrica de cemento y la empresa será construida en Barahona.

¿Estará azarado, embrujado, tocado de algún maleficio ese pueblo?

Es cierto que en una de esas desatinadas inversiones estéticas oficiales se le ha regalado una avenida y un costoso hotel con vista al mar. Pero, ¿quién se nutre de paisajes y de aires yodados?

El puente, que en breve enlazará a Macorís con la Capital, si no se queda más que en eso, en puente, servirá sólo para hacer más corto y fácil el camino que conduce a contemplar a la “Ciudad Fantasma”.

“Ciudad Fantasma” que tendremos máximo cuidado en no colocar en el itinerario del turista para ahorrarnos de antemano vivos sonrojos: los Gobiernos, como es bien sabido, ponen siempre sumo empeño en ocultar a los ojos extraños las miserias que los pueblos padecen.

No importa el matiz folklórico de sus “guloyas” y del sabor incitante de su pascual “guababery”: ambos serán trasladados a Santo Domingo para exhibirlos en un más pulcro y ameno escenario.

Los economistas, los planificadores, los sociólogos y demás señores amos del saber, los que diseñan las estrategias del desarrollo andan ahora comprometidos en el empeño de poner de relieve la “racionalidad de una política de desarrollo regional polarizado”.

En sus consideraciones, como nervio y núcleo de su pensamiento, sólo tienen en cuenta en sus proyectos a la Capital, a Santiago y a Puerto Plata. Macorís siempre queda fuera. Si se está muriendo que se acabe de morir, parece ser la convicción reinante.

Mé voy a tomar la licencia de darle una puntica, una “oreja” a mis compueblanos.

Ya está en franca marcha triunfal “La Cruzada del Amor”. Su objetivo se cifra en congregar voluntades, por la vía afectiva y por procedimientos paternalistas, con miras a eventuales elecciones futuras.

Será un movimiento análogo al que desató con ruidoso buen éxito Evita, en la Argentina, para granjearle a su esposo la buena pro de los “descamisados”.

Ahora bien, en países como el nuestro, según es bien sabido, los votos se negocian, no se regalan. Forman un contrato innominado, de doy para que me des: do ut des.

Que no se adelante Macorís, como en otras oportunidades, con oficiosidades estériles a llamar a sus “Jinetes del Este”, a sus labriegos de potreros y de cañaverales, madrugando en proponer candidatos para cuando llegue la hora de ejercer el derecho de sufragio.

Macorís debe negociar su apoyo. No es que trafique con su conciencia y su miseria. Es que defienda su derecho a vivir a la par con las demás comunidades dominicanas.

Lo que debe es formar grupos de presión, al amparo de la ley, para lograr cumplimiento de la justicia distributiva.

Vamos a ver. Recordemos: no hay peor diligencia que la que no se hace.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## APUNTAN MEJORES DIAS

14 de febrero de 1972

Señor Director:

Hay cierta punta de fina ironía en la pregunta con que usted concluye su editorial del sábado en que reclama que se ponga pronto remedio a la alarmante situación que está creando la casi absoluta carencia de agua.

La aparentemente ingenua interrogación es esta: ¿Quién pondrá coto a los malestares que está causando y a las desdichas que puede engendrar la falta del vital líquido?

La tenue, la casi imperceptible gracia pícaro de la azorada pregunta —que se niega a ser sarcasmo— reside en que no hay un solo muchacho de escuela secundaria, si es que ese muchacho estudia, que ignore la cabal respuesta.

La sugeridora reticencia, el sobreentendido de su breve e incisivo editorial, está llamado a recordar —y bien lo saben los normalistas— que los más elementales postulados sociológicos nos han convencido de que, en las comunidades jerarquizadas, donde reina una racional disciplina, si las sociedades secundarias o intermedias no pueden alcanzar sus fines, en virtud del principio de “subsidiariedad”, es al organismo superior al cual le incumbe suplir las deficiencias a fin de satisfacer las demandas urgentes del bien común.

En la especie, —para hurtarle el dicho a los abogados— si el Municipio Capitaleño, sean cuales sean los motivos, se declara radicalmente impotente para conjurar los males de todo tipo que, como un obligado cortejo fúnebre, trae consigo la ausencia de agua, es sobre el Estado, encarnado en la máxima autoridad, sobre quien gravita a plomo la responsabilidad de subsanar la desventura y conflictiva situación.

Lo que sorprende es que los superiores administradores de la cosa pública no se hayan apresurado ya, a toda carrera, a mejorar y a hacer más efectivos los servicios que ha de rendir el acueducto capitaleño.

Comprendo que esa medida, por estar desprovista de ornamentos decorativos, de festones florales que no se ven, no va a producir el mismo emotivo efecto escénico que los jardines que Le Notre diseñó para Versalles, o aquellos con que, a la manera italiana, Sebastianini engalanó el Palacio de Oriente de Madrid. Pero no se me va a negar que el agua es de primerísima prioridad. Que sin agua y sin sol, todo lo vivo, primero languidece, y después muere.

Lo que más hiere la sensibilidad —me refiero a los que tienen sensibilidad social—, en estado de cosas similares al presente, es que son particularmente los menesterosos los que desfallecen en el seno de la sordidez moral y física de los ghettos barriales los que más sufren y padecen.

Quienes, o por obra de su trabajo o por mercedes de la suerte, disponen de una cisterna no sienten tan agudamente los estragos y los rigores de la carencia del precioso líquido.

No se advierte excesiva preocupación por el infortunio de estas gentes a las cuales no llegan los frutos de la civilización.

Las únicas estaciones de los ciclos históricos en que ese pueblo, sin agua, sin techo, sin ropa, atacado de avitaminosis, se ve enamorado y adulado es el período en que se abren los comicios.

Entonces, es “el soberano”, “la fuente legítima de todo poder”. Es entonces cuando es objeto de todas las promesas y ara de todos los más nobles sacrificios.

Y elecciones van y elecciones vienen, promesas surgen y promesas caen, y ese pueblo, de idiota, vuelve a dar crédito a los engañosos ofrecimientos.

Sigue, ese ingenuo pueblo, creyendo en lo que le pintan, a imitación de la enloquecida de la parábola de Rodó, en eterna espera del desposado, que se ceñía la corona de azahares por la mañana, y al no llegar el galán al atardecer, se deceñía el traje nupcial, pero le renacía la esperanza con el rayar del alba, y volvía a colocarse en las sienes la diadema de novia, curándose la desilusión de ayer con el estallido de una nueva

delirante fantasía.

Pero no hay que abatirse. No hay que amilanarse.

Ahora, la "Cruzada por Amor" asumirá la defensa de los desatendidos y de los derechos, a veces conculcados, de los tristes desheredados de la fortuna.

Obligará, en su misión redentora, a los que están en puestos de decisión inapelable, a guardar, en beneficio del bienestar general, las prioridades; a construir, primero lo absolutamente indispensable, y luego, si alcanza, lo que es de lujo y confort.

No se contentará esa flamante institución benéfica con enumerar, gráfica y verbalmente, en lujosa y arrolladora propaganda, "lo que se ha hecho y lo que se está haciendo". Valiente, expresará, de frente y a cara descubierta, lo que se ha dejado de hacer, lo que se ha omitido y lo que, sin necesidad y con dispendio y cuantiosos recursos, se ha destruido y deshecho.

¡Arriba el ánimo que ya apuntan mejores ideas! Para eso se ha creado "la Cruzada de Amor".

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## JUSTICIA Y CARIDAD

15 de febrero de 1972

Señor Director:

A despecho de la profusa, de la ubérrima siembra doctrinal que desde el promediar del siglo pasado se ha venido haciendo —inclusive en solemnes documentos eclesiales— para que se discierna con esmero entre justicia y caridad, aún existen ciertos sectores, que disfrutan de prestigio social y político, que no distinguen ambos términos y los toman como expresiones de un mismo concepto.

Si la justicia y la caridad son gemelas, hijas de un idéntico agosto Padre, si se complementan, no por eso se confunden y equivocan.

La justicia paga lo que debe. Da a cada uno lo suyo. Por ejemplo, al obrero lo que es del obrero y al patrono lo que es del patrono. La caridad, inspirándose en móviles sobrehumanos, otorga de lo que atesora sin estar ligada por obligación jurídica de ninguna índole.

La caridad es obra de la fe vivida, encarnada y comprometida. La justicia es eflorescencia de la ley natural a cuyo imperio surge el postulado de que nadie puede poseer bienes en excesos y en términos exclusivos, dejando morir a otros de hambre y de inedia. A esos otros que, con su trabajo, si lo tienen, concurren a proveer a la sociedad de bienes y de servicios y a crear con su labor riqueza pública.

Es más, la caridad no se agota con la dávida, con la limosna que se le pone en la palma de la mano al rapazuelo que exclama: ¡“Déme algo, señor”!

Si bajo el gesto benéfico palpita y fermenta una motivación política o una estéril complacencia vanidosa, deja de ser

caridad y se convierte o en demagogia interesada e incordial o en exhibicionismo trivial.

La caridad, limpia de escorias y de lacras, de lunares y de manchas, ve dibujada, en la imagen del menesteroso, el vivo retrato de Dios.

Es en este marco donde pueden entenderse los tres afamados versos de Fancis Thompson —que he evocado en otra ocasión— en su célebre “The Hound of Heaven”:

“He buscado mi alma, pero no pude verla.

He buscado a mi Dios, más no lo encontré.

He buscado a mi hermano y me hallé con los tres”.

Las caridades públicas, tal y como las han venido entendiendo ciertos círculos politizados, no pueden tomarse como substitutivos, ni como paliativos de los severos dictados de la justicia social.

Ni pueden pretender suplantar al Estado, desligando a éste de su insoslayable misión de imponer y ejecutar, verbigracia, una Reforma Agraria genuina, una distribución equitativa de los ingresos nacionales, un religioso respeto a las fundamentales prerrogativas del hombre.

Debemos admirar, en cambio, a aquellas instituciones, como “Milagro de la Caridad”, el “Instituto para la Rehabilitación”, la “Orientación para la Joven”, la “Casa de la Providencia”, que se han hecho cargo magnánimamente de obligaciones que, en estricto rigor, corresponderían a las instituciones oficiales que han hecho dejación de sus deberes.

Existiendo ya, pues, fundaciones como las mencionadas, que a veces escasean de recursos, ¿a qué propósito obedece la creación de —por el momento— nuevas organizaciones con aires de filantrópicas que van a mermar las ayudas que ahora se ofrecen a esos humanitarios establecimientos, comoquiera que los que al presente los auxilian dejarán de ayudarlos si, por otro lado, se les va a solicitar aportes?

No es, por tanto, que estemos contra nada ni contra nadie.

Me inclino, lisa y llanamente, a los reclamos del bien común.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## EL GOLPE DE ECUADOR

17 de febrero de 1972

Señor Director:

Emitir un juicio de valor sobre al caída de Velasco Ibarra, tan prematuramente, tan desde lejos, y disponiendo de informaciones fragmentarias no despojadas de pasión banderiza, es precipitarse y toda precipitación traduce inexcusable ligereza de ánimo.

Para apreciar en toda su integridad una situación política, se precisa participar del clima social en que se desenvuelve y desarrolla la fluyente historia.

Es penetrando de puntillas, con espíritu despierto, en esa atmósfera, como se descubren los duendecillos malignos que se mueven en la sombra, las ocultas raíces psicológicas de donde brotan los hechos, y es ahí donde, por fin, los avisados vislumbran y olfatean, inclusive, los epílogos de los acontecimientos más dramáticos.

Por lo que sabemos, Velasco Ibarra figurará en todas las antologías del sabroso anecdotario político americano, antologías en que las tiradas del buen humor harán chispear de gracia muchas páginas amenas. De cinco veces en el poder, cuatro ha caído, con la rápida fulguración del relampago.

Lo dio todo, al prestigio de su cultura, que es copiosa y exquisitiva, y a su capacidad oratoria, que es torrencial y persuasiva.

Creyó, como si viviera en la época de Castelar, en el éxito permanente de la elocuencia tribunicia, en razón de la esencia estética y emocional de las cláusulas armoniosas que ejercen influencias que subyugan las masas a la voluntad del retórico de raza.

Con estas convicciones trasnochadas, y contando con la pereza gregaria del pueblo, no era difícil que rodara, tal vez inconscientemente, por la resbaladiza pendiente de la demagogia.

Acaso estimó que el pueblo siempre debería escucharlo a él, pero que él no tenía por qué oír al pueblo.

Si estoy en lo seguro, si las premisas asentadas son ciertas, me parece que la primera enseñanza que debemos derivar del derrocamiento de Velasco Ibarra es que no conviene sistemáticamente hacer oídos sordos, oídos de mercader, a los reclamos de la comunidad.

Se me dirá que no fue el pueblo, sino las Fuerzas Armadas las que dieron al traste con el legalmente constituido gobierno ecuatoriano.

Bien. El riesgo reside puntualmente en permitir que sean los institutos castrenses los que se truequen en portavoces y heraldos de las aspiraciones populares.

¿Qué motivaciones determinaron a los militares a dar en la República de Sucre el cuartelazo que es un insulto y agravio a la democracia?

Según sus protagonistas, son éstas:

—Que se quisiera anular la legítima aspiración a la Primera Magistratura del Estado a un candidato, a Bucaram, de estirpe oriental;

—El deseo de subordinar el interés colectivo al demesurado interés individual de un puñado de ambiciosos;

—Que se hubiese permanecido en el poder sin un elaborado programa científico de desarrollo.

—La rampante corrupción administrativa.

El borrar estas lacras, el desterrar estos vicios políticos y sociales de los países, forma el anhelo máximo, el supremo deseo de los pueblos. Por ello, se sacuden y agitan, y sueñan con nuevas estructuras de vida colectiva que los extraiga de su deprimente situación de ciudadanos de segunda categoría.

No juraría, válgame Dios, ni metería la mano en el fuego, para garantizar que todas estas desapacibles circunstancias imperasen en Ecuador. Pero si no son verdaderas, son verosímiles. “Se non son vere, son ben trovate”, como reza el adagio italiano.

De todo esto concluyo que debemos meditar en los

vertiginosos acontecimientos ocurridos en la patria de Montalvo.

Es bueno siempre sacar provecho de la experiencia ajena.

Que no permitan los políticos de profesión que, como en el Brasil, los militares los despojen del derecho ciudadano de ser elegidos, so capa de que son logreros, ególatras y demagogos.

Que los gobiernos acaben por persuadirse de que la opinión pública es una fuerza que no se debe menospreciar.

Que los de abajo sepan, por amarga experiencia también, que la fuerza que descansa en las bayonetas puede, en el mejor de los casos, dar pan, pero el pan que da es a precio de la libertad.

Que si en América la democracia va de capa caída es porque los demócratas o los que se proclaman tales han traicionado sus propios postulados, abriéndoles las puertas a dictaduras de uniformes poltizados, a dictaduras que le han tomado a préstamo al "populismo" su hechicero lenguaje demogógico.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## ESPERANZAS

21 de febrero de 1972

Señor Director:

Las más sólidas esperanzas de progresos y mejoras colectivas en este país, hoy por hoy, quiéranlo o no lo quieran los justamente angustiados por la impaciencia, hay que hacerlas reposar en el hecho, cada día más palpable, de que los designios de transformaciones substanciales se abren camino, agrietan y minan los más inexpugnables bastiones del arcaico conservadurismo y florecen allí donde tiene precisamente su asiento la fuerza motriz, que está en condiciones de remodelar los sentimientos y de dar nuevas formas de vida a la sociedad, porque encierra en el puño de su mano el poder y los recursos de decisión.

La historia no sabe de cambios que no hayan sido operados por núcleos de escogidos, inflamados al rojo vivo por el calor de altos grados que irradian las ideas vigorosas y justas.

Doce fueron los apóstoles, los que crearon la "Edad Cristiana", primavera de la humanidad. No pasaron de siete, a partir de Petrarca, los humanistas que sembraron las simientes que tuvieron por flor exquisita al Renacimiento con el origen de una nueva formidable clase que dio el golpe definitivo a un sistema social que reposaba en el sudor y la sumisión del siervo de la gleba.

Montesquieu y Rousseau forman las dos chispas que el viento de la historia recoge en su seno sin apagarlas, avivándolas, y las traslada hasta provocar el sublime incendio —sublime en cuanto a la proclamación de los derechos del hombre— al cual se dio por nombre "Revolución Francesa".

Y si no ando equivocado el propio Lenín, maestro insupe-

tasmas que se aprovechan del estado de miseria en que viven las personas del sector marginado, y le ofrecen su ayuda, pero que una vez alcanzado su fin, ya sea económico o político, desaparecen traumatizando psicológicamente tanto al que contribuye como al que recibe el beneficio”.

Doña Fidelina, que no es una marginada, demuestra, con estas expresiones, que en su cabeza la justicia social no se equivoca con la caridad y la limosna, y que servirse de la miseria ajena para hacer política prostituye la nobleza de las ideas y estropea las almas.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## OPINION PUBLICA

23 de febrero de 1972

Señor Director:

Son incalculables los beneficios que nos perdemos y muchos los sinsabores que nos ahorraríamos si prestásemos comprensiva y operante atención a las sugerencias que brotan espontáneas del seno de la comunidad.

No hay que estar dotados de alientos geniales —bastarían las expresiones de Perogrullo— para advertir que, en más de una ocasión, es el metódico desdén por el sentir común el único responsable de que las tensiones sociales cobren violencias de huracán.

Si se hubiera escuchado, por ejemplo, la unánime voz que desde tiempo atrás aconsejaba una asociación de esfuerzos entre los varios organismos consagrados, por definición, a suministrar agua potable a la ciudad, no cabe duda de que la peligrosa crisis del vital líquido que hoy nos conturba hubiera sido menos severa y más llevadera y padecible.

Incendios han estallado cuyos estragos han sido más vastos y ruidosos porque a los abnegados bomberos, en esta oportunidad portavoces del interés social, se les ha desatendido en sus apremiantes reclamos de mejoras y de más eficaces y modernos equipos de extinción.

¡Cuántas desdichas se hubiesen conjurado tempestivamente, por sistemas de prevención, si a la Avenida de Las Américas, como en plurales gritos se requería, se le hubiesen practicado las rectificaciones indispensables para evitar los dramáticos infortunios!

Si la opinión pública fuera aquí una real fuerza y no un vano vocerío, ¿habría ocurrido el descalabro de la Nebraska?

¿Habrían, acaso, dos hoteles del Estado defraudado a cuantiosos intereses del país, atajándole, además, bruscamente el paso a la inicial y tímida corriente turística?

Quienes abogan —monologando en el desierto— por una economía orientada hacia la inversión remuneradora, que acrecentase la producción y la productividad, se inspiraban —y se inspiran— en el anhelo bien meditado de impedir que se aproximase a la bancarrota nuestra balanza de pagos, de cortar en ciernes la espiral de la inflación que hoy nos aflige con un alto costo de la vida que ahoga como un dogal a los sectores de escasos recursos. No se les ha tenido en cuenta y ahora recogemos los epílogos del menosprecio.

Las desagradables consecuencias que se han derivado de este olímpico no tener en cuenta los reclamos de la mayoría, que forman consensus, las hemos tenido constantemente a la vista: o los públicos poderes se han tirado a la calle, empleando formas drásticas y opresivas de reacción, o han tenido que capitular, con desmedro del principio de autoridad, cosas ambas que pudieron haberse soslayado.

Y es bien obvio, sin que se requieran ulteriores esclarecimientos, que si existe un medio de conseguir la fraternidad entre los dominicanos, este no es el unir a los ciudadanos por el terror que infunden los fusiles, sino el de atender al bien común, guardar el respeto a los derechos individuales, enlazar las ideas diferentes por la concordia y las opuestas, por la tolerancia.

Hasta Napoleón, ese amo de las glorias bélicas, tan consciente de su genio, estaba profundamente persuadido de que un régimen debe preocuparse ante todo de auscultar y seguir las indicaciones de la opinión nacional.

Hablando como estadista, decía: “Para ser justo no basta con hacer el bien; es necesario, además, que los gobernados estén convencidos de ello. La fuerza se funda en el asentimiento de la opinión pública. Un gobierno no es nada, cuando falta el sostén cordial de la opinión”.

¡Qué de útiles y valiosas colaboraciones se pierde un régimen —colaboración que no le prestan sus lisonjeros apologistas— cuando se cierra a cal y canto dentro de un grupo, se en-

castilla en sí mismo y recibe con ánimo hostil y enfadado toda indicación de los disidentes y al autocreerse infalible, oráculo indefectible del acierto político, desestima los mensajes y las comedidas críticas de los que no se sientan a su mesa o de los que de su mesa engruesan a pasto.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## MACORIS DEL MAR

25 de febrero de 1972

Señor Director:

Nosotros los del Oriente próximo del país, por más que queramos, no podemos despojarnos del todo de la vena lírica que riega, mansa, nuestra sensible y sosegada naturaleza.

Ahora, a imitación de los franceses que poetizan sus ciudades y aldeas provincianas bautizándolas con los nombres musicales de los ríos a cuyas riberas se levantan, nos hemos decidido a apellidar a nuestra patria chica, “Macorís del Mar”, para que rivalice, al menos, en gracia gentilicia con Santillana, esa española joyita de piedra que formó las delicias del purista Ricardo León.

No se crea, sin embargo, que sólo servimos, como artífice minuciosos, para labrar finos madrigales, para tejer himnos a la tricolor bandera que brilla linda en el tope, para formular sociológicas apologías vindicativas del hombre que se mueve afanoso “entre cañas y bueyes”.

La prueba está en que nuestras gentes apenas abandonan decepcionadas las orillas del Higuano, sin desprenderse de sus inclinaciones a la “gaya ciencia”, se convierten en pujantes empresarios, en planificadores sólidos e imaginativos, en comerciantes aventajados, en magistrados de sentenciosa calma, en sesudos financistas que esbozan y ejecutan con rigor científicos presupuestos nacionales.

Una demostración más —esta vez paladina y jugosa— de nuestro temperamento realista, nos la ofrece el discurso del Dr. Fernando Amiama Tió, pronunciado anoche en San Pedro, que hoy alumbra y calienta las columnas de “El Caribe”.

No se extravió el alto disertante en retóricos dibujos: se fue derecho al corazón de los problemas y trazó, guiado por un elevado sentido práctico, metas y medios para la realización de una estrategia de desarrollo zonal sin que faltasen, en la bien coordinada exposición, las indicaciones de las fuentes de financiamiento indispensables al logro de los objetivos señalados.

A la verdad que si en la Sultana del Este se construyese la nueva termoeléctrica, si se abre allí una zona franca, si se asienta una cooperativa pesquera, si se le pone a disfrutar de los empleos de una fábrica de cemento, si en sus campos aledaños bañados por nuevas represas hierve la actividad agrícola procesándose sus frutos en industrias erigidas al pie del campo, si su puerto se trueca en un febril hormiguero de barcos, y si todos estos y otros proyectos se ven nutridos y galvanizados por un financiamiento que provenga de los cincuenta millones que el pueblo de Copito Mendoza hace ingresar a las arcas fiscales, Macorís estaría, como se dice, del otro lado, y su futuro, más que futuro, sería una consolante y positiva realidad.

Puesto que así son las cosas, a fin de que el programa no quede en pura y fugaz quimera, pongamos manos a la obra, cosamos las voluntades a ese común propósito, a esa empresa unánime, y dispongámonos a exigir, con porfiados bríos, que lo ideado, no sea promesa y que la promesa no flote en el vacío.

Porque a estas alturas de los tiempos no podemos los de Macorís llamarnos a engaños.

Lo propuesto, si ha de tener visos de factible, demanda o cambios estructurales en el sentido de reinstaurar la Ley o legislación que consagró una auténtica autonomía económica municipal, o ganarse la buena voluntad y complacencia del Supremo Ejecutivo en cuyas únicas manos reposa el definitivo e inapelable poder de decisión.

Si una de estas dos cosas no se obtiene, ahí seguirá Macorís, reptando a ras de tierra, sin ánimos para tomar vuelo, teniendo a la mala fortuna como eterna compañera.

¡Cuántos programas análogos, de perspectivas grandiosas para levantar y poner a caminar como a Lázaro, a ese abatido pueblo no se han elaborado en el pasado reciente!

Aún vibran, desde los comienzos de diciembre último, entre los murmullos de las olas de "Miramar", los ecos de las Conferencias que bajo patrocinio de la Gobernación de Clubes de Leones dictaron el inteligente Ingeniero Caram, el fino sociólogo Frank Marino Hernández y otros, quienes dijeron las providencias que habrían de tomarse y cómo tomarlas para, como el Profeta Bíblico, dar vida a los muertos que peregrinan en nuestro "Cementerio de vivos".

Que esto es pesimismo fatalista, espíritu negativo, inconstructivo. No, no se crea.

Si los macorisanos hemos erigido el escepticismo en norma de pensar y de vivir, no es porque nos hayamos alimentado con las desanimadoras influencias del sombrío Schopenhauer: son los golpes de la adversidad y los sistemáticos olvidos oficiales los que nos han hecho almas desencantadas, almas al abrigo de todas las desilusiones.

Para conquistarnos no nos han bastado himnos líricos al buey en las fiestas de las cañas. Ni Carducci, el célebre toscano, con su famoso soneto a los ojos mansos y glaucos del buey puede llegar a convencernos de que debemos congratarnos con los quebrantos económicos y sociales que padecemos.

Y por eso mismo hay que demandar, exigir, con la creación de pacíficos grupos de presión, que se nos oiga y se nos atienda.

Debemos emprender nuestra pequeña revolución. Cuando hablo de revolución, no aludo a violencias, ni a banderas rojas, ni pardas, ni negras: hablo de cambios.

Porque si en el mundo no hubiesen existido hombres apasionados por las transformaciones y los cambios, como decía Serrano, el General español, todavía estaríamos adorando al caballo de Calígula.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## ¿SERAN EXPROPIADAS?

29 de febrero de 1972

Señor Director:

Uno de los factores que hacen gloriosas las pre—revoluciones y desastrosas a las revoluciones reside, de ordinario, en que se asciende al poder sin planes concretos y bien concebidos y sin equipo idóneo, ricamente dotado, para llevar a buen término las radicales innovaciones.

Las “revolucioncitas” bolivianas que se suceden unas a otras, como la noche al día, no tienen otra explicación.

Como también a esa misma quiebra y vacío obedecen los duros reveses económicos que ha padecido el régimen cubano, según lo demostró, con fichas estadísticas en la mano, René Dumond.

Si la Revolución Francesa (y lo mismo puede decirse de la Peruana en lo que va de su desarrollo), en cambio, se coronó con éxitos inmediatos, la causa la han atribuido los historiadores al cuidadoso esmero con que fueron elaborados los programas jurídicos y sociales, y que estaban pulidamente forjados en vísperas del 14 de julio, de suerte que las nuevas instituciones suplantaron con ventajas a las arcaicas y podridas.

Traigo al presente estas observaciones, no para ironizar con el vocablo revolución, como ya se ha comenzado a hacer con ocasión del Mensaje del Señor Presidente de la República, sino a fin de que no se nos eche en rostro mañana a quienes propugnamos por cambios estructurales que, si las providencias legislativas sometidas por el Primer Magistrado ayer al Congreso concluyen en una ruidosa bancarrota, parte de la responsabilidad de ese descalabro gravitará sobre nuestros

hombros a causa de nuestra obsesiva insistencia en la urgente necesidad de transformar las formas de vida colectivas imperantes en el país.

Comprendemos, por lo pronto, el por qué del designio de la nacionalización de las tierras arroceras. Esa gramínea es un ingrediente vital en la dieta del pueblo dominicano. Y lo que es vital para un pueblo debe ser substraído, en el contexto de razonables leyes, de las manos de los eventuales logreros y de los posibles explotadores, hábiles en astutas maquinaciones.

Pero, ¿disfruta el régimen que nos preside de un organismo eficaz, regido por funcionarios capaces de tomar a su cargo, con provecho, las faenas que ahora realizan los productores que van a ser desplazados?

El primer riesgo, pues, de esta medida, no se encierra en la ley en sí misma, sino en su ejecución. Teniendo presente, sobre todo, la manera en que se lleva a cabo nuestra Reforma Agraria, tan a la buena de Dios y la propia condición actual de nuestro Estado, tan sin eficiencia, tan indisciplinada, tan desarticulada e inorgánica.

La reforma, cualquier reforma, no constituye un fin en sí misma: es un medio para que los frutos de la producción se redistribuyan, para descentrar la egoísta concentración de la riqueza, no, de cierto, para que se ahogue y mate la iniciativa individual y la producción y la productividad.

La precipitación —casi siempre empujada por afanes de proselitismo político— lleva a presentar programas en flor, y las flores se ajan, se marchitan y los frutos no cuajan.

Que el proyecto a que aludo, por tanto, de la nacionalización de los campos arroceros, incluya un organismo ad hoc que ha destar integrado por peritos en el arte del cultivo de ese cereal y que no sean, desde luego, de aquellos funcionarios, de los cuales ha dicho el propio Jefe del Estado que con sueldos exigüos son clientes frecuentes de los sitios de lujo más costosos del país y que viajan al exterior, con extrema facilidad, en busca de más fastuosos ambientes.

Esta sería la seria manera de asegurar y preservar el mantenimiento y el auge de las cosechas arroceras.

Recuérdese, a este respecto, la excelente ley colombiana de 1957, destinada a poner tributos a los terranientes para,

con lo recaudado, promover la Reforma Agraria, que no funcionó, porque, como explica Haskell P. Wald (Tributación de Tierras Agrícolas en Economías Subdesarrolladas, pag. 15), los organismos públicos no contaban con los factores administrativos suficientes para ponerla en útil ejecución.

Por lo que atañe al Proyecto de Ley que limita la extensión de los latifundios, la concesión de cincuenta mil tareas para un solo propietario parece aún excesiva y es, además, fácilmente burlable por ficticias subdivisiones entre familiares y allegados.

La "Nueva Ley de Reforma Agraria", promulgada por el régimen peruano en el 1969, por su minuciosidad, por tener presente el lugar y la calidad de las tierras de los fundos, bien podría servirnos de ejemplo en que inspirarnos.

Aun a riesgo de apurar la paciencia del lector me voy a tomar la licencia de trasladar, como una muestra de esa acuciosidad, el artículo 28 de la ley peruana.

Dice así:

"Los premios agrícolas de la región de la Costa directamente regenteados serán afectados en la superficie que exceda de ciento cincuenta hectáreas de tierras de cultivo bajo riego. El área inafectable podrá ampliarse hasta doscientas hectáreas si el propietario demuestra el cumplimiento de la totalidad de las condiciones siguientes:

- a) Que el predio tenga obras de infraestructura.
- b) Que los costos de operación de la empresa provengan de recursos propios o fuentes de crédito privado.
- c) Que la retribución pagada por concepto de sueldos, supere más del diez por ciento de los mínimos fijados por la Ley Laboral y que los trabajadores, permanentes o eventuales, tengan los servicios indispensables, para la salubridad, vivienda y educación escolar.
- d) Que se encuentre al día en el pago de los impuestos.
- e) Que se abone a los trabajadores estables de la empresa una participación no menos del diez por ciento de la utilidad bruta anual".

Como se ve, en esta ley no hay desperdicios, están todos los cabos cogidos.

Hay una duda que me asalta en este punto del otorgamiento de que se puedan tener 50,000 tareas. La duda es la siguiente:

Puesto que, con razón, los suelos destinados al cultivo de la caña quedan exentos de todo tipo de expropiación, las vastas tierras que posee el Central Romana, no consagradas al cultivo de la caña, ¿serán expropiadas? ¿O tal vez sean incluidas en el concepto de que como unidades económicas productivas no pueden ser nacionalizadas?

En fin, para no proseguir exasperando con la prolijidad, en todas estas leyes habrá que hilar delgado.

Volveremos sobre estos temas en próximos días.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## PROGRAMA LEGISLATIVO

1 de marzo de 1972

Señor Director:

Ayer, al caer la tarde, un técnico extranjero, de incuestionable autoridad, en lo práctico y en lo teórico, en asuntos económicos, tras leer los proyectos de leyes sometidos el 27 de febrero por el Presidente a estudio y aprobación del Congreso, me expresaba que ese puñado de nuevas normas jurídicas más parecían, por su vaguedad e indefinición, “una declaración de intenciones” que un propósito firme de llevar a las zonas rurales una auténtica transformación por lo que hace al régimen de la tenencia de tierras.

Le expliqué que el Jefe del Estado había tirado la piedra al río para despertar los círculos concéntricos y comprobar, por las reacciones, hasta dónde podían dilatarse sus irradiaciones.

Dicho en otros giros y fuera de metáforas: el Primer Mandatario ha dejado a la opinión colectiva —por su intervención en las vistas públicas— la configuración definitiva, la precisión exacta y el alcance y contenido de la proyectada legislación agraria.

Ante los extraños, por más amigos que sean y por más enamorados que se exhiban de nuestro país, lo decente y decoroso, hasta por propia estimación, es excusar a nuestras autoridades y explicar sus a veces inexplicables comportamientos.

Pero la verdad, la pura y desnuda verdad, es que en más de una ocasión no se nos pone en condiciones aceptables y atendibles de poder imitar al buen hijo de Noé quien, cubriéndolo, cumplió con la religiosa obligación de hacer que se guardaran los debidos respetos a su progenitor.

Son vagas esas leyes, no hay caso. Hablar de tierras baldías, sin definir ni perfilar cuáles predios se estiman ociosos y cómo hay que ponerlos en rendimiento para que no se les aprecie como inexplorados, es lo mismo que declarar que aquí no habrá tierras en realidad baldías.

Bastará, para hurtarle el cuerpo a las justas y equitativas sanciones legales, tirar aquí o allá, a voleo, un puñado de semillas de maíz, hundir a flor de surcos unos granos de guandules, que el mismo campesino llama "la siembra del haragán"; o soltar para que discurran a placer, de aquí para allá, una manada de ágiles chivos saltarines.

Si, pues, en este punto no se clasifica y deslinda, se podrá llegar a la desaparición práctica de todas las parcelas registrables como vírgenes e incultivadas y no habrá, desde luego, ni aumento en la producción ni se le podrán entregar a los campesinos títulos de propietarios rurales.

Se impone, por consiguiente, que se elaboren disposiciones diáfanas para catalogar los suelos, los rendimientos que de ellos es razonable esperar, el tipo de cultivo más óptimo que de la naturaleza y condición de esas tierras es dable aguardar.

La faena, sin dudas, es ardua, es difícil, es altamente laboriosa.

Por fortuna, en esta línea de ideas ya tenemos más de media jornada recorrida. Un poco más de serio y continuado esfuerzo y, si no llegamos al objetivo, al menos, nos aproximaremos mucho a él.

A la mano tenemos, en efecto, el atildado y exhaustivo trabajo realizado por los técnicos de la OEA, "Reconocimiento y Evaluación de los Recursos Naturales de la República Dominicana", en el cual se divide el país por zonas, se indica la calidad de las tierras, la disponibilidad de aguas, se apuntan las semillas que más se acomodan a la producción en esos suelos, se formulan presupuestos y, todo esto, ilustrado con excelentes y brillantes mapas.

El Gobierno, para que sus "intenciones" se materialicen en éxitos positivos, no tendría más que formar un equipo escogido de entre sus técnicos y, si no los tiene, importarlos, y ordenarle que cifre y condense en claras estipulaciones el fruto de los estudios a fin de hacer ejecutable la ley sobre tierras baldías.

Con esto se evitaría, además, que los inspectores sucumban, al declarar la calidad y usos de los suelos o de las sembraderas existentes, al villano y fascinador brillo de unas sucias monedas de oro.

Es imperioso, por otra parte, que el propio mecanismo de la ley haga imposible que se la convierta en instrumento de discriminación en provecho de los amigos del régimen y en catapulta de expropiación en perjuicio de los desafectos o indiferentes al Partido en el poder.

Se me va a decir que esto frena y retarda el cumplimiento del buen empeño. Pero, ¡por Dios! es que sin esto el empeño no se dará en lo absoluto.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ADULAR NO ES COOPERAR

2 de marzo de 1972

Señor Director:

Tengo por seguro que Ud. coincidirá conmigo en la convicción de que no es tomándole a préstamo a la Catedral de Santiago de Compostela el gigantesco y famoso incensario, el célebre "Botafumeiro", como se colabora efizcamente con el señor Presidente de la República a fin de que su programa legislativo destinado a introducir mejoras económicas y sociales en beneficio del hombre del agro alcance éxito dichoso.

Adular no es sinónimo de cooperar. Con el vocerío lisonjero y cortesano, los proyectos se quedan en el estilo y forma en que están y, si están mal, claro, malos serán los resultados.

El que desee, con honradez y franqueza, complacer al Primer Magistrado, que se despoje de turbios egoísmos, que reflexione, que estudie y analice, que tome la pluma y sugiera ideas.

Por esto han de saludarse con agrado las felices observaciones, los cometidos reparos, formulados hoy en el Listín Diario, por el licenciado Luis Julián Pérez, reparos y observaciones que, por cierto en algunos aspectos, se identifican con los que hemos venido haciendo en estas mismas columnas.

Es de esperarse que el distinguido jurisconsulto y reconocido hombre de bien, a quien me honra guardarle afecto y estima, en los días venideros sujete a examen, con la fina penetración que lo caracteriza, el proyecto que se refiere a los contratos de aparcería.

Digo esto porque es el licenciado Luis Julián Pérez du-



cho en las sutiles artes del derecho y porque además, conoce al dedillo, igual que Pedro los rincones de su casa, los problemas y conflictos que surgen a menudo entre arrendadores y arrendatarios en las zonas rurales.

Nadie, sensato y penetrado de espíritu de justicia, va a remitir a dudas que las cláusulas de la nueva ley que vedan que el propietario imponga su criterio en las siembras, que prohíben venderle a él los frutos cosechados, que impiden a ese arrendador exigir el pago por anticipado, que no permiten se le compre en su tienda o en el comercio que él indique y otras disposiciones allí establecidas por este tenor, redunden en defensa y provecho del campesino.

Todas esas estipulaciones están inspiradas, y creo que hasta calcadas, en el artículo 129 de la “Nueva Ley de Reforma Agraria” promulgada por el Gobierno Revolucionario Peruano en 1969.

Para que las normas de esta legislación, sin embargo, no resulten fácilmente burlables, se hace preciso cerrar huecos por donde se filtre la egoísta malicia del arrendador. Es necesario cortarle el paso hacia las coartadas y que no comience a sentir regusto pensando en aquello de “Quien hizo la ley, hizo la trampa”.

Como ninguna ley tiene efecto retroactivo cuando afecta derechos adquiridos, entre nosotros —la del Perú sí lo tiene— el dueño de las tierras podría llevar hasta su término de conclusión los actuales convenios de aparcería y, luego, no arrendar más, sino llamar a sus predios a título de simple jornaleros a los vecinos del lugar.

No habría, en unas palabras, más acuerdos de aparcería, con sensible detrimento de los labriegos. La actitud indicada es eventual. Y a lo eventual nocivo, hay que ahogarlo en cienes para frenarle el arranque.

A esta causa obedece el que en la mencionada ley peruana el artículo 129 se conjugue y perfeccione con el artículo 28, en que se determinan los sueldos y las condiciones de trabajo en las empresas rurales, exigiéndose que se les entregue a los asalariados un sueldo mayor al diez por ciento de lo indicado en la Ley Laboral, y no menos de un diez por ciento de los beneficios brutos producidos.

Nuestros legisladores tienen que aguzar el ingenio para tomar cuidadosas providencias e impedir que el remedio no resulte peor que la enfermedad.

Una manera positiva de ofrecer armas defensivas al hombre del campo sería la de auspiciar y proteger la existencia y actividad de las Ligas Campesinas, de los Sindicatos Rurales, que les permita aunar sus esfuerzos para que formen un contrapeso, creador de equilibrio, con las poderosas fuerzas económicas que los oprimen y esquilman.

Infortunadamente, entre nosotros estas Ligas Campesinas siempre han sido vistas con malos ojos, siempre se las ha recriminado de comunistas y se las extingue a la brava con el empleo de violentos métodos oficiales.

Pero, en fin, las perspectivas están abiertas y como, según se dice y se proclama, llegó la hora del campo, esperamos que esa hora no pase como han pasado los siglos anteriores: sin dejar huellas beneficiosas para la vasta y marginada población campesina.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¿QUEMAN ETAPAS?

3 de marzo de 1972

Señor Director:

Quemar las etapas, —para comenzar empleando una locución idiomática francesa— quemar las etapas, es decir, no marchar en lógico sentido gradual en el desarrollo económico y social es emular a aquel peregrino fantasioso ingeniero, protagonista de un sabroso epigrama, que sostenía, con entusiasmo, que podía levantar un edificio comenzando por el tejado.

Parece ajustado a los reclamos de la razón, que antes de dar pasos encaminados a sacudir las empresas privadas de producción, se saneen y consoliden las instituciones oficiales que son las que han de tomar la dirección del proceso de cambios y la estrategia de todo tipo de desarrollo.

Si el Estado, que es la cabeza del cuerpo de la Nación, está enfermo y desmirriado, mal podría comunicar salud y vigor al resto del organismo.

Y el Gobierno que nos preside padece de quebrantos muy serios y harto graves que le impiden desempeñar sus vitales funciones y cumplir con la razón de ser de todo gobierno, que se cifra, por definición, en rendir servicios eficaces al bien común.

El peculado, por ejemplo, el cohecho, los tráfico de influencias, la rampante corrupción administrativa, denunciadas con vehemencia y calor por el propio Primer Mandatario, forman un pozo insondable por donde fluyen y se pierden millones que provienen de los sacrificios que hace, o lo hacen hacer, el pueblo dominicano para que nutra las arcas fiscales con los recursos indispensables para la realización de

obras de bien público.

¿Cómo le vamos a pedir desprendimientos y abnegaciones a los "arroceros", verbigracia, si con lo que se ahorraría poniéndole coto a las substracciones de los fondos del patrimonio público alcanzaría para ejecutar una auténtica y genuina Reforma Agraria?

¿De qué nos sirve ocupar las tierras baldías o abandonadas, si las instituciones crediticias gubernamentales han sido desmedradas, empobrecidas?

Si violamos, con desenfado, la justicia distributiva que impera que se busquen hombres para los cargos y no cargos para los hombres, es del género idiota esperar que la burocracia sirva a los propósitos de un sólido avance en todas las direcciones.

No sería preciso afinar y apretar con exceso las cuerdas de la inteligencia para señalar las múltiples dolencias que aquejan a nuestro Estado.

Tan funesto y perjudicial para un pueblo es un Estado como el que pintó Hobbes, en el Leviathan, monstruo que todo lo enguye, hombres y cosas, como un Estado inoperante, inoperante como una maquinaria enmohecida y que por ello funciona en sentido adverso a los intereses comunes.

La primera revolución que es menester, pues, llevar a término ha de realizarse en el seno mismo del Gobierno y pueden estar seguras las máximas autoridades de que el día que se decidan a purificar y esclarecer los ambientes oficiales contarán con el respaldo unánime de una sociedad que ve en esos extravíos los peores enemigos de su bienestar.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## REVOLUCIONES NO HECHAS

6 de marzo de 1972

Señor Director:

Dos conclusiones diáfanas, transparentes, como hilo de agua que se descuelga limpio del vértice de la rocosa montaña, se desprenden de las acaloradas y vivas controversias que ha provocado el discurso del Señor Presidente dirigido al Congreso en el recién pasado 27 de febrero.

Se concentra la primera de estas deducciones en reafirmar la muy sobajada y manida verdad de que nadie cede de buen grado y voluntariamente los privilegios de que disfruta a placer y no acibarados por contratiempos y reclamos.

Compéndiase la segunda conclusión, en la íntima convicción de que para que se transformen aquí, con éxitos afortunados, las estructuras sociales y económicas, no se puede desatar, aisladamente y como en un solo frente, una guerra de despojo contra este o aquel sector.

Es de todo punto evidente que se hacen precisos cambios globales y sustanciales que se extiendan y dilaten a todas las instituciones, de la misma manera que si deseamos curar el árbol enfermo aplicamos el remedio a la raíz a fin de que, conducido por la savia, reparta a su paso salud y vigor, desde la cepa hasta la copa.

No es de ahora que se le viene solicitando al régimen que se realicen los estudios pertinentes con objeto de mudar nuestro sistema fiscal que nos obliga, para engrosar el Presupuesto, a depender, en proporciones vitales, de los ingresos aduanales.

La vigencia de este sistema trae, a modo de forzoso corolario, la mengua inevitable de la Balanza de Pagos y el que estamos financiando, con nuestros calientes sudores, la agricul-

tura de los países altamente industrializados que vierten sobre nosotros a chorros sus excedentes en bienes de consumo.

Si damos, como debemos, la espalda a este procedimiento característicamente trasnochado, y consagramos nuestros dólares a compras de bienes de capital, de bienes destinados a levantar la riqueza pública, pronto estaríamos en condiciones de suplir con lo nativo lo que con detrimento de la economía nacional de afuera nos viene.

Esta revolución no se ha hecho.

Otra revolución, solicitada y no verificada, es la que mira a hacer eficaces y completas las recaudaciones de impuestos.

Técnicos en la materia, de suma e incuestionable autoridad, declarándose conservadores en sus estimados, calculan en diez millones de pesos anuales la suma que se le va al Estado de las manos por concepto de evasión de recargos impositivos.

¿Podemos figurarnos lo que redundaría en provecho de una Reforma Agraria, realizada como la ciencia manda y Dios bendice, si destinásemos veinte millones de pesos al año a las transformaciones agro-pecuarias?

Porque a estas cantidades subirían, sobre poco más o menos, lo que haría reverter sobre las arcas públicas el crecimiento de la producción y los impuestos bien pagados y bien cobrados.

Esta revolución tampoco se ha hecho.

Aparte de la revolución, ya imperiosamente urgente, de detener en seco la corrupción administrativa, habría que realizar la otra, que consistiría en parar la jubilosa verbena de las exoneraciones que, según se ha publicado recientemente, montan a millones.

Esta revolución aún no se ha hecho.

Incultivadas y vírgenes tiene aún el CEA millares de tareas, conforme lo han declarado los empresarios que presiden ese complejo industrial del Estado y son numerosas, asimismo, las extensiones de tierras del patrimonio común que el Gobierno no se ha decidido o no ha querido recuperar de manos de particulares para ponerlas al servicio de los hombres del campo.

He ahí otra revolución que no se ha hecho.

Con los ahorros que produciría este apriete de clavijas, el

sector público dispondría de fortuna para acordar créditos, que son los que ponen en movimiento las fuerzas productivas, y los labriegos podrían acudir al Banco Agrícola en busca de financiamiento para sus siembras, cosa que no puede hacer ahora porque ello equivaldría a tirar de los pies a un ahorcado.

Estoy trasladando estas observaciones a las cuartillas en la suposición de que es sincero el deseo de “revolucionar”.

Escribo estas cosas en la creencia —¿acaso ingenua?— de que las solemnes palabras pronunciadas no son algo análogo a eso que en esgrima se denomina finta: amago de herir sin intención de hacerlo.

Narra Teresa de Jesús en uno de sus escritos, con aquella su prosa llana, tocada de gracia casera y esmaltada de lindos diminutivos, que en una ocasión, al fracasar en un empeño de morigerar un rebelde convento, se quejó con el Señor de que no la hubiese ayudado.

Y Cristo a ella: “¡Teresa, Yo he querido, pero los hombres no han querido”.

Aplicando el místico episodio: con las leyes propuestas, a sabiendas de sus deficiencias y de su inejecutabilidad ¿no se estará escondiendo un fin político que faculte luego a decir: quisimos ser revolucionarios, pero ya Uds. ven, no nos dejaron!

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## NO NOS APRESUREMOS

8 de marzo de 1972

Señor Director:

Tras el mar de pareceres que ha suscitado el controversial Mensaje del Presidente a la Asamblea Nacional, en un solo punto ha habido consenso, unánime coincidencia de opiniones: en que se estudien los proyectos de leyes con esmerada reflexión, sin atropellada precipitación.

Por eso ha causado suma extrañeza, sorpresa lindante con el asombro, las recomendaciones del talentoso ingeniero Guillermo Caram, más que brillante promesa, fecunda realidad juvenil, en el sentido de apresurar la aprobación, sin demoras de minutos, del propósito que autoriza a trasladar al dominio de la Reforma Agraria los predios de arroz bañados por los canales construidos por el Estado.

Bien consideradas las cosas —contrariamente al criterio de Caram— todo da a entender que el momento escogido para llevar a término las expropiaciones es el menos oportuno y el que más riesgo de trastorno colectivo y descalabro en la productividad y en la producción puede ocasionar.

Estamos en la estación apropiada para tirar al surco las semillas de la, para este país, vital gramínea. Si el proyecto se acoge sin la menor ponderación y sin matizarlo, pasarán, automáticamente, las sementeras de manos expertas a manos inexpertas o no bien probadas.

¿Concurriría este violento traspaso, que no se puede realizar en dos días, al mantenimiento de la actual tasa de producción o a su aumento, o habrá, por el contrario, absteniéndose los dueños de tierras de sembrar, serio peligro de un declive vertical en las cosechas del precioso cereal?



La experiencia demuestra en un lastimoso pasado inmediato, que el descenso, en circunstancias análogas, ha sido bien marcado y sensible. Piénsese, inclusive, en las contrariedades que sobrevendrán, no fácilmente superables, para conseguir los créditos indispensables destinados al adecuado financiamiento de las operaciones que se extienden desde la siembra hasta la recolección.

Estas interrogantes, que no son quiméricas, únicamente podrán despejarse metiéndole cabeza al proyecto, limándole los cachos, atándole los cabos sueltos, no, de cierto, pasando sobre él como gato sobre ascuas.

El ingeniero Caram —tal vez contestando in sensu obliquo a muy recientes afirmaciones— ha revelado que fue la Oficina Nacional de Planificación, de la cual él es alto dirigente, la que recomendó en sucesivos documentos, que era necesario, para orientar eficazmente el desarrollo agro-pecuario, que el Estado tomara el control de las aludidas tierras arroceras.

Es esa una afirmación parcialmente exacta, sólo parcialmente. La recomendación formulada por los diseñadores de programas de desarrollo nacional no concide por entero, en su elaborada estructura, con el proyecto hoy puesto en público debate.

Al dibujar, en efecto, las “políticas sectoriales”, El Primer Plan indica (Plandes, 8, pág. 16):

“El Estado debería iniciar el proceso de Reforma Agraria declarando zonas prioritarias a aquellas áreas beneficiadas por **nuevos canales de riego** y adquiridas totalmente por el Estado mediante un procedimiento de expropiación. Se exceptuarían de estas medidas las porciones de terrenos reservas **al propietario que desee permanecer en estas**”.

Obsérvense que la recomendación concierne a “canales nuevos”, no viejos, y que la expropiación no alcanzará parte de los suelos de aquellos que en ellos se decidan a permanecer. ¡Rara forma, en verdad, de expropiación!

Por otra parte, esta sugerencia —que es idéntica a la sometida a la consideración del Presidente, Plandes, 5, pág. 20 y siguientes —debe apreciarse en el contexto de otras innovaciones y reformas insinuadas en los mismos esbozos programáticos.

Entre estas figuran, el incremento de la Cartera de Crédito —el Banco Agrícola— con alrededor de sesenta millones de pesos (pág. 17), destinar ocho millones para la recuperación de asentamientos ya realizados (pág. 18) y consagrar otra cuantiosa suma al efecto de rehabilitar los canales de riego hoy en franco deterioro.

¿Está, al presente, el Estado Dominicano en condiciones de erogar a manos llenas estas altísimas sumas?

Por lo que se refiere a la reubicación en otras zonas, las siembras arroceras, especialmente en los predios que humedece y fertiliza el Yuna, ello implica también inversiones cuantiosas que exceden con mucho, por el momento, a nuestras posibilidades.

Esto ha sido reconocido, en cuanto al delta del Yuna, por los peritos que confeccionaron el “Reconocimiento y Evaluación de los Recursos de la República Dominicana” (Vol. 1°. Pág. 77) y por lo que hace a otros parajes del mismo río no sería menudo el dineral a consagrar para drenar y evitar las inundaciones. (Vol. 1°, pág. 142 y Vol. 3°, pág. 56).

No, no hay que apresurarse. Pensemos, vayamos por nuestros pasos contados. Busquemos los recursos. Construyamos por etapas, sin quemar ninguna.

Trabajemos por y para el campesino con la lógica en la mano, no sólo con el entusiasmo en el corazón.

Dispongámonos a desgajar de cuajo los cimientos de este viejo edificio social acaso levantado por algún malévolos arquitecto.

Pero no lo destruyamos sin haber construido de antemano otro, más holgado, en qué ponernos al abrigo de los rigores de la intermperie.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## Y, ¿DONDE ESTA EL CAMPESINO?

13 de marzo de 1971

Señor Director:

Si algún provecho hemos derivado, entre jadeo y jadeo, de las controversias promovidas por el discurso, de méritos desiguales, del Señor Presidente de la República el 27 de febrero, este provecho reside, en su mayor parte, en que sobre el alma colectiva ha caído una copiosa y torrencial lluvia de “cientización” social.

Hemos presenciado, de improviso, una brusca mudanza de sensibilidad —mundanza al menos verbal— aun en aquellos que habíamos convenido en definir como empedernidos refractarios a las más leves innovaciones, como aferrados, con diabólica obstinación, a la permanencia del inaceptable statu quo.

No se nos va a escapar que hay mucho de retórica política en todas estas encendidas profesiones de amor por las masas desheredadas.

En algunos es bien obvio que si recitan un nuevo credo ideológico, ello no obedece a que les duela mucho ni poco el dolor del corazón ajeno: a lo que aspiran, más bien, es a no perder sus canonjías y sinecuras, o a conseguirlas si no las tienen, o a seguir disfrutando de irritantes privilegios, esta vez embozados en la atractiva capa del guerrillero o del revolucionario.

Les están metiendo miedo a los otros, con las mismas apocalípticas profesías con que se les metía miedo a ellos: “¡Dad de lo que tenéis, claman con aire de reformadores, que si no, los desatinados, convertidos en bárbaros y antropófagos, nos van a comer en cueros vivos a todos!”.

Lo que resulta curioso en todo este charloteo es que en el drama que se ha compuesto, el protagonista de la tragedia está ausente, no se le ha oído decir ni esta boca es mía.

El campesino, el auténtico campesino, no ha aparecido en las pantallas de televisión, no ha perorado en las Vistas Públicas, no hemos leído en las columnas de los periódicos una exposición suya —aunque sea dictada y haya firmado con una cruz, símbolo de su incruento martirio.

El campesino, al escuchar las nuevas normas que regularían las relaciones entre arrendador y arrendatario no ha podido decir: “Oiga, al pasar las tierras del dueño al que arrienda, si cuaja esta sugerencia de algunos, ustedes me han cambiado de amo, pero mi condición de esclavo, de siervo de la gleba, permanece intocable. Yo seguiré haciendo el trabajo y el otro cosechando las ventajas”.

El lumpen-proletario del agro, el peón, como se ha advertido, ni es objeto de preocupaciones ni se ha permitido que se le ponga en condiciones válidas de ser el agente de su propio cambio, el artífice de su propio destino, el motor de su propia movilización social.

Cada vez que el trabajador asalariado del campo pretende agruparse en sindicatos, en Ligas Campesinas, o lo aplasta la maquinaria opresiva o hace inoperantes todas sus gestiones.

Si los sacerdotes, cumpliendo su alta misión, se empeñan en adoctrinarlos, ilustrándoles sus conciencias sobre sus derechos y sus deberes a fin de que valoren su propio drama, o se les silencia con la amenaza de deportarlos, si son extranjeros, o se les formula la consabida acusación de comunistas, derramando la especie a granel por campos y caminos.

De ahí que el labriego le haya nacido un inconmovible sentimiento de resignación y de fatalismo, basado en la convicción sin remedio, de que su relación de dependencia, como la que enlaza al hijo menor con el padre severo, tiene carácter eterno, de que no pertenece a ninguna casta y que, por eso, sempiterno paria, no podrá tener nunca esa conciencia de clase que le permita integrarse a otros de su misma categoría para defender sus derechos a una vida decorosamente humana.

El campesino, aquel cuyo existir discurre en el último es-

trato de la comunidad agraria, carece de canales de comunicación con la totalidad de la población.

A causa de todo esto es objeto de la política, no sujeto; cosa, no persona.

Sirve así, unas veces, de espantapájaros, y otras, de rebaño que va a las urnas a depositar su voto. Y como vive en el seno del miedo da su voto por aquel que más miedo le infunde.

De lo primero, pues, que hay que liberar al campesino, es del sentimiento de terror que lo agobia, que lo inhibe.

De lo que hay, ante todo, que redimirlo es de su conciencia de ser inevitablemente el marginado por antonomasia. El irredento sin esperanza de redención.

Y esto no se logra con leyes superficiales, epidérmicas, con regalos paternalistas.

Lo dicho se comenzará a obtener cuando puedan libremente sindicarse, cuando constituyan una fuerza social —¿no forman acaso el sesenta y dos por ciento de los dominicanos?— que sirva de equilibrio, de poder compensador, frente al ahora poder incontrastable de las ricas clases dominantes.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## DESARROLLO Y PAZ

20 de marzo del 1971

Señor Director:

El Gobierno acaba de firmar un contrato para la construcción del Canal Yaque del Sur que irrigará, aproximadamente, 250,000 tareas de tierras que son, al presente, auténticos eriales, suelos desérticos sin provecho para nadie y testimonios elocuentes de nuestra condición de país económicamente inexplorado.

Empresas como éstas arrancan el aplauso sin que nadie lo pague. Merecen parabienes y estímulos. Son batallas ganadas al subdesarrollo. Victoria parcial de una larga y dolorosa guerra incruenta en que las víctimas son los pobres y sólo superviven a sus anchas los enjambres de afortunados estrategas que no aventuran sus vidas en las duras y ásperas trincheras.

A la multiplicación sistemática, metódica, de obras de esta naturaleza es a lo que siempre hemos aspirado, sin gajes que esperar y sin aceptar intimidaciones —psicológicas o físicas— que arredren o acobarden el propósito constructivo.

Si los 25,000,000 —el cálculo es conservador— que se han asignado y consumido en obras no urgentes o radicalmente improductivas se hubiesen canalizado hacia objetivos como el Canal Yaque del Sur, nuestro país no estaría muy lejos del momento dichoso del “Despegue”.

No es, pues, obsesión, prurito insano de cultivar la crítica por la crítica, lo que ha llevado a más de uno a censurar, severa y porfiadamente, el estéril derroche en obras que parecen querer sobornar, con su lujo, nuestra admiración.

Francia le agradece más, aún hoy día, a Enrique IV y, so-

bre todo, a Sully, su genial secretario, que a Luis XIV.

El primero estructuró, en términos definitivos, la economía de aquella nación —con la agricultura y la ganadería— y el Rey Sol sólo dejó sembrados los violentos gérmenes que reventaron, bañados en torrentes de sangre, en la Gran Revolución, la revolución por antonomasia.

Al poder, al poder legítimo, que es en última instancia el árbitro del destino de las arcas fiscales, debe siempre importarle escuchar las dos campanas. Por su tono las aquilatará. No siempre el que halaga el oído es el armónico. Hoy, en música, las disonancias embellecen las sinfonías.

Los grupos de presión, que como una muralla humana ciñen a un Jefe de Estado, y aquí y en cualquier parte, insusmidos al bien general, con suma frecuencia, consultan únicamente sus intereses privados. Tal vez a esos no les interese ni el Presidente ni el pueblo. Quítese de la boca la jugosa presa y ya se verá como reaccionan. Ya escribió, y escribió bien, el licenciado José Ernesto García Aybar sobre “Los incondicionales”.

El que desde abajo formula observaciones, expresa sus discrepancias, renunciando de antemano a toda posición suntuosa, exhibe títulos que acreditan su sinceridad.

No es esto demagogia populachera y barata. No se están buscando sufragios ni se está a caza de incautos prosélitos.

Al país y al Gobierno se les puede servir desde su casa. Y es por eso erróneo —e injusto además— que se pretenda considerar como enemigo cerril a todo el que no sea funcionario o viva a la sombra pródiga del presupuesto nacional.

Ya es hora de que esta torpe idea —incrustada entre ceja y ceja como un constante dolor neurálgico en la cabeza de algunos— se elimine de por siempre de la mezquina politiquería dominicana.

Y es saludable, además, que a los regímenes se les manifiesten los pareceres o criterios desde las columnas de los periódicos o al través de las otras vías disponibles de comunicación social.

Siempre, desde luego, con altura y decoro, que el denuesto y la obscenidad verbal no pueden nunca ser sucedáneos aceptables de la siempre decente razón.

Es bueno, digo, emplear los órganos de opinión pública, no

sólo porque no hay por qué hablar siempre al Presidente a la oreja, sino también porque ello concurre a las dilucidaciones de carácter general que redundan constantemente en provecho de la comunidad.

Que siga, por tanto, el Gobierno construyendo canales, fomentando la ganadería, promoviendo la explotación de nuestras riquezas extractivas, reedificando las viejas arruinadas carreteras, promoviendo una Reforma Agraria seria y científica.

Con tal cosa, al configurar un orden nuevo, político y social, en el contexto de la libertad, nos complacerá a los "obcecados", pero sin duda, también satisfará al país y hará sonreír, esperanzado, al futuro que ya se adentra en el presente.

Con ello, por fin, se hará obra fecunda de paz.

Porque, "Desarrollo es el nuevo nombre de la Paz".

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## EL CATASTRO

21 de marzo de 1972

Señor Director:

Uno de los beneficios más valiosos que se derivarán de las controversias promovidas por el inmaduro manojito de leyes propuesto a las Cámaras por el Jefe del Estado, consistirá en la copiosa lluvia de “concientización” que ha caído a raudales sobre la sensibilidad dominicana.

No hay lugar del país, por más escondido y repuesto que sea, donde no haya llegado, por obra de los medios de comunicación colectiva, el torrente de ideas.

Sabe ya el campesino —aunque muchos no lo crean— que la Reforma Agraria no se cifra y agota con la exclusiva reparación de parcelas; que sin créditos, suficientes y oportunos, sin técnicas de mejoramientos y de preservación de suelos, sin justos precios para sus frutos, ni él logrará elevar su condición de vida ni será, incorporándose a la economía nacional, un agente dinámico y eficaz para aumentar la producción agrícola.

Ha caído en cuenta, asimismo, el trabajador del campo, de que el Gobierno que nos preside, por la carencia de recursos financieros, por lo maleadas que están algunas de las instituciones oficiales destinadas a promover la transformación del agro y del campesino que en él labora, no está en condiciones de llevar a término una empresa tan ardua y costosa como es una Reforma Agraria integral.

Lo que resulta sumamente curioso es que todo este enjambre de minuciosas y útiles observaciones, que de tratados y ensayos sobre el asunto se han trasegado al dominio público, han provenido, no de las autoridades sino de las esferas ajenas

al régimen actual.

La sensación que han creado los consejeros de arriba es que para ellos la Reforma Agraria es obra de desesperados, no de pacientes y cuidadosos orfebres que trabajan con un material extremadamente delicado en el cual cualquier presión fuera de medida concluye en un trágico descalabro.

Si, puestos los suelos en manos de los labriegos, las cosechas se empobrecen y decaen, por su incapacidad financiera, porque el mismo cultivador no ha sido previamente cultivado, ¿habrá aumentado el poder adquisitivo del campesino o habrá descendido, como por un despeñadero, su poder de compra haciendo más cruda su ya cruda miseria?

En esta nueva circunstancia, reducida la propiedad a proporcionar al labriego ganancias de pura subsistencia, tampoco cumpliría esa propiedad con su "función social", que es lo que se persigue.

Si Zamora no se conquistó en una hora, una Reforma Agraria no se concluye con cuatro apresurados decretos.

Es que —se dice— por alguna parte hay que comenzar. Bien, pero, ¿por qué comenzar por lo que acaso deba ser lo último?

¿Por qué no establecer, ante todo, criterios de prioridades? ¿Por qué no capitalizar, no atesorar los dineros ahora invertidos en obras muertas, y encauzarlos a fomentar la vida decorosa y civilizada en los postergados campos y aldeas?

Si hay que expropiar, en el marco de las leyes, que se expropie, y si las normas jurídicas vigentes obstaculizan el equitativo reparto de la riqueza y favorecen, en cambio, la concentración en pocas manos de capitales, que se cambien las estructuras legales.

Pero, ¿por qué no enterarse, antes, de las tierras con que cuenta el patrimonio del Estado para fomentar tempestivamente en ellas una producción que substituya en el entretanto, la de las tierras susceptibles de expropiación que serían entonces destinadas a la diversificación agrícola?

El Catastro —escribe el experto Wenceslao Mantilla— el Catastro, en sus tres aspectos —físico, jurídico y económico— es base indispensable para la aplicación correcta de las medidas de modificación de la tenencia de tierras así como para fijar, posteriormente, las normas de redistribución.

El Catastro físico —agrega— nos proporciona un mosaico

de la forma y tamaño de los predios rústicos de propiedad privada, así como un inventario de las propiedades inmobiliarias del dominio público.

El Catastro legal brinda una valiosa información jurídica, por lo que respecta a las personas que detentan la tierra o la explotan a título de ocupantes.

El Catastro económico, por fin, refleja el grado de eficiencia de las explotaciones agro-pecuarias y permite fijar las pausas para la aplicación de una carga impositiva, complemento indispensable, en toda Reforma Agraria integral.

Como subraya el señor Mantilla, promotor de la Reforma Agraria Venezolana, a la ausencia de estudios de esta naturaleza ha obedecido el que las transformaciones agrarias en su país hayan ido, de tumbo en tumbo, por espacio de dos largas décadas.

Se dice que ese Registro de Tierras está hecho en la República Dominicana. ¿Dónde está el expediente que guarda ese trabajo? ¿Habría desaparecido por lances de la mala suerte o se debe su extravío a la existencia de alguien que no quiere que sepan en manos de quién están las tierras que pertenecen al pueblo?

Como no se está en un soliloquio, sino en un diálogo, hay que esperar la respuesta de la parte que está obligada a despejar el extraño misterio y a descifrar la instigante incógnita.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## INDECLINABLE OBLIGACION

22 de marzo del 1972

Señor Director:

El general Neit Rafael Nivar Seijas, quien, con profunda complacencia de la comunidad, ha obtenido singulares éxitos en el desempeño de algunas de las tareas de su misión, particularmente en la enérgica y severa depuración de los cuadros policiales, ha hecho del dominio público que grupos radicalizados se proponen desatarse en incursiones violentas con el designio de ocupar propiedades rurales pertenecientes a personas o a empresas privadas.

La máxima autoridad de los agentes del orden se propone, según declara, no permitir que se lleven a cabo estas arrebatadas "Jacqueries", pues, en última instancia, de tan tristes y emocionales hazañas, no reportarán provecho, ni invadidos ni invasores. La anarquía sólo pare ruinas y sólo derrama sangre.

Nadie, si está dotado de sensatez y, sobre todo, si la usa, pondrá en tela de juicio que, de originarse la dibujada situación, el Jefe de la Policía está en la indeclinable obligación, guardado el respeto debido a los derechos de la persona, de disuadir cualquier amago de alterar el sosiego público o de violar, ultrajando con desenfado la Constitución, los legítimos bienes de los ciudadanos.

Parejamente a esa acción, parece aconsejable el que se tomen también inteligentes providencias a fin de segar las fuentes remotas que puedan engendrar las causas determinantes que conduzcan a convertir las zonas rurales en criaderos de fanáticos combatientes.

En los campos se comenta con viveza —acabo de regresar

de una vasta región de ellos—, y se comenta, no sin cierta desazón, el que se permitan mítines y concentraciones multitudinarias a los adscritos al partido en el poder, mientras se les niega, a rajatablas, empecinadamente, a otros, el constitucional ejercicio que acuerda la prerrogativa de reunirse, sin armas, con fines políticos, económicos o sociales.

Este comportamiento discriminatorio solivianta y subleva los ánimos como suele ocurrir siempre con la concesión de irritantes privilegios.

La Ley, por definición, no guarda miramiento alguno a persona: lo prohibido, vedado queda para todos. De lo concedido, todos están llamados a disfrutar. Por algo, reza nuestra Constitución: “A nadie se le puede obligar a hacer lo que la ley no manda ni impedírsele lo que la ley no prohíbe”.

Si se quiere, pues, que los de abajo guarden los preceptos, que los guarden también los de arriba.

No es difícil comprender que cuando se otorgan facultades a un sector político y para los otros se pone en vigencia el cómico decreto que el pueblo español atribuía a Primo de Rivera en que “prohibía la reunión de más de uno”, los lesionados en sus derechos toman a veces caminos siniestros y se incrustan, dominados por el espíritu de ira, entre los favorecidos ataviándose con el sugestivo uniforme de agentes provocadores.

El Jefe de la Policía, que hasta el momento ha dado muestras de ser una autoridad abierta a toda sugerencia razonable, debería ponderar, con alto y sereno criterio, la posibilidad, de que se establezca en los campos, para conservar su fructuoso sosiego, una norma común, que rijan, en términos iguales, para tirios y para troyanos.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ENCANTO MULTICOLOR

23 de marzo de 1972

Señor Director:

Cada vez que el señor Presidente despliega sus labios superando en virtudes mágicas al mismísimo Eolo, levanta una deshecha borrasca. Esta excepcional eficacia de sus discursos no nace de los primores estéticos con que a veces exorna, elegantiza y abrillanta sus refinanzas piezas retóricas.

Proviene ese subyugante privilegio de que un conjunto de caprichosas circunstancias lo han puesto en desusadas condiciones de hacer lo que dice, y no siempre lo que dice armoniza con los superiores intereses de la familia dominicana.

Por ejemplo, se han gastado muchas ideas, se ha vertido mucha tinta, se ha derrochado mucha prosa, para persuadirnos de que era de todo punto urgente diversificar nuestra producción agrícola a fin de no estar maniatados a las veleidosas cotizaciones del azúcar, que hoy vuelan por las nubes, acompañando a las águilas, y mañana, reptan y agonizan, como las víboras, en los profundos abismos.

Ahora, el Jefe del Estado, de un solo ademán airado —“pase lo que pase”— nos disipa esa convicción y declara “que el país puede subsistir aun en el caso infortunado de que se vea obligado a importar arroz, maíz, habichuelas, cebo animal, cemento, tabaco rubio. Pero el país no puede darse el lujo de tener que importar azúcar que es la única industria que le proporciona divisas o la mayor parte de las divisas a la economía dominicana..”

Si lo que subyace y alienta en el trasfondo de este pronunciamiento, que tiene mucho de hipérbole académica, es que

no hemos de poner empeño en acrecentar las cosechas de los aludidos productos agrícolas nativos y que el esfuerzo, en términos exclusivos, debe centrarse, como en núcleo, en los dulces, se nos está desconcertando.

Se nos está en efecto invitando a abandonar la política económica de sustitución de las importaciones por productos propios y a vivir pendiente de la Bolsa de New York y de Londres para cerciorarnos, por minutos, de que no nos está ocurriendo lo que sucedió en la década del veinte que nos fuimos alborozados al lecho con el azúcar a veinte y dos centavos y el alba nos dio la trágica sorpresa al anunciarnos que había descendido, en una carrera loca, a dos centavos.

En semejante dramática y conflictiva situación, claro que no hay que hablar de "subsistencia".

Mas bien, lo que habría que pedirle al cielo, en esa angustiada coyuntura, es que no nos acometa la delirante hambre que apretó tanto al Conte Ugolino, el de la Divina Comedia, que lo obligó a nutrirse, en un raptó de inverosímil demencia, con la tierna carne de su propio hijo.

Se nos hace muy cuesta arriba el creer que las palabras expresadas por el Primer Mandatario respondan a su pensamiento. Alguna travesura psicológica debe haberlo desorientado, negándole el lenguaje los vocablos exactos que necesitaba para manifestar con justeza sus verdaderos designios y propósitos.

¿Qué sería, ieh!? ¿Estaría acaso insinuando que vamos a erradicar el cultivo del arroz porque resulta más barato importarlo?

Cabe todavía preguntarse: ¿estarán en lo firme, habrán dado en el clavo, quienes han venido presagiando que el propósito oculto y no revelado es cubrir nuestros agros con el encanto multicolor de las hortalizas y frutos menores para abastecer los mercados foráneos y reenviarles sus divisas a cambio de sus excedentes de maíz, en el Este, y de su eventual aumento en la producción de arroz, en las zonas sureñas?

Si la transformación y el cambio de viraje de nuestra política económica va a tomar este nuevo, extraño, imprevisto sesgo, parece un deber insoslayable del Gobierno ponerlo en conocimiento del pueblo dominicano.

En ello puede irnos el interés vital de todos. Y no es uno solo, en forma dogmática y autoritaria —“pase lo que pase”— el que deba tomar las decisiones con que se comprometen las existencias de muchos.

Este es el procedimiento propio de un régimen democrático, que por ser democrático reposa, como en base, en el común asentimiento y que no pone toda su fe en los cuarteles.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## LO LAMENTABLE

24 de marzo de 1972

Señor Director:

Amamos la confusión casi en la misma medida en que, en sentido inverso, el gran Goethe suspiraba y ansiaba por la luz.

Salvo tercas y retrógradas excepciones, la mayoría del pueblo dominicano está convencida, hasta las entrañas, de la imperiosa e impostergradable necesidad de la renovación de nuestro sistema legal, de la remodelación del régimen de la tenencia de tierras, de la mudanza de los esquemas económicos de manera que la riqueza pública no se concentre en pocas manos, sino que fluya, en proporciones equitativas, y alcance a las capas más abatidas y míseras de la sociedad.

Si esto es así, ¿a qué seguir malbaratando prosa para insistir batallantemente en que todas nuestras categorías de vida y nuestros patrones de conducta social deben renovarse?

Es que no se quiere plantear el vidrioso problema con pulcritud y con clara honestidad intelectual. Cambiar para mal no es cambiar: es arruinar. Y eso lo hace cualquiera.

Forma parte de las perogrulladas afirmar que para manejar la piqueta no se requiere talento, no se precisa sabiduría, ni larga ni corta: basta con ser fornido y rudo.

Quienes desde la columna de los periódicos o desde los micrófonos radiales ponen severos reparos a las leyes agrarias del Ejecutivo, no son obstinados amadores del pasado e irreductibles enemigos del futuro: simplemente sueñan con un porvenir cargado de bienestar para todos y potenciado de justicia.

Cuando René Dumont, socialista en todas sus fibras, brillante y exitoso perito agrónomo, brinda consejos técnicos a Cuba y critica el curso siniestro que llevaba la economía de

Fidel Castro —como antes lo había hecho para China— no es, de fijo, un anti-revolucionario. Todo lo contrario, despliega esfuerzos inauditos para que la revolución no se estrelle en un ruidoso fracaso.

El régimen que nos preside —salvo en el programa de Ansonia, que todavía respira fragancias israelíes— no ha sido particularmente afortunado en la ejecución de su política agraria.

Dan fe el estruendoso descalabro de la Nebraska, el desatinado negocio de los melones de Azua, la reconocida pobreza productiva de los asentamientos y la reciente denuncia de pérdidas notables en el proyecto para cultivar el guineo en Manzanillo.

Con esas desastrosas experiencias que ponen de relieve la carencia de equipo humano calificado al servicio del Gobierno, ¿cómo no va a ser escéptico el pueblo respecto a la eficiencia del régimen actual en asuntos referentes al agro?

Lo lamentable es que la actual administración pública con estas dolorosas enseñanzas, con estos tropezones, no ha aprendido todavía a levantar los pies.

Lo deplorable es que de este Gobierno, en este preciso momento, no pueda ni siquiera evocarse en su beneficio el axioma que nos recuerda que de los escarmentados nacen los avisados.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## PLURALES RUMORES

27 de marzo de 1972

Señor Director:

Hemos llegado, por fin, en el curso de estas últimas jornadas, a la época, a la ubérrima estación de los plurales rumores.

Poblado está el aire de voces que presagian fatídicos y calamitosos episodios, que pregonan, con la gravedad infalible del oráculo, que se escuchan ya por el horizonte cercano, ruidos de sables que se enfrentan a homéricos gritos de insurrección.

Y no es que de labios a oídos se transmitan informes de conjuraciones, con todo el aire sigiloso de que se reviste la manifestación de un secreto, sino que la hablilla de perturbaciones en curso, la hacen del dominio público, tanto los que están en el extremo derecho del abanico político, como los que están ubicados en el extremo opuesto.

¿No hemos acaso escuchado a un gobiernista —insinuando así cruentos y macabros sucesos— que si algo ocurre aquí pagarán con sus vidas los opositores, que se desatará la de Dios es Cristo y que no quedará títere con cabeza?

Por el lado contrario, diametralmente contrario, ¿no se ha invitado, públicamente, a estar vigilante hacia sectores castrenses descontentos, que maquinan en la sombra, porque sus intereses rurales están a punto de ser lesionados?

Es de común conocimiento que el rumor, empleado en forma intensiva y extensiva, forma parte de la estrategia guerrillera. Y no es que lo haya dicho sólo el Che Guevara, sino que lo sabemos también por el italiano aquel que escribió “La Técnica del Golpe de Estado”.

Pero también puede provenir la falsa alarma de sectores oficiales, sea como táctica de investigación con el designio

de detectar eventuales asonadas, sea como artimaña, para justificar de antemano todo género de medidas opresivas, por ejemplo, encarcelamientos sin causa o arbitrarias deportaciones.

Si no se tiene, pues, bien firme la cabeza entre las manos, lo mismo puede el ingenuo caer en las redes de asechanzas que tiendan desde abajo que en la trampa, mefistofélica, que se prepare y se urda desde arriba.

Y así, la sangre, sin que haya nada, puede fluir, correr en desmedro del bienestar general y sin logro alguno en el orden de las necesarias transformaciones económicas y sociales.

Importa, por tanto, evitar que los unos o los otros jueguen a la política insurreccional comprometiendo vidas ajenas y manteniendo la propia a buen recaudo.

Los sectores oficiales deben impedir esto, guardando religioso respeto a los derechos humanos, convirtiendo al Estado en servidor de todos y no de una banda de favorecidos; deben impedir que sea valedera la sentencia de aquel teórico checoslovaco que aseguraba no hace mucho que “en el mundo en que estamos, sólo con el precio de la sangre se adquiere la libertad frente a la opresión, la verdad frente a la propaganda”.

Y quienes no disfrutan del poder, por su parte, deben emplear todos los medios legítimos para reclamar, si se sienten lesionados en sus prerrogativas, la vigencia de la ley ante las jurisdicciones competentes, tanto nacionales como internacionales y no olvidar que la opinión pública, cuando es realmente unánime, es también una fuerza... y muy poderosa.

Viene como anillo al dedo recordar, precisamente en esta semana, la naturaleza veleidosa y cambiante de la psicología de los pueblos.

No hay que fiarse en exceso de sus aplausos, pagados o no.

Un domingo como hoy, mientras descendía por el lento declive de la cuesta de Betania, entre palmas y vítores, al Señor del Amor, al Autor de las Bienaventuranzas, que había hecho de los pobres su tesoro y su delicia, comenzó a ensombrecérsele el semblante.

Cuatro días después, en efecto, apenas cuatro días después, en cuestión, por tanto, de horas, esas mismas muchedumbres, envenenadas por las calumnias y los rumores, le gritaban a Pilatos, frente a la Torre Antonia: “ ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!”.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## LIBERACION

29 de marzo de 1972

Señor Director:

Cada época tiene su palabra clave. Esa palabra recoge, compendia su esencia y sus máximas aspiraciones. Así solemos hablar de "Cristiandad", refiriéndonos a la que Verlaine llamó inmensa y delicada Edad Media, de "individualismo" como cifra del Renacimiento y de Edad de la "Razón", aludiendo a los lustros del racionalismo enciclopedista que desemboca, torrencialmente, en la Revolución Francesa.

Supongo, y es un lógico suponer, que las décadas en que hemos vivido y vivimos se las denominará en lo porvenir AÑO DE LA LIBERACION.

El vocablo "liberación" está preñado de plurales sentidos y, por lo mismo, se presta y se ha prestado a múltiples y muy perjudiciales confusiones.

Cristo, por ejemplo, fue un ejemplar liberador, que eso, liberación, rescate, significa, en su raíz etimológica, redención. Redimir es desligar de ataduras, manumitir, conferir libertad al esclavo.

Feuerbach daba por sentado que el hombre, al trasladar sus ideales y sus aspiraciones de la tierra al cielo, se alienaba, se convertía, saliendo de sí mismo, enajenándose, en siervo de un hipotético Ser Supremo. Y de esa "alienación" había que emanciparlo, era necesario sacarlo de ese estado engañoso.

Adhiriéndose a esa radical línea de pensamiento, Marx, en su etapa juvenil, escribe: "El superhombre, el Dios que la fantasía humana proyecta en el cielo, no es más que el reflejo del hombre: es el hombre el que crea a Dios, no Dios el que

crea al hombre”.

La liberación con que Cristo nos liberó, en una semana como esta, marcha precisamente en el sentido contrario a la redención ideada por los filósofos materialistas.

El Objeto de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, es reanudar el lazo roto entre la criatura y el Creador.

Las cosas pasaron así. Allá en las primeras semanas del mundo, Luzbel, fraguando el primer slogan, les dijo a nuestros primeros progenitores: hacéis los tontos, estáis alienados, independizaos y seréis como Dioses.

Adán y Eva, que todavía olían a las manos de Dios, sucumbieron a lo que, desde entonces, se ha bautizado con el título de dialéctica diabólica.

El día en que las tres personas divinas despidieron a la pareja en el umbral del Paraíso, inauguraron en el mundo la gracia de la ironía. Les dijeron: “He ahí que estáis convertidos en Dioses, sois como cada una de nosotras”!

Detrás del sugestivo simbolismo que envuelve la narración bíblica, con su imaginativo toque oriental, con su amena construcción literaria, que la ciencia escrituraria moderna ha ido laboriosamente desbrozando, queda el escueto hecho histórico: la rebelión del hombre contra la Divinidad.

Ahí, en la insurrección de la obra del arte contra el Artista, contra el Hacedor, reside la esencia de la verdad religiosa revelada en ese primer solemne capítulo del Génesis.

No cayó en cuenta, entonces, el hombre, de que su configuración de ser contingente, que hoy es y mañana puede no ser, no le permitía trocarse en ser absoluto. Nunca sentimos tanto nuestra triste condición efímera como cuando nos sacude un violento terremoto: ¡cómo percibimos entonces nuestra radical impotencia!

Al independizarse de Dios el hombre, como decía, se hizo esclavo de sí mismo, de sus pasiones desbordadas, de sus locos extravíos. Fue en ese instante en que el hombre comenzó a ser un peligro para el hombre. Desde entonces data el “homo homini lupus”.

Y ahí se inicia la historia santa: la lucha del cielo por salvar a la tierra.

Dios selló un pacto con el pueblo hebreo para salvarlo. De

tiempo en tiempo, entre las dunas del desierto, el pacto se rompía, se violaba.

Vino, por fin, Cristo, en la plenitud de los tiempos, a firmar una nueva alianza. La rubricó con su sangre...

¡Y qué de misterios, misterios crepusculares que nos permiten entrever verdades sobrehumanas!: dos naturalezas, la humana y la divina, sin fundirse, estrechadas en una sola persona, algo así como si, por obra de prodigio, se crease de dos árboles, por injerto, una sola planta, y en esa única mata brotasen frutos que se correspondan a las dos especies injertadas; una mujer de aldea que alumbra quedando íntegra, como el rayo de sol que atraviesa el cristal y no lo rompe; un Dios que agoniza y fenece, como cualquier mortal, un muerto que se escapa de la tumba entre rompientes de gloria y ale- teos de ángeles.

Todo, ¿para qué? Para que mediante el Verbo que se hizo carne, la carne, por participación, se hiciese Dios. Así se cumpliría, sin menoscabo de las relaciones justas entre el Creador y la criatura, lo que el Diabolo en el Edén les había prometido a Adán y a Eva.

Por eso la Redención de Cristo es integral. Primero, restablece el orden quebrantado, pues como dice San Pablo "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo". Y, en segundo lugar, salva al hombre en cuerpo y alma, aquí en la tierra, que es la antesala del Cielo, y lo prepara así para saltar, con gozo, del tiempo a los castos esplendores de la eternidad.

De ahí que haya que celebrar como justas y exactas, con justeza y exactitud bíblica y teológica, esto que se escribió en Medellín:

"Para nuestra verdadera liberación, todos los hombres necesitamos una profunda conversión a fin de que llegue a nosotros el "Reino de justicia, de amor y de paz".

Y se prosiguió diciendo en la ciudad colombiana:

"El origen de todo menosprecio del hombre, de toda injusticia, debe ser buscado en el desequilibrio interior de la libertad humana, que necesitará siempre en la historia, una permanente labor de rectificación".

Y concluyeron los Obispos de Latino-América con estas jugosas y realistas sentencias:



“La originalidad del Mensaje Cristiano no consiste directamente en la afirmación de la necesidad de un cambio de estructuras, sino en la insistencia en la conversión del hombre, que exige luego este cambio. No tendremos un Continente Nuevo, sin nuevas y renovadas estructuras. Sobre todo no habrá Continente Nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables”.

Claro, que renovarse, haciendo efectiva en nosotros la Redención y no permitiendo que la sangre de Cristo fuese derramada estérilmente, depende de cada uno de nosotros; podemos o elevarnos al nivel del Crucificado o degradarnos hasta el abismo en que se hundió el Apóstol traidor.

Es fama que Leonardo Da Vinci, tras haber pintado en Santa María delle Grazie ese prodigio de psicología y de composición que es el mural de “La Cena”, faltándole un solo personaje por retratar, Judas, salió por las calles de Milán en busca de un modelo.

Un buen día encontró tirado junto a un albañal a un ebrio de maquiavélicas facciones. Se dijo: este es mi hombre. Le preguntó su nombre: ¿era el mismo hombre que le había servido de modelo para dibujar el rostro de Cristo!

Hay en cada hombre arcilla para ser Cristo o para ser Judas.

El libre, el que verifica en sí el doloroso portento de la Redención es el auténtico cristiano.

El Judas, no sólo traiciona a Dios, traiciona también a los hombres y a la sociedad.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## SUGERENCIA A LA SIP

2 de abril de 1972

Señor Director:

El júbilo del espíritu, esa frescura de aurora que ilumina y aviva la sensibilidad el día de la Resurrección del Señor, apenas se entra en el quehacer cotidiano, desde que volvemos a sentir el peso oneroso de los problemas que angustian a la comunidad, se entibia hasta que, poco a poco, gradualmente acaba por disiparse.

Quisiéramos decirle al Domingo de Pascua, lo que Goethe le dijo al instante de la felicidad en fuga precipitada “ ¡Detén-te!”.

Pero es inútil, por más optimista que se esfuerce uno en ser, nos pisa los calcañales el cúmulo de inquietudes que afligen y agobian a la actual sociedad dominicana.

Todo se nos hace incierto, inseguro.

Lo primero que nos vemos compelidos a declarar es nuestra radical impotencia —la impotencia de los más— para introducir en nuestro presente estilo de vida el ejercicio de la razón, el espíritu comunitario, la armonía concertada en la acción, basada en el cumplimiento de la ley, entre el Gobierno y los gobernados.

¿Es que existe en nuestro país —cabe preguntarse— una auténtica opinión pública, con todos los atributos de eficacia que a la opinión pública hay que anexarle para que sea de veras opinión pública?

La SIP ha rendido, a no dudarlo, inestimables servicios en el Continente. Sus pertinaces y valientes denuncias de los regímenes opresores han sido para éstos en no pocas felices ocasiones un positivo freno.

En otras oportunidades, ha constituido, para quienes vacilan en si entrarle o no a la prensa, como el elefante furioso en la cristalería, un recio bastión que no se deciden a sobrepasar pensando en el descrédito internacional y en la fea y villana imagen que de ellos se van a proyectar en todas las latitudes.

Ultimamente la Sociedad Interamericana de Prensa ha graduado y matizado sus calificaciones respecto a los países, en lo que atañe a la facultad de disentir y de manifestar, en los contextos del decoro y la decencia, los propios pareceres.

De acuerdo con este flamante cartabón existen naciones en que la libertad de expresión reina en términos absolutos. Se dan otras en que opinar es delito y en que impera un silencio sepulcral. Y señalan, aquí y allá, por fin, pueblos cuyas autoridades retienen en sus manos el monopolio del papel, por ejemplo, para discriminar en su entrega, manteniendo en vilo la perpetua amenaza de no suministrarlo, en determinados momentos, a la prensa opositora o independiente.

No he visto, sin embargo, que la SIP haya tomado en consideración, para enjuiciarlos, a los sistemas gubernativos que permiten hablar o escribir a placer, como quien da cabida a un desahogo, pero sin prestar atención alguna a lo dicho o a lo escrito.

Más bien se burlan del sentir de la comunidad y se embozan frente a los reclamos —de corrupción administrativa, verbigracia— en la fría y desdeñosa frase de Cervantes que en sus labios adquiere categoría de norma de gobierno: “Ladran, luego cabalgamos”.

De ahí se origina el que se encuentren en la América Latina regímenes notoriamente despóticos, inclusive dinásticos, el de Nicaragua, pongo por caso, a los cuales, no obstante, según la SIP habría que aceptar como democráticos y como respetuosos de la franca y libre expresión de las ideas o como reconocedores de una libertad relativa, bien que consideren las protestas como ladridos de canes.

Es mi convicción —que estoy en disposición de abandonar si se me persuade de mi yerro— es mi convicción, que el organismo internacional del cual Ud., señor Director, forma parte tan eficiente y brillante, debería ir ideando la manera de so-

pesar y catalogar las actitudes de los gobiernos en cuyos dominios la opinión pública es inoperante, está vacía de fuerza, es estéril.

Se ha dicho que la última astucia del Demonio, su astucia del siglo veinte, consiste en hacer ceer que no existe. Al revés de esta zorruna habilidad del amo del infierno, la última astucia de los dictadores consiste en disfrazarse de demócratas. Y para ello se sirven, paradójicamente, de la libertad de prensa, a la cual no le hacen caso, y pasan así como liberales.

¿Es que acaso no los hemos oído proclamar, con frases que pretenden ser graciosas: si aquí no hubiera democracia no se nos pudiera decir por la prensa que no la hay?

Ignoro, por el momento, los modos que habrá que buscar a fin de que se discierna entre un sistema en que la libertad de prensa logre sus objetivos, como vehículo y órgano de la opinión pública, y otro en que el escribir y el hablar se han convertido en manto para encubrir un régimen caprichoso y autoritario.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## LA PAZ: DON INESTIMABLE

3 de abril de 1972

Señor Director:

Cualquier estudiante aventajado del quinto año universitario sabe de coro, de memoria, sin que hubiera tenido que revelárselo Kelsen, el renombrado filósofo del derecho, que la coacción, la fuerza es parte constitutiva, integrante, de la norma jurídica.

Sin sanción, sin vigor ejecutivo, la ley se convierte en pura teoría, en abstracción académica, en especulación metafísica, ineficaz como regla de comportamiento colectivo y como marco de referencia en que inspirarnos para disipar en ciernes los conflictos de intereses, para reconocer a cada uno lo suyo o para castigar a quienes se hagan reos de infracciones.

La fuerza se legitima, pues, cuando apoya y consolida la vigencia del derecho. Se bastardea y pierde autenticidad cuando sirve de amparo y de sostén a la injusticia y a la iniquidad.

Es por eso que en el sistema democrático las huestes castrenses son guardianes de la Constitución, antemurales que detienen en seco las desatinadas embestidas contra el bien común.

De ahí que no deba empleárselas en otra empresa que no sea la de mantener el "Estado de Derecho".

Debemos, por tanto, cuidarnos de conservarlas en el estricto contexto de sus juradas obligaciones constitucionales.

Queremos la paz. La apreciamos como un don inestimable. No podemos congraciarnos por enemiga del bienestar común, con la pérfida y malévola idea de trastocar todo en el país, de echar por la borda el relativo progreso que el pueblo dominicano —todos a una— ha ido ganando con torrentes de

sudores y sobrellevando ejemplarmente aflicciones y sacrificios realmente enormes.

Pero a todos nos cumple el religioso deber de mantener incólume el sosiego social, desplegando esfuerzos, cada día mayores, para que los cimientos y sillares en que descansa ese sosiego sean cada vez más justos, más humanos, más cristianos.

El bien de la Nación nos exige a todos, sin discriminación de personas o de jerarquías, cordura en el pensar, no procediendo a la ligera; prudencia en el actuar, no dándoles palos al avispero; sano patriotismo en el sentir, preservando siempre los intereses nacionales y no entregándose a los extraños.

Se hace de todo punto preciso, si queremos capear con fortuna la tempestad de malestares que amenaza a todo el mundo actual, se hace de todo punto preciso, digo, el establecer sólidamente eso que en su editorial de hoy bautiza Rafael Herrera, con feliz expresión, como "infraestructura humana".

Es sobre el hombre sobre el cual se edifican las sociedades. No sobre intereses partidistas, sobre irritantes privilegios o sobre el tumultuario movimiento de la arrasante anarquía o del caos desatado.

Muy atentamente,

**P. R. Thompson**

## LOS SUCESOS RECIENTES

6 de abril de 1972

Señor Director:

Las deplorables ocurrencias que ensangrentaron a la comunidad universitaria y han estremecido de pesar y de conturbación a la sociedad dominicana, bien analizadas, no deben apreciarse como episodios aislados, sino como eslabones de una cadena de sucesos que tienen sus orígenes en la desatinada convicción de que la fuerza lo es todo y la razón nada.

La creencia de que solo los procedimientos violentos son eficaces para resolver los conflictos humanos, trae aparejada, a modo de inexorable consecuencia, el uso inmoderado de las armas y el menosprecio arrogante del diálogo.

La siembra de la idea —vaya a título de ejemplo— de que las providencias tomadas por las superiores autoridades, aunque éstas estén aún sujetas a público debate, deban implantarse, pase lo que pase y pésele a quien le pese, no contribuye, de cierto, a alimentar sentimientos de concordia, sino, más bien, a enardecer el ciego fanatismo en ánimos ya proclives a romper por la calle de en medio y a llevarse todo de encuentro, vidas y bienes.

Es por eso que, desde Medellín para acá, no por complacencia en jugar con las ideas, sino por atender a dictados de la experiencia, se ha hecho tópica y proverbial la frase de “violencia institucionalizada”.

Violencia oficial a la cual responde, en virtud de la ley de que la reacción corresponde al estímulo, la desesperada violencia defensiva de los de abajo.

El clima emotivo, llameante, en que surgen las pasiones desbordadas y minan, al chocar, los cimientos en que des-

cansa el sosiego colectivo, se crea, pues, por la entronización de la fuerza y por su irracional cultivo.

Los sombríos e inaceptables acontecimientos universitarios no hubiesen tenido los trágicos epílogos en que han concluido, si no hubiesen estado precedidos por la creación de una atmósfera patológica cuya vigencia todavía perdura.

Esto nos parecerá incuestionable, si es que no queremos quedarnos en la superficie de los hechos, y no ir, derechamente, al oculto laberinto psicológico donde se están tejiendo los dramas actuales y los que en los días venideros hayan de sobrecogernos de amarguras y de llantos.

El Señor Presidente de la República, recientemente, declaró, ajustándose de esta manera a la corriente del pensar de los tiempos, que antes de emprender innovaciones sociales o económicas, había que cambiar al hombre.

Nadie dejará de estar de acuerdo con él.

Conforme, por tanto, con ese alto parecer, lo natural y lógico es que desde arriba, se inicie, sin demora, la tarea de cambiar, de actualizar la mentalidad de los servidores públicos.

Nadie, sin dudas, situado en lugar más propicio que la máxima autoridad para comenzar esta pedagogía transformadora. Y nadie posee tantos y tan idóneos recursos para persuadir a sus subalternos de que se puede arraigar el orden sin desmedro del goce de la libertad, de que la justicia puede imperar sin menoscabo de los derechos individuales, y de que la paz no florece en la desnuda punta de las estériles bayonetas, sino en las honduras del corazón que es donde germinan las raíces plantadas en la razón.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## FUGA DE DIVISAS

12 de abril de 1972

Señor Director:

Rebosa de irónico contrasentido el que nos estemos devanando los sesos en busca de arbitrios o medios para atraer los dólares de dominicanos depositados en el extranjero mientras nos mostramos negligentes o ineficaces en impedir que las monedas duras que se generan en suelo nativo tomen las de Villadiego, que en este caso, serían las de los Estados Unidos, el opulento, las de Suiza, la industriosa, las de Panamá, el del Canal, o las de las Bahamas, las de los juegos de azar.

El Gobernador del Banco Central, en su último discurso programático, expresó, con palabras que traslado textualmente, que las "estadísticas disponibles muestran que ha subido substancialmente el monto de las divisas de ciudadanos residentes en el país depositadas en bancos comerciales norteamericanos".

Agregó la máxima autoridad monetaria nacional "que ese continuo drenaje de la circulación monetaria, que ocurre con la expatriación de gran parte de las amplias utilidades obtenidas en los últimos años por los inversionistas nacionales radicados en el país, resta a nuestro sistema bancario, la liquidez necesaria para responder a la creciente demanda de crédito que provoca el considerable aumento en el volumen de los negocios..."

Como se advierte, se subraya con marcado énfasis el ritmo creciente de la fuga de divisas, en términos de altos y consolidados valores.

Se dejan al descubierto --asimismo-- el daño y la ruina que, andando el tiempo, ocasionará a la economía nativa

esa carrera desalada de cuartos macizos hacia el exterior. Pero no se indican, ni siquiera entre paréntesis, las providencias que se van a tomar para detener la irrestañable hemorragia de dólares, que van así a desarrollar más, en virtud de nuestro subdesarrollo, a las naciones altamente evolucionadas.

¿Es que las leyes actuales son inoperantes? ¿Es que el sistema de política empírica, hoy en amplia boga, de hacerse la vista gorda, apadrina y ampara esos delictuosos comportamientos? ¡Vaya Ud. a saber!

No podemos disimularnos que son varias las causas que propician, y si no justifican, explican, en numerosas oportunidades, el que las gentes quieran poner a buen recaudo los dólares, pocos o muchos, que les caen en las manos y que saquen del país a hurtadillas, empleando ingeniosas artimañas o pícaras martingalas.

Si el Fondo Fide le acuerda créditos voluminosos, para ampliar su empresa, al industrial notoriamente rico, no hay por qué llamarse a maravillas si este afortunado no reinvierte sus utilidades y las saque por la puerta excusada camino de playas extranjeras.

El que maduró en riquezas a la sombra y con el abono del peculado, de la ominosa corrupción administrativa; el que maduró en bienes, como el hongo, entre el declive del sol y el rompiente del alba, no nos maravillará que se apresure a poner sus valiosos tesoros a distancia inalcanzable de los tribunales nativos.

El comerciante criollo que en complicidad con los exportadores foráneos logra que le facturen en más de su valor las mercancías importadas con el zorruno propósito de que le asignen a su cuenta en los bancos del exterior los sobrantes del pago, no nos asombrará tampoco si parte de su patrimonio reposa a buen seguro en las bóvedas de instituciones crediticias radicadas fuera del territorio nacional.

Si las agencias navieras no remiten sus dólares al Banco Central y los reclamos legales quedan ahí ahí, no nos causará estupor que reincidan alegremente en sus provechosos deslices.

¡Qué decir de estas nuevas leyes tiradas, como quien dice, a la bartola? ¿No estimularán también la fuga precipitada de

capitales, cerrando de paso, la ventanilla de los bancos para fines de créditos reproductivos?

Conjuntamente, pues, con el rompernos la cabeza ideando medios para atraer y enamorar las divisas que han tomado residencia en el extranjero, importa que nos empeñemos en poner dique en casa que ataje la huida de las monedas duras.

Por lo que hace a las llamadas "divisas propias" y al mecanismo que haya que edificar para que sirvan a una remuneradora estrategia de consumo, bueno es que estudiemos los planes con mesura y ponderación sin precipitarnos en juicios aún no plenamente madurados.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## SEÑALA PELIGRO

21 de abril de 1972

Señor Director:

Surge de nuevo al primer plano de la atención pública la "Gulf and Western" con la información, recién publicada en este diario, de que extenderá sus operaciones a la industria de la construcción, instaurando un banco hipotecario muy bien munido de sólidos millones.

La imagen —imagen que se resiste a fenecer— del pulpo alargando sus tentáculos, perturba otra vez y exalta, encrespándola, la sensibilidad nacionalista de numerosos dominicanos conscientes.

Habrán que asombrarse de los que se asombren de la dinámica expansión de la opulenta corporación norteamericana veteada ahora de exuberante riqueza cubana.

Todo "conglomerado económico" —y la Gulf and Western es un paradigma de conglomerado— todo conglomerado, en fuerza de su misma naturaleza constitutiva, que reside en reunir en una sola empresa firmas que operan en sectores diferentes, reduciendo así el coeficiente de riesgo, tiende a dilatarse, como el sonido y la luz, a acumular liquidez, con objeto de adquirir un poder financiero que permita adueñarse a placer del sector del mercado que más y mejor nutra las ganancias de sus asociados.

En nuestro país, el problema de la vivienda es realmente agudo. No menos de quince mil unidades por año tendríamos que levantar, conforme a estadísticas conservadoras, para calmar las instancias y colmar las necesidades de la actual población en ubérrimo y desbordado crecimiento demográfico.

¿Qué campo más atractivo y apropiado, más sugerente-

mente incitador que este para las inversiones de la "Gulf and Western"?

Inclusive, con ello se halagaría al régimen actual de gobierno, que se sentiría exonerado, en buena parte, de dispensar cuantiosa atención a la construcción de casas, tarea que abandonarían en las manos de la foránea empresa.

El "impasse", que a los ojos del pueblo se les presenta ahora a las autoridades públicas nacionales, es que un grupo de adinerados criollos que habían iniciado la faena de allegar los recursos para establecer un mercado de capital destinado a préstamos para edificaciones, ha comenzado a devolverlos y se van disolviendo, arredrados, temblorosos como azogados, ante la presencia, en el mismo negocio, de un competidor tan formidable y arrollador, como es, sin dudas, la "Gulf and Western".

Si la cosa se analiza desde el punto de vista social, de descentralización de la riqueza, nada se avanza con amparar a los afortunados vernáculos y desanimar, o parar en seco, en este caso, a los intrépidos inversores extranjeros.

Los criollos, a su vez, lo que han hecho es crear su propio "conglomerado", aunque este tenga un carácter, un sentido puramente vertical.

Obsérvese que los integrantes del nuevo banco para viviendas a crearse pertenecen, salvo dos excepciones, a poderosos empresarios vinculados, en una u otra forma, a la industria de la construcción.

Sus reinversiones —sobre todo en quienes son dueños de parcelas ya urbanizadas— van a acrecentar a galope sus lucros y sus ya bien nutridos caudales.

Se patentiza así, pues, un dramático enfrentamiento entre el colonialismo externo —que tiene su centro de decisión en metrópolis extranjeras— y el colonialismo interno, que consiste, en que una clase rica, bienhallada, se agiganta en posesión de bienes, levantándose cómodamente sobre las escuálidas espaldas de la clase media y de los necesitados de techos.

¿Qué providencia debe tomar el Estado si quiere cumplir con las funciones que la sociología y la ciencia política moderna le atribuyen?

Favorecer y proteger lo propio. El día que sea, ellos, los de aquí, no podrán ampararse en una ley Hikenlooper. No

está en manos criollas el arbitrio de fijar a capricho los precios remuneradores de nuestros azúcares.

Estarán siempre los nativos, sujetos a las leyes dominicanas, sean las que sean.

Que se enriquezcan, si quieren, no teniendo más miras que la de los beneficios desenfrenados, sin atender a las funciones sociales de los bienes y de las propiedades.

Las modificaciones de las estructuras, bien así como los frutos, tienen sus tiempos de sazón. Está abierto, por hoy, un compás de espera. Los vientos de la historia van hacia delante, imparables. Nadie escapará a su empuje.

En cambio, si se le permite a la "Gulf and Western" que se dilate a su antojo y sabor, entregamos insensiblemente, poco a poco, el país a intereses exóticos y esos intereses, con su enorme poder financiero tendrán también en sus manos un incontestable poder político.

Tendremos siempre en Palacio el gobierno que ellos quieran permitirnos que tengamos.

Y ese gobierno será siempre el suyo, no el gobierno de los dominicanos y para los dominicanos.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## NECESIDAD DEL DIALOGO

23 de abril de 1972

Señor Director:

Se tiene entendido que la existencia de una oposición y de una minoría pensante forma parte integrante y define, a título de rasgo substancial, el régimen que se bautiza a sí mismo como el régimen "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo".

La teoría legitima la existencia de plurales partidos en el seno de una sociedad abierta, porque ellos rinden servicios al bien común, no sólo ejerciendo el saludable derecho a la discrepancia, que es síntoma incuestionable de la presencia de la libertad, sino también a causa de que en función de crítica, controlan los posibles excesos de poder y ponen en autos a la opinión pública de las eventuales anomalías que puedan estar inficionando a un régimen institucional.

Por eso, causa sorpresa que la más alta autoridad ejecutiva del país declare que tiene cerrados los ojos y que tiene obturados los oídos a cuanto escriban o manifiesten los adversarios políticos del partido en el poder.

Esa disposición de ánimo desvirtúa la razón de existir de una auténtica y genuina oposición.

Por otra parte, es como si, en esta época de exaltación de diálogo como instrumento de comprensión y de paz, se clausuraran los cauces de comunicación entre los de arriba y los de abajo.

Tal cosa, además, equivale a abrir un abismo de malos entendimientos entre las facciones y a privarse el propio Gobierno de una útil colaboración, pues un mandatario hábil sabe convertir los reparos en consejos y los consejos

## IRREGULARIDADES

24 de abril de 1972•

Señor Director:

Asesinado a mansalva en una páfida emboscada el genial Sucre, camino del Ecuador, desaparecidos del escenario épico los demás próceres de la independencia, Bolívar escribe en el punzante exilio estas palabras que transpiran amarga desilusión:

“No hay buena fe en América, ni entre las naciones de América. Los tratados son papeles; las constituciones libros; las elecciones combates; la libertad anarquía y la vida un tormento...”

El panorama, en substancia, si se mira con los ojos bien abiertos, no han cambiado gran cosa. La cláusula de que las Cartas Magnas son libros, papeles, brillantes ejercicios académicos, ha tenido fortuna y se ha reeditado en tonos convincentes.

Y lo más penoso del caso no es que la Ley de leyes se haya declarado inoperante sino que a las palabras acompañen los hechos.

La más fresca y reciente ilustración de este menosprecio de las normas comunes la tenemos al alcance de la vista en la determinación de permitirles el auto-exilio a los acusados de infringir las leyes penales sin espera de ningún dictamen de los tribunales competentes.

Es bien sabido, en efecto, que desde el momento en que un ciudadano está formalmente inculpado como autor de un delito, no puede ser excarcelado si no se cumplen de antemano los requisitos que exigen nuestras reglas procesales.

Aun en las privilegiadas circunstancias en que el Estatuto Orgánico del país acuerda al Primer Mandatario la prerrogativa de indultar (Art. 49), ese gesto humanitario no puede lle-



vase a cabo si no hay una previa sentencia condenatoria, comoquiera que el indulto es el perdón de la pena.

La práctica, por tanto, ahora en franco y amplio uso, de liberar, expatriándolos, a presuntos delincuentes con expedientes judiciales aún no cerrados, además de borrar los esenciales linderos que en una auténtica democracia dividen al Poder Judicial del Poder Ejecutivo, convierte esa práctica en un lírico pedazo de papel el sistema jurídico que se encierra en la Carta Sustantiva.

Es bueno también que pensemos que, con este procedimiento, ningún ciudadano se siente seguro de poder vivir y morir en su país. Basta que se le incrimine de una violación a la ley penal para que se le ponga en la dura alternativa o de no tener más paisajes que las rejas de una ergástula o irse a aventurar por tierras extrañas privado totalmente de recursos.

No hay que recalcar que no es otra la forma en que se actúa bajo regímenes autoritarios, en que el espíritu de partido se sobrepone a los imprescriptibles derechos humanos, y en ultrajadas las garantías individuales, constituyen el más enérgico reproche a la vigencia del cesarismo enmascarado.

Importa mucho no dejar pasar sin censuras métodos oscuros de esta índole. El silencio afianza la injusticia y se hace cómplice de ella.

La apatía, el propósito conservador, de no sentirse "engagé", comprometido, abona inconscientemente los peligros que ocasionalmente puedan rodear a cada una de nuestras personas. Como decía Ihering, en la violación de sus derechos, se violan los míos.

Y conviene no olvidar, por fin, que la mansa aceptación de estas irregularidades desmoraliza y nos conduce a creer que estuvo en lo cierto Vauvenargues cuando escribió que "el despotismo consentido y largamente ejercido envilece tanto la naturaleza humana que ésta concluye por amar la esclavitud".

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## INVERSIONES

27 de abril de 1972

Señor Director:

Vieja es la metáfora, pero muy vieja, con que se nos enseña que así como el trigo gana, en limpieza y sabor, batiéndolo y tamizándolo, así también las ideas se perfeccionan y abrillantan, cobran más nítidos perfiles, frotándolas y bruñéndolas.

Entre los bienes que la comunidad cosechará de la reciente controversia que ha provocado —una vez más la Gulf and Western y sus proyectos empresariales—, se ha de registrar en lo venidero el que los dominicanos nos hayamos forjado un concepto más exacto y lúcido acerca de la necesidad y los límites de las inversiones que necesitamos para echar adelante a este razagado país.

El licenciado Luis Julián Pérez, con admirable e impresionante sobriedad de estilo, en una magnífica carta justificativa de sus actuaciones en la vida pública, acaba de declarar que, contrario “a la oposición y al criterio personal de algunos”, él se profesa abiertamente partidario de toda inversión “hecha sanamente y de buena fe”.

La expresión, aceptable por la incuestionable sinceridad que la inspira, tal vez sea más fascinante y convincente si se le agrega una ligera añadidura. Para que suene de este modo: “hecha sanamente y de buena fe y siempre y cuando esa excelente buena fe no perjudique, en breve o a la larga, los supremos intereses del país”.

El complemento de la oración no obedece a que uno esté pensando en el dicho aquel que nos recuerda que “de buenas intenciones está empedrado el infierno”, sino porque es po-

sible que con el mayor despliegue de cándida inocencia se expolie al pobre haciéndolo más pobre y se enriquezca al rico, haciéndolo más rico. Esto es posible. No se me a va a negar.

No creo que exista, ni en los grupos de la oposición, ni nadie en particular, que sustente el criterio que un pueblo subdesarrollado pueda recorrer sostenidamente todas las etapas del desenvolvimiento económico, social y político sin una masiva asistencia, financiera y técnica, proveniente de las naciones altamente industrializadas.

Si hay alguno que abrace tan singular y estúpida tesis, que levante la mano para apresurarnos a complacerlo conduciéndolo del cabestro a las buenas praderas donde madura en ricas proteínas la pangola.

No se cansará uno de repetir el sobateado círculo vicioso, que sueña a conceptuoso retruécano, de que somos pobres porque no disponemos de dineros, y no disponemos de dineros, porque no podemos explotar nuestras abundantes riquezas.

En un mundo de interdependencias, económicas, políticas, culturales y tecnológicas, la pretensión de alcanzar "autarquía", es decir, total emancipación, entra en el género de lo absurdo.

Esa disposición de ánimo asienta bien a quienes, cegados por el fanatismo, viven de exclusivas y se deleitan con un nacionalismo de colorines, de slogans patrioterros, de verbosa e infecunda demagogia.

El "desarrollo" es una obra de solidaridad humana y descansa, como en base, en la ética de eso que se llama con acierto "Justicia Social Internacional".

Un desarrollo auténticamente humano es incompatible con el estrangulamiento exterior, que se origina en que se compre barato y se venda lo mismo comprado, perfeccionado por la manufactura, bien caro.

No se armoniza tampoco con el espíritu de equidad el que unos inversores —como ocurrió años atrás en la América Latina— coloquen ocho millones de dólares y saquen en beneficios once.

Ciertio tipo de capitalistas extranjeros, según puede comprobarse en el llamado "Informe Pearson", más que insistir,

amedrentan y amenazan con no abrir sus ricas manos si no se les cubre de garantías de pies a cabeza. Para penetrar con su riqueza en nuestros países aspiran a venir revestidos de armaduras de acero, como los combatientes medioevales que contemplamos en los museos clásicos.

¿Por qué entonces nosotros no hemos de poner también condiciones para que exploten nuestras minas, nuestras tierras, y para que disfruten de nuestro bien exiguo mercado interior?

Se dice que cuando se realiza una inversión foránea el sitio en que se hace mejora en su condición de vida y se encuentra con satisfacciones elementales. El que no tenía empleo, lo obtiene. El que padecía hambre, come. El desnudo, ya se viste.

No me persuade el razonamiento. Si el que tiene empleo, come y se viste, es todavía víctima de una explotación, su empleo, su comida y su vestido, no justifican la iniquidad.

• Por esto fue injusta la inversión de la Nebraska. Por esto han sido inicuos ciertos contratos con los hoteles del Estado. Por esto ha habido que modificar el convenio con la Alcoa. Por esto se estima un poco que la Falconbridge le deje al país únicamente nueve millones de dólares al año. Por esto está causando aprehensión y se nos pide estar en guardia con las gestiones empresariales de la Gulf and Western que se extienden y dilatan cada día con mayor pujanza.

El tema es denso, largo y fecundo y habrá que volver sobre él descendiendo con mayor demora a más particulares circunstancias.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¿POR PODER?

3 de mayo de 1972

Señor Director:

El nuevo proyecto de ley encaminado a insertar en nuestro sistema jurídico algo que presente la apariencia — ¡la apariencia!— de un matrimonio por poder, evidencia la preocupación que inquieta a nuestros sabios y austeros legisladores por conferirle a la unión legítima del hombre y la mujer, la firmeza y el respeto que debe caracterizar a esa vital institución.

Los miembros de ambas Cámaras, a quienes, con excepciones, nunca les ha preocupado el lucro en el ejercicio de sus particulares profesiones atestiguan también, con este proyecto, que a lo que aspiran es a vigorizar la estabilidad de la familia y a impedir que nuestras leyes vigentes se conviertan en sucias Celestinas, en alcahuetas del culto delirante y desenfrenado del báquico y disoluto sensualismo.

Son esos legisladores, además, tan eminentes jurisconsultos, que siempre se empeñan, y con éxito, en que nuestras normas legales estén confeccionadas con arreglo a la más estricta simetría.

Por eso, después de haber creado los moralizantes “divorcios a vapor”, ahora van a establecer lo correlativo a esos divorcios: “los matrimonios por teléfonos sin hilos”.

Todo eso está muy bien. Nos honra muchísimo

Nuestros senadores van a cobrar la fama de integridad que ilustró a los senadores de la República Romana de los cuales se dijo que eran tan profundos e impecables en sus deliberaciones y consejos, tan severos cuando se trataba de la “salus populi”, de la salud moral y jurídica del pueblo, que cada uno

de ellos merecía llevar en sus sienes una diadema de rey.

La actual administración pública debe sentirse muy satisfecha con la honrosa labor que para lustre y brillo del país rinden en este período de nuestra historia los representantes del pueblo.

Lo que no me gusta es que, a veces, se les va el santo al Cielo y en vez de iniciar leyes que nos mejoren, por descuido, proponen leyes que nos empeoran.

En este momento, por ejemplo, aspiran a establecer un matrimonio por poder en el que el poder se le acuerda a un Oficial del Estado Civil, no a un representante del contrayente, que es quien recibe el mandato de asumir la persona del futuro cónyuge.

No hay nada semejante en la legislación universal. Esta genial innovación, sin dudas, despertará admiración, no sólo en la Escuela de Derecho de la Universidad de París, sino también en los foros más liberales, donde, en esta materia, no se escandalizan ni por la legalización del amor libre.

La admiración surgirá unánime, porque, hasta el presente, en la legislación universal, el “matrimonio por poder” exige un mandatario diferente a los Oficiales Civiles al servicio del Estado para conservar la solemnidad del acto matrimonial.

Resulta también curioso que no hayan observado que los matrimonios por poder se celebran de ordinario entre personas residentes en países distantes y diferentes y solo en casos muy singulares entre co-residentes.

A cuanto parece a los ojos de nuestros legisladores esos son “peccata minuta”. Lo esencial es que esos dorados errores forman un atractivo más de índole turística que va a permitir que se acumulen suntuosos expedientes sobre la mesa de trabajo de una especial categoría de profesionales del derecho.

Lo que más me desagrada, sin embargo, es el argumento que emplean para sustentar su virtuoso designio.

Se dicen: la Iglesia Católica acepta el matrimonio por poder. Y ese matrimonio, al inscribirse en los registros civiles, se hacen civil y obtiene efectos civiles.

Hagamos nosotros lo mismo, pero sin pasar por la Iglesia: uno escribe su deseo de casarse con fulana, el deseo escrito, se legaliza ante Notario, se adquiere domicilio de elección en el país; si la otra parte, también por escrito, expresa su con-

sentimiento, el juez se apresurará a declararlos honestos marido y mujer al amparo de las sacrosantas y purísimas leyes dominicanas.

Debo manifestar que no comparto en absoluto el criterio de los que aseveran que en el trasfondo de este asunto late un cálculo que sonaría de esta guisa: si a veces las drogas pasan so pretexto de que son para uso medicinal, ¿por qué no meter de contrabando la lucrativa celebración de un matrimonio acelerado bajo la cándida sotana del Papa?

No estoy de acuerdo con estos malpensados. Nuestros eruditos legisladores saben que el matrimonio “por presentación”, en el Derecho Canónico, tiene carácter de excepcional.

Por eso los canonistas dicen que el matrimonio por poder no le es grato al derecho: “non gaudet favore iuri”.

Se requiere para celebrar este tipo de matrimonio especial (can. 1091) una especialísima licencia. Las condiciones que se requieren para acordar esa facultad suponen que se trata de causas justas, graves, tan graves que impiden en un determinado lugar la presencia simultánea de los novios (can. 1088).

Entre las situaciones que darían lugar a matrimonios por poder se enumeran estas: que uno de los contrayentes padezca enfermedad contagiosa; que uno esté en el exilio y la novia bajo el déspota; que por circunstancias especiales, como sería la de un Embajador impedido de ausentarse de su sede, no pueda encontrarse con su desposada.

Y aún en estas situaciones de contingencia, el párroco o dos testigos, —se excluye el Notario civil— previo permiso del Obispo, deben presenciar la firma en virtud de la cual se nombra al representante.

Se trata, por tanto, evidentemente, no de acelerar el matrimonio, sino de rodearlo de serias y eficaces garantías.

Es claro que los matrimonios por poder celebrados con estas precauciones honran a nuestros registros civiles cuando se inscriben en ellos.

Los matrimonios “al vapor”, en cambio, van a manchar y a enlodar los libros en que consten los otros honrosos matrimonios dominicanos.

Por todas estas consideraciones se espera que nuestros

acuciosos legisladores, ya que quieren crear el matrimonio por poder, busquen inspiración en el Derecho Canónico y no en mercaderes en conciencias humanas que nos visitan y nos sugieren, para su provecho, fórmulas incompatibles con el decoro y la decencia.

Abrigamos la seguridad de que el proyecto se estudiará con sumo cuidado, con esmerada demora. Fundamos esta esperanza en que nuestros legisladores han dado muestras de que les gusta ir despacio, pensándolo todo, atando seriamente todos los cabos.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## EL SISTEMA Y EL TABACO

12 de mayo de 1972

Señor Director:

La imposición de gravámenes al tabaco rubio cosechado en surcos nacionales —aunque el peso recaiga sobre el consumidor— no descansa, a mi modo de ver, en la aplicación, como se ha dicho, de teorías económicas o políticas.

A estas alturas de los tiempos no hay quien desconozca, por poco despabilado que esté, que las actividades económicas dejaron de ser una zona sujeta exclusivamente al puro derecho privado.

La loza sepulcral que cubre al liberalismo manchesterniano es inamovible: no tendrá la suerte dichosa de la piedra que cubrió la tumba de Lázaro, el resurrecto.

Es hoy convicción unánime que el Estado no puede abandonar al libre juego de los intereses particulares el bienestar general. Esto llega a tal grado que hoy sería inadmisibile la regla aquella de un economista inglés quien, no sin buen humor, decía, para fijar el precio de los salarios laborales: “Si dos obreros van detrás de un patrono, los salarios están bajos; si un patrono va detrás de dos obreros, los salarios están altos”. Hasta en esto hoy interviene el poder público.

En más de un país —Francia e Italia, por ejemplo— el Estado no sólo se inmiscuye y participa en el control y reglamentación de la economía sino que es, además, agente productor. E, inclusive, en determinados casos, monopoliza ciertos productos, como ocurre precisamente con el tabaco en las naciones que acabo de mencionar.

El problema del tabaco rubio tiene, pues, entre nosotros, otra raíz, otro origen: nace de nuestro anticuado, adocena-

do y rutinario sistema fiscal.

Nuestro Presupuesto se nutre en gran medida de las recaudaciones aduanales. Ello obliga, a fin de evitar un colapso interno, a mirar con buenos ojos y complacencias el crecimiento del volumen de las importaciones. Según sea alto o bajo aquel ingreso, más débil o más vigoroso será el poder económico del sector público.

Es obvio que ese régimen fiscal constituye un pertinaz obstáculo para el desarrollo: amengua, si no enerva del todo, la política de substitución de lo extranjero por lo crillo.

No es menos clara la influencia de signo negativo que la aludida práctica ejerce, en términos de presión, sobre los términos de intercambio y, en obligada consecuencia, sobre la estabilidad de la balanza de pagos.

El Gobierno se ve, de esta manera, encerrado en un inrompible círculo vicioso: si permite que se promueva la producción en un cierto renglón, el del tabaco rubio, verbigracia, hasta ese momento inédito, inexplorado; ello implica que deja de percibir quince millones de pesos, mermando sus propios ingresos. Si, en cambio, no permite esa producción interna, mata la iniciativa para el desarrollo.

El pecado original, por consiguiente, está en el núcleo, en la esencia misma del sistema. Lo que hoy está aconteciendo con el tabaco rubio, acontecerá mañana con cualquiera otra producción que pueda afectar las recaudaciones aduaneras.

Algunos de los economistas dominicanos se han ocupado del arduo y delicado tema. Hará un par de años que el licenciado Bernardo Vega abordó con valentía el asunto. Recomendó soluciones. Insistió en pasar el acento y el énfasis de las Aduanas a la producción, instando a que se rectificase el programa de inversiones del Estado.

No se le hizo caso. Los estudios que con el auxilio de técnicos extranjeros se hicieron a este respecto, duermen el perpetuo sueño de los muertos.

Si no se desarraiga de cuajo el empírico método actual, seguiremos vendimiando los desabridos y amargos frutos. Hay que poner la segur en las raíces si queremos evitar que se reiteren y se multipliquen los complejos problemas que este sistema ocasiona y que hoy se nos hacen patentes con la

producción del tabaco rubio.

No se puede poner tronos a los principios y levantar cadalsos para las consecuencias.

Es evidente que soluciones como las que Ud. insinúa, en su Editorial de este día, podrían salvar el "impasse". Pero ello sólo constituiría un paliativo, una salida transitoria, nunca una fórmula capaz de conciliar definitivamente los intereses del Estado con la promoción de un desarrollo sostenido.

Se hace, en consecuencia, inaplazable el regreso al estudio cuidadoso de toda la estructura del régimen fiscal. Esto, claro está, si no queremos que permanezcan intocables esas murallas que detienen la marcha ascendente del progreso económico, político y social.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ACCIDENTES

15 de mayo de 1972

Señor Director:

Puesto uno a reflexionar, no le sería fácil determinar, en el actual momento, cuál de los dos, si el salvaje terrorismo o los dramáticos accidentes de tránsito conduce mayor número de víctimas al sepulcro.

Ambos verdugos tienen, sin embargo, un evidente y claro común denominador: la total ausencia del espíritu de respeto a la vida humana.

Si a los aterradores actos de violencia se les califica, con severo y acertado juicio, de bárbaros e incivilizados, a los conductores desaprensivos y a las autoridades encargadas de hacer guardar las leyes del tráfico, hay que recriminarlos, mal que nos pese, como a homicidios, al menos, por omisión y por incumplimiento en sus respectivos graves deberes para con la sociedad.

Es ya penosamente alarmante la suma de los que perecen, inopinadamente, en los caminos y vías públicas nacionales.

Hay autopistas por donde atreverse a pasar constituye una osadía y una temeridad, pues es aceptar un desigual desafío de la muerte. La Avenida de las Américas ha cobrado ya fama de grimosa, de tétrica, de fatídica, de mortal. No sé por qué extraña asociación de ideas, al pensarse en esa arteria vial, le viene a uno a la memoria el famoso Puente de Los Suspiros veneciano por el cual se entraba vivo y se salía muerto.

No tiene que temblarle el pulso a nadie para hacer recaer la responsabilidad de las tragedias escenificadas en esa fatal ruta, en gran medida, sobre las autoridades encargadas de poner urgente remedio a los defectos de construcción que vician, por una parte, a esa carretera y que, por otro lado, se

convierte, casi perpetuamente en un vidrioso y resbaladizo pavimento, donde el más ágil y experimentado automovilista pierde el control de su vehículo y va a dar con su cuerpo y con los cuerpos de los que lo acompañan al despeñadero.

Si la prisa alocada y deportiva de los choferes constituye un castigable menosprecio de la vida propia y de la ajena, no menos reprochables son los agentes del orden público que ven cruzar los vehículos, bebiéndose los vientos, a una vertiginosa velocidad vedada por las leyes y les permiten proseguir, con desenfado, en su demencial carrera, sin decirles, ni siquiera, esta boca es mía.

¡Qué febriles y activos, en cambio, qué dinámicos y vigilantes se exhiben cuando se trata de seguirles los pasos, y adivinarles el pensamiento a quienes no están cómodamente insertados en el partido político hoy en el poder!

Los organismos policiales deberían iniciar, sin más demora, una eficiente y bien planeada cruzada para perseguir, sin contemplaciones y sin miramientos de personas, a quienes quebrantan las leyes del tráfico, sobre todo, en los amplios bulevares y anchas avenidas que se prestan a provocar, en los irresponsables, el vértigo de la velocidad y se lanzan por esas calles de Dios como si estuviesen conduciendo en una pista de carreras.

Cualquier ciudadano puede dar fe de la manera impune en que los paranoicos del faroleo, máxime los jóvenes de melanas hirsutas y dueños de ruidosos vehículos; cualquiera puede atestiguar la forma asesina en que, los que se mueren y matan por sentir el deleite de la velocidad, vuelan más que marchan por sobre las autopistas, por sobre las avenidas, "Abraham Lincoln", "Winston Churchill" y aún por sobre las bonitas vías que ciñen, con un abrazo de flores, al "Paseo de los Indios".

Sólo la Policía lo ignora.

De prolongarse este estado de cosas, nuestros caminos seguirán siendo fúnebres campos santos, sin coronas ni cruces.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## LA SUERTE DE LA PROTESTA

16 de mayo de 1972

Señor Director:

De tarde en tarde —y ayer fue una de esas sombrías tardes— se nos hace saber que los corresponsales residentes en provincias padecen persecución y son víctimas de violencias físicas y de intimidaciones verbales en que lo menos que se les dice es que ya se tiene escogido el palmo de tierra en que van a dormir el sueño perpetuo.

En seguida, en lo que dura un pestañear, los diarios capitalinos hierven en protestas y declaran con energía que la libertad de expresión es indivisible y que pertenece al género de lo absurdo que lo que se reconoce y respeta en Santo Domingo se atropelle y veje en apartados lugares del territorio nacional.

Acto continuo, ni cortas ni perezosas, las máximas autoridades de los institutos policiales emiten en vibrante comunicación en que reiteran su profesión de fe democrática y anuncian medidas contra los miembros de la organización que, indisciplinados, rebeldes a las órdenes dictadas, se dan a la tarea de abogar la franca manifestación del pensamiento y de paralizar, tosca y brutalmente, el ejercicio del derecho a la discrepancia y el cumplimiento del deber de informar.

No transcurre mucho tiempo sin que se vuelva a las andadas y resuene de nuevo en el ambiente otra firme promesa oficial garantizando y asegurando que las reprochables ocurrencias que lesionan los derechos individuales no se repetirán.

Mecánicamente, en fuerza de la analogía, afloran a los labios los prosaicos versitos de una de las filosóficas Doloras

de Campoamor:

“Te contaré en un cantar la rueda de la existencia: pecar, hacer penitencia, y luego vuelta a pecar”.

A quien esto escribe no le cabe duda de que en innumerables circunstancias es a la dejadez y al cansancio moral de los que manejan la pluma a quienes hay que atribuirles en parte al menos, la responsabilidad del buen éxito que tienen estas travesuras políticas y que constituyen una mañosa burla a la prerrogativa de decir lo que se siente y se piensa.

Con suma frecuencia formulamos una briosa censura contra una medida anticonstitucional o contra una práctica gubernamental que injuria al buen sentido, atropellando de paso, a los más elementales derechos humanos.

Igual que una bala lanzada al aire que silva sin ir en procura de ningún blanco, así se pierde a menudo en el vacío el jurídico reclamo de la prensa.

La cosa ocurre de este modo. Se escribe. No se hace caso. La querrela se hunde en el abismo del olvido y persiste y se prolonga así, desenvueltamente, el irregular ejercicio de la iniquidad.

¿Hemos logrado acaso que el Congreso se enserie, que pondere y madure los proyectos de leyes, que se asesore con sabio reposo, que fije la mirada en el bien común dando de manos a los intereses particulares o de inspiración netamente partidista?

Esta mención quiere servir a modo de ejemplo, como en el caso del botón en que basta una muestra, porque, contingencias de esta misma naturaleza, sobreabundan en nuestro pintoresco quehacer político.

La fatiga de los escritores a que vengo aludiendo concurre, claro que de una manera inconsciente, a afianzar y consolidar los actos aberrantes e ilegales.

Nada ilustra mejor esta última afirmación como los episodios de las expatriaciones, contra todo orden de derecho, de que vienen siendo objeto no solamente los que han presuntamente incurrido en delitos de tipo político sino también aquellos que han sido condenados en los tribunales por infracciones comunes.

Esas deportaciones, sin que a nadie se le ocurra pensar lo contrario, son, en redondo y en absoluto, francos quebranta-

mientos del Estatuto Orgánico del país.

Y sin embargo, ya en las alturas se habla y diserta públicamente de esas forzosas emigraciones como si fuere la cosa más legal del mundo, una especie de derecho consuetudinario.

¿Por qué? Porque nuestras protestas han cesado, se han desvanecido hasta perderse en el silencio.

Si queremos, por tanto, mantener el frágil retazo de libertad de expresión que todavía se nos permite, hemos de ser pertinaces, persistentes en las denuncias de las violaciones de los postulados del sistema democrático.

Ello, naturalmente, con decoro en la prosa, con decencia en el pensamiento, con criterios independientes e insobornables, y sin convertir la censura en detracción, ni en sistemático y majadero espíritu de contradicción.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## RON, JUEGO Y BOHEMIA

17 de mayo de 1972

Señor Director:

La demagogia, que según el constante decir de los sociólogos es una flor natural, silvestre de las ásperas zonas subdesarrolladas, se ha complacido siempre en idealizar y sublimar al campesino; como los poetas bucólicos, los autores de églogas, elegantizan y afinan los sentimientos del pastor, aunque suele él moverse en las malolientes majadas.

Lo cubre de excelencias y primores, lo estiliza, sin señalarle nunca ni reprocharle los defectos y lacras que, como de todo mortal, forman parte de su condición humana.

Nada más inauténtico e incordial que este aborrecible procedimiento. La infamia nace de que no se realzan las virtudes del labriego para asistirlo y mejorarlo, sino para esquilmarlo, para sobornar su admiración, para explotarlo y arrebatarse, con una retórica fraudulenta, el voto a la hora de los comicios.

Son muy escasos en nuestros días los que tienen la valentía intelectual de José Ramón López quien nos pintó al vivo a nuestros hombres de campos, tales como son: con sus sobrias cualidades y con sus abundantes miserias.

Y ese campesino que nos dibujó, con crudo realismo, en 1896, el eximio sociólogo e iluminado escritor dominicano no ha sufrido, a lo largo de todo el tiempo, cambios que pudieran calificarse de substanciales.

Por eso llama grata y poderosamente la atención el coraje moral de que dio muestras el Padre Fabio Antonio Solís al expresar recientemente "que el problema en el campo dominicano no es solamente la tierra, sino

también el vagabundaje, el ron, el juego, la lotería, los brujos y los curanderos”.

Agregó el sacerdote que el ciudadano de segunda categoría que vegeta en las zonas rurales, es reacio a la organización, en la cual podría encontrar fuerza para sus reivindicaciones, y es refractario al aprendizaje de las innovaciones técnicas, que elevarían en gran medida sus míseros niveles de vida.

Estas deficiencias psicológicas, morales y sociales, a las cuales cabría sumar otras más, son exactos retratos de una tristísima realidad.

Claro, que no conviene generalizar. Importa no forjar categóricas sentencias. Hay renglones del país donde el labriego vive cosido al deber, es buen padre de familia y lleva a sus hijos, en una espontánea movilización social, desde los surcos hasta las cátedras universitarias.

En lo del ron, el juego, la bohemia alocada e irresponsable y los brujos, el trabajador del agro no anda muy distante de la vida que llevan los ilustres y conspicuos caballeros de las ciudades.

Tengo como afirmación muy aventurada la que suele hacerse de que el campesino, por idiosincracia, es perezoso, haragán, más amigo del vicio que del trabajo.

¿Quién, desde Colón para acá, desde la Encomienda hasta las modernas haciendas del día, ha abastecido nuestros mercados y nos ha traído a las urbes los alimentos con que nos nutrimos?

Como lo ha publicado el BID, y lo reitera hoy Rafael Herrera, el sesenta por ciento de la fuerza laboral dominicana está en el campo y el noventa y cinco por ciento de nuestras exportaciones provienen de las tierras labradas por las manos callosas de nuestros agricultores.

Ellos son, pues, los labradores, los que traen las divisas, los genuinos promotores con sus sudores del desarrollo y los que permiten escoger en los supermercados citadinos los bienes de consumo foráneos y los “delicatessen” que engolosinan los paladares de los refinados “gourmets” de las satisfechas clases privilegiadas.

Conjugando todas estas consideraciones con las bravas y realistas declaraciones del Padre Solís, la conclusión a que se llega es que el campesino es víctima de mayores injusticias

que las que goza en las ciudades de todos los frutos de la civilización: es víctima de la poca oportunidad que se le ofrece para educarse, que es lo que lo arrastra al vicio, y es víctima, además, de una cruel e inhumana explotación, porque produciendo tanto, tan poco le llega de lo que produce.

Tal vez no haya más adecuadas palabras para terminar que estas que escribió, va ya para casi un siglo, José Ramón López:

“¿Qué ideal de nacionalidad, qué ideal de raza podrá servir de faro en lo sucesivo a esa abrumadora mayoría rural que en cada generación abdica de un capítulo de la vida del espíritu?

“Retrocederá sin rumbo ni conciencia, falta de objeto su vida nacional, arrastándonos a todos en su miseria crónica, si los que aún tienen serenidad para prever el naufragio cercano, no reaccionan con todas sus fuerzas, no predicán con ardor otra higiene, otra vida que nos salve y los salve; si el poder civil, si el clero, si todos los ciudadanos hábiles para ello, no hacen activa propaganda de un derrotero mejor que el que seguimos”.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## BEBE, SIN SED

19 de mayo de 1972

Señor Director:

Puesto que Monseñor Pepén, en bizarro cumplimiento de su deber pastoral, ha coincidido, por supuesto sin previo acuerdo, con el Padre Fabio Antono Solís, en cargarle las tintas sombrías a nuestro cuadro rural, me voy a tomar la licencia de retomar el tema que, por lo demás, es rico en plurales llamados a que se le esclarezca a fondo.

No se espere que enmascare o disimule los notorios extravíos del campesinado. Es real y cierto, de toda certeza y realidad que, por puntos generales, es el hombre del campo, mañoso, naturalmente resabido, hábilmente cazurro.

Es incuestionable, también, que el labriego bebe en exceso precisamente cuando no tiene sed; que si lo dejan, hurta el cuerpo al trabajo y una hamaca bien puede formar su delicia. ¿De quién no?

Es, por igual, de sobra sabido, que funda sus esperanzas de mejora en los azares de la lotería, en las rifas de "aguante" y en las ocasionales victorias de las riñas de gallos.

No constituye un secreto para nadie que nuestros labradores engendran, en nombre del machismo, como escape al tedio y por entretenimiento de bajo costo, más familias de las que pueden mantener, prolífera práctica que, inclusive, El Corán prohíbe, pues sólo abre las puertas a los eróticos delirios de la poligamia a los ricos y afortunados. El harem es un lujo propio de los potentados.

Todo esto, más la total ausencia de espíritu comunitario, hay que cargárselo sin reservas a nuestro hombre de las zonas rurales, aunque de ello no tenga el monopolio exclusivo.

Lo que hay que preguntarse, para que el dictamen sea ecuánime, es si la sociedad entera, por incumplimiento de sus responsabilidades sociales, no ha ejercido función de concausa en la existencia de estas fallas morales que enferman y desmedran al campesinado.

Sin examinamos el asunto con detenimiento descubriremos que, aparte de la responsabilidad personal, las deformaciones pecaminosas que florecen en las regiones rurales tienen su origen en que el ciudadano que en ellas mora, vive en estratos más profundos que el resto de la población que habita en los centros urbanos.

Esto es ostensible y ostentoso, sobre todo, en la endémica carencia de educación que acompaña al hombre del agro desde la cuna hasta el sepulcro. Esta situación crea un clima humano en que no pueden prosperar los sanos principios, las buenas costumbres domésticas y en que no germina el sentido de la responsabilidad ni la conciencia de los propios derechos.

Por falta de luces y por sobra de ignorancia el campesino es milagrero, destinista y resignado.

El tema de la resignación dentro de este profundamente arraigado sentido del fatalismo, escribe John P. Guillen, en un enjudioso ensayo, se expresa tanto en las costumbres alegres como en las melancólicas. Un aspecto alegre, según señala el susodicho psicológico, lo encontramos en una universal esperanza de la buena suerte, que tiene su expresión más general, precisamente, en la lotería.

En la vida pública, afirma Guillen, esa resignación fatalista llega a lo que Bunge, el sociólogo y crítico argentino, llamó "pereza criolla". Consiste esto en cierta tendencia a eludir la búsqueda de soluciones a los problemas y a esperar todo del gobierno asociándose así, este hombre sin letras, a la teoría del "Estado—Providencia" o, como decimos ahora, a los regímenes paternalistas.

Dada esta psicología rudimentaria, que está fundida con la entraña del labriego, nada o muy poco, comparativamente, ha hecho el Estado dominicano para redimir a los cultivadores del campo de esa condición de esclavo, primero de su propia ignorancia, y, después, del vasallaje a que lo someten los poderosos, aprovechándose de su incultura.

Y, sin embargo, nadie puede honestamente decir que el

campesino se haya hecho rico metiendo las manos a placer en las arcas públicas substrayendo los dineros que deberían emplearse en darle a él, al labrador, oportunidades de desarrollar íntegramente su personalidad, convirtiéndose así en artífice de su propio destino.

¿Quién podrá negar que se invierte relativamente más en embellecer a Santo Domingo y a las capitales de provincias que en educar a las gentes de las montañas, los montes y los llanos?

¿No es junto que denunciemos con iguales bríos a los altos, a los de las clases privilegiadas de las ciudades que no son, de fijo, serafines sin alas?

Si los del campo juegan a los gallos, si se abandonan a un sensualismo desbordado, ¿es que acaso ejemplarizan los de las urbes que en lujosos casinos de juegos dilapidan, a lo pródigo, lo bien y lo mal habido? ¿Por qué darle tan airadamente al campesino y guardar silencio con los que son causas primeras de las deventuras morales, sociales y políticas que sufre este país?

El mal de los campos tiene sus raíces en las cultas ciudades.

Quiero recordar también aquí que si en el agro los hombres no se organizan, ello obedece, en innúmeras ocasiones, a que, amedrentándolos con el espantajo del comunismo, se les mata la voluntad de asociación. Que si no crean sindicatos es porque no se ha permitido explicarles las ventajas que de ello derivarían.

Importa, en consecuencia, si se aspira a ser ecuánime, que se ejerza la misión profética por partida doble: contra el campo y la ciudad. Así aparecerá que es la sociedad entera la que da la sensación de que ha sido edificada por un maligno arquitecto.

Si la actitud de Monseñor Pepén y del Padre Solís son plausibles es porque ambos, en muchas oportunidades anteriores, como es de común conocimiento, les han cantado las verdades también a los de arriba y no han regateado con el valor para seguir las huellas heroicas de Juan, el Bautista, que lo mismo fustigaba a los pobres viciosos que a los Herodes prepotentes y perniciosos.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## CON PIÑEYRO

20 de mayo de 1972

Señor Director:

El ingeniero Frank Piñeyro, de cuya idoneidad técnica, admirable facultad expresiva y laminosa hombría de bien, sería sacrilegio dudar, formuló ayer lo que pudiera considerarse como un vivaz llamado a incrementar con urgencia en nuestro país el número de las capacidades especializadas.

Sus razonamientos no pueden ser más diáfanos, más sólidos y convincentes. Sin ascender hasta la altura de los tiempos en la posesión y señorío de las ciencias aplicadas, no se va en nuestros días a ninguna parte.

La nación quedará cómo la curiosa mujer de Lot: hieráticamente estática, con la mirada atónita vuelta hacia el borroso y primitivo pasado.

Permaneceremos estacionados, no sólo, claro, porque nuestras solicitudes de ayuda a los organismos internacionales no serán atendidas, por no haber sido pulcra y científicamente planeadas y presentadas, sino también a causa de que tendremos que invertir cuantiosos recursos en remunerar carísimos peritos extranjeros, recursos que nos servirían, ahorrados, para promover, a todo andar, el ritmo del desenvolvimiento económico y social.

Al distinguir el director de INAPA entre los plazos para la realización de programas —a largo, medio y corto plazos— acierta a dar en el mismo corazón del clavo.

En ese punto coincide felizmente nuestro conciudadano con los consejos dictados por L. J. Lebret, común y universal mentor en asuntos de dinámica del desarrollo.

Este afamado experto francés, tras encarecer que los estu-

dios a corto plazo se programen en plazos de presupuesto o en plazos de operaciones, agrega:

“Exige, esta planificación, para ser valedera, un personal numeroso y muy calificado que no existe en los países que tendrían más necesidad de ello, y que se ven obligados a recurrir a unas misiones temporales venidas del exterior...”

Infortunadamente, no son pocos los factores que impedirán que la justa y vibrante interpelación del ingeniero Piñeyro encuentre eco simpático, sobre todo, en los ánimos juveniles.

No disertemos ya por lo largo del complejo problema de la fuga de talentos.

En esto, contra nosotros, tendremos inclusive la incontrastable rivalidad, siempre triunfante, de los Estados Unidos. Esta gran nación, conforme es sabido, apropiándose del capital invertido por nuestro pueblo en la formación de científicos, médicos y técnicos altos y medios —en 1949 los Estados Unidos se ahorraron en gastos de formación en esto, 4,000 millones de dólares— nos los arrebató con el ofrecimiento de retribuciones más elevadas, verificándose entonces aquello de que “por su mejoría cualquiera su casa dejaría”.

Pero no es éste el único amortiguador que se tragará y apagará la voz robusta del ingeniero Piñeyro.

En la mocedad dominicana reina un profundo desencanto por cansarse a las especializaciones. Salvo emigrando, no ven futuros complacientes y atractivos para sus vidas y para la vida de los suyos.

Ahí están los directores del Politécnico Loyola deshaciéndose en quejosos reclamos porque sus egresados andan por esos mundos de Dios, volando como las golondrinas sin orden ni concierto, sin acertar a saber en qué emplear los conocimientos adquiridos a fuerza de sacrificios y de abnegaciones.

Si la “Madre y Maestra” ha logrado relativos éxitos en asegurarle labores bien pagadas a sus técnicos y técnicos medios, ello se debe, en gran medida, al industrioso ingenio del rector Agripino Núñez que ha sabido engarzar al centro de altos estudios que dirige con las empresas privadas.

Y aún así, los bien preparados muchachos de la Universidad Católica han tropezado, en no pocas ocasiones, con se-



rias dificultades, como les ocurrió, en un típico conflicto generacional, a los que trabajaban en la Corporación Dominicana de Electricidad.

El problema interno en la formación de técnicos descansa, entre otros motivos, en que el Estado Dominicano no estimula ni ampara al especialista nativo.

La juventud sabe que, menospreciándose los postulados de la justicia distributiva, el Gobierno, firme en sus trece, persiste en crear cargos para los hombres y no en buscar hombres para los cargos.

Sabe esa defraudada y generosa juventud que más fácil se llega a la cumbre de la prosperidad económica convirtiéndose en gárrulo, lisonjero y audaz liderzuelo político que quemándose las cejas tirados sobre los libros o aspirando el ardiente vapor de las máquinas en marcha.

Es en esta circunstancia donde se estrellará el sensato y magnánimo llamado del ingeniero Frank Piñeyro.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## APOYA A BALAGUER

22 de mayo de 1972

Señor Director:

Quiero expresar que me solidarizo sin reservas y de buen grado con la atinada y prudente opinión del doctor Joaquín Balaguer quien advierte, en la educación sexual, un asunto extremadamente delicado y vidrioso y señala, con acierto, la falta de idóneos maestros en el país para impartir cátedras en una disciplina que tan significativamente puede influenciar en el destino de los hogares y de la sociedad dominicana.

Sosteniendo este parecer no se está aferrando uno a rancias gazmoñerías, a beaterías trasnochadas, que vislumbran en el sexo la presencia del mismísimo diablo en la tierra o lo miran, con aterrado recelo o como a un pozo de inmundicias del cual sale, quien entra, chorreando lod y exhalando sórdidas emanaciones.

El sexo, en cierto sentido, es sagrado. Así lo quiso Dios al constituirlo como fuente y manadero de la vida. Pero, por eso mismo, trazó cuaces a la influencia desbocada de los instintos biológicos.

Conforme lo expresó bellamente Marañón en nuestros días y en algunos sectores, "el sexo, como los antiguos señores feudales, se ha apropiado de privilegios de los que hay que despojarle, y ha olvidado, en cambio, la mayoría de sus deberes, tal vez los más nobles y eficaces..."

Los trabajos eminentes de ese galeno y eximio humanista español, que el esnobismo y las modas actuales no han matado, son pruebas persuasivas de la necesidad de emprender una pedagogía sexológica que realce el ayuntamiento del hombre y la mujer, sin tirarlos, abatida la dignidad de la persona y

del amor en el ajeno maloliente de la degeneración.

Nadie ignora hoy que las parejas que se aproximan impreparadas al tálamo nupcial pueden llevar consigo, en germen, la ulterior desventura conyugal, amenazando la armónica convivencia y los recíprocos ajustes personales con temores infundados que ocasionan, entre otras desdichas, traumas, frigideces, neurosis obsesivas que amargan con apagar en el nido recién tejido la lumbre de la dicha matrimonial.

¿Quién desconoce que una imperfección anatómica corregible en la mujer, si se ignora, que una incapacidad subjetiva en el hombre fruto de desvíos mentales, puede ser la raíz de amarguras que acibaren el idilio de dos personalidades que se funden en una en el regazo del amor?

La educación sexual, bien dosificada, es un ingrediente de salud, de fidelidad, una seguridad de sosiego para el hogar. Pero hay que saber lo que se va a enseñar y cómo se va a enseñar. Hay que conocer la materia y el arte de adoctrinarla.

Y aquí está, como lo han señalado, entre otros, Antonio Emilio Ornes, la doctora Báez Berg, Marta Olga García y ahora también el doctor Balaguer, el impasse, por el momento, insuperable.

Esa es la cosa. No sabemos que alcance comprenderá la materia. Y no abundamos en maestros idóneos en una ciencia —porque es una ciencia— en que se amalgaman y unen ramas de la medicina normal con la psicología patológica en que la sociología ha de ir de la mano con la moral social.

Esto explica por qué en algunos países de América, teniendo en cuenta los valores positivos que para el desarrollo integral del hombre tiene la educación sexual, se hayan iniciado estas enseñanzas con ensayos pilotos destinados a la capacitación intensiva de maestros.

Conforme se ha observado, en muchas ocasiones, una de las mayores dificultades que habrá que superar en la enseñanza sexológica reside en dar con una literatura apropiada, con obras que puedan servir de textos adecuados.

Porque no todo lo que se presenta con aire de ropaje científico lo es. Hay mucha pornografía disfrazada de ilustración científica.

Los estudios realizados por los esposos Master y Johnson, en que se nos describen casi al vivo los efectos emocionales y anatómicos del comportamiento sexual, tras una observación rigurosamente técnica, no pueden colocarse al lado de las frívolas y perjudiciales fruslerías de David Reuben en su best seller, "Everything You Always Wanted to Know About Sex". Libros como éste con sus amenas sugerencias, más daño producen que provechos.

Quiero envanecerme con que en mucho de lo que llevo escrito he seguido los ilustrados pasos de la doctora Bález Berg, a quien, en esta materia, entre nosotros, nadie puede arrebatarse la complacencia, bien merecida, de ser una abanderada y una segura orientadora.

Tal vez ahora ella convenga conmigo en que siendo esta materia tan quebradiza e importante, no habría que apresurarse en oficializar la enseñanza, sobre todo, si se tiene bien presente que conforme al sentir de algunos habría que aplazar el inicio de la docencia para dentro de un lustro.

En fin, que según lo expresó el Señor Presidente, la cosa es para demorarse en pensarla, para dar tiempo a que maduren los maestros, se afinen las sensibilidades y se cubran todos los huecos por donde el mal pueda entrar sin dejar entrar el bien.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## LA PIEDAD

23 de mayo de 1972

Señor Director:

Si me hubieran informado, de golpe y porrazo, que Paulo VI habría fallecido inesperadamente de improviso, no me hubiera producido tanta y tan profunda consternación como el repentino anuncio radial de que un salvaje iconoclasta, tomado de delirios mesiánicos, en un selvático arranque, acababa de estragar y dañar, con su sacrílego martillo, la "Pietà" de Miguel Angel.

La expresión de un juicio de esta naturaleza puede desconcertar y hasta levantar remolinos de escándalos. Se precisa, imperativamente se precisa, por tanto, que ese sentimiento que parece una exaltación exagerada y enfermiza de la sensibilidad estética, se motive y se justifique.

Para quienes viven su fe en términos bíblicos y han escudriñado la historia de los Papas —la de Ranke o la de Ludodico Pastor— es convicción arraigada que, en virtud de una estrategia misteriosa trazada en los cielos para gobierno del mundo, La Divina Providencia escoge, para cada época, el hombre apropiado para regir los destinos de la Iglesia.

Si, pues, dolorosamente, el actual Pontífice, hábil timonero sobre mares borrascosos, rinde al Señor su último aliento, como antes, deplorablemente, lo rindió Juan XXIII, el Bueno, habría que concluir, de acuerdo a la premisa establecida, que había llenado cabalmente su misión y pasaba a recibir, entre las castas luces de la eternidad, el augusto galardón de sus esclarecidos merecimientos.

No ocurre así, en cambio, con las obras en cuya realización el genio humano rayó tan alto que alcanzó las

cima de la perfección. Podrán surgir otros inconmesurables talentos que labren otras maravillosas "Piedades".

Pero esa en que el Buonarroti le sacó al mármol acentos de suaves sollozos, indefinibles melancolías, llamados a solidarizarse con los dolores redentores, esa "Pietà" no tendrá segundas.

El propio Miguel Angel no logró superarse a sí mismo pues la obra "Pietà", obra de su cincel, que se encuentra en Flandes, no puede ponerse en cotejo con la que admiramos en la primera de las capillas de la Basílica Vaticana.

Es bien curioso que el sumo artista florentino que profesaba un culto no disimulado, como lo muestra la Capilla Sixtina, por la "fiertá", cuya inspiración estaba animada por una afición estallante a la expresión de la fuerza, del gigantismo, se amansara, se humanizara, hasta las lágrimas, ante el dramático espectáculo de una madre que recoge en su brial al único fruto de sus entrañas, víctima de su propio amor irrestricto por la estirpe de Adán.

El canon estético del sublime autor del Moisés de San Pietro ai Vincoli, no se cifraba en la atracción sugestiva de la hermosura femenina. El ideal de belleza que Miguel Angel soñaba con hacer cuajar en el mármol o en el lienzo, era el joven, el mozo, el efebo en toda su esplendorosa plenitud primaveral.

Además, Miguel Angel, estaba un tanto tocado por las doctrinas teológicas de la Reforma que no se distinguían por su devoción a la Virgen, doctrina que había bebido a la sombra de Vittoria Colonna —¿su ninfa egeria?— en los círculos intelectuales de Possílopo, junto a Nápoles, frecuentados, también por Juan de Valdés, el autor del sabroso "Diálogo de la Lengua" donde el espíritu crítico y las normas del bien escribir aparecen por primera vez en la literatura clásica castellana.

¿Cómo, pues, explicarse, que este temperamento desamorado y arisco, que este Miguel Angel en eterno talante de malhumor, pusiese en la "Pietà" las más exquisitas y tiernas manifestaciones de amor a María, la madre, y a Cristo, el descoyuntado hijo?

Miguel Angel perdió su abnegada progenitora muy temprano. La orfandad madrugó sobre él.

Papini, en su "Vita de Michelángelo nella vita del suo tem-

po" nos entretiene a gusto pintándonos al Buonarroti cuando aún estaba bajo el generoso mecenazgo de Lorenzo el Magnífico, adolescente todavía, diseñando y dibujando, una y otra vez, Madonnas.

Había fundido en lo más hondo y repuesto de sus entrañas el amor a su propia madre, con el amor a María, la madre de Dios, que también era suya.

¿Cómo se puede, pues, pretender que el daño hecho a la "Pietà" se tome cual un desacato más a los inestimables tesoros del arte a que ya nos tiene habituados esta edad en que impera la invasión vertical de los bárbaros?

En la estatua de Miguel Angel, con ese increíble tratamiento de los paños, con la divina elocuencia de las manos de la Nazarena, con su expresión de contenido dolor, tanto que parece que la figura de María más que sufrir, semiduerme, se ha herido y lastimado la manifestación del amor de madre, de todas las madres.

Por eso nos ha dolido tanto, por eso nos ha consternado hasta la tribulación, el gesto aborrecible del demente que puso sus bárbaras manos en la "Pietà".

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## EL RECELO SENATORIAL

25 de mayo del 1972

Señor Director

El recelo con que el comportamiento del Senado ha venido siendo observado desde tiempo atrás, particularmente en lo que atañe al vertiginoso apresuramiento de sus prodigiosos métodos procesales, se ha acentuado aún más hoy, con la denuncia, surgida de su propio seno, de que algunas curules de la Cámara Alta se han convertido en lonja y mostrador, en vil mercado, igual que en las plazas en que se expende carne, se negocian desenvueltamente las aprobaciones de las leyes.

De verificarse la fea inculpación —porque tendrá que someterse a severa investigación— el sonrojo cubrirá, no sólo el semblante de los que integran a aquel cuerpo legislativo, sino que también se extenderá, como el petróleo sobre el agua, hasta afrentar el rostro mismo del país.

A lo menos que puede aspirar una nación pobre es a que sus vitales intereses sean manejados con esmerada pulcritud, con transparente probidad, por aquellos ciudadanos que escogió como mandatarios y defensores de sus escasos bienes.

Esto es elemental. La gravedad mayor, sin embargo, en que se defraude la confianza de los electores, no se compendia en lo que pudiéramos denominar pérdidas de carácter puramente material.

Lo peor reside en que mine y socave, igual que la gota que en reiterado y pertinaz caer horada la más dura roca, el apoyo con que, al través del consentimiento común, se sostiene



nen estables en sí mismas todas las instituciones del Estado.

No hay régimen firme en sus bases, piénsese lo que se piense, si ha perdido el aprecio y la estimación general. Como a un castillo de naipes hasta el más ligero céfiro, lo sacude. Cualquier chispa se vuelve llamarada y cunde y se dilata en ese árido y reseco cañaveral.

En este asunto no hay empeño alguno en exhibir un puritanismo político. No se trata de esparcir a voleo eso a que los españoles de hoy dominan "moralina", expresión con que quieren denotar, en epigramática caricatura verbal, el ejercicio hipócrita de una moral bastarda y farisaica.

El respeto a los bienes de la comunidad, pertenezcan a su patrimonio moral o a su hacienda económica, tiene tanto que ver con la existencia de la paz pública, que no poner tempestivamente remedio al peculado, en cualquiera de sus formas, equivale a sembrar el desasosiego y a permitir que crezca a su mejor sabor el descontento y la peligrosa incomunidad.

¿Quién está en condiciones de higienizar la desapasible situación que se dice reina, con desdoro de la República, en la Cámara Alta?

El Partido Reformista, que es el amo del poder.

Está en juego su prestigio. El electorado se va haciendo cada día menos cándido, más broncamente avisado. Puede llegar un momento en que ni el consabido soborno ni la amenaza de la fuerza puedan adueñarse de su rebelde voluntad. Salvo desgarrándola y bañándola en sangre.

Tengamos presente, por otra parte, que los medios de comunicación colectiva penetran, con cada luz de sol que pasa, con más vigor persuasivo y con más rica abundancia en el corazón de las muchedumbres y de las masas.

Que no se hable, al confrontarse las presentes molestas circunstancias, de una especie de "Real politik", de política realista, entendiéndose por ésta el permitir que se haga o deshaga en pro o en contra de las leyes, a condición de que no se ameace al poder.

Ese método político no es realista, comoquiera que se va a

sucumbir precisamente aplastados por el cúmulo de las impurezas de la realidad.

Que se investigue, pues, antes de que el mal se encancere y, por una metástasis fatal, pudra todos los tejidos y no exista miembro alguno en el cuerpo político que quede inmune de la general suspicacia.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## NINGUN MERITO NI CREDITO

27 de mayo de 1972

Señor Director:

Anda alborotado el mentidero donde se consagran los que consagran los finos y matemáticos talentos a desenvolver el apretado ovillo de los vitales problemas económicos.

La causa de este altísimo vocerío —ya se habrá sospechado— es el agridulce informe —más agrio que dulce— que sobre la marcha de la economía del país acaba de dar a la luz pública el CIAP, o sea, el Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso.

El goce invade el pecho de los exégetas oficialistas al advertir que en el documento de la OEA se pone de relieve el crecimiento del producto bruto interno, de 7 por ciento en 1969, 6.8 en 1970 a 7.4, en 1971.

Todo ello a pesar del 3.0 de la explosión demográfica o, lo que es lo mismo, a que cada año tenemos, aproximadamente, 70,000 compatriotas nuevos, flamantes, flamanticos.

Claro que los funcionarios y los partidarios del régimen en el poder, para no amargarse el placer no se han detenido a inquirir —aunque la pieza aludida lo señala— qué razones han determinado esa notable expansión económica.

Si se hubieran demorado en la lectura reflexiva del informe en cuestión la circunstancia de que la tasa de crecimiento ha obedecido a la privilegiada y ocasional cotización del azúcar y de otros productos agrícolas tradicionales, el gozo se les hubiera ido al pozo.

Y con sobrada razón. Ello significaría, en efecto, que el tal próspero aumento ha dependido de los otros, de los de afuera, del jueguito caprichoso de la oferta y la demanda de los

mercados internacionales.

Por lo que a nosotros atañe, en cambio, no habiendo progresado notablemente ni en la producción ni en la productividad, ningún mérito ni crédito nos cabe. Seguimos a merced de los incontrolables y volubles altibajos de los precios, que imposibilitan la formulación a plazos razonables de un programa de sostenido desarrollo.

Que el “per cápita”, vale decir, lo que tocaría a cada dominicano si se repartiera el total de lo ganado, haya ascendido a la placentera suma de trescientos pesos, no debe tampoco alegrarnos mucho.

Ya he indicado, en otras oportunidades, que este modo de calcular la repartición de la riqueza pública, en un momento dado, si bien facilita la elaboración de estadísticas, es ficticio y engañoso, es pura demagogia de cómputos.

Porque, ¿es acaso verdad que cada hijo de este país recibe al año trescientos pesos? ¿Y los cuatrocientos mil brazos inactivos? ¿Y qué decir de los pordiosean en desocupaciones disfrazadas?

Estas interrogantes, bien lo sé, no las asimilan quienes se dan el regusto, egoísta regusto, de concebir la economía divorciada de los humano. Para ellos, la justicia social es lo que denominan y bautizan, con griega expresión, factor “exógeno”.

Según su insensible parecer, que sólo por error de lenguaje podría calificarse de humanista, crecimiento económico y desarrollo son vocablos sinónimos, pese a que estas alturas —salvo para gentes como Griffin— no hay duda que los dos términos han quedado totalmente deslindados.

El desarrollo mira a levantar los niveles de vida, a promover la movilidad social, a convertir a la persona humana en eje y centro de toda actividad financiera, considerando a la persona humana, claro, como sujeto de derechos y obligaciones, no como vil mercancía, o como rueda, como engranaje de una máquina de producción en masa.

El crecimiento, en cambio, es aumento de riqueza, que es sin duda necesario para que sea posible el desarrollo. El uno, el crecimiento, debe, pues, hermanarse al desarrollo para la creación de una convivencia justa de los miembros de la comunidad.

Dicho en otro giro —para recoger la metáfora recién usada— no basta que el pastel sea bueno.

Es inhumano e inicuo que sólo un grupito se regale el paladar con el biscocho, mientras los más, la mayoría, asiste con los ojos desorbitados al opíparo festín encendiéndole la sangre de las venas el deseo de irrumpir en el banquete, como el elefante furioso en la cristalería, para amargarles así, a los dichosos, el disfrute de la exquisita y refinada mesa.

En cuanto a que la estabilidad política es, en no escasa medida, responsable del transitorio auge económico, no hay duda en ello.

La paz es fecunda por sí misma. Su seno es fértil, prolífero, como el de una robusta madre joven. Lo que la estraga y estropea es la politiquería barata, trivial, la política de patio y de campanario.

Y es tan ruinosa y dañina la mala política para la economía —la política que invierte por política, la que por política malogra recursos colocándolos donde no debe— digo, que es tan ruinoso y dañino ese tipo de quehacer público que los cariocas, es decir, los ciudadanos de Río de Janeiro, han llegado a decir que “el Brasil progresa de noche, cuando los políticos duermen”.

Bueno, el tema es rico, opulento en sugerencias, variado en facetas y vertientes.

No lo he tocado más que con la yema de los dedos. Volveré sobre él.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¿ABANDONAR LA PLUMA? NO!

29 de mayo de 1972

Señor Director:

Si a un asunto que concierne al bien común, en términos vitales, cual es sin duda, el de la economía, se le infunde polémico y apasionado espíritu faccioso, su estudio y consideración deja ya de ser provechoso.

En tal infausto estado de cosas, parecería que lo más sensato y aconsejable es abandonar la pluma, no gastar prosa y reflexión y refugiarse en un manso silencio, confiando el fallo inapelable a eso que llaman, con retórica grandilocuente, "posteridad", que, en última instancia, no es más que el eco prolongado y tenaz de lo que propugnaron las lúcidas élites intelectuales, de cuya parte, según da fe el tiempo, estaba de pleno la razón.

Pero esta equivaldría a desertar antes de haber librado la batalla. Eso sería dejarse ganar por el desánimo, amilanarse, testimoniar frágil temple de carácter.

Actitud injustificada. Sobre todo si se tiene en cuenta que una política económica puede ventilarse y apreciarse en niveles y alturas científicos, sin arrebatos de cóleras, sin ironías malhumoradas, sin que llegue la sangre al río y sin que, por supuesto, en fin un gobierno sucumba y caiga.

Por todo esto estimo que debemos seguir intercambiando pareceres con los sectores oficiales acerca de la política económica que sigue y realiza el régimen en el poder.

Quisiera, por hoy, —a reservas de tratar más tarde más sustanciales temas— que se me permita expresar mi desacuerdo con la acusación que hace recaer la culpabilidad —si hay culpabilidad en ello— sobre la Oficina de Planificación Nacional de las severas y cáusticas críticas de que ha sido objeto la política económica gubernamental por parte del CIAP.

El que haya leído, con despierto e inteligente cuidado, las

publicaciones del aludido despacho del Estado, adscrito a la Secretaría Técnica de la Presidencia, si algún movimiento de incoformidad ha advertido en esos documentos, ese movimiento de incoformidad no ha provenido de que los funcionarios estén en antagónica disidencia con los programas ideados en Palacio.

Todo lo contrario. El reproche que hay que formularle a los muchachos de Planificación es que por respeto, por lealtad hayan guardado siempre un discreto, prudente y hermético silencio respecto a las inversiones suuntuarias y en relación con la carencia absoluta de un inventario planificado de las necesidades, o lo que es lo mismo, de la elaboración de una jerarquía de urgencias prioritarias.

Ignoro si en privado sus juicios valorativos sobre esta parte del destino de los ahorros pertenecientes al sector público los externaron a sus superiores.

Si los integrantes del Comité de la Alianza Para el Progreso, han aceptado sin tamizar ni comprobar los datos y estimaciones que la Oficina Nacional de Planificación pueda haberle brindado, entonces es a aquel organismo internacional al cual hay que castigar recriminándolo —entre otros cargos— de ligero e irresponsable.

Esto es rigor de lógica, es buena dialéctica. Otra cosa habría que pensar si el caso concreto se plantea y analiza a la luz de eso que en la moderna psicología recibe el nombre de “desplazamiento”

Se trata, según estos escudriñadores de los misterios del corazón humano, de uno de los mecanismos de defensa instintivos.

En un eventual arranque de violencia —aunque esta sea verbal— el yo, expresan los sabios, si se ve bloqueado y no puede descargar su ira sobre el objeto deseado, se desplaza hacia otro objeto sustitutivo al cual zahiere y lastima.

Ilustran el caso los tratadistas, con la ocurrencia del niño que se siente dominado por el deseo de agredir a su hermanito. Los padres se lo impiden, atajándolo y riñéndole. Apresuradamente se marcha el infante a un rincón y destroza allí a dentelladas la muñeca, que sustituye, como blanco de su furia, a su hermano.

Ejemplo criollísimo de ese “desplazamiento” lo encontramos en la pícara anécdota de Lilís y Lalondrí. Se entretiene Heureaux en el curso de una fiesta en lanzarle bolitas de pan al contrabajo. Este, airado, levanta su voluminoso instrumen-

to musical y, al volver el rostro y ver que era el Presidente el autor del desaguisado, deja caer el golpe sobre la cabeza del güiro que le quedaba al lado.

¿Será la acusación a la Oficina Nacional de Planificación una reedición de episodios de desplazamiento, en el sentido, de que no pudiendo dárselo al CIAP, que es de peso y es extranjero, se le da a los nuestros?

La cosa es para hacer pensar.

Por mi parte, no lo creo.

¿Y tú lector?

Atentamente,

P. R. Thompson



## EL DUQUE DE WINDSOR

30 de mayo de 1972

Señor Director:

Perdida la agónica mirada entre las frondas llenas de afamados episodios galantes del “Bosque de Bolonia”, pasó a la otra vida, entre las primeras luces primaverales de ayer, el Duque de Windsor.

Sobresaliente, extraordinario ejemplar humano. Dueño perpetuo de sí mismo. Amo de su destino. Cabalgó sobre las circunstancias con el mismo elegante señorío con que hacía tascar el freno, a lo largo de sus heredades, a los briosos potros de raza.

Su abdicación al trono estremeció de estupor al mundo, pobló las capitales del orbe de rumores maravillosos.

¿Por qué?

Coloquemos su insólita figura en las justas perspectivas históricas. Hacía ocho años que, desde el balcón del Palacio Venecia, Mussolini, el que nunca se equivocaba —il Duce non sbaglia mai— pregona con voz marcial que el Estado es todo, el individuo nada, y que él es la encarnación viva del Estado. Si reculo matadme, gritaba, pero a quien me mate, ahogadlo en mi sangre.

Desde el país del arte, desde la Italia que tenía en el poder un nuevo Cola Di Rienzi, preanuncio medieval del teatral creador del Fascismo, aguzando los oídos, por encima de las fronteras del Bennero, podía oírse resonar también la palabra neurótica del Vienés, del pintor de brocha gorda, que proclamaba la vocación de Alemania al imperio sobre todos, la supremacía de la estirpe aria, de la cual él era el Profeta, la concreción de Zaratustra del poema en prosa nietzcheniano.

En España, estalla la rabiosa guerra civil que concluye con la victoria del caudillismo esencialmente unipersonal.

En pocos términos, para compendiar sobre el panorama universal surge, triunfante, el Leviathan de Hobbes; se entroniza y reina la mala pasión de mandar.

En medio de este sombrío estado de cosas, en enérgico contraste con las contingencias del momento, un hombre que es jerarca supremo de una Iglesia, rey de la entonces reina de los mares, emperador de vastos dominios, renuncia a la suntuosidad y esplendor regio, abandona un trono venerado para refugiarse en el silencio de un amor recatado y sin brillos mundanos.

No voy a caer en la trampa de analizar la calidad de ese respetable sentimiento. Desde el punto de vista subjetivo de Eduardo VIII, era ese cariño un afecto acrisolado y sin escorias.

Lo que quiero es aprovechar esta desusada coyuntura para desmentir la tesis de que el dictador florece solo en virtud de un ambiente, de un clima social que le es propicio.

Hay, sin duda, un sincronizado paralelismo entre el autócrata potencial y el paisaje humano en que brota. Pero la psicología extraviada del individuo que, menospreciando todos los valores humanos, lo empuja a sobreponerse a todo y a todos, precede al ambiente, como la semilla es previa al suelo fértil, fecundo.

¿Qué momento más adecuado para el Duque de Windsor que los que acabo de dibujar a grandes rasgos para empinarse sobre las gradas del trono y proclamar, como Enrique VIII o como Cromwell: el Estado soy Yo, alquílese el Parlamento?

Es que no se dejó dominar por la pasión de mandar. Pasión que consiste en "la fruición de mandar por mandar, como el avaro ama el oro por el oro, por el gusto de oírlo sonar en su bolsa".

La pasión de mandar de los dictadores europeos de esa época le costó al mundo millones y millones de muertos.

La pasión de amar de Eduardo VIII solo despertó en el orbe un oleaje de melancólica simpatía.

Tal vez en lo profundo del pecho de aquel inglés de verdad le trabajaban los recuerdos del ultimador de Tomás Moro, de Hamlet y de la Lady Macbeth, la de las manos ensangrentadas.

Tal vez le cruzó por el recuerdo la sentencia que escribió su compatriota Lord Aucton: “Todo poder corrompe; y el poder absoluto, corrompe absolutamente...”

Tal vez entonces pensó que son más felices los que aman, porque de ellos es el reino de los corazones.

Y murió así, de cara al amor y de espaldas al poder.

He hablado —ya se me habrá entendido— del oficio de mandar, como enfermedad, no del ejercicio de la autoridad, como servicio a la comunidad.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## PROBLEMAS Y HABICHUELAS

31 de mayo de 1972

Señor Director:

El actual problema de las habichuelas —en su dimensión técnica, no moral— si se deja resbalar la mirada sobre su lisa superficie podría calificarse de intrascendente.

Sea que las sementeras nativas rindan las ricas cosechas esperadas —son fundadas las expectativas que descansan sobre las quinientas mil tareas cultivadas— o sea a causa de las sorpresivas importaciones del INESPRES, la bendita oleaginoso, se puede estar seguro, no estará ausente de las mesas dominicanas.

No habrá, pues, penuria. El agricultor doméstico no se verá perjudicado, comoquiera que, según se afirma, el Instituto Estabilizador de Precios asumirá la obligación, no sólo de fijar la cotización para el expendio público, sino también de comprarles, en términos justos y remuneradores, a los productores vernáculos.

Si existen otros motivos de peso que puedan ocasionar perjuicios a los labriegos o al consumidor —salvo el denunciado delito de los acaparadores— estos motivos no se han llevado al conocimiento público.

Desconcierto como el que actualmente sacude y preocupa a cuantos tienen comprometidos sus sudores y sus intereses con la producción del susodicho grano, tendrán que surgir, inevitablemente, de tiempo en tiempo, en esta desvertebrada nación.

Ello así, porque la falla latente, la quiebra oculta, lo que origina serios trastornos comerciales y sociales, está en la evidente carencia de coordinación entre los departamentos del

Estado entre sí y en la palmaria ausencia de comunicación regular entre los productores y las ramas administrativas encargadas de estos importantes menesteres.

Estas grietas en la estructura estatal traen aparejadas consecuencias obviamente entorpecedoras del avance y de la promoción de la economía nacional y constituyen, además, un patente obstáculo al desarrollo.

Importar, e importar sin necesidad, es echar a volar divisas hacia fuera estérilmente. Como es harto ostensible, esa infecunda prodigalidad afecta seriamente la balanza de pagos, ya tan malherida que su nivel deficitario ahora mismo se encuentra en setecientos mil dólares. Esto, sin hacer mención de los 15 millones de las cobranzas atrasadas.

¿Por qué hundirla más comprando habichuelas por un valor que sobrepasa los trescientos mil pagados en maciza moneda dura?

Esa apreciable cantidad de dinero, así tirada, frena la marcha del desenvolvimiento económico y social del país por cuanto nos impide enriquecernos con bienes de capital —tractores, maquinarias—, que son los que concurren con segura y positiva eficacia al auge de las tasas de producción y de productividad.

Es ahí, a nuestro ver, donde se afinca y muerde la raíz del mal, del cual el problema actual de las habichuelas no es más que una manifestación: en la desarticulación administrativa.

La pugna a que nos hacen asistir la Secretaría de Agricultura y los directores del INESPRES, nos ilustran hasta cegarnos con la evidencia del desencaje que impide el funcionamiento regular de la maquinaria del Estado.

En más de una ocasión, con el propósito de que se evite que todo en este país ande manga por hombro, hemos encajado, desde estas columnas, la urgencia de que se aprieten las clavijas de las instituciones oficiales.

Son imponderables los daños que las deficiencias indicadas han acarreado y seguirán acarreándole de continuo al bien común dominicano.

Lo hemos comprobado en estos días con el impasse, o llámémosle crisis, creado entre la Presidencia de la República y la Oficina Nacional de Planificación. Todo se originó porque una oficina actuaba por su parte y los técnicos de Palacio

por la suya y estaban obstruidos o rotos los canales de comunicación.

El reajuste de los organismos públicos es inclusive imperioso para que se nos mantengan abiertas las puertas de los centros internacionales de financiamientos.

En más de una oportunidad los mercados de capitales foráneos nos han dejado de pie en los umbrales de sus despachos, sin prestarnos la más leve atención, por no estar nosotros adecuadamente preparados para hacer rendir los préstamos y las ayudas.

Y para que no se tome el reclamo que ahora formulamos como un parto más de lo que se ha querido apellidar "obsesiva crítica inconstructiva", o "idealismo utópico e irrealista" traslado la patética confesión, recién hecha en Washington por el Secretario Técnico de la Presidencia:

"Reconocemos —declaró— que las instituciones de nuestro país no han alcanzado todavía el grado de estabilidad y funcionamiento que reclaman las Agencias Internacionales y también estamos conscientes de que existen limitaciones en cuanto a nuestra capacidad para la ejecución de proyectos de desarrollo".

Así se expresó, sin embozos ni eufemismos, fiel a la verdad, el doctor Eudoro Sánchez y Sánchez, en la capital de los Estados Unidos, que es, al mismo tiempo, queramos o no, la Metrópoli que nutre de más divisas nuestra anémica economía.

Si estamos conscientes de esta situación, ¿qué se espera para poner remedios radicales al mal, para tomar providencias positivas que conjuren las anarquías existentes en los organismos estatales?

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## “ECONOMISMO PATRIOTICO”

2 de junio de 1972

Señor Director:

El doctor José Andrés Aybar Castellanos, en una laudable explosión de lo que pudiéramos denominar “economismo patriótico”, se acaba de declarar partidario de no importar, cualesquiera que sean las circunstancias, frutos agrícolas que se produzcan en nuestros tropicales suelos.

Se coloca, con esta drástica y severa opinión, el experto administrador del Banco Agrícola, en la misma sabia línea de los renombrados economistas que sustentan la tesis de la insoslayable necesidad de acortar los consumos nativos con el fructuoso designio de capitalizar en los ahorros indispensables para acelerar el ritmo del proceso del desarrollo.

Tengo precisamente ante la mirada la última obra de Raúl Prebisch —a quien deseo agradecer desde aquí el envío y la afable y estimulante dedicatoria— en la cual el eximio y acucioso pensador argentino acentúa que, sin un esfuerzo interno en la acumulación de riqueza, vano resultará y estéril todo empeño de pretender sacar la cabeza del pozo del subdesarrollo.

Pero Prebisch —progenitor y alentador de la UNTAC— pertenece al selecto gremio de los economistas que bañan a las estadísticas con un exquisito sentimiento de justicia.

Por eso, para que la restricción del consumo, en tanto se aumentan los rendimientos y en vistas a un futuro mejor, no caiga y grave únicamente sobre la masa orillada, sobre los marginados, formula cálculos de consumo a fin de que se

advierta en qué sector social es donde el apriete deba ser mayor para que sea también equitativo.

Conforme a estos cuidadosos cálculos, los estratos superiores, que constituyen en la América Latina el cinco por ciento de la población, disfrutan de casi los tres décimos del consumo personal total. En el otro extremo social, el cincuenta por ciento de la población apenas gasta los dos décimos de ese total. Y entre ambos grupos están los estratos medios, que abarcan alrededor del cuarenta y cinco por ciento de la población total que tienen aproximadamente la mitad restante del consumo personal.

Se ve claro, con un ligero esfuerzo de atención, que el mayor potencial de ahorro debe irse a buscar en las jerarquías superiores —en la minoría gozosa— que es la que más y más a placer consume.

Infelizmente, entre nosotros no se ha realizado un estudio semejante que se ciña específicamente a nuestro país.

El Banco Central es inexplicablemente refractario a mantener francas y abiertas sus fuentes de información a este respecto.

La cantidad que se permite, por ejemplo, importar por año de cierto tipo de bebidas alcohólicas es un hermético misterio órfico.

Pero a ojo de buen cubero, tirando la mirada inquisitiva, entre otros sectores, por los supermercados, grosso modo, se puede llegar a la conclusión que si aquí hay que decidirse a comprimir el consumo, por donde hay que comenzar, es por las altas categorías sociales.

Estaríamos, pues, de pleno acuerdo en que si, por causas fortuitas o de fuerza mayor, no producimos arroz, habichuelas, cebollas o ajos, el pueblo se sacrifique prescindiendo de estos manjares de su tradicional dieta diaria.

Pero la austeridad no debe imponérsele sólo al pobre que ya no disfruta de otros deliciosos bienes de la civilización.

Que se supriman totalmente las cuotas de whisky, de licores franceses e italianos —aquí nos sobra el ron—; que no lleguen a nuestras aduanas los frutos enlatados extranjeros



que adornan, como los libros en una biblioteca, los anaqueles de los comercios nacionales.

Cuando esto se haga, ya se le podrá exigir al pueblo, con acuanimidad, renunciamentos y sacrificios.

Antes, no. Salvo que se quiera ser injusto.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## EL DERECHO A DISCREPAR



3 de junio del 1970

Señor Director:

Los dominicanos, apenas madrugamos, por todo saludo, nos mostramos recíprocamente los dientes, de balcón a balcón, a imitación —penosa imitación— de las fieras cuando se encuentran en la sombría espesura de la selva.

Así están las cosas. Tenemos la suspicacia a flor de epidermis. Se abre la boca para expresar un parecer sobre asuntos que atañen al bien general y, sin más ni más, sin mayor reflexión ni espera, se califica esa opinión de malévola y se le cuelgan en seguida a su autor, adivinándole siniestras intenciones, tal sarta de apasionados adjetivos, que si los adjetivos mataran, en este país habría una homérica hecatombe todos los días, sin treguas ni reposos, sin gestos de gracia y sin posibilidad de generosos indultos.

Sobra indicar que en una atmósfera humana así, tan potenciada de inverosímiles sospechas, tan puesta al rojo vivo por los asustados intereses creados, se hace dificultosa la práctica del derecho a la discrepancia, y son el país, el pueblo y el gobierno, los que pierden los eventuales frutos que pudieran vendimiarse del ejercicio de una crítica sana y bien inspirada.

¿Qué desmedro se le ocasiona, pongo por caso, a la Comisión Nacional del Desarrollo, ni en su prestigio, ni en la limpia pureza de sus propósitos, por el simple hecho de mostrar inconformidad con su Plan de Promoción Social y sugerirle que eche un vistazo al Programa para el Desarrollo elaborado por la Oficina Nacional de Planificación?

Pues la cosa ha sido tomada tan a pecho, con tantos recelos se han recibido los reparos, que en las observaciones for-

muladas no se ha querido sorprender más que el afán desatinado de criticar por criticar, de propinar palos a la loca, tanto si se boga como si no se boga.

¡Medida, caballeros, medida! Despacio. No nos vendemos la cabeza antes de que nos la rompan, no nos apresuremos nerviosamente a abrir el paraguas antes de que caiga a torrentes la lluvia.

Ustedes y todos los demás, somos dominicanos, y como tales, deliramos con el bien y la paz de este país, y como estamos persuadidos de que sólo con el concurso de todos resolveremos nuestros abrumadores problemas, no deberíamos repudiar la honesta colaboración de nadie, sino tamizarla, cernirla, y de la misma suerte que se separa el oro del cuarzo, la cizaña del trigo, retener el metal precioso, quedarnos sin empacho con el trigo, que es promesa de pan y presagio cierto de robusta vitalidad.

No se enfaden: piensen. No se nos encabriten: ponderen. ¿Es justa la observación? Venga para acá. ¿Es desmedida, está puesta fuera de razón, no es aprovechable? Pues al canasto de los desperdicios.

Así, cada uno carga con la responsabilidad que le cumple como ciudadano.

Todos estamos concordes en que debemos a toda prisa desarrollarnos. Desarrollarnos de los pies a la cabeza, porque aquí todo está por hacer, sin dejar rincones ni huecos incultivados.

Desarrollar primero al hombre dominicano. Luego, todo lo que el hombre, para que pueda vivir y madurar con el decoro y dignidad, necesita; necesidades que han de ser jerarquizadas, partiendo de las necesidades absolutas hasta llegar, grado por grado, a las necesidades relativas, progresando, paso a paso, desde satisfacer el hambre, hasta abrirle al dominicano, a todo dominicano, la oportunidad de amueblarse de tal suerte la mente y el corazón que con la eficacia y el prestigio de su saber esté en cumplida condición, por su esfuerzo y su trabajo, de dejar este país, para disfrute de sus hijos, mejor de lo que él lo encontró al nacer.

Nuestra identidad en lo que hace a la expansión económica y al desenvolvimiento social y político de la Nación, es, pues, acabada, perfecta y unánime.

¿Dónde comienzan las divergencias? En los métodos, en los procedimientos.

Yo doy por seguro que sin planificación no hay desarrollo. Verdad elementalísima. Creo, y muy en firme, en un plan indicativo en que el régimen propaga las necesidades a cubrir, cubra una parte e invite, con incentivos, al sector privado a llenar la otra.

Creo que un pueblo no puede considerarse en crecimiento económico y en camino hacia la prosperidad general cuando sólo las clases superiores y medias se benefician de la elevación de la producción o de la renta nacional, mientras la mayoría está estancada en su misérrimo modo de vivir o está en franca regresión a causa de la explosión demográfica.

Para mi gusto y satisfacción intelectual, la mejor y más exacta definición del desarrollo es aquella en que se nos enseña que éste, el desarrollo, es “la disciplina (a la vez del conocimiento y la acción) del paso, para un pueblo determinado y para los grupos que lo integran, desde una fase menos humana, a una fase más humana, al ritmo más rápido posible con el coste menos elevado posible, teniendo en cuenta la solidaridad entre los grupos”.

Conforme a esta convicción, cuando me aventuro a indicar, a manera de sugerencia, a la Comisión Nacional de Desarrollo que haga suyo el Programa de la Oficina de Planificación, es porque creo que este plan realiza la definición que acabo de dar y porque, además, con esa adopción, se ahorra tiempo, energías humanas, se recogen los recursos en un mismo cauce, y todo ello, para beneficio común, sin dejarnos atrapar en el espejismo engañoso de medidas superficiales, que dejan intactas las raíces de los problemas mientras crece a todo vapor la justa rebeldía y la razonable inconformidad que agitan a los postergados cuya paciencia se ha agotado.

A la pregunta, por tanto, de si lo que quiero es criticar por criticar, respondo: no. A lo que aspiro es a que pudiéndose ir al fondo de los problemas no nademos descuidadamente en las superficies.

Para ponerle los adornos al pudín, hay que hacer antes el pudín.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## CONTRA EL DIVISIONISMO

5 de junio de 1972

Señor Director:

Resulta penoso —penoso y lamentable— que quienes deberían esmerarse, por estar pródigamente dotados para ello, en ir descuajando cardos hirientes del ya espinoso campo de la política dominicana se entreguen, al parecer muy complacidos, a sembrarlo a voleo de cizañas.

Flaco, muy flaco servicio se le rinde a la paz social y a las instituciones legítimamente constituidas, señalando a la expresión de todo criterio independiente, al análisis, en un momento dado de la vida nacional, del cumplimiento o incumplimiento de la Ley Substantiva del país, como manifestaciones de ocultos designios de crear un clima propicio a estallidos subversivos.

Son notorios, más que obvios, los nocivos efectos que este malévolo procedimiento, que se inspira como en modelo en el Yago del Otelo de Shakespeare o en el Mefistófeles del Fausto de Goethe, puede acarrear si sosiego público y al saludable ejercicio de los derechos que rigen en una sociedad genuinamente democrática.

En primer término, no es difícil que despierte en el régimen, nerviosamente espantado ante la cazorra denuncia el deseo de partir por la calle de en medio haciendo uso inmoderado de la represión montaraz y provocando con ello, por natural reacción, violentos disturbios y tumultuarios movimientos anarquizantes.

Porqué está en la naturaleza de las cosas y en la condición humana que a un atropello injusto, la víctima responda estremecida por la indignación, con los arrebatos emocionales de

la acción directa. Un abismo llama a otro abismo, para servirme de la bíblica expresión.

En segundo lugar en el hecho de ver en toda censura un germen de insurrección, puede vislumbrarse, en claro desmembramiento de la existencia de una comunidad abierta y pluralista, un intento solapado a que se cancele y ahogue el derecho a disentir.

Se apunta, de esta suerte, a herir la libertad de expresión, inhibiendo psicológicamente, en raíz, la prerrogativa de manifestar lo que se piensa, en el contexto de los términos que la ley autoriza.

Sea consciente o inconscientemente, sea por el deslumbramiento del excesivo fervor partidista que ciega, o sea por otras indefinibles razones, los apologistas del régimen que se adentran por este accidentado y fragoso camino vienen a constituirse en los más eficaces enemigos del poder en turno, bien así como el peor enemigo de la manzana es el gusano que se esconde en sus entrañas.

El Gobierno debe estar en guardia, para defenderse a sí mismo de la intriga maquiavélica disfrazada de irreductible adhesión.

Si debe el Gobierno, por igual, estar vigilante contra sus enemigos de afuera, tomando las medidas indispensables para salvaguardar las instituciones de locas y alevosas acometidas, despierto y despabilado ha de estar también, contra quienes, desde adentro, minan, como la traza el corazón de los libros, las bases en que descansa su estabilidad, que es, así mismo, la estabilidad de la paz colectiva.

Así como invitar al pueblo a que guarde las leyes, para que las leyes lo guarden a él, no puede tomarse como acto de solidaridad incondicional al Gobierno, tampoco es juicioso y sano interpretar como un acto sedicioso exigir del poder público la observancia de los cánones del Estatuto Orgánico de la Nación.

Precisamente, en su Editorial del 30 de mayo, "EL CARIBE" insistía —lo expreso con otras palabras— en que para encadenar la fuerza a veces irresponsable de los grandes, para domar la furia concentrada de los de abajo, a ratos enloquecidos por el empleo del terrorismo, para ablandar el refinado egoísmo de los ricos, el único comportamiento positivo y ci-

vilizado, reside, en sujetarse estrictamente a los postulados de la Constitución.

Por amor a la paz, y a la justicia, ¡por los clavos de Cristo! no creemos más motivos de ruinosos divisionismos.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¿TIERRA DE NADIE?

8 de junio de 1972

Señor Director:

Hora es ya de que quienes, a instancias del ingenuo sentimiento patrio, solicitábamos que se limitase la creciente expansión de la Gulf and Western, abandonemos el empeño y nos refugiemos, vencidos, en un doloroso silencio a rumiar callados el altivo desdén de que hemos sido objeto.

Avanza tan aprisa, y tan sin obstáculos, en la dilatación de sus dominios el conglomerado estadounidense, que inclusive vitales obras de infraestructura, que según sentencia unánime de los tratadistas en los países subdesarrollados han de ser empresas realizadas por el sector público, aunque sea ayudado por organismos internacionales, las construye ya el emporio privado del Este y en gesto magnánimo las traspasará, a título gracioso, al misérrimo Estado dominicano.

Es bien avisada esta gente. Saben que, como reza el adagio, dádivas quebrantan peñas. El regalo será la llave maestra que le abrirá de par en par todas las voluntades.

De las dos maneras de colonizar a un país —la fuerza invasora o la compra enmascarada— escogen la última, pues a la postre sacarán con creces el valor de lo regalado. La República Dominicana, se dirán, parafraseando a su manera a En-que IV, bien vale un acueducto.

Se me ha ocurrido —aventurado ocurrírseme— que en vista de la inmejorable capacidad empresarial de la Gulf and Western, teniendo presente, además de su efusiva generosidad, las fabulosas sumas de liquidez que atesora, se me ha ocurrido, digo, que le pidamos a las Naciones Unidas que nos entregue en fideicomiso a la gigantesca empresa nortea.



Cada año, como prescribe la Carta de la ONU, los portavoces de la Gulf and Western, se presentarán a la Comisión de Tutela del organismo internacional, para hacer relación precisa y exacta de lo que han invertido entre nosotros.

Expresarán allí leyendo en sus cartapacios las cifras, el grado de nuestro progreso educacional, de nuestro desarrollo económico, de las innovaciones en obras públicas y de los admirables resultados que se hayan logrado en los ascensos de los niveles de vida.

Eso sí, las Naciones Unidas le acordarán un plazo no mayor de veinte años a fin de que nos pongan en capacidad de gobernarnos a nosotros mismos, recobrando así para esa época nuestra libérrima soberanía.

Muchas son las ventajas que esta nueva situación jurídica reportaría al país.

En redondo, las ganancias serían superiores a las que estamos derivando de las circunstancias actuales.

Primero, tendríamos el control internacional que obligaría a la Gulf and Western a inversiones en bienes públicos. Segundo, la hipoteca de la Nación sería a plazo fijo. Tercero, al cumplirse el mandato, disfrutaríamos de amplias preferencias en el mercado norteamericano, empeñados como estarían los de allá en mostrarse exitosos ante el mundo en el desempeño de su civilizadora misión. Cuarto, heredaríamos tecnología y disciplinados hábitos de trabajo.

Y que nadie nos venga ahora a disertar sobre el amor del terruño. Eso es romanticismo trasnochado, sin fragancias, como le ocurre al aroma de las violetas marchitas, que se disipa.

Me atengo al latinajo de los comerciantes nómadas, transhumantes: allí está tu patria, donde está tu bien. Ubi bene, ibi patria.

El nacionalismo, según nos lo están demostrando nuestros prohombres y la clase dominante, es sentimiento enfermizo y rancio, sentimiento en que hay más dosis de estéril utopía que de realismo provechoso.

Yo sé que los que al momento integran la plutocracia criolla se van a apresurar a recoger mi audaz proposición.

Su medro está asegurado. En cuanto al patriotismo, eso, eso es asunto muy cuestionable.

¿No ha dicho acaso una voz autorizada que aquí siempre

## BARROCO 21

12 de junio de 1972

Señor Director:

Si se me disimulase la posible ingrata cacofonía me gustaría comenzar estas cuartillas afirmando que pasa una buena noche quien pasa la noche escuchando, en brillante “performance”, a los integrantes del grupo “BARROCO 21”.

Su delicada actuación despierta confianza en la mocedad que sube y madura al calor del arte y ensanchan el ánimo las risueñas perspectivas que nos dibujan del futuro inmediato.

La labor artística que vienen desarrollando —igual que la que desarrollan, entre otros, Casandra y Solano, descubriendo valores y perpetuando la tradición— debe ser animada y promovida con igual vigor y noble entusiasmo con que se anima y promueve una prestigiadora faena pedagógica.

Hay quien así, al pronto, se desconcierte un tanto por el áspero apellido —Barroco— con que ellos mismos han querido bautizarse.

¿Por qué en el atardecer del siglo XX, ir a buscar el nombre que los caracterice y distinga, en el último cuarto del siglo XVI y en los umbrales del diez y siete?

En verdad que no hay motivos para asombrarse. En la Madre Patria —España fue la fuente musical del barroquismo— ha reaparecido en estos últimos meses, y ha reaparecido exactamente con ese mismo nombre: Barroco.

Los ingleses, según testimonio de la BBC de Londres, enloquecieron de estético placer al escuchar juntos, en abrazo armonioso, la gracia saltarina de un minué de Mozart hermanado a los ritmos atrevidos y a veces estridentes del ruidoso “jazz”.

Porque ahí está la esencia de lo barroco: en dejar libre vuelo a la inspiración.

Claudio Monteverdi fue, allá, en la centuria décimo sexta, el padre de la rebelde criatura, y de él escribe cuanto sigue, Romain Rolland:

“Monteverdi reivindica los derechos de los sentidos y de la libertad de la música. A pesar de la protesta airada de los defensores de la regla, rompe los lazos con que ella misma se había encadenado. Llama al pueblo contra la élite, y a pesar de la servidumbre que el artista ha sufrido en todas las aristocracias, que son los únicos en poseer el dinero y el vacar, se siente en Monteverdi el alma popular. En fin, sus esfuerzos condujeron a la creación del primer teatro de música para el pueblo”.

El acierto de los muchachos del “BARROCO 21” reside, según mi gusto, precisamente en eso: en el feliz concierto con que, dando sueltas a la imaginación, han sabido presentar, en la unidad orgánica de una escena, modalidades varias.

Juntos nos muestran, en sus espectáculos, lo culto y lo popular, la orquesta, la danza y el canto.

Y, como un río que enriquece sus caudales recogiendo las aguas de los tributarios, armonizan en sus ejecuciones, estos jóvenes artistas, estilos diversos.

Gounod, el piadoso, se asocia sin remilgos a una zamba brasileña. Mozart no frunce el ceño por una estridencia que salta y el ballet clásico no mira con ojos de antipatía los giros y movimientos que forman un baile folklórico.

Lo mismo ocurre con los instrumentos: el clavicordio modernizado evoca los días de Monteverdi; el arpa, que atraviesa, sonando, la entraña de los siglos, viene a sentarse al lado de la batería, de los timbales y flautas que nos trasladan a la luces de neón de Broadway.

Sí, está bien escogido el nombre de “BARROCO 21”.

Hay todavía otra ejemplar lección, que nos dictan estos admirables muchachos: no creen que lo nuevo por ser nuevo, es bueno, y lo viejo, por ser viejo, es malo.

Señalaba recientemente López Ibor, el famoso psiquiatra, que una de las características de cierto sector de la juventud actual se cifra en una “supravaloración del tiempo histórico,

en virtud de la cual, para ellos, el cambio en sí es un bien, en tanto que lo que permanece es escoria maligna y dese-  
chable”.

“BARROCO 21” no ha caído en esa trampa. Sabe que hay valores perdurables y que aún en lo nuevo hay que escudriñar, discernir, para quedarse con lo que es de gusto depurado, redimido de lo vulgar, y con lo que tendrá categoría, por eso, de inacabable, de imperecedero”. Porque, quiérase o no, lo eterno es siempre actual.

¿No es actual la Pietá de Miguel Angel? ¿No es actual la Heroica de Beethoven? ¿No tiene ya su asiento en la posteridad Stravinsky?

Que sepan que no han llegado, pero que en el camino en que se mueven, los alumbraba buena estrella.

En resumen, fundiendo lo de ayer con lo de hoy, la falange de “BARROCO 21”, en música, al menos, ha resuelto, en la armonía, el conflicto de las generaciones.

Ojalá que para otros, en otros órdenes de la vida sea esa la flecha que les indique, en la espesura del bosque, la correcta dirección.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## INVERSIONES FORANEAS

13 de junio de 1973

Señor Director:

Largo, bien largo tiempo antes de que Venezuela pusiese en práctica la política —hoy preconizada por el Canciller Calvani— de regularizar la inversión extranjera, encaminándola al provecho del bien común de la patria de Bolívar hubo que verter ríos de tinta, derrochar mucha prosa, talento y arrojo, para llevar esa persuasión a quienes tenían en sus manos las riendas del Estado.

Durante los primeros veinte años de la explotación del petróleo, conforme al testimonio, mayor a toda excepción, de Arturo Uslar-Pietri, el interés patriótico de un apretado puñado de pensadores lo absorbió el empeño de poner en claro y determinar la parte que en justicia la nación debía recibir de la riqueza extraída del subsuelo de aquel país.

Sólo hacia 1943, con una ley específica y con la adopción de impuesto sobre la renta a título complementario, comenzó Venezuela a retirar de su propia mesa porciones adecuadas de los refinados manjares con que se nutrían a placer los que de fuera habían venido.

Si, pues, para la década del cuarenta se puso fin al gran festín de Baltasar, en el cual el pueblo asumía la triste figura del mendigo Lázaro, ello obedeció a que los nuevos inquilinos de Miraflores, los estadistas modernos en el poder, se identificaron con los supremos intereses del país, fueron sensibles a las instancias e interpelaciones de la conciencia colectiva y desplegaron, a rienda suelta, el coraje moral indispensable para que se le acordase a Venezuela lo que de Venezuela era.

Esa experiencia venezolana, suma de años y de desengaños,

a la cual usted se refiere hoy en su Editorial, encierra para nosotros una doble sabia lección.

Va, desde luego, la primera enseñanza, a los de arriba, a fin de que sean receptivos, abiertos, a las vigorosas corrientes de la opinión que demandan tiento y cuidado, sano y digno sentido nacionalista al acoger inversiones exóticas y prudencia meditada en calcular el alcance de las concesiones.

El capital foráneo es vital para nuestro desarrollo. Pero ese capital si no está bien orientado y domesticado desde adentro, puede también constituir un estrangulamiento. Puede dejarnos anémicos, como la sanguijuela deja al organismo humano.

Como en el último lustro las empresas extranjeras se vienen presentando con un nuevo rostro, el rostro borroso e informe de los "conglomerados", se explica por qué algunos Jefes de Estado, como recientemente en su visita a Chile el mexicano Echeverría, han declarado que a esos fabulosos complejos les harán marcar el paso que marque su nación.

Por cierto, que el primero que llamó la atención sobre este flamante estilo de soterrada y pacífica invasión fue Paulo VI (Octogésima adveniens, No.44) a quien, espero, no podrá conferírsele la credencial de supremo ideólogo de la subversión universal.

Son tan precisas y exactas, es tan clara la visión del Sumo Pontífice, que no resisto a la vehemente tentación de trasladar sus propias palabras.

Suenan de este modo:

"Bajo el impulso de los nuevos sistemas de producción, están abriéndose las fronteras nacionales y se ven aparecer nuevas potencias económicas, empresas multinacionales, que por la concentración y la flexibilidad de sus medios, pueden llevar a cabo estrategias autónomas, en gran parte independientes de los poderes públicos nacionales y, por consiguiente, sin control desde el punto de vista del bien común".

Prosigue el Papa.

"Al extender sus actividades, estos organismos privados pueden conducir a una nueva forma abusiva de dictadura económica en el campo social, cultural e incluso político".

Cualquiera semejanza que haya entre esta descripción y la Gulf and Western, no es, de fijo, puramente accidental.

La otra lección que nos imparte la experiencia venezola-

na, de la cual hemos venido haciendo méritos, está destinada a nosotros los de abajo.

Ellos consumieron décadas en la refriega por lograr sus justos objetivos. No se dejaron ganar por el fatalismo. No enmudecieron ni quebrantaron sus plumas ante las amenazas. No se amilanaron, como hacen los cobardes, ante la lluvia de denuestos y vituperios soeces. No se rindieron al terror, ni al psicológico ni al físico.

Sigamos sus ejemplos. Pisemos sobre sus huellas.

Al menos nuestros designios nos sobrevivirán. Porque todavía no se ha inventado un método para matar las ideas.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¿PATRIOTERO?

15 de junio de 1972

Señor Director:

Sorprendidos, extrañados y aun heridos andamos algunos petromacorisanos por las expresiones casi vitriólicas con que en ese documento público dirigido al Presidente, los notables de nuestro terruño nos han estigmatizado por la simple circunstancia de haber solicitado que se ponga despabilada atención a la creciente e indiscriminada expansión de la Gulf and Western.

Nos asombra el uso de ese insólito lenguaje exaltado. Nos deja atónitos el empleo de ese desusado léxico, porque si hay algún rasgo saliente que defina y caracterice el talante de quienes han nacido a orillas del Higuamo, ese rasgo distintivo lo constituye el comedimiento casi lírico, el sosiego fino, intelectualizado, afable y cabelleroso.

Nos somos, por temperamento, guerrilleros de la pluma.

Llamarnos "patrioteros", "enemigos del progreso", citar-nos sentenciosamente ante el tribunal de la historia para escuchar el severo veredicto de nuestra condena, es mucho calificar con epítetos peyorativos y sonrojantes.

La pasión que enciende y llamea en el pecho de los redactores del documento sube de punto cuando declaran que hartos de ser pacientes van a pasar, sin más, a los violentos arrebatos de la agresión.

No se asuste nadie. Esta agresión de mis compueblanos será puramente literaria. El asalto a mano airada no encaja en el estilo de ser de los macorisanos civilizados.

Lo curioso en todo esto es que el frenesí aparentemente defensivo de la colectividad oriental fluye de falsas premisas,



arranca de nociones inexactas que no congenian ni se compadecen con los conceptos de la cultura contemporánea.

¿No resulta acaso raro el que se afirme que la Gulf and Western es una empresa dominicana porque invierte aquí y porque está sujeta a nuestras leyes?

Si esa idea fuera la comúnmente recibida habría que echar al fuego mucha biblioteca económica y hacer arder en llamas todos los tratados de Derecho Internacional.

Realizada esta siniestra tarea de pirómanos, entonces sí podríamos decir que la Gulf and Western, la Falconbridge, la Alcoa Corporation, la Compañía de Teléfonos, son dominicanas.

Ni aquí ni en ninguna parte, en vista del nuevo concepto de soberanía económica, habría que estar pensando en nacionalizaciones y los Estados Unidos ya habrían abrogado la famosa ley Hickenlooper que todavía pende, como espada amenazadora, sobre las cabezas de todos los estadistas de la América Latina.

No, hermanos, no, la Gulf and Western es un conglomerado, es una empresa multinacional cuyo centro de decisión se encuentra en los Estados Unidos. Por eso remesan allá sus beneficios y, en términos periódicos, extraen, de igual modo, la amortización de los capitales invertidos.

Y otra cosa, nadie dice que la Gulf and Western no coloque aquí, si le place y le rinde, parte de su fabulosa liquidez.

Lo que se pide es que se limite su expansión, que no llegue a arropar hasta la soberanía nacional y a acumular incontrastables poderes políticos y que los dineros que suelte en nuestro suelo los suelte en el sector que nos interese conforme a un plan indicativo que este Gobierno debió haber formulado y no ha formulado.

Del documento que glosó, no sin pensar, por más sordina que se haya querido poner, trascienden y se perciben, como notas venidas de nebulosas lontananzas, los marciales acordes políticos.

Y ya en el terreno de la política, la crítica no se decide a tener como blanco de sus dardos al régimen que nos preside.

La economía de esta administración, para los autores del documento, es racional, científica, pulcra, acabada y perfecta. Las inversiones del sector público son ejemplares, sin

manchas, sin lunares, son inversiones eminentemente reproductivas. Los recientes reparos de la CIAP son reparos de locos.

San Pedro de Macorís tiene 72,443 habitantes: 24,115 se recogen en la zona urbana y 48,288 pueblan las zonas rurales. Su laboriosidad y su tierra incorporan, año por año, cincuenta millones de dólares a la riqueza pública.

¿Por qué no reclamar al Estado que dicte una ley que lo obligue a invertir en esa provincia del Este un porcentaje de lo que produce? A una ley análoga, dada en 1962, debe Santiago el arranque del eficaz dinamismo de su progreso.

El Gobierno Dominicano ha avalado créditos otorgados a empresas particulares. ¿Por qué no le avala a la provincia del Este ahora los millones que necesite para establecer su fábrica de cemento?

Por lo que respecta a quien esto escribe, sin aceptar el arcaico y simplista criterio de que "desarrollo y progreso es todo lo que se haga en adición a lo que exista, hágalo quien lo haga", debo manifestar, que no acierto a ver, por el momento, por qué no debe levantarse en Macorís una fábrica de cemento. La absorción de doscientos o trescientos desempleados y su saludable efecto multiplicador, sería, sin dudas, un alivio para el abrumador agobio macorisano.

Pero que no sea en detrimento de los supremos intereses de la Nación.

Sería un error de semántica calificar esta actitud como "patrioteria".

O se es o no se es dominicano.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## PLANIFICACION

16 de junio de 1972

Señor Director:

La Oficina Nacional de Planificación permanece prácticamente acéfala, atendida desde otro Despacho, por un servidor público que debería suponerse sobrecargado de múltiples responsabilidades. Y en un país en que ha prevalecido la idea lilisiana de que en esta tierra cualquier campesino sirve para Arzobispo y donde todo el mundo se cree suntuosamente idóneo para todo, resulta asombroso que no haya surgido ya un candidato, ostentando irrecusables créditos políticos, para engarzarse al Presupuesto derivando un pingüe y jugoso salario.

Es por esto que la vacante de "Planificación" no debe atribuirse a carencia de técnicos en la materia. En primer lugar, los hay, y bien calificados. Y, en segundo término, si no los hubiera los hubiéramos creado. Porque ahora se está estilando buscar hombres para los cargos y no cargos para los hombres.

Una de las causas a que puede atribuirse la actual silla vacía es, tal vez, a que nos hemos resuelto a considerar a los tecnócratas como estorbos, pidiéndole a Dios que nos libre de ellos, como Rubén Darío le pedía al Cielo que lo librara de las Academias.

Negándose el experto al politiqueo, entorpece la marcha triunfal del politiquerismo empírico. Por eso, no conviene.

Y otra de las razones, bien pudiera ser que, aún existiendo dominicanos capacitados, éstos rehúsen el cargo por no estar en disposición de faltar a la verdad si, desde el extranjero, se le solicitan informes veraces o de tener que verse forzados

a cantar la palinodia calificando de obras reproductivas inclusive a los guijarros rodados que se colocan como ornamentos al borde del mar azul.

Vano resulta y ocioso que nos quebrantemos el seso y derrochemos todos los recursos de la dialéctica para persuadir a las gentes que se complacen en estas pícaras especulaciones de que la cosa no es así, que el Gobierno está bien penetrado del valor de la planificación y de la rigurosa necesidad que hoy existe, inclusive, para conseguir financiamiento exterior, de programar y organizar el progreso.

La verdad es que el régimen tiene que tomar providencias para persuadir a la comunidad de que aprecia en todos sus indispensables méritos a la planificación.

El régimen sabe —y si lo sabe debe convencer con hechos de su convencimiento— que el desarrollo armónico no se logra sin un inventario de los bienes que se poseen, sin un balance de los recursos con que se cuenta para explotar esos bienes, en el menor tiempo posible y al menor costo posible, cosa que no se logra sin planificar.

El Gobierno debe apresurarse a cubrir la vacante de la Oficina Planificadora, a reorganizarla si es necesario, y a tenerla a su lado como un real factor para el logro del acierto en el desenvolvimiento económico y social de la Nación.

¿No es más fructuoso para el país y para el éxito de la política del Jefe del Estado prestar atención a esos técnicos juveniles que dejarse agobiar el ánimo por los portadores de chismerías baratas, por los empresarios de sus propios provechos en menoscabo del bien común?

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¿POR QUE ESPERAR?

19 de junio de 1972

Señor Director:

A las múltiples injusticias de que es víctima el campesinado dominicano se agrega ahora el severo castigo que le inflige la naturaleza airada, tan injusta como nosotros.

Es este inacabable diluvio de vicisitudes y tribulaciones que llueve de continuo sobre la cabeza del habitante del agro, el que ha formado en él el sombrío fatalismo que lo domina y lo mantiene recluido en una inhumana y zoológica resignación.

Por contradecir a Aristóteles, quien nos dio por esencia el carácter de racional, alguien definió al hombre diciendo que es más bien "el animal que llora".

¿Hay entre los dominicanos ninguno a quien le cuadre con más exactitud esta pesimista y metancólica definición que al campesino?

Son momentos como estos, en que los mortales derrumbes, los ríos furiosos, salidos soberbiamente de madre, en que la estruendosa caída de aguas evocan bíblicas tragedias, en que la desolación y la muerte imponen en los campos su macabro imperio, son momentos como estos, los que deben con más apremio despertar nuestra dormida conciencia social y llevarnos al lado de los peones agrícolas y de los suyos, eternamente desamparados por los que disfrutaban de los bienes refinados que proporciona la altiva y lujosa "sociedad de consumo".

¿Qué bohío puede haber quedado en pie, en el vértice de las montañas y en los valles escondidos con el plomo líquido de los recientes temporales? ¿Cuántos muertos por esta causa ha habido en los centros urbanos? ¿Qué mesa capita-

leña se ha visto desprovista de la humeante comida? Los cines ¿se han cerrado? Los restaurantes ¿lucieron desiertos?

El luto y el llanto parece ser patrimonio maldito de los campos.

Alienados por supersticiones ancestrales, los campesinos atribuyen de ordinario estos males a castigos de enfadados poderes sobrenaturales. En los estertores aflictivos de la naturaleza encarnan la ira divina.

Sería un abuso, un uso indebido y sacrílego de la religión, ir ahora a desalienarlos y consolarlos con razonamientos filosóficos y teológicos.

Decirles que las manos de Cristo están llagadas y que las manos llagadas no sirven para herir sino para acariciar: disertarles sobre los inescrutables designios de la Divina Providencia que rige al orbe por las leyes naturales y que sólo por excepción, con el milagro, interviene en el curso del mundo, y que no puede vivir en trance de perpetuo milagro haciendo que la tormenta fustigue al malo y respete al bueno; recordarles que algo de santo hay en el dolor, puesto que el Unigénito de Dios murió en la cruz. Todas estas consideraciones, si no las acompañan hechos positivos, serían una injuria al Creador porque se emplea su sagrado nombre para legitimar nuestras injusticias y para consolidar la iniquidad.

El que quiera dar testimonio del Evangelio que profesa que vaya ahora al campesino con sus manos llenas y que promueva siempre la impostergable necesidad de levantar sus niveles de vida.

Monseñor Octavio Antonio Beras, Presidente de la Conferencia Episcopal, debería convocar a esa Suprema institución eclesial para planificar con urgencia, a escala nacional, un efectivo programa de rápido auxilio.

Ninguna organización como la de la Iglesia —Parroquias, Capellanías, Universidad, Colegios, Cáritas— más adecuada para llenar con éxito este magnánimo cometido.

A nombre del “ecumenismo” podrían llamarse también a asociarse al humano y cordial empeño todas las denominaciones cristianas.

Es más fácil que respondan a las interpelaciones eclesiásticas los sectores afortunados que al llamado que puedan formular las mismas autoridades públicas.

Y la actividad hay que iniciarla ahora, ya mismo, sin más demoras.

Porque mañana cuando luzca el sol y el verde de los árboles sea más tierno y brillante, la tragedia campesina naufragará en el olvido y se reanudará en las alegres ciudades la perpetua verbena que se nutre de la inconsciencia social.

Nosotros los dominicanos, al parecer, necesitamos formidables aldabonazos de lo alto para pensar generosamente en los demás.

Sin el ciclón Inés, Oviedo seguiría siendo un paupérrimo villorrio. Sin los desvatadores incendios, no estaríamos pensando en los equipos de bomberos. Sin los desbordamientos del río Haina, no se nos presentaría como urgente el acueducto capitalino.

¿Por qué esperar y no prevenir la tragedia?

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## REFLEXIONES

20 de junio de 1972

Señor Director:

La luz filosófica que nos viene alumbrando, no es en el militarizado Brasil donde se origina, como hubiera sido el deseo del señor Nixon, sino que surge del México altivo.

Las iluminadas y sacudidoras lecciones las impartió Luis Echeverría, el Jefe del Estado azteca, primero en la UNCTAD, en Chile, y luego las repitió, con templado coraje moral y con bizarra franqueza, en el mismo Washington y en el Hotel Pierre que está en el corazón de Nueva York.

Pero ocurre que la patria de Hidalgo, que hizo su propia revolución configurada a los rasgos de su carácter, que tras la "Décena Trágica" se estabilizó en una paz fecunda y progresiva, no exporta violencias ni manuales de guerrillas, sino que brinda ideas, principios, capaces de regular y modelar, en el contexto de la justicia y de la libertad, la convivencia, así externa como interna.

Por eso podemos recibir como heraldo de verdades vivas e inconcusas al hombre de negocios mexicano José María Basagoiti.

A esa grata disposición de ánimo nos lleva la sólida y jugosa conferencia que produjo en el seno del Consejo Nacional de Hombres de Empresas Dominicanos.

Toda su disertación estuvo encaminada a hacernos comprender que en este mundo en que vivimos, apretado por dolores de alumbramiento, en trance de parir nuevas formas de comportamiento social, no nos puede servir de comadrona, si es que queremos que la criatura salga viva y viable, la doctrina económica del liberalismo burgués, que veía en el



trabajo una mercancía, y en el libre intercambio, exento de interferencias estatales, un instrumento generador de puro y mero lucro.

“Buscando la riqueza —dijo el intelectual de las tierras de Anahuac— la empresa no puede destruir, ni al hombre ni a los valores humanos. Al contrario, debe acrecentarlos”.

“La empresa —agregó— debe ser el escenario del desarrollo del hombre. Antes que ser fábrica de productos, debe ser fábrica de hombres”.

Como se advierte —si se hace un fácil cotejo— la copiosa siembra doctrinal que sobre el Continente lanzó el Episcopado Latinoamericano, en Medellín, ha prendido profundamente en muchos espíritus selectos y en ellos apunta ya la primavera que presagia seguros frutos sazonados y perfectos.

Se dijo en aquella ciudad colombiana:

“En el mundo de hoy, la producción encuentra su expresión concreta en la empresa, tanto industrial como rural, que constituye la base fundamental y dinámica del proceso económico global. El sistema empresarial latinoamericano y, por él, la economía actual, responde a una concepción errónea sobre el derecho de propiedad de los medios de producción y sobre la finalidad misma de la economía. La empresa, en una economía verdaderamente humana, no se identifica con los dueños del capital, porque es fundamentalmente comunidad de personas y unidad de trabajo, que necesita de capitales para la producción de bienes. Una persona o un grupo de personas no pueden ser propiedad de un individuo, de una sociedad, o de un Estado”.

Y para que los profesionales del anticomunismo no nos aturadiesen a gritos y nos amenazasen con realizar la proeza de mal gusto de decapitarnos, agregaron estos párrafos los ilustres Mitrados del hemisferio:

“El sistema liberal capitalista y la tentación del sistema marxista parecieran agotar en nuestro Continente las posibilidades de transformar las estructuras económicas. Ambos sistemas atentan contra la dignidad de la persona humana; pues uno tiene como presupuesto la primacía del capital, su poder y su discriminatoria utilización en función del lucro; el otro, aunque ideológicamente sostenga un humanismo, mira más bien al hombre colectivo, y en la práctica se

traduce en una concentración totalitaria del poder del Estado”.

Hay que reconocer que numerosos hombres de empresa nativos se han abierto a la recepción de estos principios humanísticos. Los contratos de trabajos colectivos y la otorgación de créditos al obrero para adquirir sus propias viviendas, testimonian este saludable avance.

Pero no son todos. En algunos, son indelebles, imborrables las viejas categorías mentales. Se aferran todavía a la ganancia escueta, sin miramiento humano hacia el operario. No ha habido en ellos mudanza alguna de disposición.

Para estos tales, que persisten, firmes en sus treces, en considerar la riqueza como un fin, no como un medio, que conciben la empresa, no como a una creadora de bienes para repartir, sino como un aljibe que guarda las aguas sin distribuirlas, están dichas las palabras de Basagoiti en que amonesta que el “cambio tendrá que venir, porque la sociedad es dinámica y así lo exige, y si la empresa no da el cambio, la sociedad lo buscará de otra forma”.

Ahora tendremos que aguardar otro mensajero del exterior que nos les diga también a nuestros obreros que ellos tienen, asimismo, que cambiar.

Tienen que cambiar, afinando sus facultades, cultivando el sentido de la responsabilidad, buscando, en sus reivindicaciones, el reconocimiento de sus derechos laborales y no convirtiéndose en marionetas de egoístas políticas partidistas.

Vamos a tener que esperar, decía, que alguien venga de playas extrañas a tratar estos temas. Porque si los proclamamos los de aquí, nadie nos redimirá de que se nos estampe en el pecho el marbete de marxista.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## LA LEY

21 de junio de 1972

Señor Director:

No hay que ser muy versado en filosofía del Derecho para estar persuadido de que la ley, toda ley, aún aquella que se inspire en la más diáfana equidad y esté encaminada a promover el bienestar general, implica desazones y contratiempos, despierta contrariedades y origina resquemores y descontentos.

Se siente lastimado el individualista impenitente que cree que el mundo no es ni ancho ni ajeno, sino que es suyo y que, por tanto, debe estar siempre abierto al capricho de sus incursiones depredatorias. El ave de rapiña, si pensara, no pensaría de otro modo.

Sin el freno de la norma jurídica —muy a su pesar lo confiesa el mismo Freud— no existieran ni la cultura ni la civilización, la humanidad caminaría todavía como montunos potros cerriles en una interminable dehesa, en las junglas intrincadas y buscando refugio en mágicas cuevas, como la de Altamira.

Las providencias legales, al limitar nuestra omnímoda voluntad para disolver en la armonía el choque de los intereses encontrados, nos hacen sentir, en el trasfondo de nuestra subconciencia, cómo bullen y gritan nuestros instintos primarios maniatados.

De ahí que, insumisos al yugo, tratemos de desatarnos de esas rígidas amarras, y de ahí también, como Kelsen, hayan creído a pies juntillas que la coacción es de la esencia misma de la ley.

Todo canon legislativo, pues, una vez concebido, sanciona-

do por el Congreso y promulgado, el Ejecutivo debe imponerlo “pésele a quien le pese, duélale a quien le duela y cueste lo que cueste”.

No veo, por consiguiente, por qué haya que alarmarse a causa de que el Jefe del Estado haya usado de esa frase enfática para acentuar y subrayar su empeño de hacer efectivo el cumplimiento del manojó en leyes agrarias vigente desde el 27 de febrero último.

No veo tampoco la razón que justifique que el Primer Mandatario se sobreexcite y tome como irrespeto a su autoridad la circunstancia de que hayan puesto en sus labios una entera proposición suya, dicha en otras oportunidades “pésele a quien le pese, duélale a quien le duela y cueste lo que cueste”, cuando, en la última ocasión, no expresó más que una sola cláusula —cueste lo que cueste— de la misma sentencia.

Otra cosa es que el Máximo Ejecutivo del país, en el desempeño de sus delicadas y graves funciones al poner por obra las leyes, use del margen que la ley misma le acuerda para emplear la regla de oro de una sagaz y cuidadosa prudencia.

Los economistas hablan del “comportamiento” de los proyectos de desarrollo en el curso de su realización. Pueden llegar a su término tal y como fueron ideados. Pero pueden también, a media jornada, descomponerse, y se hace preciso estar sobre ellos para rectificarlos y evitar que sigan por perjudiciales descaminos.

Con las leyes sucede algo análogo. Bien puede ser que aparezcan bellas y fascinantes en el papel, como las notas en un pentagrama, pero al salir a la vida, pueden ir dando traspies y ocasionar a la comunidad más daño que bien, como la mala ejecución de una sinfonía estropea sus primores.

Las leyes agrarias responden a un urgente reclamo de la época. Pero, según se recordará, hubo que meterle lima a su redacción original. Porque en su redacción primitiva, a causa de sus vaguedades e imprecisiones, iban o a ser ineficaces o a malherir al bien común.

No faltará quien piense que aún ahora, en el extremo último de su ejecución, sea menester pulirlas un poco más, o bien sea preciso buscar esmerados ajustes y fin de que la pro-

ducción y la productividad no padezcan ruinosas mermas.

Quien así piense está en su derecho a pensar así. Y esas prerrogativas de disentir a nadie se le pueden cancelar. De la misma manera que el disentimiento de unos pocos no debe ahogar el legítimo sentimiento de unos muchos.

Volvamos a la razón. No provoquemos ridículas tormentas en diminutos vasos de agua.

Al fin y al cabo todos debemos converger en la opinión de que, para que en este país reine una paz durable y permanente, se hace inexcusable la vigencia plena del derecho —guardado por los de arriba y por los de abajo— y el establecimiento del imperio de la justicia social.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## CONTESTA A COMPUEBLANOS

23 de junio de 1972

Señor Director:

Por razones de honestidad intelectual y por motivos de caballerosa cortesía debo contestar a los serenos y amables requerimientos que me formulan mis afables compueblanos en una carta aparecida hoy en este diario.

Este intercambio de pareceres obtendrá, entre otros frutos positivos y valiosos, el que se conozca más y mejor la angustia económica y social que agobia y aflige al amado y abandonado pueblo en que nací.

Asómbranse mis coterráneos, ante todo, de que haya cogido para mí las ardientes frases con que ellos zahieren y queman, calificándolos de "patrioteros", a todos cuantos —no señalan ni exceptúan personas— han pedido que se esté sobreaviso en lo que atañe a la creciente, dinámica e incontrolada expansión de la Gulf and Western.

Siento la vehemente tentación de decir que me asombro de su asombro.

¿Quién ignora que desde hace más de cuatro años ha sido quien esto escribe y en estas mismas columnas quien más ha encarecido el estar en vigilante guardia, por razones prolijamente expuestas, contra la libre penetración y el franco ensanchamiento del consorcio multinacional que ha sentado las raíces de su opulento imperio económico en el Este?

Los proyectiles lanzados a un grupo —salvo que ex-profeso se aparte a alguno del conjunto— hieren a todos por igual.

Yo no fui puesto a buen recaudo del inmisericorde pelotón del fusilamiento. No me acordaron esa suprema gracia mis generosos compañeros de juegos de infancia bajo la sombra

amiga del frondoso jobo del paternal doctor Tió y al ritmo de la música, que venía en retazos, de la próxima escuela del maestro Gabú.

Me trae a la memoria esta ocurrencia —ocurrencia que quiero colocar en el género de las que abrevian distancias y estrechan corazones— un sabroso episodio del anecdotario de don Ramón del Valle Inclán, anecdotario rico en gallegas sales de buenhumor.

Sucede que el autor de las “Sonatas” decidió abandonar su patria, a causa, según él refiere, de unos amores desdichados y tomó, para restañar sus heridas, una fragata rumbo a México. Al aproximarse el barco al muelle de Veracruz, un levantisco mozuelo gritó: ¡Malditos sean los gachupines —así bautizan allá a los españoles— malditos sean, todos los gachupines, desde el primero, hasta el último! Oír esto Valle Inclán y lanzarse escalerillas abajo cogiendo de paso un madero y descargándolo sobre la cabeza del muchacho, todo fue uno.

Conducido ante las autoridades se le preguntó al escritor: ¿Por qué agredió usted al mozo si no se refería a usted? ¿Qué no se refería a mí? Pues sí que se refería, prosiguió ceceando el don Ramón de las barbas de chivo. Maldijo a todos los gachupines, desde el primero hasta el último, y el último gachupín llegado aquí soy yo.

Otra cosa que no doy por buena y válida es la noción de desarrollo “como todo aquello que se haga en adición a lo existente, hágalo quien lo haga”. En primer término, ¿Y sí lo hace la Cuba de Fidel Castro? En segundo lugar, una cosa es expansión económica y otra desarrollo.

“La distinción entre crecimiento y desarrollo está ya plenamente aceptada en la literatura científica consagrada a la dinámica económica”, declara Francois Perroux. Y añade: “Es bien sabido que el producto real global de una nación o de un conjunto social, puede crecer sin que esta nación o este conjunto se desarrolle”.

Y como eso, esta vez un eco augusto, Paulo VI afirma, en la “*Populorum Progreso*” (No.14): “el desarrollo no se reduce al simple y escueto crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, debe promover a todos los hombres y a todo el hombre”.

El mismo Sumo Pontífice, en la "Octogésima Adveniens" (No.42), llama la atención sobre los peligros para las naciones pequeñas y subdesarrolladas de las empresas multinacionales.

¿Y son las obras de estos sabios las que me instan mis co-terráneos a que las acumule y las arroje al fuego y haga con ellas un solemne auto de fe?

Lo curioso, lo paradójico, es que a lo que aspiran en Macorís no es, de cierto, al desarrollo concebido como un simple agregado a lo existente, sino a un desarrollo genuino, pues se delira y se sueña, a impulsos de la justicia social, con sacar del hambre y de la miseria a cuantos han visto la luz en nuestra dolorida patria chica.

Por eso Trujillo no realizó obra de desarrollo. Promovió el crecimiento, pero sin repartir riquezas. Así lo entendieron técnicos muy avisados quienes dejaron estampado su parecer en la obra publicada por la Oficina Nacional de Planificación en 1966. Léase con detenimiento la parte de ese estudio que va desde la página 2 hasta la página 20.

Ahora, si mis compueblanos piensan dejar que la Gulf and Western haga lo que quiera y como quiera, para luego nacionalizarla, caiga o no caiga la espada de la Hickenlooper, ya eso es harina de otro costal. Es camisa de muchas varas en la cual no soy yo el que me voy a meter. ¿Y ellos?

Por lo que se refiere a mi ingenua sugerencia de que el Gobierno garantice los dineros necesarios para que un grupo de hombres de empresa nativos levanten a orillas del Higuamo la fábrica de cemento, no parece que ella sea tan utópica y tan impracticable como quiera que ayer mismo se hizo público en la prensa que el Estado se dispone a avalar un préstamo de RD\$15,000,000.00 a los barahoneros para idénticos fines. ¿Por qué a ellos sí y a nosotros no?

Macorís dispone, para las horas de sufragio, de 18,475 votos. Los votos se acuerdan a quien nos hace justicia y atiende a carta cabal nuestros legítimos reclamos ¿Por qué se cree que no hay candidato en los Estados Unidos, sea demócrata o republicano, que no apoye a Israel en todo y por todo? Pues por los votos y los cuartos de los judíos norteamericanos.

Que para los próximos comicios el pueblo macorisano tenga presente esto y pida en firme, antes de soltar prendas, seguras y públicas promesas de que no seguirá siendo la abando-



nada por antonomasia, la mísera Cenicienta del mágico cuento de hadas.

Hágase un recuento mental y se verá que todos los Jefes de Estado de este país han favorecido largamente a las provincias en que vieron, por primera vez, la luz del sol. Macorís en nuestra historia no ha tenido jamás en Palacio un Presidente. Tal vez ello obedezca a que no tenemos vocación de poder.

Lo único que tenemos en nuestras manos es el derecho de sufragio. Y cualquiera pierde y cualquiera gana con 18,475 votos.

Para poner punto redondo quiero repetir que los macorisanos, tanto los de allá como los de acá, con este derrame copioso de ideas, estamos "concientizando" a la nación sobre las penurias y pesares que abruman a la Sultana del Este. Sultana hoy, por desdicha, venida a menos.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## APOYA DISCURSO

26 de junio de 1972

Señor Director:

Bueno, sensato y rigurosamente realista el discurso del doctor Arturo Muñiz Marte en que exhorta a los comerciantes dominicanos, y a quienes, aunque extraños, con nosotros conviven, a limitar en todo lo posible la importación de bienes a nuestro país.

Constituye un enfático aliento más que se le infunde a la sana y prudente política de sustituir, con lo nuestro, lo extranjero.

Para que, sin embargo, ese justo y patriótico llamado —no patriotero— no se quede en mera interpelación retórica, con sus puntos y ribetes de hermosa efusión cívica, es necesario que el propio gobierno, al través del Banco Central, vaya aumentando, consultada la razón, la lista de los productos foráneos de los cuales, sin desmedro ni dolor del pueblo, bien podemos prescindir.

En más de una ocasión hemos hecho pública profesión de querer vivir sujetos, a lo anacoreta, a una regla de ascética austeridad.

Pero la triste realidad es que, en varios aspectos de nuestro comportamiento colectivo, nos complacemos inclusive en hacer alarde de fastuosa prodigalidad, de inmoderada afición al alegre y suntuoso despilfarro.

Tengo ante la mirada —que se me desborda por los lagrimales de espantada— la estadística que revela el número de cajas y el valor total, en moneda maciza y dura, del whisky llegado a nuestros puertos en el año de 1971.

Cincuenta y cinco mil ciento sesenta cajas (55,160) que,

calculadas a US\$20.00, totalizan, US\$1,103,200.00 (un millón ciento tres mil doscientos dólares).

Y cuente, que para no apurar la paciencia de nadie con prolijidades, no agrego a este renglón los ricos y perfumados vinos y licores que nos envían franceses, italianos, españoles y portugueses.

No sé, pero ¿podrían reducirse o no estos tipos de productos exóticos para enriquecernos, en su lugar, con bienes de capital, eficaces instrumentos para el desarrollo, o, en última instancia, para dar paso al bacalao que pide a gritos la población?

Tal vez se me pueda objetar que mercancías de la naturaleza arriba mencionada están dejadas al capricho y la arbitrio de los discutidos “dólares propios”.

Pues si es así, a esos dólares hay que desodorarlos, para disiparles el tufillo de “delincuentes”, como una vez se les llamó, y hacerles tascar el freno de la disciplina, llevándolos por el cabestro a que nos sirvan en lo necesario y no se esfumen estérilmente en lo superfluo.

El Estado, que es la nación organizada y, sobre todo, el poder en la sociedad, no debe tener remilgos en intervenir en asuntos de esta índole que, en tan gran medida, afectan sensiblemente a una justa configuración del bien común.

Por otra parte, es de señalarse el impacto ruinoso que, en virtud del “efecto demostración” o “herodianismo”, produce, en la gente marginada, el desaprensivo derroche de moneda dura al utilizarla en compra de mercancías de lujo.

El espíritu de imitación lleva al orillado y deprimido social, cuando algo consigue, a gastar más en lo gustoso que en lo imperioso, y se forja la idea de que su reivindicación se cifra, como en máxima aspiración, en trasladar Gualey para Gascue y Naco, y Gascue y Naco para Gualey y Guachupita.

Ese mismo pueblo, sin embargo, no es tan difícil de satisfacer en sus demandas esenciales: porque no pide malbaratar a placer y oprimir, como la clase adinerada, sino, simplemente, no ser expoliado ni oprimido.

Debemos, pues, saludar con parabienes la exhortación

del Secretario de Finanzas.

Sólo que querríamos que su emotivo reclamo pasase a ser realidad, porque, como decía Chesterton, jugando con los vocablos y los conceptos, “la idea que no cuaja en palabra, es una mala idea, y la palabra que no cuaja en hecho, es una mala palabra”.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## AYUDA, SI; DUEÑOS, NO

27 de junio de 1972

Señor Director:

Como en este país, gracias a Dios y al empuje y al coraje moral del pueblo dominicano, aún disfrutamos de la libertad de expresión, nadie podrá recriminarme ni llamarme a capítulo porque siga externando mis criterios acerca de la profusa y confusa labor que desarrolla entre nosotros el conglomerado denominado Gulf and Western Americas, cuyo centro de decisión no se encuentra en nuestro territorio, sino en los Estados Unidos.

Que el consorcio multinacional haya abierto fuentes de trabajo, que haya llevado pan y vestido al desnudo y hambriento de una región, y que por eso mismo esa zona deba manifestar sentimientos de gratitud, no debe apasionarnos al grado de hacernos cerrar los ojos ante los eventuales peligros sociales, políticos y económicos que la actividad de la empresa extranjera comporta si no se ajusta a normas que dejen a salvo los supremos intereses nacionales.

Nos trasladaríamos a la luminosa atmósfera del limbo, donde se recogen los cándidos inocentes, si diésemos en pensar que es fruto de puro amor y magnanimidad el derroche de paternalismo que la entidad extranjera pródigamente vierte sobre nuestras mejores tierras del este.

Los cuantiosos beneficios que deriva y la facultad que nuestras leyes le otorgan para poder repatriar los capitales aquí colocados, nos deberían hacer pensar que no son presentes los que nos brindan, cuando algo aparatosamente regalan, sino pagos, pagos enmascarados de dádivas de las copiosas utilidades percibidas.

Permítaseme trasladar aquí, para resguardo de mi objetividad y para reflexión de los demás, lo consignado en el “Reglamento para la aplicación de la ley que regula las transferencias internacionales de fondos”.

Dice así en su artículo 30:

“El Departamento establecerá y mantendrá un registro de los capitales provenientes del exterior. Las solicitudes para las remesas de los intereses y las utilidades de tales capitales y la amortización de préstamos y la depreciación de inversiones serán consideradas por el Banco Central. Después de una comprobación adecuada, el Banco Central permitirá libremente las remesas de intereses y utilidades. Las remesas por amortización y depreciación serán permitidas libremente, si están dentro de límites razonables”.

Considerando lo antecedente cabría recordar aquí dos refranes, dos de esos evangelios chiquitos. Es el primero aquel que nos asegura que “dádivas quebrantan peñas”, y es el otro el que comienza diciendo: “Cuando la mar bota peces...”

Paulo VI —me complace el volverlo a citar —en la “Octogésima Adveniens” ha observado, con sagacidad, que la fuerza económica de ciertos organismos internacionales del tipo que ahora contemplamos, en razón de su flexibilidad y de la fabulosa liquidez que atesoran, tienden, por su misma naturaleza dinámica, a escapar a la sujeción de las autoridades nacionales y, a veces, a dominar a los mismos gobiernos en cuya jurisdicción se asientan y acaban por desembocar, como el trágico epílogo, en una verdadera dictadura económica y política.

En vista de estas pontificias admoniciones, cualquiera se sentiría tentado de creer que la concentración y los tributos de homenaje recientemente celebrados en El Seibo constituyen, por lo menos, un dramático error de táctica.

La circunstancia de que algunos de los ardientes oradores declaran que “la Gulf and Western es un aliado del Gobierno”, de que ahí se haya hablado de alianzas, y que uno de los más destacados disertantes, y éste foráneo, tejiese una apología encendida, de tipo y medida partidista, realizando el patriotismo y el acrisolado nacionalismo del Jefe del Estado, coloca a aquella reunión en el plano político y se le confiere rasgos y perfiles de mitin.

De esta suerte, asoma y apunta, sin dar lugar a equívocos, el riesgo que entrañan los conglomerados, riesgo subrayado por la augusta autoridad del Romano Pontífice.

Horacio, el lírico latino, observa en su *Ars Poética* que el que aspira a huir de la culpa se hunde más en ella si al preparar su evasiva no la prepara con el auxilio del arte.

En El Seibo falló el arte del disimulo.

Nadie es enemigo jurado de la Gulf and Western. Sea bien aplaudido el posible bienestar que reparta en La Romana. Pero ello no autoriza a nadie, si es que ese nadie quiere guardar las reglas del decoro, a que agravié con infamantes denuestos, con sátiras de pésimo gusto, a quienes aspiran a que la Gulf and Western no se nos trueque en un Leviathan, en un monstruo que nos devore, y mucho menos ese bienestar derramado acuerda el derecho de convertirse en amo de cada uno de los dominicanos.

¡Queremos ayuda exterior, pero no dueños!

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## “SOMOS MIMETICOS”

28 de junio de 1972

Señor Director:

El licenciado César García, del caballeroso Santiago, ha levantado su voz a fin de prevenirnos contra la creciente y sutil infiltración de culturas extraídas que, con lentitud, pero con perseverante seguridad, van desdibujando las notas distintivas que caracterizan nuestro nacional modo de ser, sentir y pensar.

Es bueno que el esclarecido profesor de la Madre y Maestra sepa que no está solo, que no son pocos los que, muy de corazón, son solidarios de su opinión y lo acompañan en sus nobles preocupaciones.

Durante largo tiempo nuestra inquietud se compendia, como en núcleo, en preservarnos de las corrientes exóticas que soplaban con vigor de tempestad desde el este.

Todo nuestro empeño residía en no contaminarnos con el “vudú”, en no adoptar, a imitación de los “rayanos”, ese dialecto de germanía que es el “Patuá” y en no africanizar nuestros sentimientos.

Para ello invocábamos nuestro origen hispánico; se acarició la idea de una frontera biológica y se auspició una pedagogía popular en que se pusiesen de relieve las épicas jornadas de las batallas que culminaron en nuestra siempre vacilante independencia.

La lógica que preside esta actitud es manifiesta. La cultura occidental está integrada por la conjunción dichosa de tres logros cumbres en la aventura humana el pensamiento griego, el Derecho Romano y los ideales religiosos cifrados en el Cristianismo.



La España del siglo XVI, la que vino a nosotros heredera de estos valores, los modeló ajustándolos a su propio modo de ser: un idioma, el castellano; una fe cuajada en mística; un derecho, el Fuero Juzgo, un sentimiento, exacerbado, el sentimiento del honor.

La obediencia ritual al Rey, en la España de que hablo, se compaginaba armoniosamente con el respeto a la dignidad de la persona. Recuérdese, además de “El Alcalde Zalamea”, la fórmula con que los aragoneses coronaban al monarca: “Nos que valemos tanto como Vos, y que todos juntos valemos más que Vos, os hacemos nuestros Rey y Señor, si juráis defender y respetar nuestros fueros y derechos, y si non, non”.

Como el luminoso estallido del Renacimiento, estallido primaveral, concide con el descubrimiento del Hemisferio, para esa época España, fiel a su propio genio, siempre original, auténtica en todo tiempo, no se incorpora a la renovación de los ideales clásicos, a la manera florentina encarnada en Lorenzo el Magnífico.

Digan lo que digan los alumnos que viajan a España —tierra sin Renacimiento— las gentes de la Península Hispánica crearon su propio Renacimiento, más serio y más grave, que se materializó en el latín de cláusulas ciceronianas de Melchor Cano, en el Derecho de Gentes de Vitoria, en ese cuerpo castizo de alma hebrea que fue Fray Luis de León, en Don Juan de Austria y el Gran Capitán (condotieros a la manera señorial) y habiendo conquistado toda la tierra, mandó España una legión de místicos a conquistar el Cielo.

Esta es la cultura que nosotros queríamos oponer como un valladar insalvable a la impetuosa invasión cultural haitiana.

Para ser honrado conmigo mismo debo agregar que este peculiar estilo de vivir y de morir español, que acabo a grandes rasgos de esbozar, sufrió entre nosotros —como en toda América— grandes mermas y modificaciones.

En nosotros, en términos generales —hablo de cultura objetiva, no subjetiva— quedó lo epidérmico, lo adjetivo. Tráigase a la memoria que el famoso “Manifiesto” divulgado antes del 27 de Febrero, estaba inspirado en las ideas políticas Jeffersonianas y que el Código Napoleónico sigue siendo nuestro Código.

Ahora mismo, ¿qué hemos preservado de lo español?

A mi ver, muy poco. Rebasaría los cauces de estas columnas el explicar las múltiples causas de estas transformaciones.

Pero lo que deseo preguntar es lo siguiente: ¿Es esa, aunque transfigurada a la moderna, —porque la tradición, según ha dicho Monseñor Agripino, no es tumba, sino cuna— es esa, la cultura que el profesor César García quiere que se defienda y que se reinstaure en sus rasgos substanciales?

El empeño, no cabe duda, será duro. El empeño será duro por las mismas razones que el Catedrático santiagués expone: por el caudal de nocivas influencias desvirtuadoras que nos vienen invadiendo y que casi nos tienen domeñados.

Somos miméticos. Inclusive nos complace imitar a aquello mismo que nos da gusto denostar. ¿No hemos visto por esas calles de Dios a mozuelos gritando, con un peinado a lo "African Look" y una botella de Coca-Cola en la mano, ¡abajo los yanquis!?

¿No hemos oído un aforismo inspirado en el "Qué Hacer", de Lenin, como si Duarte no nos hubiera dejado muy sanos consejos y bien acuñados adagios?

¿No hemos contemplado cómo se desgañita Casandra abogando por el merengue, vencida y ahogada por la preferencia por el Jazz?

Y no es que no se asimile y no se admire lo extraño. No hay cultura químicamente pura, no hay cultura que no esté matizada por el entrecchoque con otras culturas. A principios de este siglo, vaya esto a título de ilustración, la primitiva cultura africana dio el tono al arte moderno.

Deseo advertir que al evocar la cultura hispánica no estoy pensando en reeditarla tal cual era en el siglo XVI. El arcaísmo no es prenda que deba lucirse en nuestros días, días de transiciones, de premuras, de cambios.

Pero hay valores eternos. Nuestro amor por la libertad no es ni debe ser desemejante al que abrigaban en su pecho los aragoneses. Nuestro derecho a defender nuestra tierra y nuestra adhesión al principio de la autodeterminación es idéntico a lo que está consignado en los tratados de Vitoria. Nuestro cariño al castellano puede emular al de Isabel la Católica. Nuestro sentimiento del honor no tiene por qué ser menos que el de Pedro Crespo, al Alcalde de Zalamea.

Aún resuena, brotando de entre la arquitectura colonial, la voz viril de Montesinos proclamando la carta de las prerrogativas individuales del aborigen, en contra de quienes, guiados por Inés de Sepúlveda, veían en el indio un esclavo por naturaleza, igual que hoy la sociedad de consumo ve en el obrero una máquina de producir manufacturas.

Lo que no queremos, en fin, es que no se nos obligue a gritar, como el personaje del drama de Mareowe: ¡Mi alma! ¡Que me arrancan mi alma!

Pero el tema es rico, es cantera inagotable. Aquí me detengo porque, si hay alguna cosa que viole los derechos humanos del lector, es el intento de aburrirlo.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## MACORIS DEL ESTE

30 de junio de 1972

Señor Director:

Vestido está de gala Macorís del Este. Bajo el ameno cabrilleo de una festiva luz de domingo hierve en entusiasmos constructivos el pueblo en que Moscoso Puello armó el primer equipo de Rayo X en el país y en que una mano inspirada, en ansias de amores patrios encendida, compuso el “qué linda en el tope estás dominicana bandera”.

Hay fundados motivos para este bizarro despliegue de jubilosa animación. Se vislumbran, en las perspectivas próximas, realizaciones apreciables, que darán aliento a la postrada y agónica comunidad, llevándola al esplendor y al dinamismo remunerador del 1922, antes de que el descenso vertical del azúcar bajase, agobiándola, desde veinte y dos centavos la libra a dos centavos.

La instalación de una industria de cemento, que empleará a ciento cincuenta y un trabajadores inactivos, y cuyo efecto multiplicador bien podría dilatar su bienhechor radio de acción hasta a un millar de personas; la rehabilitación de su puerto, que podrá emular en febril hormigueo al de Andrés y de Haina; y el plan de emergencia para la construcción del alcantarillado, pondrán a San Pedro en estado de convalecencia con expectativas de recuperación integral.

Es esto una prueba más de que el clamor justo, si es sostenido y robusto, hasta los sordos lo oyen, y que el diálogo, aunque sea combativo y esté moteado de serenas reconveniones y de críticas, que aspiran a ser edificantes, producen invariablemente frutos positivos.

Es obvio que con lo ofrecido, la Sultana de Oriente, hoy

desmirriada y pobre, no podrá estar en holgadas condiciones de revitalizar sus energías productivas.

Tiene que proseguirse, porfiadamente, en el empeño de poblar su “zona franca” de pequeñas industrias. Para ello, ha de abrírsele acceso a los mercados de capital, como el Fondo Fide, que abone el serio espíritu empresarial de que está dotado un puñado selecto de hijos de aquella región.

Ahora que nos trae al retortero la vital preocupación de promover el sector agrícola y que, según se afirma, se dispondrá para estos fines de enjundiosos recursos, Macorís, abriéndose paso entre las cañas que lo abrazan y lo ahogan, sin dejarle nada de los cincuenta millones que genera, puede, estando más próxima que Constanza al mercado capitalaño, cultivar sementeras de flores y reinstaurar sus famosas hortalizas —aquellas de Punta de Garza que llevo en mis entrañas dibujadas— que tendrían en todas partes fácil y provechosa acogida.

Bueno sería también establecer, en grande, un conjunto de pequeñas haciendas, vinculadas en cooperativas, promesas de productos lácteos y de carne, magnificación moderna de aquella dehesa llamada “Los potreros de Mallén”, por donde pasaba “la máquina” camino de Vega.

El mar, diría que por vocación, invita a pescar y ofrece generoso el tesoro inacabable de sus proteínas. Y aunque se ha dicho que no hay en el litoral que mira “Playa de Muerto” bancos de peces en cantidades comerciales, no dejará de haberlos, creo, en proporciones apreciables. Macorís frente al mar no puede vivir de espaldas al mar.

Recuérdese el ilustrativo proverbio japonés: “Si me das un pescado, comeré un día; si me enseñas a pescar, comeré toda la vida...”

Estoy persuadido de que convendrán conmigo mis compueblanos en que el factor capital, el más esencial y decisivo para salir con éxito del hondón del subdesarrollo, es el hombre. Sin el hombre integralmente formado, el destino feliz de un pueblo será siempre un fantasma engañoso y huidizo. Un espejismo que se levanta brillante sobre áridas dunas de un desierto.

Macorís posee un centro de cultura superior. Que lo coloque bajo el signo progresista del desarrollo. Que forme en su

seno técnicos, técnicos medios, obreros calificados. Puede darse por seguro que todos estos especialistas macorisanos encontrarían entonces dónde emplear sus capacidades con jugosos rendimientos, para provecho personal y para servir con eficiencia a la comunidad.

Ya que estamos en marcha, aceleremos el ritmo constructivo. Avivemos la imaginación creadora. Los muertos sólo resucitan, cuando los muertos son los pueblos, al conjuro de voces viriles y de ánimos intrépidos.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## COSTO DE LA VIDA

3 de julio de 1972

Señor Director:

El reclamo que se formula en su Editorial de hoy encaminado a que las autoridades competentes tomen urgentes providencias a fin de reducir el alto costo de la vida y eviten con ello que se desboque la creciente inflación que nos aflige, recoge, sin dar lugar a discrepancias, el unánime y clamoroso sentir de la comunidad.

Basta salir a la calle para comprobar esta verdad, que ya va cobrando ribetes de dramática. El grito espantoso no se les cae de los labios a las azoradas amas de casa. Y en cuanto al pueblo menudo y marginado, ya ni grita, porque ha perdido el aliento.

Infortunadamente, no se trata de la justamente llamada "inflación de crecimiento" que consiste, conforme se sabe, en un esfuerzo austero para acumular ahorros y destinar éstos al aumento de la producción y la productividad.

De este tipo de situación económica —fruto de voluntaria frugalidad— surge un claro desequilibrio entre la escasez de dinero, retirado de la circulación, y la penuria de la producción total.

En circunstancias como las que acabamos de señalar en que la sobriedad es deliberada y querida, se sacrifica de buen grado el presente con seguras miras de obtener un mejor futuro.

Este género de inflación, si se la mantiene en control, y se le puede mantener, es un factor dinámico que apresura el desenvolvimiento económico y social.

La inflación que ahora nos trae a mal andar, por el contrario, entra en la categoría que los franceses denominan

“les inflations sudamericaines” o inflación de subdesarrollo, que tiene sus causas determinantes, según ellos explican, “en la estructura desequilibrada, en el mal funcionamiento de las instituciones económicas, políticas y sociales”.

Que el estado de cosas arriba descrito sea el que impere en el país lo evidencian los recientes episodios melodramáticos relatados con gran despliegue en la prensa cotidiana nacional.

Se ha revelado, en efecto, la carencia de enlace funcional entre los diversos departamentos estatales.

La Secretaría de Agricultura parece no saber a ciencia cierta si habrá o no escasez de arroz. INESPRES, que está de gresca con Agricultura, sospechando especulaciones y agiotismo, o sabotajes a las leyes agrarias, vacila en si importar o no importar el cereal, y esta vacilación alcanza a qué cantidad debe comprar en el extranjero.

La confusión y el desconcierto no paran ahí. Los consagrados al cultivo y preparación del arroz atribuyen, entre otras causas, el estancamiento en la producción y la merma en las cosechas a los contratiempos que les ha ocasionado el cierre momentáneo de las fuentes de financiamiento.

Estas desorganizaciones internas de las entidades administrativas —Planificación se vacía; desavenencias entre el Secretario de Finanzas y el Encargado de Hoteles; indisciplina en el seno mismo del Instituto Agrario Dominicano— engendran consecuencias que introducen el desbarajuste en todo el sistema económico.

Hasta tanto no se tome la enérgica y resuelta decisión de articular reciamente, de arriba a abajo, la administración pública, estrechando las diversas ramas de los servicios colectivos —desde el vértice del Banco Central hasta el último campesino, atado a la gleba— no habrá posibilidad racional de que salgamos de un circuito estacionario.

Tendremos, gústenos o no nos guste, pésenos o no nos pese, periódicamente, serios problemas entre la oferta y la demanda y se dejará ancho campo, en este mar revuelto, a los inescrupulosos logreros para que medren esquilmando al indefenso consumidor.

Por muy bien intencionado que pueda estar el Primer Magistrado, no podrá lograr que sus excelentes intenciones cuajen en realidades bienhechoras, si no cuenta con un equi-



po de colaboradores que, además de ser capaces y pulcros en el desempeño de sus funciones, no confundan el respeto con el miedo y no crean que ayudan al Presidente de la República en sus rudas tareas cubriéndolo de mieles verbales, de elogios que confinan con la hipérbole adulatoria.

El costo de la vida está alto. Seguirá subiendo mientras no se tomen otras radicales medidas que las de seguir señalando como causa de la espiral inflacionaria la explosión demográfica, el aumento del consumo y el alza de precios de los bienes importados.

Lo que necesitamos es más administración y menos, mucho menos, política.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## DEMOCRACIA

5 de julio de 1972

Señor Director:

A estas alturas de las disquisiciones teóricas sobre la estructura que debe ostentar un régimen auténticamente democrático, a nadie medianamente cultivado se le escapa que no existe tal sistema político allí donde, a las claras o por ocultos y laberínticos caminos, o no se deja prosperar libremente a la oposición o simplemente, de un brutal además, se la anula.

Ya no basta, para presumir de que se vive en el sentido de de una sociedad pluralista, de una sociedad abierta, el pregonar la vigencia de la clásica división de poderes, como tampoco es suficiente, para el mismo fin, exhibir un manojito de periódicos a modo de testimonio de que se ejerce, sin cortapisas, la libertad de pensar y el derecho a difundir lo que se piensa.

Todos estos factores que acabo de enumerar constituyen, lo sabe bien Perogrullo, componentes principalísimos del sistema de gobierno que encontró en el genial Montesquieu su máximo ideólogo, en Jefferson su más ardiente defensor y en Lincoln su afortunado definidor.

Pero esos elementos no agotan ni con mucho todo el rico contenido humano que atesora la democracia, pues importa que se tenga presente que la democracia implica también una peculiar organización social que preserva las prerrogativas inherentes al hombre, por el solo título de ser hombre.

Sin la función correctora, pues, en que se cifra, entre otros objetivos, la misión de los partidos, un gobierno aunque se adorne y ornamente con el lindo apelativo de democrático, se parece a un sistema tiránico, como una gota de agua a otra gota de agua.

La autocracia, al suprimir sin más a todo adversario, tiene por lo menos el mérito singularísimo de la sinceridad. No finge. No trata de venderse por liberal sabiéndose absolutista.

Recuérdese la anécdota de Pisístrato con el sátrapa oriental.

El recién instaurado tiranuelo griego envió a Oriente una comisión con el propósito de inquirir de un veterano déspota qué métodos había empleado para consolidarse en su omnímodo poder por tan largos años.

El Régulo asiático recibió los mensajeros y los condujo a un vasto campo de mies. Donde quiera que sobresalía, garrida y esbelta, una espiga, la mandaba cercenar. Volviéndose luego a los enviados les dijo: "Id y decid a Pisístrato lo que habéis visto".

No son hoy tan drásticos los procedimientos. En nuestros días, el estilo al uso reside en sobornar a los integrantes de un partido para resquebrajar la agrupación en su entraña constitutiva.

Se les abre las puertas de la infidelidad a los principios que sustentaban con el señuelo del prestigio y la pingüe remuneración de una función pública.

O se forjan, pretendidamente a la escondida, grupos políticos, emanaciones y satélites del partido en el poder, pero simuladamente independientes de aquel.

Todo ello en previsión de que, si los partidos reales de oposición se abstienen de acudir a las urnas, haya siempre la posibilidad de ofrecer el espectáculo, para consumo externo, de unos sufragios tan reñidos como francos y libres.

Así se defrauda y afrenta a la democracia. Así también se la desacredita, se la cubre de desdoro, se brinda ocasión a que gentes como Mussolini hagan de ella burla y ludibrio.

Pensando en estas cosas fue que Rafael Justino Castillo, allá por el final del siglo pasado, les decía a los dominicanos. "Señores!, reparen en que el nombre de la cosa no es la cosa".

Con estas observaciones no se está pretendiendo poner una pica en Flandes o haciéndose creer que vengo de descubrir el Mediterráneo.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## AUTONOMIA MUNICIPAL

6 de julio de 1972

Señor Director:

Ha comenzado a soplar una leve corriente de opinión —un vientecillo digamos— que propugna, con más calor que luz, porque los regidores y síndicos de nuestras municipalidades, en vez de ser elegidos por el pueblo, sean designados por el supremo Poder Ejecutivo de la Nación.

La innovación sugerida, arcaica innovación —perdón por la paradoja—, aunque porfiada y tenaz, no tiene, a mi juicio, visos de prosperar.

Pero como vivimos en el país de los milagros al revés —los milagros al revés son los absurdos— conviene ponerle tempestivamente diques al hilillo de agua no resulte que de improviso nos dé el susto de haberse convertido en torrente arrollador.

“Sin instituciones terminales francas, una nación puede darse un gobierno libre, pero no tendrá jamás el espíritu de la libertad. Pasiones pasajeras, intereses momentáneos, el azar de las circunstancias, pueden darle las formas exteriores de la independencia. Pero el depotismo, rechazado hacia el interior del cuerpo social (es decir, hacia los organismos interiores de la Nación) reaparecerá, tarde o temprano, en toda la superficie del país”.

Estas sentencias, hechas de prosa viril y significativas, pertenecen a Alexis D. Tocqueville, aquel francés a quien se le colmó el alma de alegres asombros al contemplar en función la democracia cuando la democracia americana no había sido tocada todavía de expansionismos comerciales y castrenses.

Para que se vea con claridad meridiana la verdad de la afir-

mación de Tocqueville, piénsese en lo que nos está ocurriendo con la libertad de expresión y difusión del pensamiento: franca, en la Capital, y constatemente amenazada de ahogos en las remotas provincias.

La libertad local es el primer sillar del edificio de la libertad nacional. Constituye, además, una escuela activa para el correcto ejercicio de una democracia funcional. En una región breve, pequeña, cada uno sabe dónde le aprieta el zapato al otro y elige, si no ha sucumbido a la venalidad, al ciudadano más idóneo para el desempeño de las funciones públicas municipales.

La preocupación por el progreso de una común es más viva en sus habitantes que en el que pueda venir de fuera seleccionado por un Ejecutivo, que tomará en cuenta ante todo sus propios intereses políticos.

¿Quién pudo haberse enamorado más de Baní que don Fabio Herrera que al bajar al sepulcro dejó a la ciudad del Peravia más bella, más culta y progresista que como él la encontró al nacer?

No hay que olvidar que las comunidades producen sus propios líderes naturales y que un decreto no forma jamás personalidades representativas.

Aparte de las razones teóricas y de las severas lecciones de la historia, que nos convencen de no aceptar ningún tipo de centralización, porque es un insidioso camino abierto hacia el despotismo, hay que indicar también que las razones que se ofrecen para atribuir al Ejecutivo la facultad de nombrar a síndicos y regidores no persuaden.

Se dice que con ello se evitaría el peculado como quiera que los escogidos podrían ser removidos por la máxima autoridad al menor desliz pecaminoso. ¿Quién garantiza eso?

Parecerá mentira, pero lo que hay que reinstaurar, para bien de las provincias, es la autonomía económica de los municipios.

Hay que volver a la Ley No.6139 (Bis), ampliada, en el sentido del bien, por la Ley No.73, del 5 de diciembre de 1963.

En ellas se les otorga a los municipios el 20 o/o de las recaudaciones que ingresen al fisco por concepto de impuestos nacionales producidos en dichos términos municipales.

Así, cada municipio atenderá, en forma prioritaria, a sus propias y más urgentes necesidades y no tendrá, vaya a título de ejemplo, que recibir un bello Palacio Municipal cuando lo que le precisa es un acueducto.

En conclusión, libre elección en los municipios, como garantía del ejercicio de la democracia y autonomía económica para progreso y desarrollo de los sectores internos de la Nación, es lo que el bien del país reclama.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## EZRA POUND

7 de julio de 1972

Señor Director:

El regreso al primer plano de la atención pública del poeta, eximio poeta, Ezra Loomis Pound, como siempre ocurre en circunstancias análogas, ha despertado una bandada de interrogantes, de esas que vienen quebrando cabezas de siglo en siglo sin que lleguen a descifrarse nunca en términos cumplidamente satisfactorios.

La libertad intelectual ¿hasta dónde debe dilatarse, extenderse? Puesto que el mundo sería un caos y la convivencia imposible si existiese, en cualquier orden, la libertad absoluta, ilimitada ¿quién, sin perjudicar el espíritu de investigación, es el que está autorizado a poner fronteras al ejercicio del libre arbitrio y del libre juego de la imaginación?

¿Es la ley natural? ¿Qué institución puede sentirse legítimamente acreditada para determinar y reducir a códigos los preceptos de largo carácter genérico que se compendian y se cifran en la ley que brota de la misma conciencia humana?

Al paso nos viene el “Pacto Social” y nos dirá que los hombres, por conveniencia, nos hemos concertado en el propósito de renunciar a cierta porción de nuestro omnímodo querer, para que este querer, aceptando cortapisas, pueda conjugarse armoniosamente con todos los demás querer. De ahí brota, como de raíz, la vocación a la tolerancia, el germen de donde surgen esas dos flores gemelas, el pluralismo y el derecho a disentir, y del injerto de entrambas, la dicha de la paz.

Pero ocurre que la verdad —que es el objeto específico de la inteligencia— es inagotable en su riqueza. Ninguna verdad,

ni la filosófica, ni la social, ni la poética —porque hay una verdad poética— puede constituirse en patrimonio de un hombre, de una clase, de una ideología, de un régimen. Siempre andaremos hurgando en ella, como el midero en la tierra, como el buceador en el fondo marino o como quien le busca al diamante inéditos brillos.

En un pleno sentido relativo —en relación con cada inteligencia— la verdad es dinámica, nunca se quita el último velo para exhibirse desnuda, como la Venus de Boticelli al salir de las hirvientes espumas.

Nadie sintió tan hondamente este anhelo incoercible, impetuoso de la búsqueda, como Ezra Pound. No quería sentirse atado, al buscarle nuevos rostros a la belleza, a los logros ya alcanzados.

Así se lo expresó en un poema a Walt Whitman con quien finge haber sellado un pacto —I make a pact with you, Walt Whitman—; le reconoce haber sido el pionero al haber quebrado la madera nueva —It was you that broke the new wood— pero le advierte que ha llegado el tiempo para otros de modelar, en formas inesperadas, de rebruñir y pulir la madera recién tallada —Now is time for carving—.

Cabe seguirse preguntando: aparte de las declaraciones que él mismo haya hecho, ¿le pasaría algo igual que en el terreno artístico en el campo de la política, en el dominio de lo social? ¿Cómo un poeta —todo poeta es un humanista— se acoge a un régimen que abjura de los valores humanos y proclama la violencia como esencia de su doctrina y el vivir en peligro como consustancial a la condición humana?

En primer término, no olvidemos que el vate nortamericano no es el primero que abandona los Estados Unidos para ir a refugiarse bajo el cielo luminoso de Italia. Ahí está Santayana que le vuelve las espaldas a Harvard y se refugia en los jardines de un Convento, sobre la cumbre del Gianicolo, entregándose a buscarle armonía a los cuatro Evangelios después de haber tratado de descubrir los secretos del último de los puritanos.

Avívese la memoria y téngase presente que el estadounidense Berenson, siendo conspicuo judío, se va a vivir a Settignano, en el valle de la Toscana, imperando ya Mussolini, para alumbrar la obra maestra de crítica más excelsa del principio



de siglo: aquella en que expone su famosa teoría táctil de los pintores italianos del Renacimiento.

De todos modos, no es difícil desconocer que algo de dislocado hay en el triste episodio de Ezra Pound.

Pero acaso también existan para su cambio de clima intelectual razones muy poderosas y bien comprensibles.

¿Dónde Ezra podía sentir más presión sobre su alma delicada: en una atmósfera cargada de plúmbeo materialismo o en una Italia donde aun bajo el régimen del Duce —más dictablanda que dictadura, comparado con el de Hitler o el de Trujillo— se respiraban todavía los atrevimientos del himno a “Satanás” de Carducci y la fragancia pagana de los versos onomatopéyicos de D’Annunzio que lo mismo se vestía con el sayal de un monje que tomaba un fusil camino de Trieste o se abandonaba a los más disolutos delirios eróticos?

No se juzga a un hombre sino en el contexto de sus contingencias. Y todavía no se han estudiado bien las circunstancias que rodearon a Ezra. Y esto se dice, no para indultarlo de su inverosímil antisemismo, sino para explicárnoslo aunque su actitud persista en sernos inexplicable.

Sea lo que sea, a este triste hecho debemos haber vuelto a repensar temas como la libertad intelectual, la responsabilidad de los intelectuales en los varios sesgos de la historia y la imperiosa necesidad en que se está, hoy más que nunca, de encontrarle normas lógicas, lógicas y humanas, a quienes se consagran al oficio de pensar o al arte de sentir y de expresar con gracia sugestiva lo que se siente.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## LIBERTAD DE EXPRESION

10 de julio de 1972

Señor Director:

No le va a resultar difícil encontrar quien lo acompañe en la defensa, a pie y a caballo, de la libertad de expresión en cada paño de tierra de la República.

Suponiendo que la ciudad de Santo Domingo cuente con setecientas mil almas, más de las tres cuartas partes de la población nacional habita, vive, trabaja, sufre y muere en el resto del país.

La producción agropecuaria y los complejos y delicados problemas, así económicos como sociales, que le sirven de obligado cortejo —sobre todo ahora con las leyes agrarias— es, en zonas rurales, alejadas del centro, donde se desarrollan y cobran cuerpo.

Esto quiere decir dos cosas. Es la primera, que si hay libertad de prensa en la capital y fuera no la hay, más de la mitad de la Nación está huérfana de protección en cuanto a decir e informar de lo que es víctima o de la justicia a que aspira se le administre.

Las premisas antes establecidas significan, en segundo término, si levantamos un poco la mira, que si únicamente quienes manejan la pluma aquí disfrutaban del derecho a manifestar sus criterios y a externar sus reparos, las autoridades públicas no estiman el ejercicio de las prerrogativas fundamentales de la persona como inherente a cada hombre, sino como un privilegio que otorga a su talante, a éste o a aquél, según su mejor conveniencia o interés político.

Pero no es esta la única quiebra que entre nosotros aqueja a la facultad de hablar o escribir sin cortapisas, en el contexto

de las leyes, claro está.

Frente a la sistemática actitud de helado menosprecio que asumen los poderes superiores ante la opinión pública canalizada por los órganos de comunicación colectiva, ¿qué positivos provechos deriva, en realidad, la comunidad del uso del humano atributo de exponer, libremente, sus puntos de vista, de enjuiciar, de disentir o de hacer saber el credo político que se profesa?

De poco sirve, en el seno de ese estado de cosas el perorar o gastar prosa. Es, tal vez, una saludable válvula de escape para no estallar, pero nada más.

De esta forma despectiva de tratar, o mejor, de maltratar a la prensa, radiada o escrita, —el desdén es una manera de maltrato— viene surgiendo una literatura política que se caracteriza, en los círculos oficiales, no sólo por institucionalizar el diálogo entre sordos, no sólo por ofender a la estética y al buen gusto, no sólo por escarnecer inclusive a la gramática, sino también por negar verdades de a puño, de las magnitudes de una Catedral, con el frío desenfado, con la negligente desenvoltura que el diccionario pone a cargo del vocablo cinismo.

Elabore mentalmente el lector esta última reflexión, evoque episodios concretos, que de seguro los tendrá a flor de memoria, y comprobará de que suerte contribuye a estragar el sentido de la responsabilidad este nuevo y desmoralizante estilo de vivir la vida pública.

Participar en la dirección de la gestión gubernativa en el país, lo que se dice participar, tomando este verbo como sinónimo de la democrática expresión de “Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”, eso, eso no se da aquí por simulacro.

La “ataraxia”, ese estado de insensibilidad que los estoicos estimaban necesario para alcanzar el dominio de las pasiones, no es, en modo alguno, la virtud adecuada para regir a sociedades en que el pueblo es el máximo depositario de la soberanía.

“Hacer pública la vida pública”, decía recientemente el mexicano Daniel Cossío Villegas, establecer diáfana comunicación con el pueblo, es uno de los pocos remedios que todavía nos queda para sanar la democracia enferma, que por estar

enferma, va perdiendo su poder de magnetismo y de fascinación como estilo de convivir comunitario.

Se nos recrimina a veces a los que usamos como arma la pluma —como arma defensiva— el que creamos tener en el “carnet” de periodista una patente de corso, una especie de fuero juzgo, análogo a aquel con el cual soñaba el hidalgo castizo en el siglo XVI y que aspiraba a que estuviese redactado en estos cómodos términos: “Este español tiene facultad para hacer, donde quiera y como quiera, lo que se le da gana”.

Indudablemente, hay servidores de la prensa que pertenecen a esa estirpe. Se creen que por ser periodistas están autorizados a ser arrogantes, insolentes y con derecho a todo menos a guardar el derecho.

Pero son las leyes y los tribunales los que deben diagnosticar, juzgar y dictaminar quién es así y quién no lo es. No es este atributo de la Policía.

Pero téngase también en cuenta que el desprecio sistemático exasperaría aún al periodista que se hubiera dispuesto a reditar el paciente ejemplo de Job.

Y, por eso mismo, cansados de guardar las formas y de autocensurarse, se ven forzados, en ocasiones, a abandonar la cortés forma abstracta, como si no se dirigieran a nadie, como cuando La Bruyere, en “Los Caracteres”, sin señalar personas, pinta la estructura social de Francia, como Samaniego, que hace fábulas para que se busque el personaje, y descienden así a lo concreto, estampando nombres y apellidos, funciones, hechos y dichos.

Esas indiferencias de arriba, provocan estas violencias verbales de abajo.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## GRACIAS, PULITZER

12 julio de 1972

Señor Director:

Clarificar conceptos, darle a las ideas, como quería Descartes, contornos limpios y transparentes, puesto que son las ideas las que sirven de guía al comportamiento, es contribuir a encontrar normas comunes de acción que fundamenten el concierto y la armonía social.

Si alguien piensa, vaya a título de ejemplo, que la misión de un periódico se agota con simplemente informar y otros, en sentido opuesto, sustentan que la prensa, la escrita y la radial, se extienden en sus tareas a lograr objetivos más vastos, se hará bien en cotejar pareceres a fin de que los lectores no le pidan a los diarios más de lo que los diarios deben dar.

Lo que está en juego, en este punto particular, a todas luces está revestido de máxima trascendencia para la convivencia ciudadana. En esto, creo, ninguna ponderación puede calificarse de excesiva.

Para quien esto escribe —hasta que no se me cambie, con persuasivas razones, mi modo de pensar— el uso de la libertad de expresión, cuyo más alto exponente está en la prensa, no finaliza ni se apura con poner en autos a la comunidad de lo que está pasando o amenace con pasar.

A mi juicio, además de su carácter informativo, tiene el periódico una sagrada misión formativa y es, y debe ser, un órgano insobornable al servicio de la colectividad a la cual debe defender cuando gobiernos o entidades particulares actúen a las claras contra el bienestar general.

Es, precisamente, al través de los órganos de comunicación social el que la “opinión” se hace verdaderamente “pública”.

Y esta opinión —que a veces el periódico recoge y otras concurre a modelar y formar— se declara y manifiesta, en términos de criterios, en la página editorial o aparece en comentarios que, en última instancia, no son más que subrayados a lo que suele denominarse “trascendencia de la noticia”.

En cuanto a qué es la opinión pública, se me va a permitir la licencia de hacer mía, porque la encuentro exacta y buena, la definición que de ella dio Pío XII, el 19 de febrero de 1950, al Congreso Internacional de Prensa:

“Es —dijo— el patrimonio de toda sociedad normal, compuesta de hombres que, conscientes de su conducta personal y de su deber social, están íntimamente ligados con la comunidad de que forman parte. Ella es en todas las latitudes, en fin de cuentas, el eco natural, la resonancia unánime, más o menos espontánea, de los sucesos y de la situación actual en sus espíritus y en sus juicios”.

Deduzco de aquí, hilando, hilando, que allí donde impere un régimen que sistemáticamente, metódicamente, por postura deliberadamente asumida, se muestre indiferente, despreciativo, olímpicamente desdeñoso del consensus público, puesto a luz en los vehículos de manifestaciones colectivas, la libertad de expresión no logra su finalidad, se vuelve inoperante, es prácticamente inexistente.

Cuando la prensa ejerce estas inexcusables funciones no le está, de cierto, arrebatando al Oráculo de Delfos sus falsos atributos ni quiere convertir la poética de Bert Brecht en norma de engreídos periodistas. Tampoco se está constituyendo en un gobierno para gobernar al gobierno. Simplemente, pone en práctica uno de los rasgos que definen a la democracia según el famoso discurso de Gettysburg: asume la voz del pueblo.

De este modo, gobierno y opinión pública, presentada esta en la prensa, deberían ser dos partes de un mismo diálogo.

Si la opinión pública, reflejada en los rotativos, no es infalible ni impecable, tampoco lo son los gobernantes. Razón de más para que se aproveche el diálogo como sumando a fin de llegar a conclusiones lo más próximas posible a la verdad.

¿Puede esto lograrse cuando un régimen se declara con los hechos sordo de ambos oídos? La prensa, en esta su

específica misión ¿alcanza, por ventura, su objetivo; justifica su razón de ser?

Todo cuando llevo dicho explica por qué José Pulitzer escribió en su testamento, en 1914, unas preciosas cláusulas que a la vez que definen la misión de un periódico, realzan su nobilísima jerarquía moral.

Voy a terminar trasladando sus palabras, por dos razones. Primero, porque espero que nadie lo califique de ignorante. Y, segundo, porque, a decir verdad, me da mucho gusto tenerlo como padrino.

Dicen así las palabras de ese valioso legado doctrinal:

“El periódico debe ser una institución que luche siempre por el progreso y la reforma: que nunca tolere la injusticia o corrupción; que combata siempre a los demagogos de todos los partidos; que no pertenezca a ninguno, opuesto siempre a los privilegios de clase y a los explotadores del público, con simpatía siempre para los pobres, siempre dedicado al bien general, no satisfecho nunca con la simple impresión de noticias, siempre enérgicamente independiente, nunca temeroso de atacar la sinrazón de la pobreza rapaz y de la aristocracia depredadora”.

Gracias, Pulitzer: Tu Duca, Tu Maestro, Tu Signore.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## REFLEXIONES ECONOMICAS

20 de julio de 1972

Señor Director:

Conforme usted atinadamente escribe en su Editorial de hoy, un signo inequívoco del avance de la conciencia social y de la creciente madurez cívica en nuestro país, se evidencia en la constante preocupación que a todos nos posee porque el sistema económico dominicano se oriente en el sentido de que procure una mayor suma de bienes al mayor número posible de ciudadanos.

De ahí que, entre otros debates de interés general, se haya insistido hasta la saturación y la hipérbole en analizar el destino que deba asignársele, sobre todo, a los recursos que la Nación ha puesto en manos del sector público.

En esta línea de reflexión, infortunadamente, según es de común conocimiento, los pareceres andan todavía bruscamente contrapuestos. La contradicción persiste y los bandos, unos arriba y otros abajo, tirando cada cual para su parte, emulando al molinero del refrán que quería, golosamente egoísta, llevar todas las aguas a su propio molino, no se ha llegado ni siquiera a lo que podríamos llamar un acuerdo de compromiso.

En el espectro, diametralmente opuestos, unos se sitúan en el ángulo en que se recogen los que patrocinan la colocación de los ahorros oficiales en obras públicas, no remunerativas, al paso que los de la acera de enfrente, se agrupan bajo la consigna de que las necesidades más intensamente sentidas se satisfagan por orden de estrictas prioridades.

A la verdad, los que militan a la sombra de la bandera de las inversiones denominadas, por el lujo que implican, suntuosa-



rias, no siempre aciertan a emplear argumentos apodícticos y convincentes.

Entre estos argumentos hay uno —que es al que hoy quiero considerar— que pertenece a la naturaleza de esos que los Manuales de Economía califican de “exógenos”, es decir, que no es, si se afinan los conceptos, de índole realmente económica, sino que es ajeno en todo a la economía como ciencia.

Se dice y se redice que ciertas de esas inversiones constituyen capital asignado para el mantenimiento del sosiego público. Son inversiones para la paz. En términos de pintoresquismo criollo, de política tropical, se expresa que esos dineros están destinados a “dar de comer a la boa” a la cual, si se le deja hambrienta, acabaría por alimentarse de nosotros.

Ahora bien, sólo en el seno de la paz es posible el desarrollo. Por donde se concluye que apaciguar a los levantiscos y revoltosos —esos son las boas— con los pesos de las arcas fiscales constituye la “infraestructura humana”, indispensable para el progreso económico y social de la colectividad dominicana.

Sinceramente, y sin ánimo de molestar a nadie y sin deseo de favorecer a nadie por espíritu de partido, el razonamiento no me persuade.

Creo todo lo contrario. Esas erogaciones, en vez de procurar la estabilidad de las instituciones y de consolidar el orden establecido, conducen precisamente a una finalidad opuesta, pues solivianta las voluntades, despierta airados brotes emocionales ya que la mayoría se siente injustamente tratada por el favoritismo discriminatorio y el insulto de los hirientes privilegios sin causa.

Se aplaca, de este modo, a unos pocos, y se acalora e impacienta a unos muchos que se ven frustrados y que contemplan preteridos sus derechos.

Inclusive, no sería aventurado el afirmar que se desmoraliza a los pacíficos, a los naturalmente amantes del orden, porque descubren en la postura de los rebeldes o de los que amenazan con la sedición, un medio para enriquecerse, al mayor breve plazo con el menor trabajo posible. Es decir, una forma de acostarse pobres y amanecer opulentos.

Cuando se señala en el Presupuesto Nacional que a una sola persona, por sí y como representante de unas compañías

creadas ad-hoc, se le asignan alrededor de cincuenta mil pesos mensuales para emplear en obras de embellecimiento, en obras de efímero relumbrón, ya es difícil aceptar que esa inversión concorra a afianzar la paz, que es bien para todos, y que no es más bien, estéril dispendio para inmerecido engorde de uno.

Es bien obvio que las leyes de rentabilidad no presiden este tipo de inversiones y se da la sensación de que, al menos en este aspecto, no es la economía la que está en el poder, sino la política, y una de esas políticas que suelen bautizarse con el justo nombre de "política de campanario" que no sigue el paso de los tiempos y que no presta atención a los gritos de la historia contemporánea.

Habría que seguir ahondando en este tema, porque es muy importante para el bienestar colectivo, en próximas oportunidades.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## PUERTO PLATA

24 de julio de 1972

Señor Director:

Desde el vértice de cualquiera de las colinas que se sobrepone a San Marcos, Puerto Plata brinda a la consideración los bien fundados motivos en que descansa la espléndida esperanza de su rico futuro.

Un panorama en que se asocian, el mar —ruta de exportaciones y puertos del turismo—, la montaña y el llano, llano en que la geometría ingenua de los sembrados y el bucólico movimiento de la vacada forman segura promesa de carne, de productos lácteos, de cañas y de frutos para el logro de una relativa autarquía de abastecimiento zonal.

Es decir, la gente que piensa y suda a los pies de Isabel Torres ha comenzado por poner en práctica la diversificación, no por colocar todos los huevos en una sola canasta, por establecerse firmemente en diferentes sectores de los renglones de la producción.

Es, además, la tierra de Luperón, en un país que ha sido bautizado como un archipiélago de pueblos, un acabado ejemplo de integración interna, regional, que es, conforme se sabe, esencial factor previo a toda otra integración que nos lance al través del océano.

Así, el capital de Santiago, desplazándose, ha encontrado en los altozanos, en los cerros y en las playas que se dilatan hasta Sosúa, un sitio prometedor para fértiles inversiones, mientras los mocanos se asoman al mar, levantando cómodas viviendas veraniegas en las orillas de Cabarete.

Sería un error grueso, un error de juicio pensar que el paisaje puertoplataño es simplemente decorativo, pura escenogra-

fía para deleite de la mirada; es la exteriorización, si queremos seguir la teoría de Taine, de un espíritu colectivo que hay que promover y acrecentar. Su vida comunal rebasa lo local y se proyecta más allá de los horizontes.

De esta manera se explica que sin desatender el cultivo de la tierra y de todo lo que a ella está vinculado ya, el temperamento empresarial que anima a las gentes de aquella región se disponga a explotar el filón fecundo que es el turismo internacional.

El sector oficial va cumpliendo su cometido con relevantes obras de infraestructura. Mucho se ha invertido allí y sólo falta apretar las llaves para que ni un ápice de los recursos destinados a la promoción del desarrollo gotee fuera del cauce debido.

Otra cosa a la cual se hace preciso poner firme y vigilante cuidado es que el tesoro de las hechizantes bellezas naturales de esa comunidad no vaya a servir de fácil y opíparo comedero a las aves de rapiña extranjeras.

Es ya un tópico, un muy frotado lugar común que la debilidad de la economía interna de los países retrasados les impide la acumulación de capitales para fines de valorizar sus riquezas y que ello obliga a buscar y a aceptar financiamientos foráneos, así como las nuevas técnicas que aceleren el ritmo del proceso del desenvolvimiento económico y social. Pero esto no quiere decir que esos inversores vengan en imperial plan de amos.

Los dominicanos —que van a reinvertir aquí lo que adquieran— no deben ser perjudicados para engrosar los ya pingües y lujosos beneficios de los extraños.

Si las leyes deben limitar la ambición desmedida de los nativos —ambiciones que a veces por el alza exagerada de los precios ahuyentan a los inversores— y si deben las normas legales evitar los desatinos que podrían provenir del desmembramiento de los predios que no faciliten la edificación en grande, no es ello razón legítima para que se opere un enriquecimiento injusto en favor del Estado o se coarte el principio de libre empresa o para que se tome de consejeros a los interesados foráneos. Tal cosa equivaldría a dejar a la Iglesia en manos de Lutero, a que ellos se sirvan, como en un festín gratuito, con la cuchara grande.

Adela —por ejemplo— si quiere acudir con capitales complementarios a aumentar la cadencia del desarrollo nacional debe tener presente lo que le expuso Felipe Herrera, entonces Presidente del BID, en la reunión celebrada en París, el 10 de enero de 1964, para celebrar su constitución como sociedad privada multinacional consagrada al desarrollo: garantías, sí. Apoderamiento total, no. Ganancias y beneficios, claro. Estrangulamiento por explotación, no.

El Gobierno cuenta con recursos legales que obligan a los extranjeros a que la compra de bienes inmuebles a que aspiran no se verifique sin previa autorización del Poder Ejecutivo.

Esta ley le permite al Estado regular y vigilar las compras y las ventas a extraños en el sector de Puerto Plata evitando todo tipo de abuso que pueda lesionar el bien común patrio.

Por su parte, los afortunados de aquella ciudad, que tan fuertemente están unidos en vida comunitaria, no deben detenerse en sus aspiraciones a lograr un puro crecimiento económico: deben estimular también en sí mismos el sentimiento y la conciencia de sus responsabilidades sociales.

Que los beneficios que recibe la región lleguen a todas las capas sociales, alcancen hasta el peón campesino. Que se dilate hasta los muchachos que alquilan y guían las barcas en la laguna de Gri-Gri. Que no descuenten de entre sus anhelos progresistas elevar el nivel de vida de los menos dichosos, para que éstos no miren con ojos de resentidos y de frustrados el goce de los que se deleitan, bienhallados, en los hoteles y las boites de lujo.

Ello sería, no cabe duda, garantía de la paz colectiva.

De la paz a que son acreedores, por sus eximias virtudes y su infatigable laboriosidad, los irreprochables ciudadanos de aquella zona, que por el hecho mismo de sus relevantes merecimientos son orgullo de este país.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## REFLEXIONES

27 de julio de 1972

Señor Director:

Justo es que no nos dejemos arrebatarse tontamente méritos y legítimo es, asimismo, que no permitamos que se den por no alcanzados objetivos ya plenamente realizados.

Si el sector agropecuario aportó al producto nacional bruto un 40 o/o, ejercemos un innegable derecho al enmendarle la plana al BID que asignaba al campo un 15.5 o/o y a la pecuaria, únicamente, un 8,1, durante el período que se abre en 1968 y se cierra en 1970.

Estos análisis y estas veladas censuras que provienen de respetables organismos internacionales, sin embargo, por varias y muy ponderables razones, nos rinden muy positivos servicios.

En primer término, nos ponen sobre aviso en el sentido de indicarnos que tienen la mirada fija sobre nosotros y que, en orden a concesión de créditos, no se fían de la estrategia publicitaria interna.

Ahora que disfrutamos de la honra de contar entre nuestros prestigiosos y útiles visitantes al señor Alejandro Kafka, economista de incuestionables y vastos saberes, deberíamos preguntarle si es o no es cierto que a McNamara, una de las cosas que más le preocupa al disponerse a acordar recursos para financiar obras en los países llamados del "Tercer Mundo" no es, qué destino le han dado esos países a sus ahorros propios.

Otro beneficio que se deriva de las puntualizaciones foráneas reside en que persisten en llamarnos la atención, enérgicamente, de que lo nuestro está, primordialmente, en el campo, en acelerar el ritmo de la tasa de producción y de la pro-

ductividad.

Y en este sentido constituiría obstinado error el creer que hacemos todo lo que, sin mayores fastigas, podemos realmente hacer.

¿Es concebible acaso que en un pueblo que tiene bajo cultivo 35,000,000 de tareas sólo dos millones estén debidamente fertilizadas? ¿Es por ventura admisible que a estas alturas de los tiempos se prosiga aún importando leche en polvo para suministrarle insumos a las dos fábricas procesadoras de productos lácteos?

¿Es aceptable, como hace unos años señaló el doctor Milton Messina, que en la misma extensión de tierra se recoja triple cantidad de cacao, en las Islas Vírgenes, en relación con la que se cosecha entre nosotros?

Por mi parte creo que está en lo firme el economista dominicano Luis Vidal quien recientemente expresó su extrañeza de que estemos aún importando cocoa y confitería elaboradas con cacao y azúcar, teniendo nosotros abundancia de dulces y siendo dueños del mejor cacao del mundo.

Es de igual modo digno de ser señalado que nadie le va a regatear la adhesión a Rafael Herrera cuando manifestaba que es improrrogable que la “extensión agrícola” sea más progresivamente dilatada y que esa labor sea, en realidad, más positiva y más eficaz.

Buena parte de este retraso es clara consecuencia de condiciones institucionales enlazadas con la explotación de la tierra y con todo a lo que a esa explotación está obligadamente unida.

Obviamente vinculado al estancamiento o al paso lento del progreso —¿quién no lo sabe en este país?— está también la inestabilidad de los precios de los productos agrícolas, sobre todo, de los que son frutos de la labor de los campesinos de modestos recursos, que no gozan del amparo de eficaces mecanismos de protección, dirigidos por ciudadanos que el propio Señor Presidente de la República no ha dudado en calificar “de ineptos”, porque permiten la vigencia de una injusta comercialización que ahoga el entusiasmo del labriego y engorda, a más y mejor, a los desaprensivos sectores intermedios.

No hay dudas, repito, de que las observaciones de afuera

son saludables. Son estimulantes, amonestadoras.

Pero lo que interesa es que rectifiquemos donde haya que rectificar y redoblemos los bríos allí donde el acierto despunta. Dígalo quien lo diga, criollo o extraño.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## LUZ, MAS LUZ

31 de julio de 1972

Señor Director:

Aun a riesgo de que se dé por sentado —nunca faltan malignos espíritus— que alienta en quien esto escribe más la afición desmedida a la crítica severa que la inclinación al ejercicio de la justicia que reconoce logros ostensibles, permítame acentuar hoy, reiterándome, la necesidad en que nos encontramos, evidenciada por la molesta experiencia cotidiana, de urgir por una mayor producción de energía eléctrica.

De persistir la situación actual en que, con los “apagones”, dividimos nuestra vida entre las sombras y las efímeras luces, no sólo se va a transformar en insufrible la existencia hogareña, con su forzada consecuencia de pérdida, por estrago de los utensilios electro-domésticos, sino que va, también, a afectar, seriamente, el ritmo de la industria nacional, sin dejar de contar los perjuicios que se acarrearán invariablemente afines, plantas televisoras y todo tipo de comercio como restaurantes y demás sitios de sanos esparcimientos y recreos.

De ordinario, en los arrebatos emotivos, solemos hacer gravitar a plomo la responsabilidad de los contratiempos que nos ocasionan los súbitos oscurecimientos a los directivos de la Corporación Dominicana de Electricidad.

Incurrimos con tales recriminaciones en graves injusticias. No debe recaer sobre ellos la culpabilidad de que a estas alturas, en vista del crecimiento vertiginoso del consumo, no se hayan realizado ya las gestiones pertinentes para disponer de una nueva planta que alivie las presentes angustias y nos redima de antemano de muy ruinosos daños.

Es de sobra sabido que la Presa de Tavera, aunque cuando

esté en pleno funcionamiento, sólo suplirá fluido para las llamadas "horas pico", su potencialidad será, infortunadamente, bien escasa y bien medida. De esto hay conciencia y seguridad técnica.

No hay quien no esté enterado, por otra parte, que los organismos internacionales de financiamiento como el BID y el EXIMBANK, para inversiones de esta naturaleza, muy complacidos, tienen sus puertas abiertas de par en par. Nuestra capacidad de endeudamiento en este plano disfruta todavía de márgenes muy amplios.

No se requieren, por otro lado, para el logro del sustancial objetivo indicado, serias y temibles erogaciones de preinversión.

Los estudios y la programación ya están hechos y cuajados. Únicamente nos falta galvanizar los propósitos y resolernos a encaminar los pasos en la correcta dirección.

Disfrutamos, por dicha, de peritos idóneos en este campo y de una firme y consolidada experiencia. Los créditos que eventualmente se nos otorguen serán préstamos, a todas luces reproductivos y que, por su carácter esencialmente prioritario, justifican la utilización de los recursos de los bancos de capital extranjero.

Ojalá la mirada de las autoridades públicas se vuelvan hacia este problema, problema que con el paso de los días y las noches se tornará más grave y si persiste en ser desatendido no hay que estar dotado de aliento profético para presagiar que podría concluir en un colapso económico y en la creación de estados de ánimos irracionales que hagan peligrar la convivencia pacífica y civilizada.

Luz, más luz, decía Goethe al exhalar el último anhelante suspiro.

Nosotros los dominicanos lanzamos el mismo grito, pero para poder seguir viviendo como Dios manda.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## McGOVERN Y LA PSIQUIATRIA

3 de agosto de 1972

En un breve artículo que destila sutil buenhumor y que chispea gracia fina, Alvaro Arvelo hijo nos llama a reflexionar sobre el episodio —digno de figurar en un florilegio de anécdotas— del senador Eagleton, que se ve constreñido a renunciar a la candidatura a la Vicepresidencia a causa de haber frecuentado psiquiatras.

El caso en realidad despierta la curiosidad. El hecho, si se va con el análisis hasta sus raíces, bien pudiera traducir la existencia de una doble conciencia en la colectividad norteamericana.

Como muy bien apunta Arvelo, las estadísticas revelan que en los Estados Unidos uno de cada diez solicita los servicios de los médicos de la mente. A tal grado esto es cierto que hubo una época —hará ocho años— que entre los “best-seller”, los libros destinados a procurar la “peace of soul”, el sosiego del ánimo, la tranquilidad de espíritu, figuraba en la primera línea.

Sin embargo, el pueblo norteamericano no quiere en la Casa Blanca a los sospechables de trastornos concienciales. De la misma manera que, estando el divorcio considerado por ellos como una conquista más de la libertad personal, no aceptan en la Presidencia de la República a quien haya quebrantado su primer vínculo matrimonial.

¿Relajamiento en lo privado y puritanismo, el de los viajeros del May-flower, para la vida pública? ¿O más bien convicción íntima de que a la nación hay que resguardarla con seguridades que cubran todo riesgo, incluyendo el riesgo del afea-

miento de su imagen moral?

Estoy casi persuadido de que si un avisado psiquiatra co- teja las actitudes y los cambios en sus trayectorias biográficas entre McGovern y Eagleton encontraría más rasgos anormales en el primero que en el segundo.

Todo en McGovern va a contrapelo de lo que en los Esta- dos Unidos es apreciado como expresión del sentido común. Cuando se dispuso a organizar el Partido Demócrata en Dako- ta del Sur —donde era un sonrojo ser demócrata— según su propia confesión, todo el mundo lo creyó un loco: “Almost everybody thought I was crazy”.

Pasó, bruscamente, de predicador metodista a lanzador de bombas desde los aviones en la última Guerra Mundial y, desde esta bélica actividad, pasó a sosegado profesor de historia en la Universidad de Wesleyan.

Estas bruscas y rápidas mudanzas de un extremo a otro ¿no revelan una personalidad sin leyes constantes y en perpe- tua y cambiante ebullición? ¿Poner en manos de un ciuda- dano de estas condiciones la bomba de hidrógeno no entraña un eventual peligro, un peligro enorme para la humanidad?

No obstante, McGovern resulta ser a los ojos del Partido Demócrata una pieza de triunfo para las próximas elecciones en los Estados Unidos.

Y lo asombroso es que en el curso de su campaña para la nominación no ha dejado de seguir desafiando porfiadamente al buen sentido.

¿No parece demencial el que afirme que le pondrá freno y coto a los poderosos conglomerados económicos en sus inver- siones en la América Latina, porque dice, y dice bien, que lo que es bueno para la ITT o la United Fruit puede no ser bue- no para los Estados Unidos?

Por más que sus jóvenes economistas Edwin Kunt, del MIT, experto en finanzas públicas, Robert Eisner, perito en negocios, Lester Thurow, enemigo de la acumulación de la riqueza en pocas manos, hayan demostrado que las reformas económicas y sociales preopuestas por McGovern que harían subir el per cápita de cada ciudadano, de tres mil quinientos al año a doce mil, se basan en números, y digan de dónde van a sacar ese aumento ¿no es locura retar a Wall Street y a las cuatro grandes compañías norteamericanas que son las que

proveen los grandes recursos para alcanzar el poder y sin cuyo apoyo financiero, unido al de los sindicatos, se va directamente a la derrota?

En vista de esta marcha a contracorriente cualquiera diría que este hombre no quiere ser Presidente de los Estados Unidos. Y aquí está la otra paradoja: con todo, el Partido Demócrata, que aspira al poder, lo escoge como su candidato.

Lo que ocurre es que nadie sabe dónde termina la línea fronteriza entre el héroe y el temerario, entre el genio y el loco. Como decía Felipe Sassone, pocos atinan a determinar cuándo la dolencia del alienado es una enfermedad preciosa, como la perla en la ostra, o una enfermedad dolorosa, como la espina en la flor.

Un hombre público puede caer en lo que los psiquiatras dominan "frenastenia cesárea". Esta "frenastenia" no es advertible porque es disimulable. Sería el caso de Nerón que padecía de locura estética, que después de haber hecho asesinar a su madre, al levantar el paño que cubría su cadáver, exclamó: "Yo te hubiera respetado como artista si te hubiera sabido tan hermosa" y cuyas últimas palabras al morir fueron éstas: ¡"Que gran cantor pierde el mundo"!

Tal es también la historia de Calígula, manso y tranquilo, antes de coger el poder, inhumano y cruel con el poder en las manos.

Pero no siempre una anomalía de carácter suprime las aptitudes, las condiciones para ser un estadista genial. Ejemplo de esta verdad puede ofrecer la vida de Abraham Lincoln, enérgico liberador de los esclavos y de los negros, quien, según el doctor A. Vallejo Nágera, afamado psiquiatra, en su amenísimo libro "Locos Egregios", dice que era un ciclotímico, amargado frecuentemente por depresiones y abatimientos, la misma enfermedad que ahora se dice afecta al senador Eagleton.

En fin, que si uno no quiere perder los estribos lo más ecuánime parece que es juzgar a los hombres no por si visitan o no a los psiquiatras, a los cuales se puede a veces acudir para aliviar un simple surmenage, sino por sus hechos, y ponderando la justeza y la justicia de sus ideas teniendo como marco el aquí y ahora, el hic et nunc, porque siempre aparecería como loco el que se opone a las ideas recibidas, a las costum-

bres convencionales, al statu quo, a la inamovilidad, a lo reaccionario.

Dicho en otros giros, que juzgar a los hombres por el carabón de lo normal y conservador, le cortarían las alas a la imaginación creadora, enfriaría el afán de progreso, anularía en raíces el espíritu revolucionario y enervaría los bríos a quienes sienten la necesidad de cambios reclamados por esta época de transición.

Lo que siembre hoy McGovern, el insensato, tal vez no florezca de inmediato. Pero florecerá mañana. Como lo que se sembró bajo el absolutismo de Luis XIV, estalló en frutos en la Revolución Francesa.

También los cambios tienen sus estaciones.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¡CUIDADO, LA INFLACION ES FUEGO!

5 de agosto de 1972

Señor Director:

La escasez de la carne de res, el denunciado problema con la de pollo, el alza en el precio de los productos lácteos, el cierre de casas de huéspedes por insostenibles, todos estos síntomas, y algunos más severos aún, testimonian que la inflación ha dejado de ser disimulada, latente, para presentarse en formas que si se la deja seguir su camino, se aproximará al despeñadero.

Cuando las amas de casas denuncian la situación, entre la congoja y el apuro, no están haciendo retórica de mañosas ni tratan de dar pie, convertidas en políticas revoltosas, a censuras contra el régimen: es que sienten la presión sobre sus presupuestos familiares que con el pasar de cada día van mermandose, como el hielo con el calor, en su poder adquisitivo.

Al querer procurar remedios que saneen la ocurrencia provocada por la estrechez de la oferta y la abundancia en la demanda, podríamos dar palos de ciegos si no fijamos la fuente misma de donde brota el mal.

Podría ocurrirnos lo que al odontólogo que guiándose únicamente por los dolores reflejos extrae la pieza buena y deja la enferma. Es de muy dudosa exactitud la proclamada tesis que sostiene que la desarmonía en los niveles de la compra y la venta provenga o del aumento de consumo o de una mayor y más extendida posesión de dineros en manos del público.

Los salarios están congelados, la absorción de brazos inactivos no es de tanto relieve que digamos y la explosión demográfica no puede servir de pretexto de un día para otro.

No se trata, tampoco, de una inflación que tenga su origen

en la circunstancia de que se han hecho ahorros forzosos para invertirlos en sectores reproductivos que obliguen a un sacrificio en el presente con miras a un seguro mejor en el mañana.

Este tipo de inflación, si se la mantiene en jaque, es beneficiosa, porque, aun al precio de la privación dolorosa, acelera el ritmo del desarrollo. La crisis que crea es crisis de crecimiento, constriñe a ejercer la paciencia, propia del labriego que siembra en invierno para vendimiar, gozoso, a la sombra de los árboles en flor.

No habiendo, pues, una circulación monetaria superior a la existencia de bienes, las leyes de la dialéctica nos inducen a pensar que estamos en presencia de la bien llamada "inflación de sudesarrollo".

Inflación que nace de la baja producción, del mal funcionamiento de las instituciones, de las fallas de los mecanismos que controlan los precios y, por fin, del destino equivocado que se asigna a los recursos de que dispone la hacienda pública.

La cosa brilla paladina, manifiesta, si se calcula que si es cierto que los bienes importados han subido en un 10 o/o, no es menos verdad que se expenden en el país con un 70 o/o de recargo; que la producción nativa sube de precio, del crepúsculo a la aurora, vertiginosamente, de un 10 o/o a un 15 o/o; que existen frutos, brotados en surcos criollos, que se han vuelto parejeros y quieren exigir por sí mismos lo que se paga por aristocráticos frutos extranjeros.

Sesenta centavos, vaya a título de ejemplo, por una docena de naranjas tipo Washington adquiridas en el mercado de Honduras del Oeste, rivaliza en costos reales con las manzanas traídas de California.

Creo que nos quedamos cortos, que somos conservadores al hacer la enumeración. El que aspire a enterarse más y mejor que realice un "gallup", un sondeo, entre las dueñas de casas, que esas sí saben al dedillo con cuánto iban ayer al mercado y con cuánto regresaban, y con cuánto van hoy y qué cantidad de bienes llevan a sus cocinas.

Después de todo hay que rebotar de alegría porque la situación presente esas características. Ello quiere decir que gran parte del remedio está en manos del Gobierno. Y como a éste no creo que le interesen las presiones angustiosas, ni la



creación de sociedades defensivas de los consumidores, tomará cuanto antes las medidas apropiadas para parar en seco esta carrera alocada en el alza de los precios.

Suponemos que se apresurará a hacerle tascar el freno a los inescrupulosos logreros, a sujetar la concupiscencia desapoderada de los intermediarios, a no consagrar sus caudales, que son las obligadas economías del pueblo, sino al sector agropecuario, a no malversar esos mismos ahorros públicos, en aumentar la parasitaria hipertrofia burocrática, a cerrarle grifo, enérgica y animosamente, al peculado y al cohecho, a recordarle a los suyos que la ambición rompe el saco y que si quieren disfrutar con paz de lo que ya tienen es preciso que se entreguen al ejercicio de la virtud de la justicia.

La inflación es fuego y con el fuego no se juega.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## MIRANDO HACIA MEXICO

7 de agosto de 1972

Señor Director:

De tarde en tarde, conviene saltar por encima de la barrera, ponerse más allá de las fronteras, para respirar aires limpios y orearse el rostro. Se objetiva uno, como diría un filósofo de escuela; se tiene la sensación, al realizar este escape, de estar sometido a un refrescante y purificador baño de higiene mental.

Al salir al horizonte, México atrae, como atrae una incógnita o un drama inconcluso a todo curioso intelectual.

Y hay un poco más, en esa sugestiva llamada a la atención, que el brillo multicolor de lo folklórico, que enamora y enajena al deslumbrado turista.

¿Qué está pasando entre los aztecas? Porque allí está ocurriendo algo, algo sumamente cautivador.

En Washington, el Presidente Echeverría, en su última visita, habla claro y con vigor, abandonando los eufemismos de la diplomacia. No asume la actitud dócil y sumisa del que va con la cerviz inclinada para que le ajusten un yugo de oro, que de oro y todo, es yugo al cabo.

Los legisladores de la ciudad de "la laguna" se esparcen por América, proclamando, a voz en cuello, el principio de autodeterminación de los pueblos. Hierven en las Universidades las rebeldías juveniles. Se plantea con nuevos perfiles la Reforma Agraria.

En el seno mismo de una creciente prosperidad económica, el Primer Magistrado reconoce la existencia de innumerables marginados, de los que viven en la "cultura de la pobreza", tal y como la pintó, con crudo realismo, Oscar Le-

wis, y dice que hay que comenzar a discernir entre crecimiento económico, que forma grupos de privilegiados, y el desarrollo, que se encamina a rescatar del menosprecio y del abuso a la dignidad del hombre que es el nuevo nombre de la justicia social.

Es que a la Revolución Mejicana —la del 1910— se la venía persistentemente acusando, desde dentro y desde fuera, de padecer de arteriosclerosis, de haberse congelado, de haber perdido ímpetu e imaginación creadora.

Tras la “Decena Trágica”, mediante la sabia institucionalización del lema “Sufragio efectivo, no reelección”, que mataba en raíz toda aspiración a la dictadura personal, habían logrado los mejicanos una serena, sólida y fecunda estabilidad política.

Pero se funda en 1929 el Partido Nacional Revolucionario. Así se asegura la dictadura revolucionaria. Y a la sombra de esa dictadura florece, por paradoja, una democracia dirigida como parecía exigir la conformación social y la realidad histórica del pueblo de Hidalgo.

Como Lázaro Cárdenas advirtiese que el Partido, igual a un proyectil que pierde fuerza impulsora, se detenía, en 1928, lo bautiza de nuevo, idea un programa inédito, crea una democracia por funciones, no por hombres, saca de manos extranjeras el petróleo y planifica una distribución de tierras —la de los ejidos— que infortunadamente no maduró en buenos éxitos.

Pero todos estos movimientos transformadores se forjaron en el Palacio que mira al “Zócalo” y desafía a la Catedral. Las manos que modelaban eran las manos de la autoridad; el pueblo fungía de cera blanda y receptiva.

Ahora, el pueblo quiere ser también protagonista en su propio drama. Aspira, inclusive, a ser autor. Echeverría lo comprende y se pone al frente de la nueva corriente como decidido abanderado. Abre los canales de comunicaciones. Dialoga con estudiantes y aumenta el presupuesto de las Universidades. Escucha la voz de la Iglesia encarnada en el liberal Sergio Méndez Arceo, Obispo de Cuernavaca.

No contento con esto, le cercena, guapamente, la cabeza a la rampante corrupción administrativa. Protege la soberanía nacional aceptando sólo aquella inversión extranjera que se

asocie a la inversión nativa. Destituye a las autoridades causantes de la tragedia de la Plaza de Tlatelolco, en que perecieron, según *The Guardian*, trescientos veinte y cinco vidas, en la flor de la edad.

Para Echeverría agresión es sinónimo de regresión. Y trata de suprimir todo tipo de violencia: la institucionalizada, que viene del poder y de las clases adineradas, y la de abajo, que brota del seno de los inconformistas, que lo son, o sin causa o por impaciencia.

Es interesante señalar que, con el beneplácito del Presidente de la República, se ha formado en el valle de Anahuac una organización, encabezada por hombres de letras de la talla de Daniel Cossío Villegas, el historiador; Octavio Paz, el poeta y ensayista, y Carlos Fuentes, el renombrado novelista. Su misión reside en obligar al Gobierno a hacer, de tiempo en tiempo, examen de conciencia, en ejercer la función crítica para beneficio de la comunidad y como una contribución del pensamiento mejicano a que Méjico sea de todos los mejicanos, no de unos pocos, y a que Méjico sea de Méjico, no de Mao Tse-tung, de Breznev o del Departamento de Estado.

¿Verdad que todo esto es bonito y edificante?

Ningún modelo de configuración política y social es exportable. De ordinario, todo trasplante inconsulto es vicioso. Cada pueblo es una persona y, como cada persona, posee sus propios rasgos característicos.

Pero no se me va a negar que muchas de las determinaciones tomadas ahora en Méjico podrían servirnos a nosotros de marcos de referencia para la transformación del pueblo dominicano y para la instalación de una genuina y auténtica democracia.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## PRETENSIONES HAITIANAS

9 de agosto de 1972

Señor Director:

Brava, bonita nos la ha hecho el régimen de Duvalier, de "Duvalier le petit" colocándonos en la misma línea de los que amenazan con hacer peligrar la integridad de su soberanía y la estabilidad de su peregrino y extraño sistema de gobierno.

No ha habido administración pública dominicana, a todo largo de nuestra convulsa historia, en cuyos capítulos mayores se agolpan los conflictos con Haití, que haya ido tan allá en complacencia con nuestros atribulados vecinos, como la que actualmente rige en esta parte de la isla.

Para no despertar resquemores e irritaciones en Puerto Príncipe no se permitió proyectar en nuestros cines "Los Far-santes", basada en la novela de Graham Green.

Para ahorrarle disgustos y sinsabores a la Cancillería de Papa Doc quesó sin reclamo la trágica muerte de un puñado de dominicanos que, malos y todo, eran dominicanos.

Por mantener cordiales y normales relaciones, no permitimos la presencia de exiliados en nuestro suelo, a lo cual tenían cierto tipo de humanitario derecho a condición de no realizar actividades políticas contraviniendo las leyes internacionales sobre asilo.

Un ex-secretario de Relaciones Exteriores nuestro, llegó, extraviado por la euforia y el entusiasmo diplomático, a proclamar la necesidad de una integración con Haití, olvidándose de que toda integración implica, en sus últimas consecuencias, desaparición de fronteras y anulación gradual de tarifas aduanales.

Es en nuestra industria azucarera —a veces con detrimento nacional, ¿no es verdad José Gautier?— donde encuentran abiertas fuentes de trabajo innumerables compatriotas de Duvalier.

Aquí ya nadie habla de “frontera biológica”, ni de recomendación a organismos internacionales que le busquen una región en el mundo, como se le buscó a Liberia, donde se recoja el excedente de producción humana de nuestros prolíferos vecinos.

Por todo esto esperábamos que de aquel lado nadie volviera a repetir la cantilena de Fignole de que Santiago de los Caballeros es la capital natural del Departamento Norte haitiano. Ni creíamos tampoco que hubiese en estos días quienes volvieran, como Jean Price-Mars a darnos el dictado de padecer de “Bovarismo”, es decir, de pretensiones que nos creemos más de lo que somos o quienes quieran tomarnos, como ocurre ahora, a modo de una pieza en el ajedrez de la política interna haitiana.

De este lado de la Isla, en cambio, en la que se está persuadida de que el odio no es un sentimiento, sino una enfermedad, y una enfermedad que corroe, en lo que se está pensando es en la posibilidad de idear proyectos hidroeléctricos y de riego conjuntos para beneficio recíproco (Río Artibonito, Masacre, Pedernales, Laguna de Fondo).

De aquí ha partido, por análoga manera, la iniciativa de en desarrollo mancomunado de la Bahía de Manzanillo mirada con ojos favorables por el Banco Internacional de Desarrollo (BID).

Y por lo que hace el régimen haitiano, que Graham Green ha comparado, en su desenvolvimiento, con una tragedia clásica, como el *Andronicus*, de Racine, hemos sido bien parcos en la crítica, sofrenados, por el tinte patológico que matiza el comportamiento de aquel gobierno, al cual no es injuria calificar de despótico, porque ellos, los que dominan, no se preocupan ni poco ni mucho en disimular su carácter de autocracia absoleta.

Frente a la actitud haitiana que pretende jugar, teniendo como juguete a nuestro país, importa mal que nos pese, que el Gobierno dominicano no siga dando muestras de atontada

debilidad y que haga saber que sí vamos a constituir “una amenaza defensiva, si persisten los Cambronne, los Adrien Raymond y sus congéneres en tomar como objeto de burla y de ludibrio la dignidad de nuestra Nación.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## PENETRACION FORANEA

10 de agosto de 1972

Señor Director:

El legislador republicano, Charles Whalen, declaró antes de ayer, en la Cámara de Representantes norteamericana, que su país ha contribuido, en gran medida, a instaurar en la América Latina a regímenes de fuerza dotándolos largamente de eficaz equipo militar.

La aseveración es de una exactitud matemática. No hay que evocar la trágica sombra de nadie. Dejemos, como ordena con profunda y paradójica metáfora el Evangelio, dejemos que los muertos entierren a sus muertos.

A lo que hay que invitar, con toda afabilidad y cortesía, al diputado norteño, es a que hurgue más en el tema, lo desmenuce, lo desentrañe, y a imitación de quien levanta un cristal para diafanizarlo con el toque de luz, saque de los misterios en que está escondido el nuevo procedimiento que su gobierno emplea para echar los cimientos a regímenes despóticos o para hacer que se prolonguen a su mejor o peor capricho.

Dar armas es ya un método trasnochado. Huele a rancio. Otro es el sutil estilo puesto en uso en nuestros días.

Se favorece una opulenta inversión en un ángulo de una nación, a título de punto entratégico. En zonas petroleras, pongamos por caso, o en vastas tierras cañeras o bananeras, y, a veces, en tierras ricas para industrias extractivas. Surge así un diminuto, por disimulado, gobierno en el seno de otro gobierno, el nativo. Este último recibe nutrida ayuda económica de aquel para fines políticos, aquel impone "el orden" en el espacio geográfico de que se ha adueñado y, de esta suerte,



se constituye en el poder detrás del trono.

Los militares de la nación aludida, de la manera indicada sojuzgada, son sus militares, la Policía es su policía y los funcionarios públicos forman el coro de apologistas - como de tragedia griega— que enaltecen la generosidad de la empresa exótica y del bien que derraman sus ejecutivos sobre la República, bien que estiman comparable a una fértil lluvia de estro sobre tierra reseca.

Lo bélicamente espectacular queda suprimido. ¿Para qué llamar la atención? Se logra con el torrente de dineros —dinero que se expatria multiplicado— lo mismo que antes con estruendosos escándalos se obtenía con las ametralladoras.

La finalidad sigue siendo, por una parte, adquirir materia prima cuyo precio se cotiza desde Washington o Wal Street y, como objetivo subsidiario, detener el avance del comunismo.

Pero como la historia está cansada de enseñarnos que toda dictadura, ejercida a las claras o solapadamente, es el invernadero de las plantas marxistas, éstas florecen, granan y prosperan abonadas por la misma autocracia que se esperaba las mata en ciernes.

Porque resulta que a lo que se está prácticamente consolidando es al reinado y al imperio, sobre los huesos de la miseria, de la clase adinerada, de la clase que sólo cree en el lucro como motor único de la economía, de la clase que ahora recibe el nombre de “colonialismo interno”, que viene a ser una prolongación criolla del colonialismo a secas.

No hay, por tanto, en el pueblo que cae en esta situación movilidad social. Se perpetúa el estado de subdesarrollo y se engaña y se desorienta a la opinión pública internacional, acentuando el crecimiento económico —que queda en manos de pocos— y se evita hacer alusión a las injusticias que padecen los más y a los atropellos y violaciones a los derechos humanos.

Porque McGovern ha visto claro en la situación y la ha denunciado sin embozo es por lo que ciertos regímenes de Latinoamérica tiemblan como azogados al pensar que el candidato demócrata pueda, por milagros, alcanzar el poder.

François Revel, el autor de “Ni Marx ni Jesús”, en un artículo recientemente publicado en el “Express” de París, advierte que la revolución que él había vaticinado en su obra es-

tá en marcha con la candidatura de McGovern. Afirma que ya es imparable. O la realiza el propio candidato demócrata si triunfa, o la lleva a término el mismo Nixon, empujado por las presiones que surgen imperativas del pueblo norteamericano o rompe y estalla en una rueda civil que será una reedición de la guerra de secesión.

No salgo fiador de las profesías de Revel. Pero no hay que descartarlas a priori.

Por esto es por lo que he dicho que sería saludable que el representante Charles Whalen hurgue más en la política de Washington hacia Latinoamérica en busca de otras causas, además del otorgamiento de armas, que puedan ocasionar pesares a su país a despecho de su riego de dólares.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## POBRES DOMINICANOS

11 de agosto de 1972

Señor Director:

Muchos recuerdan en esta capital a aquel simpático y afamado fotógrafo, con buena dosis de artista, padre de once vástagos, que cuando le preguntaban por qué no había enviado a ninguno de sus despabilados descendientes a un centro de enseñanza superior, contestaba: "Yo no mando a ninguno de mis hijos a la Universidad hasta que el Gobierno no se decida previamente a otorgar títulos de extranjeros".

Esta pícara frase, muy cargada de intención, muy potenciada de imaginativo criollismo, me la ha traído a la memoria el Editorial de hoy de EL CARIBE sobre la emigración de talentos vernáculos que se marchan al exterior porque no encuentran aquí ni presente ni menos aún, como es claro, porvenir.

¿Y qué decir de los dominicanos pródigamente dotados, animados por un vivo y sagaz espíritu empresarial, que no aciertan a encontrar la manera de realizar sus proyectos por los obstáculos insalvables con que los atajan los organismos de fomento y los bancos de capitales?

Más fácil logra financiamiento un foráneo, que un nativo. Así, en parte, se explica que emigrados recién llegados prosperen y vayan gradualmente adueñándose de sectores enteros de la industria o del comercio o que entren en ventajosa competencia con firmas dominicanas.

Es de común conocimiento que los afortunados negocios, tanto de tejidos como de comestibles, tradicionalmente han estado, casi exclusivamente, en manos de hacendosos e infatigables extranjeros.

No está muy lejano el día en que tengamos la sorpresa de

que la industria de la carne y el tráfico de efectos electrodomésticos estén también, preferentemente, dominados por exóticos.

Es bien cierto que algunos de estos grupos son generosamente favorecidos por ricos compatriotas que impulsados por un sentimiento de solidaridad les facilitan, sin importarles riesgos, los créditos de que han menester para instalar sus empresas.

El dominicano, en cambio, si no está estrechamente unido al poder político, como la lapa a la roca, no puede contar con esta estimulante colaboración, sin la cual ningún tipo de producción marcha y logra buen éxito.

En este punto los organismos oficiales podrían observar que desde 1966, a esta parte, los créditos otorgados han sido acordados en un 95 por ciento a dominicanos, y el 5 por ciento restante a extraños.

Habría que estudiar, con esmero, estas estadísticas para precisar algo que, por otra parte, parece evidente: que una gran porción de ese 95 por ciento incluye compañía por acciones dominicanas, integradas por capitales suscritos y pagados por opulentos socios extranjeros, que disponen de la mayoría o de gran número de las acciones.

Otro porcentaje de esos créditos corresponden a sumas otorgadas para expansión de empresas sólida y ricamente afianzadas, así como a entidades de imperativos servicios, capaces, por su invariable buen suceso, de responder, con absoluta seguridad, a las exigencias que se formulan para desembolsar los préstamos.

Si, en cambio, un nativo presenta un plan para edificar una pequeña industria, uno de esos planes que van precedidos de meticulosos análisis económicos, de cuidadosos estudios de preinversión, le piden como garantía el alma, el alma que no puede dar, porque como dijo el clásico, “el alma sólo es de Dios”.

Y si, a limpio empuje de pecho, nadando a brazo partido en un mar de obstáculos, el dominicano logra salir adelante, el Estado ni favorece la salida exitosa de su producción, ni le brinda facilidades que le permitan superar sus aprietos.

Ahí están, como testimonio irrecusable, los entorpecimientos que se le presentaron —entorpecimientos puramente

burocráticos— a las empresas de Santiago - que se había constituido como un polo de desarrollo - al grado de tener que desplazarse a la capital cargando a costas su capital técnico.

Ante este desamparo oficial el empresario nativo se enfría, ceja en sus propósitos, se abate y cae.

La raíz de todo se encuentra en la carencia de efectiva organización, en falta de técnicos y de expertos en la materia que estén al servicio del Estado, en el complejo de inferioridad que nos lleva a ver, en todo extraño, un genio, y en todo dominicano, un rufián redomado, que si no la hace hoy, la hace mañana.

Y eso que aquí — iesto es tan pequeño!— todos sabemos al dedillo quién es quién y a dónde le aprieta a cada cual el zapato.

Ya es hora de que se diseñe un serio y científico plan indicativo —qué producir, cómo y para quién— y es hora ya, asimismo, de que las financieras miren confiadas hacia las pequeñas industrias, de que, sin dejar por eso de requerir solvencias, faciliten las inversiones que, en última instancia, son las verdaderas creadoras de riqueza.

Y, sobre todo, que promuevan con entusiasmo las inversiones que tengan como esencial factor de producción insumos o materias primas del país, que son las que caracterizan a las genuinas y auténticas industrias.

Confío en que por lo dicho nadie me va a motejar de “jingoista” o de “chauvinista”. Pues ni la palabra japonesa ni el vocablo francés pueden aplicarse a quien, sin dejar de reconocer que se vive en un mundo de interdependencias, cree, todavía, a pies juntillas, que la caridad comienza por casa.

Y cree también, quien esto escribe, que hace bien el norteamericano que expande lo suyo, que hace bien el francés en defender lo francés y el japonés en proteger lo japonés, y que lo que se aprecia como virtud en ellos no se debe estimar como vicio en un dominicano.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## MERCADO DE CAPITAL

15 de agosto de 1972

Señor Director:

Permítame comentar, brevemente, algunas de las interesantes ideas expuestas hoy, en esta misma columna, por el distinguido ingeniero y dinámico hombre de empresa, Tomás Pastoriza.

Desde luego que no me mueve a tomar la pluma el deber de agradecer las afables cortesías de que he sido objeto, ni, mucho menos, el propósito de declarar que ambos, el director de la Financiera Dominicana y quien esto escribe, nos hemos adscrito, vencidos por el clima moral que nos envuelve, al consabido club "capitalista" cuya esencial actividad se cifra en halagar con recíprocos elogios creadores de frágiles y vacíos ídolos de barro.

La verdad es que el manojito de importantes conceptos emitidos en su escrito por el ingeniero Pastoriza forman a modo de un cañamazo que invita a que se borde con placer sobre él.

Precisamente por falta de comunicaciones de esta naturaleza es por lo que todavía los dominicanos no nos hemos apretado en un haz para la realización de esa empresa magna, de esa transformación integral que recibe el nombre de desarrollo, empresa que no puede cuajar sino como frutos de porfiados y generosos esfuerzos solidarios.

Para quienes creemos que sin movilización social no existe una paz firme y sólida, una paz que no puede ser substituida por esa otra que es remedo caricaturesco de la auténtica paz y que es parto de la fuerza opresiva, la ejecución de un programa de grandes alientos, como el que ahora tiene en desig-

nios emprender la Financiera Dominicana, previene la revolución violenta, ahorra agitaciones y sangre, porque abre oportunidades al talento, a todo talento sin miramiento alguno a la jerarquía social en que ese talento, por nacimiento o por atropellos de la suerte, esté ubicado.

Además, si el plan se lleva realmente a buen término, como salta por encima de los habituales postulados que rigen a la ortodoxia de la práctica bancaria, el plan será un signo saludable de que el espíritu del liberalismo económico del siglo pasado —la ganancia es el fin exclusivo de la economía—, cuyos vestigios aún están vivos en algunas esferas privilegiadas dominicanas, se va disipando.

No se puede esperar más para comenzar a descentralizar la riqueza. Si cada día el rico es más rico, es porque dispone de dineros, de los cuales hasta el refrán dice que son “trampas legales”, y si el pobre es más pobre, es a causa de que careciendo de recursos que hagan fértil sus ideas y su actividad, es, por sí mismo, impotente para salir de su condición.

Por estas razones bien puede decirse que la apertura de los mercados de capital concurre a crear dos cosas: una paz real y firme, por una parte, y por la otra, una garantía al acaudalado de que lo que ha atesorado, por fas o nefas, y que lo que tiene no se lo va a arrebatar la deshecha borrasca revolucionaria.

Y es esto lo que muchos no quieren comprender. Cada vez que se hacen señalamientos de esta índole, los toman como engañadoras amenazas, como un alarmante y falso “ahí viene el lobo”. Se olvidan, al parecer, de que una sabia estrategia es mejor, mucho mejor, que una formidable tragedia.

Los directivos de la Financiera Dominicana, que no tienen los ojos cerrados ante lo que se está gestando en el seno de las sociedades contemporáneas, están en la mejor de las posiciones para fungir de sembradores de ideas claras, distintas y justas, para rectificar ciertos habituales extravíos mentales que recuerdan la máxima pagana: “A quienes Jupiter quiere perder, primero los trata de enloquecer”.

Porque, en estos tiempos que corren, vivir para el avaro y egoísta ganar, a expensas de los más económicamente débiles,

es, guste o no, un ramo de delirante demencia.

Por eso hay que recibir con parabienes el nuevo sesgo que toma la Financiera Dominicana y augurar que lo que se diseñó en el papel, con sobra de lúcida inteligencia y de sabia magnanimidad, pase a formar parte bienhechora de la dinámica social.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## ¡AY, LAS ERRATAS!

16 de agosto de 1972

Señor Director:

Tienen tanta y tan amena historia y son tan frecuentes las erratas de imprenta, que existen, inclusive, florilegios en que se recogen las anecdóticas travesuras con que los linotipistas o le enmiendan o le deterioran la plana a los puntillosos profesionales de las letras.

Es fácil imaginarse la cólera que se apoderaría de un Oscar Wilde ante un despropósito de composición, a él que ponía tanto esmero en alinear los enérgicos contrastes de sus paradojas que, según confiesa, a veces no acertaba a conciliar el sueño perturbado por no saber de fijo dónde debía colocar una coma.

Pero los empastelamientos, los equívocos, los quidpro quo, que se introducen en el escrito, no son tan mortificantes cuando es sólo la gramática la agraviada.

Lo que hace de veras hervir la sangre en las venas es el trastruque de conceptos, el que se nos haga decir una cosa por otra. Con esto, ya se invade la esfera donde reina el pensamiento y donde la lógica, por derecho propio, aspira a imponer su racional imperio.

En la carta que se publica hoy, remitida ayer, verbigracia, donde mi pluma puso que ni el señor Pastoriza ni yo pertenecíamos al Club de "capillistas", club integrado por los que se han comprometido a intercambiarse elogios, se me hizo decir que ni el distinguido Ingeniero ni quien esto escribe nos habíamos adscrito al club "capitalista".

Y es mucha la distancia que media entre "capillismo" y "capitalismo". El "capillismo" florece, grana y prospera, de

ordinario, entre la irritable grey de los artistas. Se nutre este grupo de la vanidad. De sus componentes habría que decir, siguiendo a Quevedo, “que hay que llorarles el seso y envidiarles la satisfacción”.

El capitalista, en cambio, está dotado de una psicología enteramente desemejante. Su dios, como el becerro de oro de los judíos en el desierto, es el lucro; su campo de batalla, el mercado competitivo; aspira al “dirigismo del dinero”; sueña con la libre concurrencia, no sujeta ni a ley ni a freno, con objeto de que el empresario lidie con el otro empresario, de la misma manera a que la fiera lucha con la fiera en los boscajes de la espesa jungla.

Este capitalismo, así esquemáticamente descrito, que es el capitalismo puro, el de las primeras jornadas de su historia, ha ido, sofrenado por el vigoroso contrapeso de los sindicatos —donde hay sindicatos libres y poderosos— mitigando su noción de que el acrecentamiento de la riqueza es el único motor de la economía.

Es más, hoy se habla con insistencia de “convergencias”, en el sentido de que el capitalismo se abre a la socialización el paso que el socialismo, a su vez, va derechamente en busca de la libertad de mercado, mercado no planificado ni controlado, en perjuicio de la iniciativa individual y de los gustos del consumidor, por el omnipotente Estado.

Tal vez de este reajuste resulte una economía justa y con sensibilidad social, que se distinga por no considerar la ganancia como objetivo único, sino en tener como fin de su evolución y de su gestión, la mejora y elevación de la condición humana. Una economía para todo el hombre y para todos los hombres.

A ratos me asalta la sospecha de que el linotipista en cuyas manos cayó mi escrito, al mudarme el sentido de mi frase, lo que le ocurrió fue que lo traicionó el subconsciente. Vale decir, él quería que se hablase del “club de los capitalistas” y sus dedos estamparon las instancias de sus ocultos deseos.

Pero, ¿se puede decir que aquí hay “un club de capitalistas?”

Hace treinta años que en los Estados Unidos estuvo de moda el charloteo sobre “America’s Sixty Families”, es decir, hablar del clan de las sesenta familias que tenían el monopolio de la riqueza.

Recientemente, Ferdinand Lundberg dio a la luz pública un voluminoso y chismoso libro titulado "The Rich and The Super-Rich..." ¡Qué de trapos sacados al sol!

¿Se podría producir aquí algo análogo?

No sé si el gremio de capitalistas dominicanos se ofenda porque se asiente la tesis de que ellos sí tienen un club. La cosa está a la vista de todos. Pero lo que sí sería interesante, y daría material para el libro de que hablo, sería escudriñar los documentos que, relativos a su constitución, deben depositar, por mandato de la ley, en ciertos tribunales, las compañías por acciones.

¿Qué se deduciría de esto? Que podría sorprendernos encontrar los mismos nombres en múltiples corporaciones y empresas anónimas. Hasta obligarnos a decir que están en todo.

Claro, que los únicos ricos, los ricos que están en todo, no son únicamente los inversionistas. Hay que comenzar a catalogar en igual categoría a los profesionales, que en grupo también reducido, han acaparado el sector de la construcción.

No quisiera que lo dicho haga pensar que aprecie al poseedor de riqueza en términos despectivos y censurables. La riqueza es delito cuando con delito se hace o cuando su poseedor no está convencido de que la riqueza tiene obligaciones con la comunidad y que ella no puede ser, ni excesiva ni exclusiva, en detrimento del bien común.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ESTA DE MALAS Y SE QUEJA

17 de agosto de 1972

Señor Director:

Nada, que estoy de malas. De malas literarias, se entiende. ¿Qué bebedizo me habrán administrado a la callada para embrujarme con un maligno hechizo? Créame, Señor Director, me siento "azarao". No quisiera encontrarme en el camino con niungún can que haya perdido a su amo.

Ayer tuve que protestar por una errata garrafal, hoy me veo precisado a reclamar por un borrón perjudicial.

El lector al llegar al punto en que la tinta o el plomo no habían grabado en el papel un párrafo entero de mi carta, el lector, digo, se vio obligado a recular para tomar ímpetu y saltar sobre un abismo.

Si alguien, al encontrarse con ese vacío, no perdió el hilo conductor, el hilo que sirve de transición de una proporción a otra, si no perdió eso que llaman la ilación, que cuente con mi enhorabuena, que desde este día lo haré figurar en la galería de los magos, de esos magos modernos que deletrean el pensamiento ajeno y de los cuales se habla, entre veras y bur-las, en la famosa novela francesa titulada "El Retorno de los Brujos".

He rechazado, por supuesto, la idea de que se me ha insinuado de que se trata de un pícaro travieso sabotaje. Esta última pérfida palabra no está registrada en el léxico de su amistad. Y los obreros de "EL CARIBE" son mis amigos. Y lo que soy yo, si la cosa es entre amigos, prefiero ser engañado a padecer el sonrojo de un mal juicio.

Con todo, quiero proponerle a los del taller un pacto. Un pacto de no agresión. El convenio va a tener una sola cláusula

la, y entre dos enhiestos y enfáticos signos de admiración. El acuerdo sonará así: ¡Borrón y cuenta nueva!

Pueden estar seguros de que quien esto escribe guardará su parte, porque cree, con los internacionalistas, que "pacta sunt servanda".

No se vaya a creer que "mi borrón y cuenta nueva" es como el de don Corleone, el Padrino. Don Corleone era de la misma patria que Nicolás Maquiavelo. Y a la escena en que Don Corleone reúne a sus enemigos para prometerles paz, y aprovechar su descuido para desatar una guerra de exterminio, no se diferencia en nada de la convocatoria de César Borgia en Sinigalia donde agrupa a los Condottieros que le son adversos y los ultima a mansalva con una sonrisa a flor de labios.

Nosotros los dominicanos para engañarnos recíprocamente tenemos otro estilo. Decimos, por ejemplo, que vamos a acceder a una solicitud y luego no la acordamos. Si formulamos una promesa, para no cumplirla, fingimos que se nos olvidó la promesa. Estando enterados de todo, nos damos por no enterados. Y nunca falta, si somos sorprendidos en la mentira, nunca faltará alguien que se preste graciosamente a recibir sobre sus espaldas el San Benito de la culpa.

Mis amigos, los obreros del taller, pueden dar por seguro que mi "borrón y cuenta nueva" es serio, de que no se trata de una estrategia política y de que yo, sin arrancarme ningún pelo del bigote, haré honor a mi palabra públicamente empeñada.

Entonces quedamos en eso: borrón y cuenta nueva.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## LUZ Y FUERZA

18 de agosto de 1972

Señor Director:

El Ingeniero Julio Saury, esta vez en el seno del influyente Club de Ejecutivos, ha vuelto a encarecer, con premioso estilo, la inaplazable necesidad de proveer cuanto antes a la Corporación Dominicana de Electricidad de nuevas unidades generadoras de luz y de fuerza.

Del oscuro cuadro que dibuja para el futuro próximo no se desprende ni un hilillo de mortecina claridad. Todo es amago de sombras.

Las plantas actuales no podrán abastecer el creciente consumo interno. Las industrias que no prosperan ni se extienden sino a base de suministro de energía, copiosa, ininterrumpida y a bajo costo, corren el riesgo de pararse en seco.

Los hogares, por su parte, con sensible desmedro de sus patrimonios, recibirán, con mayor frecuencia, la tétrica y callada visita de los fúnebres apagones.

Todo ello originaría, por más que contemos con el conformismo y el amilanamiento del pueblo dominicano, tensiones sociales, tensiones que podrían acalorarse y subir hasta el rojo vivo y presagiar convulsivas y tormentosas consecuencias.

Sintiendo, como lo sentimos todos, el raudal de evidencias que destilan las declaraciones del máximo ejecutivo de la Corporación Dominicana de Electricidad, lo raro es que su voz de prevención y justa alarma obligue a traer a la memoria el eterno símil de la voz que se pierde estérilmente entre las dunas del desierto.

¿Está exagerando el señor Saury? No. ¿Está tratando de halagar a las supremas autoridades públicas? No. Entonces, ¿a qué obedece el que un vigoroso movimiento público no lo acompañe en una solicitud —en la solicitud de más plantas—, necesidad que nos afecta a todos y que lesiona en fibras vitales, neurálgicas, el progreso y el desarrollo del país?

Sin que quiera desde luego comprometer en algún modo con mis respuestas a estas interrogantes al infatigable y enérgico señor Saury, diré que ésta al menos aparente apatía y frialdad frente al reto que se recibirá con la escasez del fluido eléctrico, proviene del raro y desconcertante estilo del régimen de economía política ahora en uso y vigor.

Nuestros proyectos de desarrollo dan la impresión de que siempre comienzan por el techo. Pretendemos ponerle al “pudín” la crema y el sugestivo adorno antes de confeccionar la masa. Constituimos uno de los pocos y paradójicos casos en que lo principal sigue, sumiso y pozoso, a lo accesorio.

Se construyen hoteles e infraestructura vial para desarrollo del turismo, para atraer la corriente de viajeros portadores de divisas. Pero el señor Irving G. Tragen, en un valioso y documentado folleto, nos dice que los extranjeros huyen como de la peste, de los sitios en que no encuentren agua a chorros, luz eléctrica a torrente y alimentos sanos en abundancias.

Se crean leyes incentivadoras que despiertan las apetencias de los inversores y los lleven, engolosinados, a establecer industrias para las cuales, inclusive, se les facilitan predios próximos a los puertos y se les abre la fructuosa oportunidad de asentarse en zonas francas. Pero ocurre que las industrias no pueden ni siquiera arrancar a producir si no están provistas de ricas energías eléctricas.

No sería difícil prolongar y extender la nómina de estos insólitos contrastes, que si no son absurdos, es porque sobrepasan lo absurdo.

A mí que me está pareciendo que deberíamos cambiar de táctica para lograr que se nos acuerde más abundancia de luz y fuerza.

¿Qué tal si, imitando al protagonista de la fábula, nos po-

nemos a gritar que no necesitamos más luz, que la luz es un fastuoso lujo, una obra suntuaria, que el dinero invertido en esa empresa constituye un error ominoso?

Me sospecho que obtendríamos nuestro objetivo. Porque la norma que parece regir es ir porfiadamente a contrapelo de la opinión pública, aunque ésta forme consensus.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## EL PADRINO

21 de agosto de 1972

Señor Director:

Aún resuenan en el ambiente, vivos y contradictorios, las plurales exégesis y los variados comentarios, que ha provocado la exhibición de la controversial película "El Padrino". Ello evidencia, sin tilde de dudas, la conmoción con que el "film" ha estremecido en sus más escondidas raíces la conciencia y la sensibilidad social.

Si, desde el punto de vista estético, como logro exitoso de la técnica asociada al arte, los competentes y autorizados en la materia, suben sus encomios hasta apreciarla como un "capolavoro", como una obra maestra en los planos de expresión de la dramática belleza escenográfica, en algunos círculos pensadores y moralistas, la estigmatizan y dejan caer sobre ella un diluvio de anatemas, calificándola como la apología y la cínica exaltación del crimen.

Se condena, pues en la pantalla, lo que no nos sorprende en la vida.

¿Se me permitiría decir que hay en Don Corleone rasgos magnánimos, y hasta la paternal ternura, que están ausentes del todo en las biografías de numerosos políticos de profesión?

El empresario de la funeraria cuya hija ha sido mal herida, escarnecida y desfigurada, mientras defendía con las uñas su honor, recurre al "Padrino" para que rectifique la injusticia oficial que prácticamente absuelve y deja libres a los opulentos aristócratas que disfrutaban del amparo y apoyo del "establishment".

¿No es significativo que un hombre honrado tenga que acudir al empleo de la fuerza ilegal para enmendar la prevaricación de los representantes de la legalidad?

¿No son los abusos de arriba, la violencia institucionaliza-

da, los que provocan, entre otras causas, los movimientos revolucionarios y los que justifican sus airadas rebeldías?

Espanta a muchos el sacrílego contrapunto —escenas paralelas— que se registra, al formular Michael, con un perfecto dominio de los músculos faciales, las promesas del bautismo, al tiempo que se desencadena, por su orden, una guerra de exterminio contra los opuestos a la “Familia”.

Y este cristianismo nuestro ¿es un cristianismo encarnado, comprometido hasta la coronilla en cumplir el credo que mecánicamente recitan nuestros labios? ¿No ha habido, y hay, hombres públicos que han hecho del sacramento del bautismo una añagaza política, una creación fementida de vínculos de compadrazgos para cimentar regímenes nefandos?

Don Corleone es parto y paradigma de la filosofía que divorcia a la política, a la economía, de la moral y de los postulados de un humanismo que coloca la dignidad humana, para ser religiosamente respetada, en el centro de todo quehacer y de toda actividad social.

Razonable, Don Vito, sigue la máxima de que lo que no se puede obtener con la resabida astucia de la vulpeja hay que lograrlo con los fieros zarpazos del león. O por el halago o por la fuerza, la fuerza puesta al servicio, no del derecho, que es lo que la legítima, sino de la infamia, que es la que la hace aborrecible.

“El Príncipe no debe moverse más que en el dominio desnudo de los hechos, es decir, de la fuerza. Porque el triunfo del más fuerte es el hecho esencial de la historia humana. Todos los profetas armados han vencido, los desarmados, se han arruinado”.

Esta es la enseñanza de Maquiavelo. ¿Ha sido acaso Don Corleone el único en hacerla suya y en traducirla a viva y cruenta práctica?

Se comprende por qué, en vista de las realidades contidianas, Marlon Brando, haya expresado, en una reciente entrevista concedida en París a Gonzalo Palacios, para “Vanidades”, que el escándalo producido por la película no debe ser tanto ni tan tonto, porque ella no es más que el retrato fiel de una sociedad amoral y en franca descomposición.

Habló así, evocando al Zaratustra de Nietzsche, el protagonista de El Padrino.

“Yo no creo que el film sea en realidad la historia de la Mafia. Creo que más bien trata sobre la mentalidad corporativa. De cierta manera, la Mafia es el mejor ejemplo que “tenemos de algunos capitalistas. Don Corleone no es más que un mag-

nate que hace lo mejor que puede para beneficiar al grupo que representa y a su familia..”.

Y ya puesto en este camino de hermenéutica político-social, Brando, sin pelos en la lengua, prosigue así, con descaradas expresiones:

“Yo creo que las tácticãs de Don Vito no se diferencian mucho de las que utilizan ciertos ejecutivos contra Ralph Nader (el defensor de los intereses de los consumidores norteamericanos). A diferencia de algunos presidentes de corporaciones financieras, Corleone es totalmente leal a la gente que lo ha apoyado en sus causas y se preocupa por los suyos. Es un hombre de principios profundos y lo que uno se pregunta es cómo un hombre así puede patrocinar y fomentar la muerte de otras personas. Pero el gobierno norteamericano hace lo mismo por razones que no son muy diferentes a las de la Mafia.

Y las grandes corporaciones nos están matando todo el tiempo, con los autos, los cigarrillos y la contaminación del ambiente, y lo hacen a sabiendas”.

En conclusión, lo que hay de malo y de amoral en la película, es lo que hay de malo y de amoral en las disolutas y anárquicas costumbres contemporáneas.

No nos espantemos ante la copia aplaudiendo al original.

Atentamente,

P. R. Thompson

## RELACIONES CON HAITI

23 de agosto de 1972

Señor Director:

Cada dominicano, no importa el peldaño que ocupe, por obra de la suerte o de la injusticia, en la jerarquía social, tiene derecho y hasta imperativa obligación de manifestar su criterio y su parecer en cualquier tema que comporte dar un sesgo nuevo a nuestras relaciones de convivencia con Haití.

Son tan obvias las razones que abundar en exponerlas equilvadría a la ingenuidad de echar aguas al mar con el propósito de acrecentar el caudal de sus olas.

En materia tan delicada, y tan vital para este pueblo, es, pues, improcedente, embozarse en la diplomacia secreta o gestionar acuerdos de espaldas a la opinión pública.

A partir de la última guerra, si hay un vocablo que haya resonado con timbres llamativos en la jurisdicción de la economía, ese vocablo es "integración". La palabra es carismática, está llena de gracias y de promesas, pero también oculta numerosos peligros.

Es un placer imaginarnos una era, redimida de trabas fronterizas, de fiscalizaciones aduanales, era en que los capitales, las fuerzas de trabajo, los productos fluyan y circulen libremente entre un grupo de pueblos situados en un mismo espacio geográfico, pueblos que, mancomunados entre sí, formen un baluarte defensivo contra la eventual agresión económica de otros países, más avanzados, más ricos y más fuertes.

Esta situación haría que las naciones enlazadas en el pacto, ensachen sus mercados, establezcan una fértil división del trabajo, promuevan la industria, intercambien sus frutos sin perjudicarse; haría que tuviesen, inclusive, en un momento

dado, una moneda común y no falte quien sueñe con que una misma bandera flamee a lo largo del Continente.

Todo esto suena a utopía. ¿Pero qué realidad dichosa de hoy no fue ayer quimera, utopía?

Es un ideal, y como ocurre con todo ideal, traducirlo a realidad requiere tiempo, esfuerzo y la inversión de gran dosis de sabiduría y de prudencia política. La cosa es dificultosa, no se crea.

El tratado de libre comercio latinoamericano, concertado en Montevideo, aún no ha cuajado. Se ha fijado el término de doce años para la reducción gradual de las tarifas. Los intercambios sectoriales constituyen, vez por vez, objeto de estudios y quebraderos de cabeza. El Hemisferio se ha subdividido y ha surgido “El Grupo Andino” —reminiscencia de la Gran Colombia— dejando a México sin saber a ciencia cierta en qué mesa de negociaciones va a sentarse.

El Mercado Común Centroamericano, que tantas esperanzas había despertado, anda manga por hombro y las disidencias se han ahondado aún más a causa de las animosidades originadas en el reciente enfrentamiento armado.

Si entre países del mismo origen, substancialmente de idénticas costumbres, que hablan el mismo idioma, que tienen un análogo estilo de vida, algunos de los cuales estuvieron, en su historia, una vez jurídicamente fundidos, ha resultado arduo y trabajoso iniciar, consolidar y llevar a remate una integración efectiva y provechosa, ¿cómo es que algunos pretenden que se selle, de la noche a la mañana, un acuerdo de integración con Haití?

¿Es que estamos dispuestos los dominicanos a que nuestros vecinos crucen nuestras fronteras, como Pedro los umbrales de su casa, en tropel, en masa, y que vengan a aumentar nuestra pobreza, a añadir a las enfermedades que ya padecemos aquí las endémicas que ellos tienen allá?

¿Cómo antes de expandir nuestro mercado interno, tan restringido al momento por escasez en la masa del pueblo de poder adquisitivo, vamos a buscar otro mercado, más mezquino, en que sólo una élite privilegiada dispone de numerarios para comprar nuestra cerveza, nuestros dulces o nuestros zapatos?

Se habla de que nuestras dos fábricas de fertilizantes podrían suministrarles abonos a nuestros vecinos. Pero se olvida que de los treinta y cinco millones de tareas cultivadas en

nuestro país, sólo dos millones están fertilizadas.

Si de buscar mercados para nuestros fertilizantes se trata, dentro de casa los tenemos, sin tener que aventurarnos en empresas de dudosos resultados.

No es que abogue porque a Haití se le abandone. No es tampoco que nos oponamos a tratados de tipo comercial. La cuestión es que no estamos en condiciones de imitar a San Martín de Tours que se despojó de su capa, quedándose a la inclemencia del crudo invierno, para vestir a un indigente transido de frío.

Tengamos presente que no somos, ni podemos ser exportadores de capitales, sino buscadores de inversionistas bona fides.

A quienes les toca tenderle la mano al dramáticamente pobre pueblo haitiano es a los países altamente industrializados, opulentos, que se ahogan en el bienestar de una sociedad de consumo.

De ellos es la virtuosa tarea, si es que quieren dar cumplimiento a la justicia social internacional y al espíritu de solidaridad humana, de servirles de buen samaritano a una comunidad castigada severamente por la pobreza, por el subdesarrollo y por un despotismo que se promete a sí mismo prolongarse de por vida.

Si el Departamento de Estado no quiere ayudar al régimen de Puerto Príncipe a las claras y directamente, por temores a las reacciones del Congreso norteamericano que se opone a toda protección a sistemas autocráticos, no tiene por qué tomar a la República Dominicana como testaferrero para realizar al través de ella sus nuevos designios políticos.

A la mano tiene el Gobierno de Washington los organismos de créditos internacionales en cuyo seno disfruta de tanta y tan decisiva influencia.

Estamos a la espera de las declaraciones que ha prometido la Cancillería acerca de la altura en que se encuentran las negociaciones con Haití.

Está a la espera, principalmente, la opinión pública dominicana.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¡A LA CARGA, DE NUEVO!

24 de agosto de 1972

Señor Director:

Les ocurre a veces a las sugerencias vertidas con el propósito de señalar que en asuntos públicos se va por descamino, lo que a menudo les sucede a las víctimas de un violento trauma causado por un accidente de tránsito: caen, se levantan, marchan sobre sus pies, se creen sin lesiones y, al llegar a la casa, brota el malestar, amagándole seriamente la vida misma.

Por más de un lustro se ha venido insistiendo en la necesidad de planificar y racionalizar nuestra economía, de guardar estrictamente la jerarquía de las prioridades, prioridades que responden, en escala, a la satisfacción de las más perentorias urgencias vitales.

Y se advierte que ya sentimos —después de la caída—, diríamos que en términos comunitarios, que el no haber colocado nuestros ahorros tempestivamente en renglones reproductivos, ha concluido, como en desdichado epílogo, en la escasez de la producción, en el aumento de importaciones de bienes de consumo, afectando la balanza de pagos, en la tribulación común de la penuria de la luz y del agua, en agrias tensiones sociales, como la que está en curso ahora en la ciudad de Salcedo a causa del mal estado de carreteras públicas que obligan a sus pobladores a un aislamiento perjudicial y desesperante.

Para justificar el desvío de los recursos del sector oficial hacia empresas de escenificación decorativa se nos volverá a echar en rostro el canal temporero de San Juan y las dos presas, la de Tavera y la de Valdesia.

Para seguir el símil diríamos que imitamos así al que se cayó y que justifica su descuido porque camina, sin meditar en las consecuencias que puedan sobrevenirle.

Importa subrayar que al parecer hemos abandonado la construcción de obras indispensables y remuneradoras a los organismos internacionales de crédito, como al BID, a la AID y al Banco Mundial. Lo testimonian, entre otras, la Presa de Tavera, los acueductos, la recapitalización del Banco Agrícola y el nuevo programa, titulado, "Pidagro", al momento en trance de iniciar su ejecución.

Si se suman todas las cantidades destinadas a la creación de obras bellas, pero infecundas, no nos sorprenderá que alcancen el mismo monto que desde ahora comenzaremos a deberle al Banco Interamericano de Desarrollo para acrecentar la producción y la productividad del cardinal sector agropecuario, que es el sillar sobre el cual debe levantarse y descansar el edificio de nuestra economía y que es la fuente de donde debe emanar la solución cabal de nuestros complejos problemas sociales.

¿No es cierto que podríamos haber substraído de lo consagrado, por ejemplo, al Malecón de Santiago, los seis millones de pesos que ahora le adeudaremos a la Agencia para el Desarrollo Internacional a fin de rehabilitar nuestros cacaotales —los añosos y prolíferos cacaotales plantados por las manos callosas de Gregorio Riva—, cacaotales que constituyen la base de uno de nuestros renglones más positivos y fructíferos de exportación?

En el fondo, se trata de que, por no programar con tino, con poco hemos pretendido hacer mucho, es decir, nos hemos comportado como el que siendo pobre quiere darse humos de rico.

Espero, Señor Director, que se me disculpe si vuelvo a insistir sobre un tema ya muy sobajado y manido, pero que no por eso pierde su radical y esencial importancia.

Después de todo, no hay que estar esperando siempre a que venga el CIAP o cualquier experto extranjero a decirnos cosas que nosotros mismos podemos decírnoslas y que podemos comprenderlas muy bien y pedir que se rectifique, en lo económico, en lo político y en lo social, lo que la opinión pública aprecia como extravíos y desaciertos.

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## UN LLAMADO DE ISRAEL

26 de agosto de 1972

Señor Director:

Ahora que el mito del alucinado “judío errante” ha quedado desvenecido y los vástagos de Moisés se han congregado en un minúsculo punto geográfico en que cada ciudadano, como en los tiempos de Nehemías, sujeta la espada entre los dientes mientras agita con su febril mano derecha la plana del constructor, la implacable persecución semita se ha enmascarado con nuevas modalidades.

Se trata de perpetuar la existencia de los sombríos ghettos, de esos espacios cerrados en que el judío, estimado como un ser de inferior calidad humana, separado de todos por un cordón sanitario y como en cuarentena, se mueve taciturno, musitando los salmos de David que mantienen, con el brillo de su estrella, de inmarchitable eflorescencia, la gozosa esperanza de la redención.

Esta es, al menos, la nueva política, adversa a la raza de Cristo, que están implantando en sus dominios los actuales amos del Kremlin.

Para salir de Rusia un hebreo tiene que pagar hasta RD\$24,000.00 dólares. Para muchos, este es un precio prohibido para disfrutar de la libertad de tránsito.

Es la impúdica y desvergonzada oficialización del agiotismo. Es un retroceso al primitivo derecho romano en que el “liberto”, tipo medio entre el esclavo y el patricio, se emancipaba, rescataba su derecho al ejercicio de la soberanía personal con el sudor de su frente y la sangre de sus venas.

Y esto ocurre casi en el último cuarto del siglo XX, del siglo en que los vientos de la liberación —particularmente de la

liberación de la discriminación racial— se están arreciando, se están volviendo huracanados e imparables.

¡Quién le iba a decir a Marx, judío hasta el profetismo, judío que encarna en el proletariado todas las esencias mesiánicas, quién le iba a decir al autor del Capital, que es en nombre de su pensamiento y bajo el signo de su doctrina que se esclavizaría a porciones de la raza más talentosa, más trabajadora y más sufrida del mundo!

La disposición del Gobierno de Israel de negarse a pagar por el uso de una prerrogativa inherente a la naturaleza humana es, en todo y por todo, correcta.

Es más, constituye un deber. Sería dar título jurídico al chantaje institucionalizado. Sería el infame equivalente a los dos dólares que pagaban en el sur de los Estados Unidos los negros para poder votar.

Desde luego, que Israel tiene también que ir depurando y acrisolando ciertos sentimientos dentro de sus propias fronteras.

Recientemente, el columnista Sebastián Ponti (véase “EL CARIBE”, 10 de agosto de 1972, pág. 3—A) reveló que existe en el seno del Gobierno de Jerusalén una tendencia a imponer a los Sefarditas —judíos de España, los Cárpatos, Rodas, México, Curazao, República Dominicana— que acuden a Palestina a que se cambien el nombre.

Cuenta el referido escritor que un anciano Rabino de Bulgaria —donde los comunistas han nacionalizado todas las propiedades hebreas— le declaraba que los “Askenasis” (judíos centro-europeos) dominan en Israel de tal suerte que a un sobrino suyo de apellido Toledano, varón experto en cultura árabe, le quisieron imponer la mudanza de su apellido como requisito indispensable para ocupar un alto cargo gubernamental.

Si esto es así, esto no debe existir. No podemos, en lógica, pedir al Kremlin que cese en su villana política discriminatoria y permitir que se ejerza, desenvueltamente, en el corazón de Israel.

No estoy insinuando que en Israel exista opresión a las minorías étnicas. He vivido allí y sé de qué sabia manera se ha establecido el pluralismo en la convivencia. Pero no debe darse lugar a quejas como las del Rabino búlgaro que pueden

empañar en el exterior la diáfana imagen de un pueblo y de un gobierno.

Israel debe también apresurarse a buscar una fórmula satisfactoria para resolver el arduo y doloroso problema de los refugiados árabes. Es una espina clavada en el costado de esa pequeña gran nación que persistirá en ocasionarle agrias molestias mientras no la extraiga.

Tomar estas medidas está en armonía con la vocación espiritual del pueblo que atravesó mares y desiertos, guiado por una columna de fuego, en busca de la libertad.

Es el mismo pueblo que vio surgir sobre las montañas de Qumram, el prodigio moral de un grupo de hombres que estaban presididos por un "Maestro de Justicia" y que cultivaban pequeñas flores de mística felicidad entre la arena y el peñascal.

Es el mismo pueblo de cuyo seno emergió la comunidad cristiana que en los días de los "Hechos de los Apóstoles" ponía todo en común y crearon ellos la fórmula —no Lenin— de distribuir los bienes "a cada uno según su necesidad".

Y es, por fin, el mismo pueblo que con toda su historia y con sus modernos "kibues" puede enseñarle a los rusos que el reparto equitativo de las riquezas puede, y debe, florecer en el contexto de la libertad.

Ante el llamado de Israel para que se repudie la determinación soviética de comercializar con la libertad de tránsito, libertad consignada en la solemne Declaración de los Derechos Humanos, esperamos que nuestro Gobierno se apresure a sumarse al movimiento de protesta que ya ha comenzado a extenderse por todas las latitudes civilizadas.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¿SOCIEDAD VENAL?

28 de agosto de 1972

Señor Director:

El tema que salta de todas las plumas y que vibra en todos los mentideros, sean éstos políticos, intelectuales o religiosos, es el de la compra de conciencia.

El designio, según afirman analistas independientes, es desbrozar el camino, hacerlo llano y suave, suprimir la nobleza deportiva de la lucha y exhibir, para consumo externo, una suma de ochocientos mil votos como incuestionable expresión de la espontánea voluntad general.

En estas circunstancias, hablar de "certamen comicial", como certamen, en buen castellano y de acuerdo con el espíritu y el genio del idioma, es sinónimo de emulación entre iguales y en iguales condiciones, hablar de certamen, reitero, es desenfadada y cínica ironía.

Lo demás es hinchada y pésima literatura política.

El probo y razonador columnista Pedro Gil Iturbides ha puesto hoy el dedo sobre la sensible llaga, como lo puso ayer también el sereno y penetrante sociólogo licenciado Frank Marino Hernández (con quien, dicho sea de paso, no estoy de acuerdo en sus opiniones sobre Haití).

Ambos escritores, remontándose sobre los hechos concretos, para no caer en una grosera casuística, pero deduciendo, como buenos pensadores, de esos hechos, sus conclusiones de índole moral, convergen en la tesis que sostiene que esa práctica desmoralizadora, no sólo consolida la vigencia de los ancestrales vicios sociales que ha padecido el pueblo dominicano, sino que los ensancha y los arraiga más profundamente.

Se da la sensación de que en este país, para mantener en el

poder un sistema político, basta con disponer de dinero en cantidades superlativas. Política aquí, vendría a significar, por tanto, lonja, mercado de compra y venta o, lo que es peor, no es ni siquiera una venta al mejor postor como quiera que los que están fuera de los círculos oficiales, no tienen ni con qué pagar su entierro.

En este estado de cosas, es obvio que la recriminación, para que sea justa, debería gravitar a plomo sobre la sensibilidad y la conciencia de ambos: de compradores y de vendidos.

Frank Marino Hernández acentúa, en su propio estilo, desde luego, que nuestra desdicha se cifra, en gran medida, en que no hemos tenido en el mando genuinos y sinceros pedagogos que se hayan decidido, validando sus ejecutorias de maestros, a educar para la democracia y para el cumplimiento de un correcto y elevado comportamiento ciudadano.

Quisiera agregar a estas últimas afirmaciones del laborioso sociólogo dominicano, algunos rápidos y breves señalamientos.

En primer término, no soy partidario de las generalizaciones y de las afirmaciones categóricas y absolutas. Cualquiera que sea el método del sondeo no sería difícil que se nos salga al paso con numerosas excepciones ilustres, que han brillado en el poder y que podemos encontrar también en el seno mismo del pueblo. Aquí hay mucha gente que no convierte en mercancías sus principios y que se no se deja seducir por el consabido plato de lentejas.

Otra cosa que hay que tener presente, para explicar, aunque no para justificar, es que estamos frente a un pueblo desvalido, hostigado por el hambre y la miseria, cegado por la ignorancia y el analfabetismo, urgido hasta la agonía por necesidades vitales y que el mayor empleador de este país es el Gobierno, empleador que es, además, el más rico.

El instinto de supervivencia es más fuerte, dígame lo que se quiera, que la determinación de guardar fidelidad a las normas morales.

El heroísmo no es proeza común. Y porque el héroe es el que se crea deberes excepcionales, inéditos, hay que ser indulgentes para con aquel que no sintiéndose labrado con madera de mártir, desfallece, se abate y cae.

¿No hay entonces remedios para nuestros males? ¿Vamos

a abandonarnos al fatalismo de la desesperación? ¿Es tan dilemática la situación que no nos quede otro camino que sujetar la cerviz al yugo?

No comparto ni ese parecer ni ese estado de ánimo.

Mientras haya periodistas como Pedro Gil Iturbides y sociólogos como Frank Marino Hernández, como hay también otros muchos, con conciencia crítica puesta a la orden del bien común, y encuentren vehículos de comunicación social por donde verter en el alma del pueblo sus animosos e intrépidos pareceres, se podrá cultivar la esperanza de que a la sociedad dominicana se la redima del feo dictado de sociedad venal.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## SOBRE EL TEMA DE AYER

29 de agosto de 1972

Señor Director:

Permítame retomar el delicado e interesante tema que ayer, por obvias razones de estrechez de espacio, apenas toqué con la yema de los dedos quedándole al asunto algunos cabos sueltos, no atados convenientemente.

La verdad es que el problema que Iturbides ha calificado, con franca y valiente justeza, como "compra de conciencias", no se plantea en toda su dimensión y no se sitúa en toda la amplitud de su perspectiva, si únicamente se enfoca teniendo en cuenta la muchedumbre de necesitados que se rinden ante el pérfido brillo de unas monedas que los encierran en el dilema de sobrevivir o perecer a plazos, invadiéndolos la muerte, por intervalo, en plena vida.

También el pródigamente afortunado se deja subyugar, contrariando los imperativos categóricos que compendian su íntimo sentir. Pero se entrega, no por miedo a no tener pan que llevarse a la boca o a la boca de los suyos: abdica de sus principios para consolidar la riqueza que ya atesora y para amasar y amasar más dineros.

De ahí que el desdeñoso adjetivo "conservador", con que a menudo se le bautiza, no es del todo adecuado. No lo es, pues, además de conservar, su voluntad concupiscente lo lanza más allá, haciéndolo caer de cuerpo entero en el pantano moral de su perpetuamente insatisfecha avaricia.

"Tengo que defender mis intereses", es el utilitarista estribillo con que el conservador trata de justificarse y, mintiéndose a sí propio, afianza con su apoyo, sea en forma de silen-

cio o sea en términos económicos, al régimen que favorece la expansión de su egoísmo bien que sea a costa de la violación de todos los derechos sociales y políticos.

Si se rastrea y se hurga hasta llegar al fondo del estado de ánimo del "conservador", descubriremos, además de su rapaz egolatría, dos factores más que determinan decisivamente su incordial actitud.

Es el primero, la convicción de que en este país, aquí y ahora, *hic et nunc*, ni el comerciante, ni el profesional, ni el técnico, ni el artesano calificado pueden cultivar la esperanza de prosperar si no están atados, con su adhesión, a los fabulosos padrinos que integran los poderes organizados.

El Estado convertido en "Estado-Providencia" prodiga a chorros jugosos bienes.

Se comprende, sin que ello signifique que se legitime, este comportamiento, si se tiene presente, como lo demostró don Juan Valera en un precioso ensayo, que, por triste condición de nuestra naturaleza, el hombre justiprecia más, en una inverosímil subversión de valores, el hombre digo, aprecia más sus bienes que su propia vida. Cualquiera, en un incoercible arranque generoso, en un transporte de magnanimidad, arriesga la existencia, en un momento dado, por evitar la muerte de un amigo: pero pocos, muy contados, aventurarían toda su riqueza en salvar de angustias mortales a aquel a quien se siente vinculado con apretados lazos afectivos.

Si esto ocurre, con obstinada frecuencia, con un conocido, ¿cómo le vamos lógicamente a pedir que sea noble, liberal, desinteresado, con multitudes compuestas por enjambres de individuos que él personalmente desconoce? Tal vez ahí está el origen de su encallecida insensibilidad social. La imagen del pobre y del desvalido le es remota.

La clase adinerada, desde uno de los puntos de vista de la psicología, se abandona, pues, a las manos y al dictamen del que está arriba, porque forma parte del engranaje, de la maquinaria partidista, al menos, por las ventajas copiosas, por los fáciles y jugosos provechos que deriva del poder que otro ejerce a su mejor o peor capricho.

Puesto uno a discernir juicios valorativos entre el pobre



que se vende porque le compran su hambre a cambio de unos pesos, de una máquina, de un modesto tejado en qué guarecerse, de un par de camisas publicitarias o un rico que se humilla y somete, renunciando a su dignidad, por más riqueza, por más prestigio social, por un cargo deslumbrante ¿con quién ser más áspero al adjetivar, con quién ser más duro y severo?

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## SOBRE EL YUNQUE

14 de septiembre 1972

Señor Director:

Su editorial de hoy, en que pone de relieve, con ponderado estilo, el divorcio existente entre las instituciones escritas y las prácticas en vigencia en nuestros días, toca uno de los problemas más graves y más neurálgicos entre los varios que trabajan la conciencia pública dominicana.

La ley, viene usted a decir, no es, como debería ser, para todos. Abundan los que se creen a sí mismos exentos del cumplimiento de las normas jurídicas que encarnan el sentir de la Nación.

A lo largo de nuestra accidentada historia, se prosigue señalando en el editorial, hemos contemplado, en perpetua pugna, a la libertad con el orden, sin haber logrado, más que en breves trechos o períodos, que el franco ejercicio de los derechos humanos se asocie, en feliz concierto, con la práctica de las disciplinas sociales indispensables para cimentar una armónica y civilizada convivencia.

¿Cuántas veces "EL CARIBE" no ha expresado "su esperanza" de que cese este estado de cosas y se dé paso a formas de vivir auténticamente democráticas y cordialmente humanas?

Su racional y comedida demanda no ha encontrado ni resonancias ni ecos. Parece que se sigue creyendo, como afirmó Moscoso Puello en una de sus Cartas a Evelina, que paz tiene que ser irreductiblemente sinónimo de despotismo.

Tal vez frente a esta persistente situación se comience a comprender el por qué, en más de una ocasión, en esta misma columna, hemos porfiada y tercamente insistido en la ne-

cesidad de repensar en definir y perfilar los alcances del derecho a la libre expresión del pensamiento y a la franca manifestación de criterios.

Por eso, el llamado régimen representativo ha perdido su fascinación carismática y a los ojos de muchos sólo se semeja de los rudos sistemas autoritarios en que en estos últimos la eliminación de las libertades públicas es brutal y cínicamente franca, al paso que en aquellos se enmascara en las formas que Moliere usó para disfrazar de puritano al disoluto Tartufo.

La democracia, en esencia, es el gobierno por el consentimiento de los gobernados. Cuando este consentimiento no se busca día a día, como en un plebiscito diario, al través de sus manifestaciones por los medios de comunicación social, podría haber cualquier cosa, aunque esa cosa sea genial, pero democracia, no.

Ello no quiere decir que no debemos seguir escribiendo "Esperanzas de hoy".

No hay quien no esté convencido a estas alturas de los tiempos de que la libertad no es un regalo, una dádiva, que nos viene del Cielo como el mamá; es una conquista.

Y parte de esta cruzada conquistadora consiste en dar, en martillar, noche y día, sobre el yunque para conferir formas amables a lo que ostenta la rudeza y la dureza del hierro.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¿EXISTE OPOSICION?

15 de septiembre de 1972

Señor Director:

Oportuno, muy oportuno es que, en estos momentos que presentan visos de cruciales, se haya planteado la cuestión de la necesidad de la existencia y de las funciones que son propias de los partidos políticos en el seno de una sociedad que aspira a presentar, como un honroso blasón, el título de democrática.

No habrá que quemarse en exceso las pestañas para quedar ilustrados por nociones claras y distintas, sobre la misión que les incumbe a quienes, fuera de los círculos del poder, se agrupan en torno a un manojito de ideas políticas, sociales y económicas.

Cualquier manual de esos que se escriben "ad usum Delphini", como el Telémaco de Fenelón o como esos léxicos que andan en manos de todos, que dan en sentencias amenas recetas de ciencia política, pueden instruirnos sobre lo saludable de la vigencia de una oposición puesta al servicio del bien común.

Es tarea propia de la oposición, entre otras, según nos dicen los aludidos epítomes, la de fiscalizar las actuaciones del gobierno, poner el grito en el cielo cuando se amenace la existencia de las libertades públicas, denunciar la eventual corrupción administrativa, sugerir, con espíritu constructivo, planes y programas para la elevación de las categorías menos favorecidas, contribuir a la educación cívica del pueblo planteando los problemas nacionales a la luz de la razón, de las ciencias pertinentes y conforme a los supremos intereses de la comunidad.

No pueden, pues, denominarse partidos, en términos honrados, los grupos que patrocinan el llamado "Spoiled System", sistema obsceno, que, dejando de lado a eufemismos, bien podría traducirse al castellano como sistema de arribismo o de abordaje, por no decir francamente de saqueo in-moral de los puestos públicos.

Ahora bien, para que los partidos cumplan su alta y delicada facna en pro del bien general, se hace preciso que exista una ley común, comúnmente respetada: respetada por los de arriba y por los de abajo.

Si esta regla del juego no existe o no se observa, el partido que está en el poder manda, y punto. La oposición, en tales contingencias, no existe o, lo que es peor, es un vano fantasma. Todo su empeño se reducirá a la retórica del clamoreo. El gobierno hará de las leyes mangas y capirotos e inclusive llegará a formar una oposición ficticia para consumo de tontos de tomo y lomo.

Los sufragios se convertirán en pícaro sainete cuando no en costosa ópera bufa. ¿Quién no recuerda que Trujillo, en el cenit de su autocrático poder, ganó unas elecciones para Gobernador de Santiago patrocinado por un partido opuesto al Partido Dominicano?

Al llegar a este punto cabe hacerse una serie de preguntas claves que conviene dejar sin contestación para que sea el lector quien les encuentre respuestas:

¿Existe en este momento en el país una oposición eficaz?  
¿Pueden todos, todos los partidos, disponer de iguales recursos económicos para desempeñar su misión, para sufragar sus campañas ilustrativas al través de los órganos de comunicación social, como prensa, radio y televisión?

¡Ai Pósteri I Ardua Sentenza!

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## LAS PALABRAS DEL PAPA

25 de septiembre del 1972

Señor Director:

Teniendo como trasfondo el evocador e histórico paisaje “Dei Castelli Romani” —en Túsculo resuena aún la voz de Marco Tulio— y el gracioso cabrilleo de la luz en el lago Albano, el Papa les dirigió la palabra a un selecto grupo de parlamentarios del mundo que se han congregado en estos días bajo el brillante cielo septembrino de la Ciudad Eterna.

Las cosas que les expresó el Máximo Jerarca de la Iglesia Católica son para ser tenidas muy en cuenta porque estaban encaminadas a inducirlos a que se despojasen de sus adustas caretas y se mirasen, a rostro desnudo, en el espejo de los severos principios normativos.

¡Cuán lejos parecen estar algunos congresistas de las máximas a que deben ajustarse los legisladores que consultan la ciencia y escuchan los imperativos de la conciencia!

Eso al menos insinúa —con diplomática ironía curial— la seca y acerada alocución del Pontífice.

Vuestra misión, les amonestó el Sucesor de Pedro a los asambleístas, ha de cifrarse, entre otras tareas, “en trabajar por el bien de todos y en no convertirnos en voz de una clientela”.

El nervio y el alma de esta cláusula está en el vocablo “clientela”. El término, así al pronto, suena a negocio, y a eso se refiere, sin dudas. Pero el significado de la voz tiene aun un alcance peyorativo mayor.

La denominación “partido de clientela” ha tomado ya carta de soberana ciudadanía en los léxicos políticos de uso en nuestros días.

Su característica —si queremos seguir a Denís Goulet en su “Ética del Desarrollo”— reside en que el grupo actúa movido por la búsqueda escueta de intereses o de privilegios, a espaldas, desde luego, de los mandantes y, con obstinada frecuencia, en desmedro del bien común.

Un político de clientela vota por una ley, no para que la ley haga que la mayor suma de bienes llegue al mayor número de ciudadanos: vota la ley para engordarse él y engordar a sus correligionarios. Se alimenta, con aire muy orondo, del “cabildeo” y es capaz de pedir inclusive mezquinas remuneraciones hasta para cambiar el Orden del Día en las sesiones del hemiciclo.

Ignoro si entre los legisladores que escucharon al Augusto Pontífice se encontraba presente algún dominicano. Pero si lo había, no es difícil figurarse las imágenes reprochadoras, amargas, que fluirían, unas tras otras, en sucesivas oleadas, por su mente.

Se preguntaría ¿es que nosotros tenemos un Parlamento, lo que se dice de verdad un parlamento? Se contestaría: lo cierto es que nosotros, allá en el Centro de los Héroe, no ventilamos nada, desconocemos a veces por qué votamos y las leyes discurren como el agua por un canal, sin previo ni serio análisis, sin que pongamos en conocer su contenido ni un minuto de estudio ni un ápice de preocupación.

La verdad es que los “partidos de clientela”, cuando suben al vórtice del poder, al crear lo que los italianos de hoy llaman “partido-cracia, borran los linderos que en toda democracia auténtica separan a los tres poderes.

Forman un auténtico círculo vicioso, como el de la serpiente que se muerde la cola: ellos, los congresistas, no exhiben en ejercicio ni más criterio ni más voluntad que la del que manda y, al elegir los senadores a los jueces, los seleccionan de acuerdo a las instrucciones recibidas, instrucciones en las cuales se señalarán a miembros de la “clientela”.

De esta manera la realidad es que de las instituciones republicanas no existe más que el frontispicio, el decorado, la mera engañosa apariencia.

Únicamente en los regímenes en que el poder legislativo es verdaderamente soberano, el Jefe del Estado es lo que debe ser: un ejecutor, no un legislador.

No hay que ser excesivamente realista para comprender que dada nuestra educación cívica tendremos que batir muy ásperas jornadas antes de llegar a que nuestros congresistas merezcan oír lo que de labios de un viajero oyó el Senado Romano: cada uno merece ceñirse a las sienes una corona de rey. ¡Tan alto y profundo era su consejo, tan gallardamente independiente era su criterio!

Fue ese Senado, el Romano, el que acuñó la hoy manida y no observabá frase. "Salus pópuli suprema lex".

Atentamente,

**P. R. Thompson**



## IGLESIA Y SOCIEDAD

26 de septiembre del 1972

Señor Director:

Con ocasión de haberse recientemente congregado en Chile un grupo de hombres de Iglesia con el designio de estudiar la problemática social que confronta el sub-continente latinoamericano, se ha vuelto a plantear la delicada cuestión sobre los límites dentro de los cuales debe desarrollarse el sacerdocio ministerial.

El tema ha sido objeto, en estas últimas semanas, de todos los tópicos y gamas de la retórica. Se ha ironizado a gusto sobre el ejercicio de la misión profética.

La sátira, con su habitual aire zumbón, ha hecho presa en los llamados "teólogos de la liberación" y no ha faltado quien, arrebatado por una ira tan santa como anticuada, haya formulado un ardoroso llamado a los eclesiásticos para que vuelvan a enclaustrarse en la sacristía a entibiar sus pulmones con la litúrgica fragancia de las nubes de incienso.

Es ocioso hacer resaltar el anacronismo, el sentido ahistórico de estas actitudes que no encajan en el contexto de los tiempos y que no congenian ni se compadecen con las claras directivas emanadas del Concilio Vaticano II y con las realistas y evangélicas opciones adoptadas a unanimidad en Medellín.

La Iglesia, desde los días bíblicos, se ha perpetuamente considerado a sí misma como la tutora de la ley natural. Los diez mandamientos, en substancia, no son más que la codificación, en breves sentencias negativas, de las normas que emanan de la condición humana.

Dondequiera, por tanto, que esta ley se atropelle, con severas y brutales formas de opresión -como en Brasil- allí debe es-

tar ella expresando su testimonio en términos de enérgicos reproches.

Donquiera, asimismo, que haya un explotado y un explotador, la responsable de mantener viva la doctrina del Sermón de la Montaña debe salir en defensa de los oprimidos, de la justicia social y de las prerrogativas humanas.

No cumpliría su altísima misión si no denuncia a los grandes países industrializados que, en contubernio con el colonialismo interno, sujeta a los pueblos, mediante el expolio de sus riquezas inexploradas o por un dominio tiránico de su mercado, al estancamiento y a la miseria y a la pérdida de su soberanía a independencia.

La Iglesia, por fin, sería infiel al mandato recibido del Fundador del Cristianismo si no levanta su voz de repudio contra gobiernos corrompidos y corruptores, que crean privilegios en favor de grupos con su "política de clientela" y malbaratan en estériles fastuosidades los dineros que se requerirían para elevar el nivel de vida de los desheredados.

En la emisión de estos conceptos, todos los Obispos, presididos por el Papa, en una acción nítidamente colegial, han sido claros y concluyentes.

De esto da fe, entre otros solemnes documentos, la Resolución tomada en el último Sínodo celebrado en Roma.

Reza así en una de sus partes:

"Los presbíteros, juntamente con toda la Iglesia, están obligados, en la medida de sus posibilidades, a adoptar una línea clara de acción cuando se trata de defender los derechos humanos, de promover integralmente la persona y de trabajar por la causa de la paz y de la justicia, con medios siempre conformes al Evangelio. Todo esto tiene valor no solamente en el orden individual sino también social. Por lo cual los Presbíteros han de ayudar los seglares a formarse una recta conciencia propia".

Por ser la Iglesia, conforme dijimos antes, tutora de la ley natural, no puede mutilar en el sacerdote los derechos que esa regla le acuerda a título de hombre.

Por eso el Sínodo agregó:

"En aquellas circunstancias en que se presentan legítimamente diversas opciones políticas, sociales o económicas, los Presbíteros, como todos los ciudadanos, tienen el dere-

cho de asumir sus propias opciones. Pero como las opciones políticas son contingentes por naturaleza y no expresan nunca total, adecuada y perennemente el Evangelio, el Presbítero, testigo de las cosas futuras, debe mantener cierta distancia de cualquier cargo o empeño político”.

En una visión realista de las condiciones en que pueden encontrarse ciertos pueblos, el Sínodo Universal del Episcopado se aventuró a abrir el compás, con esta autorización:

“El asumir una función directiva (leadership) activamente en un partido político, es algo que debe excluir cualquier Presbítero, a no ser que, en circunstancias concretas y excepcionales, lo exija realmente el bien de la comunidad, obteniendo el consentimiento del Obispo, consultado el Consejo Presbiteral y —si el caso lo requiere— también la Conferencia Episcopal”.

Más delicado es el problema cuando se trata para un sacerdote de buscar los medios eficaces para crear una sociedad nueva en que, en el contexto de nuevas formas de vida, viva el hombre nuevo que es necesario que se ayude a crear.

Las reuniones sacerdotales, como la de Chile, los diálogos que en Europa han sostenido pensadores católicos con filósofos, inclusive ateos, constituyen precisamente tentativas para buscar denominadores comunes que, sin menoscado de las esencias cristianas, puedan concurrir a establecer entre los hombres el reinado de la justicia y el imperio de la paz.

Puede, claro, haber desvíos y equivocaciones: ese es un riesgo. Pero ahí está la Iglesia para atajar tempestivamente el curso de los errores y para alumbrar caminos.

Nadie aspira a que lo dicho haya agotado el ubérrimo tema. Quien quiera más y mejor ahí tiene a la mano la obra de Gustavo Gutiérrez sobre las perspectivas de la “Teología de la Liberación”.

No se puede dar más, sobre todo, cuando se siembra en jardín ajeno y el dueño puede entrar a podar aquí y allá según su mejor o peor talante.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## McNAMARA Y NIXON

27 de septiembre del 1972

Señor Director:

Cuando se censura la política norteamericana hacia los países que bajan, descendiendo por saltos, desde el Río Bravo hasta la desolada Patagonia, no es que se esté inspirando por patológicos sentimientos teñidos de fobias o por prejuiciadas malquerencias.

Lo que ocurre es que se nos subleva el espíritu ante la injusticia del trato. Lo que sucede es que nos pone a galopar el corazón el irritante hecho de que se nos considere, no como comunidades humanas, sino como mercados en qué vender productos, como tierras fabulosas, pero vírgenes, donde se entra para sacar y jamás para sembrar gérmenes que florezcan en una economía próspera que nos saque del atraso, de la miseria, de la pobreza y de la ignorancia.

Pueden traerse a la memoria todos los discursos, ensayos, libros escritos por los políticos, economistas, sociólogos nacidos en este continente que se llamó de la esperanza y que ahora anda desesperanzado, y se verá que las motivaciones de las quejas de las grandes mayorías no arrancan de ideologías definidas e inflamadas —aunque en eso termine— sino de las pesadumbres ocasionadas por los injustos términos de intercambio, por el difícil acceso de nuestras importaciones a sus centros de consumo, por cotizar a su antojo nuestras materias primas y devolvérselas manufacturadas a precios astronómicos.

Claro que la teoría económica está unida al procedimiento político como la sombra al cuerpo y el eco a la voz. Una economía de puro lucro y de mera ganancia, divorcia-

da de una magnánima filosofía humanista, tiene que concluir, por fuerza, en lo del "Tiburón y las Sardinias".

Lo que cabe preguntarse es si la tal política, en última instancia, no está minando las bases de la paz, si no está arrojando a los surcos las semillas de las discordias, así civiles como internacionales.

McNamara ha visto claro en este punto y ha señalado, con admirable coraje moral, que si no se cambia de rumbo "la comunidad internacional de naciones estará aún más peligrosamente dividida entre los privilegiados y los desheredados, los autosuficientes y los frustrados, los satisfechos y los amargados".

Pero la Administración Nixon no presta atención a estas sensatas advertencias. Su objetivo es derivar provechos de todas las oportunidades —incluida la debilidad de los pueblos— para nivelar la balanza de pagos norteamericana, abrirse a codazos nuevos mercados y sacar ventajas, inclusive, del suministro de armas a los países sub o semi-desarrollados.

Y no se crea o sospeche que se esté calumniando al Gobierno de Washington pidiéndole a préstamo a la demagogia pseudo-revolucionaria su retórica pueblerina, agitadora y panfletaria.

Es el mismo eminente huésped de la Casa Blanca quien, sin eufemismos pero con acento enfático, al pedir al Congreso que se eleve la suma de préstamos militares para la América nuestra, de setenta y cinco millones de dólares a ciento cincuenta millones, ha declarado que ese aumento de créditos —créditos atados— era necesario "a fin de permitir a Estados Unidos conservar su influencia sobre las organizaciones militares establecidas en la América Latina y también para estimular las exportaciones norteamericanas".

Así habló quien se titula a sí mismo férvido amante de la paz y desinteresado propulsor del bienestar universal.

Hay que agradecerle al Señor Nixon, después de todo, su cruda y paladina franqueza. Pero, tal vez, en la fuga del declarar, no ha caído en cuenta que ha puesto de manifiesto, deliberadamente, esa política de opresión, de dominio, vestigios lejanos del "destino manifiesto", que podría dar visos de justificación al calificativo de política imperialista.

Podría también significar esa declaración que el actual Presidente de los Estados Unidos participa del desaprensivo criterio del señor Conally, conforme a quien el gran país del Norte no tiene por qué mirar con ojos de enamorado a la América Latina, porque en ella los norteamericanos "no tienen ya más amigos que perder".

Por lo que respecta a la República Dominicana se le puede garantizar al señor Nixon que los campesinos de este país, que tanto han perdido y tanto han sufrido, les hubieran agradecido más sus buenos y eficaces oficios para obtener la seguridad de un mercado remunerador para sus frutos en Puerto Rico, que el millón y medio de dólares que nos ha acordado para acrecentar y renovar nuestros equipos bélicos.

Debe creernos el señor Nixon a los que hablamos desde el corazón de los pueblos de Latino América que esa política suya ni la consideramos justa ni la podemos aceptar.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## IMITA AL VAMPIRO

2 de octubre del 1972

Señor Director:

Vivimos saltando de absurdos en absurdos, nadamos, alegres, en un mar de insospechadas y ruinosas contradicciones.

Es tal nuestra abigarrada confusión en asuntos que parecerían diáfanos que, a quien se empeña en proteger el patrimonio nacional, se le califica, por paradoja, de enemigo del pueblo, como quiera que —se dice— si no patrocinamos la inversión del capital extranjero en el país, incondicionalmente y sin reservas, las masas depauperadas parecerán de inedia y de hambre.

Y el hambre hay que satisfacerla aunque el precio sea quedarnos sin patria y sin riqueza colectiva. El “inmediatismo” nos ciega. En vista de las miserias del presente nadie quiere ser contemporáneo del futuro.

¿Y qué nos revelaría el futuro? Que cierto tipo de inversiones, a la larga, nos quitan más de lo que nos dan. Y eso que nos quitan es lo que nos serviría mañana para abrir fuentes de trabajo para mayor número de brazos inactivos que los que hoy absorben ciertas nuevas industrias foráneas.

Para calmar de inmediato las urgentes instancias del estómago incurrimos en injusticias con las generaciones que nos van a suceder, malbaratando sus haberes, como un descastado padre pródigo que dilapida la herencia de sus hijos.

La Grenada expolió a su mejor gusto al país, si bien dio de comer a los desesperados marginados de la Línea Noroeste. Vino el llamado “mal de Panamá”, y ahí quedaron los vastos campos bananeros infestados recordando los dramáti-

cos episodios que con su atractivo arte narrativo nos pintó en "Hojarasca" el insigne García Márquez.

La Nebraska plantó sus pies en estas tierras, engañó y se fue. Y en esa Línea Noroestana, rescatada ya para la Nación, si damos crédito a las informaciones oficiales, el Instituto Agrario, sin gratificar con un adarme a los voraces extraños, ha vuelto a reinstaurar las provechosas plantaciones de guineo, cuyas matas lozanear a maravillas.

Y eso es lo que hay que hacer. Eso es lo dominicano.

Desde que alguien se aventura aquí a hablar de ceder un palmo de tierra a potencias extranjeras, ponemos, con sobradísimas razones, un grito homérico en el cielo.

Pero vendemos a precio vil nuestras inéditas riquezas y nuestras Cámaras —con excepciones honrosas— canonizan la venta y encima la cubren de apologeticos elogios.

Fingimos no darnos cuenta de que la política colonialista de nuestros días no se cifra en la ocupación militar: se contenta, desde lejos, a distancia, con adueñarse del poder político al través de testaferros y al través de esos mismos testaferros trasladan a sus opulentos países nuestras riquezas.

El diablo antes, según es fama, se posesionaba de los cuerpos. Ahora, también según es fama, imita al vampiro: chupa la sangre y no se deja ver.

Se comprende que conglomerados como la Gulf and Western se apresuren a poner en sus contratos cláusulas que los autoricen a reevaluar nuestra moneda por sí y ante sí, conforme a la situación mundial, y a tener derecho a una depreciación acelerada de sus maquinarias y bienes.

De acuerdo con el Reglamento para la aplicación de la Ley que regula las transferencias internacionales de fondos (Art. 30), sería al Banco Central al cual le incumbiría determinar las depreciaciones. En nuestro caso es a la Gulf and Western a la cual se le ha atribuido esa facultad.

Pero la pregunta es ésta: ¿Por qué quiere la Gulf and Western una rápida depreciación de sus bienes de capital?

Se está curando en salud. Perú y Chile ya han establecido el precedente de que al nacionalizar deducirán del pago las ganancias excesivas logradas en detrimento de la Nación.

El día en que aquí surja, sensibilizadas las conciencias, lo que Sargent Shriver, candidato demócrata a la Vicepresiden-



cia de los Estados Unidos, denomina “nacionalismo popular” ya la Gulf and Western habrá extraído del país centenares de veces más de lo que sembró.

Esto, sobre todo, si se tiene presente que si en el país —y casi diría en el mundo— hay un mercado seguro y remunerador, ese mercado es el mercado del cemento.

Bueno. Entretanto, sigamos con nuestro nacionalismo de colorines, de estatuas ecuestres de equivoco gusto, de fanfarría de himnos, de Te Deum rituales, de costos monumentos a los Padres de la Patria, de paradas militares y de febristas salvas de cañones en la venerable Puerta del Conde.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¿POR QUE NO HACEN ESO?

4 de octubre del 1972

Señor Director:

El discurso pronunciado por Hernán Santa Cruz en la Conferencia General de las Naciones Unidas, por su enérgica franqueza, ha despertado la atención en varios círculos nacionales animados por criterios independientes.

No es, de cierto, que haya revelado inéditos misterios. Una y otra vez, es múltiples ocasiones, sea en las reuniones de la UNTAC, sea por labios de dirigentes políticos o religiosos, como McNamara y Helder Camara, se ha subrayado el abismo, que cada día se ensancha más, entre las naciones poderosas, con su insolente y opresora opulencia, y los pueblos que con su lastimoso abatimiento, arrastran, en razón de su impotencia, las cadenas de la servidumbre económica y política.

Hay frases, en la valiente y sincera pieza del Embajador chileno, que obligan a tomarse la cabeza entre las manos, que nos sumen en perplejidades y nos invitan a pensar.

Entre otras, encuentro ésta: "El problema del desequilibrio económico entre el mundo rico y el mundo en desarrollo es más urgente que el del medio humano, es mil veces más urgente que el problema del terrorismo".

Suena a espectacular paradoja. Pero es así. El contenido de la afirmación, bien desentrañado, en el fondo, lo que está es denunciando un equivocado procedimiento político hoy en extenso uso.

Aparte de que el terrorismo, en el abanico político, surge en los dos extremos, aparte de que el terror lo mismo descende, como lava de volcán, de los poderes organizados, que sube, como el temblor de tierra, de los grupos exasperados o

delincuentes de abajo, el terrorismo, en verdad, es un afecto, no una causa, es una flor envenenada, no una raíz.

Nadie, salvo el criminal nato de Lombroso o el fanatizado, si se mueve en el seno de un bienestar decoroso y holgado, va a perturbar y a estragar su sosiego y su tranquilidad ni a aventurar su vida, corriendo de aquí para allá, colocando bombas o preparando emboscadas para arrebatarse la existencia a nadie.

La prueba de esto se hace evidente por las extrañas circunstancias de que han existido bandas que, por unos pesos, diezmaban, con asesinatos, a las filas de las derechas, y luego, por una mayor cantidad de pesos, encañonaban sus revólveres, contra los que ayer eran sus correligionarios en las trincheras de las izquierdas.

Las naciones ricas y fuertes siempre están prestas a brindarnos positivos auxilios para extinguir radicalmente los brotes de la violencia y parar en seco la acción directa sediciosa.

Pero, firmes en sus trece, se cuidan mucho de que no se pongan las manos en las causas que generan y determinan ese inquietante estado de cosas.

¿Acaso no cobijan bajo su sombra a regímenes corrompidos y corruptores que alimentan el colonialismo interno, perpetúan el inicuo *statu quo* y nutren y engordan a una burocracia desmoralizada e inepta?

En cambio, ¿no es cierto que miran con malos ojos y entorpecen la labor de un gobierno que, respetándose a sí mismo y haciendo respetar a la nación que encarna, sofrena la ambición desmedida de los ricos y se empeña en levantar el nivel de vida de los miseriosos y desheredados que constituyen el caído de cultivo donde florecen los maleantes, los terroristas y los atracadores?

Siendo los consejos que ofrecen esas naciones poderosas, a las autoridades públicas de los pueblos subdesarrollados, más que consejos, órdenes imperativas, siempre acatadas con servil sumisión ¿por qué no orientan esos regímenes que tutelan a cimentar la paz en la justicia, no en la arbitrariedad de la fuerza, a no malversar los ahorros públicos desparramándolos a ciegas, sin planificaciones concertadas, empleándolos en frivolidades decorativas mientras declina y agoniza la producción y la productividad?

Nos dirán, como siempre, esos poderosos, que ellos guardan un firme respeto al principio de no intervención y que no se ingieren en los asuntos domésticos de las naciones.

Lo peor es que ellos saben que nadie cree en estas mentiras protocolares.

La verdad es que parte de la culpa de que nos dominen los foráneos gravita sobre nosotros mismos.

Calificamos de torpes a los líderes que no se procuran el apoyo norteamericano. Damos, en cambio, el título de hábil al político que entrega al país, que se pone incondicionalmente al servicio de los intereses extraños.

Es más, nos adelantamos a ofrecer en dádiva lo que inclusive todavía no se nos ha solicitado.

En estos momentos históricos en que las naciones de Latinoamérica, recuperan sus patrimonios, nacionalizando; en que Guatemala aún reclama a Belice; en que Panamá, exponiéndose, pide a gritos su canal; en que Cuba forcejea por reincorporar a su soberana jurisdicción la Bahía de Guantánamo ¿no hay un legislador dominicano que clama porque se establezca una base norteamericana en la ensenada de Manzanillo?

No se ha escuchado todavía la voz de un solo economista dominicano, sobre todo de esos que se ocupan de las inversiones y de los incentivos y que en teoría disertan sobre las cautelas que hay que tener, que haya puesto reparos al contrato con la Gulf and Western para establecer una planta de cemento en San Pedro de Macorís, contrato leonino si los hay.

Son estos silencios pusilánimes y antipatrióticos los que eternizan las situaciones de opresión nacional, los que prolongan y ahondan las miserias de los pueblos y, con ello, incuban los estados emocionales que, no encontrando otras vías pacíficas de expansión, estallan, como dice Hernán Santa Cruz, en las locuras del infecundo terrorismo y en las estériles revoluciones.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## ¿ES ESTO CIVILIZACION?

12 de octubre de 1972

Señor Director:

Frente al deplorable y condenable episodio terrorista perpetrado en Munich, y a los aviones israelíes que, enloquecidos por el espíritu de venganza, dejan caer lluvia de fuego sobre muchedumbres árabes indefensas, el sentimiento humano se amotina, se subleva y detiene su pensamiento en la terrible frase de una novela de modas: "¡Hay pecados que sólo Dios puede perdonar!".

Forman legiones los que han muerto, en todas las latitudes, por obra del perverso ejercicio de una política inhumana y vandálica.

Nos hemos familiarizado con el homicidio. No nos encabrita ya la sensibilidad, el anuncio de que en este o en aquel barrio se ha extinguido, víctima del terror, la vida de un prójimo.

Hemos llegado a la fatal y salvaje conclusión de que, sin abono de sangre, el mundo ni prospera, ni marcha.

Y los que al llegar al templo de Teotihuacán, en que los aborígenes aztecas ofrendaban a sus dioses jóvenes en la flor de la edad, se cubren, por el horror, la cara con las manos y califican de "bárbaros" a los indios, se dan ahora, esos, a sí mismos, mientras matan hasta los retoños en el vientre de las madres, se dan ahora esos, el lujoso título de civilizados.

Pero, ¿qué es entonces la civilización? ¿Es el holocausto de los débiles en provecho de los prepotentes? ¿Es un retroceso? ¿Una vuelta a la edad en que el hombre, para sentirse hombre, tenía que constituirse en lobo para confrontar a otros lobos? ¿Es un tornar a la época en que la fuerza del

más fuerte se equivocaba y se identificaba con el derecho?  
—Ya no sabemos a qué carta quedarnos.

Refiere Juan de Onis, en el *New York Times* del domingo recién pasado, que cuatro aviones israelíes descendieron, teniendo como paisaje de fondo el bíblico Monte Hermón, sobre la aldea de Rafid, en el sur del Líbano, arrebatándose inopinadamente la vida a una madre, Rasmilla, y a sus siete hijos cuyas edades oscilaban entre los seis meses y los quince años.

Rasmilla, ¿no suena a Raquel, la bíblica Raquel, que estremecía a las montañas de Horeb con su llanto por la muerte de sus hijos y las ogredades de las montañas le respondían con un prolongado eco lastimero como si la misma naturaleza estuviera también en agonía?

Agrega el corresponsal *in situ* del influyente periódico norteamericano, que Rafid es un mísero poblado integrado por gente pacífica, ajena a todo el delirante torbellino de esa guerra de exterminio.

¿Legítima esta matanza indiscriminada que ya cuenta con sesenta víctimas inocentes en su sanguinario haber, la venganza por la otra ominosa matanza escenificada en los terrenos olímpicos alemanes?

La responsabilidad de este clima dantesco que se ha creado en el Medio Oriente debe hacerse gravitar, con todo su peso, sobre las conciencias de los dirigentes de las grandes potencias.

Si la una y la otra hubiesen destinado la mitad de los fabulosos recursos que han otorgado a ambas partes en contienda para fines bélicos, a construir una moderna ciudad a los dos millones y medio de refugiados palestinos, arrojados desnudos de sus tierras, que perecen entre las dunas del desierto, la desesperación suicida y homicida que enrabia sus pechos no los estuviera arrastrando ahora a las locas y estériles trope-lías-terroristas.

¿Es acaso aceptable que los Estados Unidos hayan empleado su veto en el Consejo de Seguridad —la segunda vez que lo hacen en la historia de la Organización Internacional— para no dejar pasar una resolución que pusiera término en seco a las represalias del ejército del General Dayan?

Y lo más doloroso es la situación del “Tercer Mundo”. Su impotencia, su radical impotencia lo obliga a sólo gritar con-

tra la injusticia, a deplorar que se lo constriña a vivir en un mundo en que las fieras mandan y los hombres mueren.

Israel debe apagar su ira. Los Estados Unidos, que se congregan en el seno de las Naciones Unidas, deben propiciar la paz en la última franja del Asia Menor, procurando una solución satisfactoria a los problemas de los expulsados de Palestina, pues es bien sabido que de los desesperados es de donde nacen los terroristas amargados.

Eso es lo que revela el emotivo testamento de los guerrilleros del "Septiembre Negro", muertos, con conciencia de mártires, en suelo alemán.

Atentamente,

**P. R. Thompson**

## INDICE

Una Carta al Padre Robles Toledano . . . . .	5
Armas y Haití . . . . .	9
Crédito del BID . . . . .	13
Maravillosa Iglesia . . . . .	17
Juiciosa ponencia . . . . .	21
Reflexiones del Día de Reyes . . . . .	25
Panorama económico . . . . .	29
Que nos pasaría si hubiera guerra . . . . .	33
El precio de la libertad . . . . .	37
Los "doce" . . . . .	41
Alza de precios . . . . .	45
Solidaridad . . . . .	47
Otros aspectos de jefferson . . . . .	49
Guacanagarix . . . . .	51
Le parece malo editorial . . . . .	53
Reparto de beneficios . . . . .	55
Reflexiones económicas . . . . .	59
Más reflexiones económicas . . . . .	63
Negociar apoyo . . . . .	67
Apuntan mejores días . . . . .	71
Justicia y caridad . . . . .	75
El golpe de Ecuador . . . . .	77
Esperanzas . . . . .	81
Opinión pública . . . . .	85
Macorís del mar . . . . .	89
¿Serán expropiadas? . . . . .	93
Programa legislativo . . . . .	97
Adular no es cooperar . . . . .	101
¿Quemamn Etapas? . . . . .	105
Revoluciones no hechas . . . . .	107
No nos apesuremos . . . . .	111
Y, ¿dónde está el campesino? . . . . .	115
Desarrollo y paz . . . . .	119
El catastro . . . . .	123
Indeclinable obligación . . . . .	127
Encanto multicolor . . . . .	129



Lo lamentable . . . . .	133
Plurales rumores . . . . .	135
Liberación. . . . .	139
Sugerencia a la SIP . . . . .	143
La paz: don inestimable . . . . .	147
Los sucesos recientes . . . . .	149
Fuga de divisas . . . . .	151
Señala peligro . . . . .	155
Necesidad del diálogo . . . . .	159
Irregularidades. . . . .	161
Inversiones . . . . .	163
¿Por poder?. . . . .	167
El sistema y el tabaco . . . . .	171
Accidentes. . . . .	175
La suerte de la protesta . . . . .	177
Ron, juego y bohemia. . . . .	181
Bebe, sin sed . . . . .	185
Con Piñeyro . . . . .	189
Apoya a Balaguer . . . . .	193
La piedad . . . . .	197
El recelo senatorial . . . . .	201
Ningún mérito ni crédito. . . . .	205
¿Abandonar la pluma? No! . . . . .	209
El duque de Windsor . . . . .	213
Problemas y habichuelas . . . . .	217
Economismo patriótico. . . . .	221
El derecho a discrepar . . . . .	225
Contra el divisionismo. . . . .	229
¿Tierra de nadie?. . . . .	233
Barroco 21 . . . . .	237
Inversiones foráneas . . . . .	241
¿Patriotero? . . . . .	245
Planificación . . . . .	249
¿Por qué esperar? . . . . .	251
Reflexiones . . . . .	255
La ley . . . . .	259
Contesta a compueblanos . . . . .	263
Apoya discurso . . . . .	267
Ayuda, sí; dueños, no . . . . .	271
Somos miméticos . . . . .	275
Macorís del Este . . . . .	279
Costo de la vida. . . . .	283
Democracia . . . . .	287

Autonomía municipal . . . . .	289
Ezra Pound . . . . .	293
Libertad de expresión . . . . .	297
Gracias, Pulitzer . . . . .	301
Reflexiones económicas . . . . .	305
Puerto Plata. . . . .	309
Reflexiones . . . . .	313
Luz, más luz . . . . .	317
McGovern y la psiquiatría . . . . .	319
¡Cuidado, la inflación es fuego! . . . . .	323
Mirando hacia México . . . . .	327
Pretensiones haitianas . . . . .	331
Penetración foránea. . . . .	335
Pobres dominicanos. . . . .	339
Mercados de capital. . . . .	343
¡Ay, las erratas! . . . . .	347
Está de malas y se queja . . . . .	351
Luz y fuerza . . . . .	353
El Padrino . . . . .	357
Relaciones con Haití . . . . .	361
¡A la carga, de nuevo! . . . . .	365
Un llamado de Israel . . . . .	367
¿Sociedad venal? . . . . .	370
Sobre el tema de ayer . . . . .	373
Sobre el yunque . . . . .	377
¿Existe oposición? . . . . .	379
Las palabras del Papa. . . . .	381
Iglesia y sociedad. . . . .	384
McNamara y Nixon . . . . .	387
Imita al vampiro . . . . .	391
¿Por qué no hacen eso? . . . . .	395
¿Es esto civilización? . . . . .	399